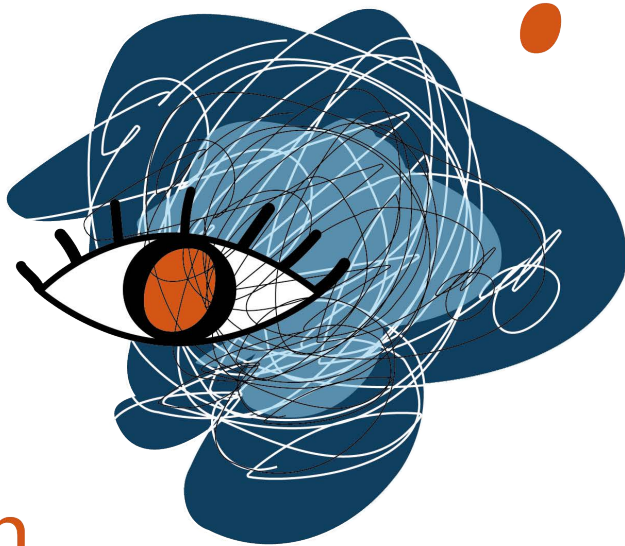


Susana Reina



In
como
dar para

transformar

Reflexiones en torno al movimiento feminista

INCOMODAR PARA TRANSFORMAR

Reflexiones en torno al movimiento feminista

INCOMODAR PARA TRANSFORMAR

Reflexiones en torno al movimiento feminista

Susana Reina



Primera edición: 2021
Segunda edición: 2022

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Susana Reina

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz
Diseño de portada: Adriana Reina
Supervisión de corrección: Ana Castañeda
Ilustraciones: Vanessa Tsoi

ISBN: 978-84-1114-610-4

DEPÓSITO LEGAL: AL 456-2022

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

A Evangelina

Índice temático

Prólogo	15
Presentación	19
FeminismoINC fue mi respuesta	27
Sobre el movimiento feminista	
Se llama feminismo	32
Feminismo es progreso	216
Machismo enmascarado	148
Machismo resiliente	89
¿Y al machismo cuándo lo declararán pandemia	329
Voltear la tortilla	185
Feminismo totalitario	126
El poder mediático de las organizaciones de mujeres	371
No es tiempo de callar	64
Imparables	166
Ráfagas de cambio	134
¡Es ahora, mujeres	95
La lucha feminista no está en cuarentena	336
Nosotras también queremos respirar	357
Agradeciendo por nuestras libertades	34
Sobre las mujeres y el poder político	
Sin mujeres no hay democracia	66
Ni socialista ni liberal	381
A favor de la paridad democrática	261
Democracia paritaria	103
Ganar elecciones	204
Los hombres administran concesiones	377
No hay mujeres dictatoras	68
«RickyLeaks»: a cada misógino le llega su sábado	250

¿Cuál democracia	257
Cuando la diversidad se transforma en desigualdad	82
Mujeres en el mapa político	407
Sobre las mujeres y el poder económico	
Una economía por y para las mujeres	142
No tiene nada de romántico	78
Para Melinda Gates no hay vuelta atrás	267
Hogar, trabajo y poder compartido gracias a la COVID-19	333
Pregunta cruel	279
Las eternas postergadas	93
Economía con lentes de género	188
Emprendimientos con techos de cristal	200
¿Cómo entendemos las mujeres la competencia?	
Poder y género	115
Problemas de las mujeres en el trabajo	56
Así se vive la discriminación en el trabajo	295
La ilusión del emprendimiento femenino	145
Mujeres y dinero	171
Lo doméstico en tiempos de cuarentena	325
«Mi pareja es mi socio	51
Miedo al éxito y brecha de género laboral	363
Mujeres migrantes y empleabilidad en pandemia	366
Mujeres y finanzas	37
Se me fue Angelita	152
Tercera edad en el trabajo	155
La cuarentena como privilegio	322
Confinamiento y economía de género	342
Sobre autoconciencia machista y algunos mitos modernos	
Feminización de lo público	226
Machismo cotidiano y estereotipos de género	221

El amor en el día de los enamorados.....	137
Concursos de belleza y feminismo.....	237
Día de las Escritoras.....	117
La normalidad es machista	317
Miembra, a mucha honra	99
Por una educación sin prendas de género	58
Menopausia e incontinencia, cambio de enfoque.....	304
La menstruación como excusa	219
Mi marido tiene más familia.....	211
Mirarse el ombligo	163
Mujer ajena.....	125
Mujer, reconóctete machista.....	168
Pelo rulo	273
Serena Williams es una atrevida.....	195
Todos deberíamos leer a Chimamanda	122
Contra los esencialismos de género	252
Trumpismo es patriarcado.....	388
Ante las denuncias, coherencia	403
El atrevimiento de Naomi	410
Sobre el empoderamiento y los techos	
Te empoderarás con dolor	354
¿La que no llega es porque no quiere.....	73
Así se vive la discriminación emocional.....	298
Discurso, poder y género	368
Educar a las niñas	192
El precipicio de cristal: en las buenas y en las malas.....	112
El reto de formar jóvenes feministas.....	275
La hora de las valientes.....	80
La mala de la novela.....	139
La mujer adecuada	110
La prostitución no empodera.....	374

Las 4x4	71
Mi cuerpo, mi decisión	190
Pedir perdón	224
Poderosas y empoderadas	132
¿Realmente estamos empoderadas.....	227
¿Las mujeres nos angustiamos más	401
Sobre ser mujeres y además madres	
La maternidad será deseada o no será	53
Aborto y lactancia	182
Muchas escuelas tampoco ayudan	39
La doble jornada femenina en confinamiento.....	344
El mejor regalo para nuestras madres	346
Parirás sin dolor	229
Así se vive la discriminación doméstica.....	300
Criar mujeres libres	157
Sobre los hombres y las luchas feministas	
El machismo se alimenta de mitos.....	76
Varones antipatriarcales	245
No me lo expliques más	160
Más mujeres en todos los paneles	241
Padre hay uno solo	232
Sobre las violencias machistas	
Estamos hartas	255
El día del beso robado	174
Autonomía y violencia matrimonial.....	284
Ciudades seguras desde la perspectiva de género.....	203
Esgrima con grima.....	234
#Metoo cumplió dos años	270
Misoginia online	287
Violencia política de género en Venezuela.....	106
Así se vive la discriminación callejera.....	292

Educación contra la violencia de género	120
Sobre los temas vigentes en la agenda feminista	
Libertad para decidir sobre mi cuerpo	176
Abolir la prostitución	311
Las enfermeras como grupo de alto riesgo ante la COVID-19	350
Menstruar con libertad.....	281
Mutiladas.....	307
Una agenda feminista por y para las niñas post COVID-19	360
Las niñas están cambiando el mundo	264
Las campañas sociales funcionan	179
¿Qué hace falta para ser un activista de derechos humanos de mujeres?	42
Esta puede ser la oportunidad	319
Guía de lecturas feministas.....	197
Explicame por qué es transfobia	383
Wikipedia y las mujeres	390
El feminismo de la postpandemia	393
No pido favores para mi sexo	412
Sororidad	
Cada una desde su trinchera	49
Solidaridad femenina	46
Mujeres no feministas y sororidad	315
¿Cualquiera de nosotras podría ganar?	208
No olvidemos a las que sufren	396
Pacto entre cómplices.....	399
Cierre	
Yo no era feminista	418
Recomendaciones literarias	424

Prólogo

Uno de los saldos positivos que indudablemente trajo para mí la pandemia de COVID-19 fue haber conocido a Susana Reina.

Ante la imposibilidad de reunirnos en persona y llevar vida normal, muchas nos volcamos a las redes, a las reuniones en el para algunas de nosotras novedosísimo Zoom, y fuimos consolidando pequeñas comunidades internacionales formadas por mujeres con las que nos habíamos cruzado en esta o aquella red, pero sin habernos visto a la cara.

Yo pude ver el rostro amable y sonriente de Susana Reina gracias a que me dio por organizar unos talleres de escritura de textos feministas, a los que acudieron mujeres radicadas en muy distintos puntos del planeta. Cómo olvidar a las que se conectaban a sus dos o tres de la mañana para escuchar lo escrito por otras, para aprender sus propios textos, para reflexionar juntas.

Por suerte Susana y yo estamos en el mismo continente y a ella no le tocaba a deshoras. Se incorporó al primero de mis grupos, y sus comentarios a los escritos de sus compañeras destacaron desde el principio. Creo que realimentó a todas, sin excepción. El momento de su participación era uno de los más esperados, y quedaba claro que no se trataba de ninguna aprendiz. Por un lado, si el propósito del taller era pulir los diferentes textos, mejorar su argumentación y dejarlos en estado de poderse publicar, los de ella no tenían mucho que reprocharles: publicables ya eran, y evidentemente su autora era alguien con gran oficio. Por otro lado, sus observaciones siempre certeras a los ensayos de sus compañeras podían ser duras, pero Susana tiene ese don que consiste en saber decir las cosas de manera

dulce y amable, como la maestra más exigente y más generosa a la vez, aunque sean verdades que la otra persona no necesariamente quiere oír.

El feminismo, por cierto, tiene muchas verdades que la gente en general no quiere oír. Eso lo tiene claro Susana; la vocación de sus textos, anunciada ya de entrada para que nadie se llame a engaño, es causar alguna incomodidad. Y al feminismo, eso de incomodar le sale bien. A Susana en persona quizá no tanto, cabe decir. Al menos yo, en su compañía (por el momento virtual, pero tengo la esperanza de algún día coincidir en el mismo espacio), siempre me siento muy a gusto y nada incómoda.

A ninguna de las que conocieron algunos textos suyos en aquellos talleres le sorprendió saber que Susana mantenía una columna en su natal Venezuela y que alimentaba regularmente el blog del por ella fundado FeminismoINC. Leyendo sus artículos, además de envidiar su disciplina escritural, disfruto mucho imaginarla topándose con cualquier noticia o acontecimiento con potencial para la reflexión feminista para enseñada inclinarse sobre el teclado y comunicarnos sus ideas con toda la efervescencia del momento. Además, yo que la he oído hablar y conozco bien su voz y su bonito acento regional, al leer sus líneas tengo la clara sensación de estar oyéndolas mientras ella las dice en voz alta.

Porque sus textos consiguen dar la impresión de que escribe como habla. En efecto, otra de sus muchas virtudes es que están escritos en un tono muy coloquial, nada presuntuoso ni engolado, que no teme usar términos de todos los días para comunicar pensamientos profundos. Escribe como persona de a pie y no guarda distancia. Susana está aquí cerquita, aunque

se encuentre en Caracas o Panamá y su lectora en las Islas Canarias, Medellín o Chillán.

El primer contacto de muchas venezolanas con ese movimiento llamado feminismo han sido las palabras de Susana, como ahora lo será de mujeres de otras partes del mundo de habla hispana. Este libro está pensado para leerse en cualquier orden, abrirse al azar o picar aquí y allá, pero quienes lean los artículos en orden cronológico, como aquí se presentan, asistirán a la evolución del pensamiento feminista de Susana y a su progresiva radicalización. Todas tenemos un antes del feminismo, pero el después es un proceso en marcha.

Desconfío de quienes aseguran ser feministas «de nacimiento». Claro que ninguna mujer nace feminista, aunque bien puede ser que las llamas de la rebelión se empiecen a alimentar desde la infancia... Estoy convencida de que prácticamente todas las mujeres sienten ese fuego en las entrañas al vivir alguna injusticia misógina en carne propia o ver a otra sufrirla. Algunas, por desgracia, reprimen esa llama; otras van alimentándola a lo largo de la vida hasta que se vuelve insoportable la necesidad de participar en la urgente e inaplazable transformación.

Susana es de estas últimas. Ella no siempre fue feminista, y nos lo dice. Pero es alguien que no se queda quieta y vive en un aprendizaje y crecimiento permanente. Lo mejor de todo es que sabe hacer a sus lectoras partícipes de sus aprendizajes. Yo quiero seguir leyéndola, aprendiendo de ella y viendo con alegría cómo se pone cada día más y más rebelde.

Laura Lecuona
Ciudad de México, 2021

Presentación

¿POR QUÉ ESTE LIBRO?

Hace seis años comencé a escribir ideas y reflexiones sobre el feminismo y diferentes aspectos de este tema tan universal y transversal. Reviso mis primeros artículos y observo mi propia evolución. Usaba entonces términos menos comprometedores como el reflejo del lógico apego al pensamiento conservador que me acompañó toda la vida: liderazgo femenino, madres trabajadoras, mujeres empoderadas y entaconadas, el cielo es el límite, querer es poder y cosas así.

Pensaba en salidas individualistas, responsabilizaba más a las propias mujeres de su baja representación en los espacios políticos y económicos, me afincaba más en aprovechar los apoyos tradicionales para que su acceso a posiciones de poder fuese tomado en cuenta. Creía que con solo hacer unos ajustes «mujeriles» y hacer gala de habilidades para encajar —más vale maña que fuerza—, la situación podía cambiar.

Pero poco a poco me fui poniendo «rebeldosa», más inclinada a entender el feminismo como un fenómeno social amplio que reencuadra causas y efectos en términos colectivos. Ahora entiendo y defiendo el movimiento feminista como una propuesta política, la mayor transformación de todos los tiempos, cuyo principal objetivo no puede ser sino cambiar las estructuras para que las mujeres tengamos reales oportunidades.

Ahora estoy más sensibilizada ante los problemas sociales y soy menos paciente con las explicaciones que encubren las fracturas de un sistema hecho para producir grupos vulnerables y mantenerlos alejados de sus más básicos derechos, con la excusa del mérito o del esfuerzo individual, desconociendo

los privilegios y los desiguales puntos de partida que tenemos hombres y mujeres para enfrentar la vida.

Algunos dirán que es una perspectiva radical total, pero pienso que ese es el proceso que tiene que seguir alguien que se interese por los terremotos culturales a gran escala, y muy especialmente este, que existe para abogar por algo tan esencial como la libertad de la mitad de la población humana.

Empiezas mirándote el ombligo, pero al darte cuenta de la cantidad de excluidas, oprimidas y víctimas, terminas elevando la mirada. Adquirió para mí pleno sentido la consigna: «no es un hecho aislado: se llama patriarcado».

Lo que más me ha interesado en estos años ha sido mantener el foco en el tema de las reivindicaciones femeninas y la defensa por sus derechos, sobre todo en una región como la latinoamericana, donde todo se vive minuto a minuto desde el prisma de las crisis y las otras prioridades, las que siempre están por encima de los problemas de las mujeres. Acostumbrada como estoy a escuchar que «este no es el momento para alborotar el avispero», «estamos en medio de una verdadera emergencia», «mejor más adelante» y otras excusas similares, es todo un privilegio contar con una ventana donde estos asuntos se hagan visibles sin postergaciones.

De tanto insistir en que este tema atraviesa todas las crisis, que sin mujeres no hay democracia, que no saldremos del marasmo excluyendo a la mitad de la población, que la incorporación de las mujeres en la economía es factor fundamental de desarrollo, la gente se ha puesto a hablar de feminismo, aunque sea para criticarlo. Ha aparecido en la lista de las tendencias y de los artículos populares en las redes sociales y medios de comunicación, y yo he tejido relaciones con quienes me leen para construir programas y acciones en favor de la causa en medio de tantas carencias y noticias bizarras que colman nues-

tra cotidianidad. Pareceré de pronto disco rayado, pero esta insistencia es necesaria para poner el tema en el «boca a boca».

Ha habido diversas reacciones a mis planteamientos feministas. Desde quienes rechazan las ideas con solo leer el titular e insultan o descalifican con frases duras, hasta quienes se hacen eco de lo que escribo recomendando y publicando en sus propios blogs y cuentas personales lo que les interesa. Veo con satisfacción que son más numerosos los segundos que los primeros, pero gracias a los argumentos de quienes no comulgan con el movimiento, he obtenido claves para seguir opinando, he descubierto dónde están los dolores, las grietas, los puntos no claros, y desde ellos he elaborado más y mejores reflexiones.

Escribir me ha ayudado a progresar intelectual y emocionalmente, a revisar mis propias prácticas para esforzarme en ser coherente, a investigar, aprender más sobre feminismo y a ser mejor activista. En mis inicios no lo sabía, pero expresar lo que se sabe y se siente es fuente de empoderamiento personal y comunitario. El feminismo no se vive de manera aséptica: cuando una escribe y opina sobre la discriminación, la actual y la histórica, vuelve a sentir y vivir la indignación. Imposible no sentirse implicada y removida en muchos sentidos.

¿Un feminismo que no moleste demasiado?

En una gala de los premios Oscar 2020, la actriz Natalie Portman se puso, como una forma de protesta, una capa con los nombres de las directoras de cine que no fueron nominadas. Muchos comentaron que esa sí era una manera inteligente de manifestar, comparándola con las que se desnudan y muestran las tetas con consignas escritas en el pecho...

La agrupación chilena Las Tesis compuso y coreografió una canción contra la violencia hacia las mujeres y a todos les pareció maravillosa en comparación con los grafitis en esculturas

y monumentos que pintaron grupos de mexicanas furiosas por los nueve femicidios diarios cometidos en su país...

En un foro económico una empresaria tomó el micrófono para hablar de igualdad de derechos y todo el auditorio asintió y aplaudió la racionalidad de su discurso en contraste con la grosería de la activista que denuncia públicamente casos concretos de sexismo y misoginia en el sector empresarial...

Los hombres definieron lo que era ser una mujer normal: sonriente, aquiescente, colaboradora, callada, hogareña. No conflictiva, problemática ni ruda. Arreglada, bañada, depilada y olorosa. Todo eso lo engloban en la categoría de mujer decente, de su casa, correcta. En cambio, la que manifiesta un desacuerdo de forma airada, disiente o habla alto y fuerte es calificada de irracional, egoísta, machorra, grosera, agresiva, cuaima, feminazi o bruja. Una mujer que demuestra o reclama poder no entra dentro de lo esperado, y la reacción en contra de quienes impugnamos el sexismo es durísima. «Tienes que ser femenina, aunque seas feminista», me dicen algunos. No se dan cuenta de que la feminidad es un mandato patriarcal que a ninguna feminista le interesa obedecer.

Por regla general, cuando veo que una idea supuestamente dirigida a cuestionar la cultura machista es aprobada y aplaudida por la gran mayoría, entro en sospecha. Si es tan bien recibida, es probable que esa idea mantenga incólume la relación en la jerarquía de poder, adaptándose a las formas condescendientes que mantienen intactos los prejuicios... como tantos edulcorados mensajes de aceptación e inclusión con los que no pasa absolutamente nada: aumentan los femicidios; las juntas directivas de empresas privadas, al igual que los parlamentos, partidos políticos y jefaturas de Estado, siguen sin una representación paritaria de mujeres; se sigue cosificando y sexualizando a mujeres y niñas para conseguir ventas; el aborto sigue

siendo un delito en muchos países, mientras que la pornografía, el alquiler de vientres, la prostitución y otras formas de explotación sexual son industrias al alza. Sigamos con la decencia y el respeto a las formas, y esto no cambiará en siglos.

El feminismo surgió justamente para quitarnos la etiqueta de la feminidad. No hay manera de romper estructuras siendo diplomática, portándote bien, complaciendo a todos, pisando pasito. Estamos luchando contra la necesidad interna de aprobación y reconocimiento de quienes nos dicen qué debemos ser, sentir y pensar. Somos abolicionistas del género, ese invento para que las mujeres complazcamos al sistema patriarcal y nos mantengamos subordinadas a los hombres. Somos, también, abolicionistas del esencialismo que supone que ser femenina es una característica intrínseca a nuestro sexo y no un mandato injusto con el que nos machacan desde que nacemos.

En palabras de Helen Lewis, autora del libro *Difficult Women: A History of Feminism in 11 Fights* (Mujeres difíciles. Historia del feminismo en 11 peleas), el feminismo tiene el deber de luchar contra «la tiranía de la amabilidad», que es y siempre ha sido una de las fuerzas más potentes que frenan a las mujeres: «el feminismo no es un movimiento de autoayuda, dedicado a hacer que todos se sientan mejor con su vida: es una demanda radical para anular el *statu quo*. A veces tiene que causar malestar».

Actos simbólicos que transmitan la ira por estar oprimidas puede cambiar el tablero de juego. Pasó con las sufragistas después de años de protestas pacíficas y de ir por el camino de las conversaciones civilizadas para intentar reformar las leyes sin lograr nada, hasta que se volvieron cuasi terroristas dinamitando buzones de correo, rompiendo vidrieras de negocios, para lanzarse finalmente a las patas de un caballo para ganar la

atención pública requerida. Entonces sí, obtuvieron el derecho al voto. De esto hace apenas cien años. Si se hubiesen quedado repartiendo volantes o hablando bajito, todavía hoy ni siquiera podríamos entrar a una asamblea legislativa a mirar lo que se discute.

En España y Francia, solo después de que las activistas de la organización Femen se quitaron el sostén en edificios del poder público, fue cuando se enteraron de los femicidios como problema que requería atención inmediata. Años de ofrecer cifras y declaraciones a la prensa sin que se diera el espacio en los medios y en la agenda política que un hecho como ese precisaba, hasta que, mostrándose de la forma como los patriarcas condenan, lograron visibilidad.

Son *game changers*, como se refieren en el lenguaje de la innovación disruptiva a situaciones y personajes que cambian la historia de verdad. Tenemos a muchas Gandhi en las filas, y son necesarias, pero solo los atrevimientos e hitos cargados de indignación colectiva logran prender las alarmas que guían a las anheladas reivindicaciones.

El mundo está cambiando. Cosas antes normales y naturales ya no lo son tanto. Por esa razón, el feminismo incomoda. Si los mensajes feministas te ofenden, estás protegiendo la comodidad derivada del disfrute de la naturalización de los múltiples abusos contra las mujeres. Solo desde la ignorancia y la ingratitud hacia quienes antes lucharon por nosotras, alguien puede vivir los privilegios a ojos cerrados y sin pizca de empatía por las demás. Pero es importante, desde cualquier espacio, apoyar la erradicación de las injusticias que degradan a sectores de la población en virtud de su sexo.

Necesitamos todas las formas posibles de protesta, todas las tribunas, todos los espacios: los detalles de las famosas en la pasarela, las que se desnudan, las canciones con sus marchas,

los grafitis, los foros y denuncias y todo lo que se nos ocurra que pueda poner el acento en la demolición de un sistema de creencias que discrimina, anula y asesina. Pero no nos digan cómo protestar, no nos regulen cómo ser feministas, que justamente contra eso nos movemos. Incomodar es necesario para transformar.

FeminismoINC fue mi respuesta

Fundé FeminismoINC en un momento en el que en Venezuela solo pequeños grupos de mujeres de la sociedad civil hablaban de feminismo, aparte de los escasos institutos gubernamentales para las mujeres, que hacían un uso maniqueo del término, o los centros de estudios de género de las universidades, que le daban un tratamiento academicista.

Varias personas me aconsejaron que no le pusiera ese nombre a mi organización porque iba a generar más recelos que adhesiones. Pero todo lo que leía sobre el tema, sobre todo bibliografía proveniente de España, Argentina, México, Estados Unidos y el Reino Unido, me parecía de una lógica irrefutable. Me propuse «lavarle la cara» al feminismo en mi país, reivindicar al movimiento que nos reivindica a nosotras.

Así, me aventuré con mi FeminismoINC para ver qué pasaba. Desde hacía tiempo estaba inquieta por ayudar a muchas mujeres maravillosas que querían ascender laboralmente y necesitaban un soporte o fuente de inspiración para atreverse. Enrolé a varias, principalmente amigas y familiares que compartían esta visión. Escribí muchas entradas en mi blog, posteé por las redes información que me parecía interesante, asistí a conferencias y encuentros para saber más del tema y me atreví a organizar los míos. Me inserté en redes de trabajo por los derechos de la mujer, conocí a gente valiosísima con años en esta lucha, todo lo cual me motivó a seguir trabajando en esta línea. Y aquí estamos hoy, con más seguidores y colaboradores de los que imaginé alcanzar y con no pocos compromisos para el futuro inmediato.

Confieso que al inicio pensé en centrarme en el tema de la igualdad de género en las corporaciones. Lo de INC estaba

obviamente asociado al *incorporated* del ámbito empresarial, que es donde me desenvuelvo naturalmente.

Pero mientras más leía, conversaba y reflexionaba, más cuenta me daba de que si no hay de verdad una revisión profunda de la estructura o andamiaje donde descansa el entramado patriarcal, nada se mueve. O se mueve, pero sin lograr cambios verdaderos y duraderos. Me pregunté por qué nosotras éramos las que teníamos que cambiar para adaptarnos a las formas masculinas de poder, en vez de cambiar el sistema para que las mujeres quepamos tal y como somos.

Por eso fui dando un giro al trabajo hacia el cuestionamiento de la estructura social, labrada desde el machismo, donde nos criamos; hacia la visibilización del feminismo como movimiento político revolucionario transversal; hacia la desmitificación y desestigmatización de la palabra misma; hacia el señalamiento de todos los espacios de donde se nos excluye a las mujeres, y hacia el rescate del orgullo de declararnos feministas, como activistas y luchadoras por la igualdad entre los sexos. Pero sobre todo, me fui inclinando hacia el trabajo a favor del sentido de libertad e independencia de las mujeres de mi país y de todos los países adonde podamos llegar. El INC de mi feminismo se amplió: INCluidas, INContenibles, INCorporadas, INCómodas...

Se llama feminismo. Sin complejos. Todo movimiento que busque defender los derechos humanos de las mujeres es feminista y es radical, porque busca atacar las causas del machismo y la desigualdad de poder entre los sexos.

Han pasado varios años desde que comencé y aún sigo empeñada en ayudar a las mujeres a mejorar su desempeño como líderes. Quiero ayudar a construir un mejor país y una mejor sociedad porque estoy convencida de que nos encontramos en una etapa crítica en la que debemos dar un paso adelante, des-

plegar nuestro potencial y trascender los tradicionales papeles socialmente deseables que el patriarcado nos ha impuesto como forma de vida.

Sigo creyendo en el liderazgo conducido por mujeres. Creo que para aprovechar plenamente nuestro talento y nuestras competencias hay que tratar de superar las limitaciones que artificialmente se nos han impuesto y convencer a las personas con que interactuamos de que podemos mejorar nuestro desempeño organizacional y social si revisamos con enfoque de género nuestras principales decisiones.

Sigo comprometida con mi propósito de ayudar a las mujeres que se constituyen a sí mismas en la principal barrera para su propio desarrollo: las que piensan que no prosperarán tanto como sus compañeros varones porque ellas habrán de parir y cuidar hijos y las que sienten que su rol está en el ámbito de lo privado porque allí las encasillaron socialmente. Todo esto debe y va a cambiar.

Incomodar para transformar. Reflexiones en torno al movimiento feminista es una selección de mis artículos más recientes, en los que abordo mis inquietudes sobre la relación de las mujeres con el poder político y económico. Escribo sobre la necesidad de tener conciencia de pertenecer al colectivo machista para no caer en ilusiones de igualdad; abordo el tema del empoderamiento y los techos como metáforas de la exclusión institucional hacia las mujeres; hablo de los distintos tipos de violencia machista, desde los sutiles hasta los evidentes; presento una serie de temas álgidos y vigentes en la agenda feminista global; me meto con las de mi gremio, las sororas, las aliadas, para hermanarnos en los caminos que debemos transitar juntas.

Decidí también abordar las consecuencias de la pandemia y su aparejada crisis económica y social en el feminismo y cómo afectará la agenda política de igualdad en los próximos años en Venezuela y en el mundo, porque siento que habrá un antes y un

después en la estructura social de poder tal y como la conocemos y que puede ser muy aprovechable para nuestras acciones futuras. Cierro con un relato personal de mi descubrimiento como feminista y con una serie de recomendaciones literarias que me han dado luces para mantener la esperanza en el movimiento.

Yo deseo que un día no sea necesario escribir sobre feminismo, porque eso significará que ya hemos alcanzado la igualdad entre hombres y mujeres y porque este movimiento tiene como aspiración desaparecer una vez que logre sus objetivos, pero mientras exista una mujer explotada, silenciada y maltratada, el feminismo como acción política y social debe permanecer. Aquí seguiré, junto a muchas otras, para señalar y hacer visible la discriminación con la palabra y con nuestras reflexiones, para sensibilizar a quienes cuentan con privilegios de sexo, clase y raza, esperando que den el cambio necesario.

Quiero a través de este libro transmitir las ideas en las que creo, pienso y siento, y que he investigado y compartido en mis actividades de capacitación y foros, esperando que quienes se identifiquen con ellas refuercen su compromiso feminista y que quienes no, se den un espacio para considerar la pertinencia de un movimiento que llegó para transformar las relaciones de poder como las conocemos.

Ojalá les pueda dar una mirada diferente de lo que conocen hasta ahora y que más y más mujeres nos atrevamos a incomodar lo suficiente como para que la transformación que soñamos pueda darse en el menor tiempo posible.

2



1

5

@vanetsoi

Se llama feminismo

5 de enero de 2015

En esta interesantísima década en lo que respecta a los derechos humanos fundamentales estamos presenciando el nacimiento de una cuarta ola del movimiento feminista en todo el mundo. Este movimiento político y social, con casi trescientos años de existencia, resurge con fuerza en este nuevo siglo como una ideología que lo atraviesa todo, incluso a las demás ideologías.

Me gusta entender el feminismo como una elección, una construcción consciente, un camino que debemos transitar para llegar a sociedades mejores. Ser feministas ofrece amplias ventajas para la humanidad en su conjunto, pero la más importante es la libertad: decidir quién quieres ser y qué hacer con tu vida, sin atarte a mandatos patriarcales, es suficiente razón para declarar «ya basta de tanta discriminación; soy feminista».

El tema está en la agenda y ya es *mainstream*. Para ensalzarlo, banalizarlo o adversarlo, pero está sobre el tapete. Se ha posicionado en foros, discusiones públicas y privadas, en política, en economía, en academias, en medios de comunicación social, en organismos internacionales y multilaterales. En Venezuela y el resto de América Latina, en los Estados Unidos, en Europa... En todas partes hay movilizaciones, acciones de calle, peñas de discusión.

Se multiplican las redes y alianzas de personas y organizaciones que acuerdan hacer de la liberación de las mujeres la prioridad de sus agendas. «No sin mujeres»; «sin mujeres no hay democracia»; «que ninguna se quede atrás»; «ni una menos»; «*me too*»; «nosotras paramos»; «produzcan sin nosotras»... consignas que anuncian grandes cambios.

Al ver las multitudinarias concentraciones que se han convocado en las principales ciudades del mundo en los últimos cinco años, comprueba una que esto es otra historia. Son hitos que tienen que poner a pensar a los líderes del mundo desarrollado y en desarrollo, porque lo contrario al feminismo es la ignorancia.

Cuando luchas por la igualdad, la equidad, la paridad de géneros, eres feminista.

Cuando te pones del lado de las vulnerables y vulneradas a lo largo de la historia y defiendes sus derechos, eres feminista.

Cuando ves injusticias en el trato, la paga, las oportunidades, y te indignas aunque tú sí goces de tus libertades, eres feminista.

Cuando entiendes que sin las cuotas o medidas de acción positiva no habrá mujeres que lleguen a las posiciones de poder porque ellas no han tenido las mismas oportunidades ni tuvieron el mismo tiempo que los hombres para formarse, prepararse, hacer *networking* y todo lo que hace falta para triunfar según la lógica y el diseño masculino, eres feminista.

Cuando te das cuenta de que este sistema otorga privilegios a los hombres por haber nacido hombres, establece una división sexual del trabajo, limita aspiraciones y espacios de actuación basados en estereotipos de género, y te opones a esas injusticias, eres feminista.

Cuando compruebas que, por asignación de roles sexuales estereotípicos, la carga doméstica y los cuidados de niños y adultos mayores recaen fundamentalmente en las mujeres sin contraprestación salarial, y que esto les resta tiempo y posibilidades de futuro, eres feminista.

Cuando te levantas y señalas la exclusión de las mujeres de cualquier espacio y exiges su presencia con la fuerza que te da el convencimiento de que haces lo correcto, a pesar de las

burlas o comentarios misóginos y descalificadores que recibes de vuelta, eres feminista.

Cuando vives como propia la tragedia de una mujer violada que denuncia a su agresor, pero nadie le presta la atención que requiere y hasta dudan de su palabra y la culpabilizan, eres feminista.

Que no te importe si dicen que las feministas nos quejamos por todo y nos victimizamos (y cómo no, si hemos llevado la peor parte) o que somos unas frustradas, amargadas, solteronas, comunistas, feas... Entiende que este movimiento incomoda a muchos y, al ver amenazado su sistema de creencias, se defienden como pueden: agrediendo. Vive tu vida como te dé la gana, manteniendo la defensa activa por tus derechos y los de quienes aún no lo ven claro. Ese momento llegará.

Aquí estamos las viejas feministas, las del presente y las del futuro, todas conviviendo en este mismo espacio histórico para no callar más nunca. Esto que estamos gestando no es coyuntura ni es cuestión de celebrar una fecha o dos. Esto ya no tiene vuelta atrás. Se perdió el miedo. Ya no más esconder quiénes somos.

Feminismo, se llama, y no es una moda que vaya a pasar.

Agradeciendo por nuestras libertades

24 de marzo de 2015

La mayoría de las mujeres que conozco no saben lo dichosas que son comparadas con muchas que no tienen la misma suerte. Por eso yo quiero que veas esta lista y hagas una marca o resaltes las conquistas y libertades de las cuales gozas o podrías gozar si quisieras:

1. Puedes votar.
2. Puedes elegir la carrera que desees estudiar.

3. Puedes manejar un vehículo, bicicleta, barco o avión o cualquier cosa que sepas operar.
4. Escoges a tu marido: no te obligan a hacerlo por arreglos entre familias ni cuando eres una niña.
5. Te casas cuando quieres o te puedes quedar soltera si así lo prefieres.
6. Puedes decidir cuándo embarazarte.
7. Puedes decidir cuántos hijos tener.
8. Puedes tomar anticonceptivos libremente.
9. Puedes negarte a tener relaciones sexuales con tu esposo sin que pueda obligarte a hacerlo en contra de tu voluntad, pues en tu país se reconoce como delito la violación conyugal.
10. Puedes parir con asistencia médica profesional.
11. Puedes abortar libremente o por razones terapéuticas.
12. Tienes a tu disposición toallas sanitarias, tampones, baños limpios para practicar tu higiene en privado.
13. Te puedes divorciar si lo decides.
14. Puedes tener relaciones sexuales solo con quien tú desees y decidas.
15. Tienes a la mano tecnología médica para prevenir cáncer de mama, de útero, y otras enfermedades que aquejan a las mujeres.
16. Puedes trabajar en cualquier oficio o profesión que elijas.
17. Puedes tomar alcohol si te gusta.
18. Puedes ir a fiestas.
19. Te puedes maquillar o no maquillar, vestir a la moda o inventar tu propio estilo.
20. Eres libre de caminar por la calle y a cualquier hora si te place, sin que te limiten por ser mujer.
21. Puedes administrar tu propio dinero.
22. Puedes pedir crédito en un banco, tener tu cuenta propia, propiedades y activos registrados a tu nombre, sin que tu padre o esposo tengan que dar autorización para ello.

23. Puedes practicar el deporte de tu preferencia.
24. Eres igual a tus pares masculinos ante la ley.
25. No tienes que someterte a pruebas de virginidad si quieres entrar a la universidad o al Ejército.
26. Puedes denunciar a agresores y violadores ante órganos institucionales.
27. No existe la práctica de la ablación o mutilación genital en tu país.
28. Puedes llegar a ser presidenta de tu país, legisladora o dueña de tu propia empresa si te lo propones.
29. Recibes igual salario al de un hombre.
30. Puedes leer lo que te plazca.
31. Puedes firmar documentos como adulta en pleno ejercicio de sus derechos.
32. Puedes expresarte libremente, escribir y gritar a viva voz «¡abajo el machismo!» sin que te metan presa.
33. Puedes negociar con tu marido, padre o hermano el cuidado de la casa, niños y ancianos para que tú puedas trabajar o estudiar.
34. Puedes viajar por el mundo sin tener que pedir permiso.
35. Puedes militar en cualquier partido político, asociación o gremio de tu elección.

Si marcaste:

Más de 25: ¡Da las gracias! A Dios, a la vida, al universo, a quien quieras. Sobre todo a las feministas que en el pasado lucharon por asegurarnos a las de esta generación poder vivir mejor que ellas.

Entre 10 y 24: Sigue dando las gracias y fijate en cuáles prerrogativas te parece que no tienes. Si está en tus manos modificarlo, hazlo; estás en tu pleno derecho.

Menos de 9: ¿Dónde vives? ¿Tienes restricciones religiosas o políticas en tu país? En todas partes hay feministas dando la pelea; no pierdas la fe y apoya donde sea posible.

Agradecer es vital, por las pocas o las muchas cosas de las que disfrutamos día a día, que a veces damos como seguras y no somos conscientes de que son grandes logros para las mujeres de nuestra época comparadas con otras que no tienen la misma suerte que nosotras.

Agradecer además es fundamental para conseguir la energía que nos conecta con estados de ánimo positivos, para salir de la resignación y del resentimiento, vivir la vida con ambición y seguir dando las luchas que aún tenemos que dar por una libertad más plena para todas.

Mujeres y finanzas

30 de agosto de 2015

Leía en estos días un artículo que describe una situación tristemente común en el mundo del emprendimiento femenino: las mujeres son mayoría en las micro y pequeñas empresas y saben constituir las y manejarlas, pero no consolidarlas y hacerlas crecer. Muy pocas llegan a ser dueñas de medianas y grandes empresas, básicamente porque no saben acceder al crédito y a fuentes de financiamiento.

La falta de información es una de las razones más esgrimidas. No saber cómo se hace para asumir un crédito y que hay distintas formas de endeudarse o no ubicar las fuentes de financiamiento idóneas para sus negocios pueden ser situaciones frecuentes, pero si vamos un poquito más allá, quizá haya otros motivos o bloqueos: si todo es cuestión de información y conocimiento, no debería haber muchos tropiezos para acceder a ellos.

El caso es que, por lo menos a las mujeres de mi generación (*baby boomers*), nos enseñaron a trabajar mucho, con

mentalidad de empleada, de pago fijo y seguro. Dar el paso para ser emprendedoras independientes requiere mucho arrojo y valentía, y sobre todo estar emocionalmente orientadas a la ambición. Esto es más común en los hombres, y mucho más reconocido en ellos. Sheryl Sandberg, autora del célebre *Lean in*, decía que una mujer ambiciosa suele ser mal vista porque asume comportamientos más agresivos que los que se esperan de una mujer, y recomendaba moverse siempre entre dos aguas.

A esto se le suma el hecho de que a las mujeres no se les da muy fácil eso del crédito, pues las entidades financieras privilegian a los hombres en cuanto a su capacidad de pago o activos, a pesar de haberse demostrado que las mujeres son mejores pagadoras de deudas e invierten mejor lo que ganan (en familia y educación y salud de los hijos). El mundo crediticio no está exento de estereotipos y discriminación sexual.

Pero lo que más pesa, creo yo, es la educación en temas financieros y matemáticos. Es bien sabido que a las mujeres nos orientan a lo social, humanitario y literario, y a los hombres a las ciencias, tecnología y números. Por eso las mujeres de mi generación siempre esperamos que la economía familiar estuviera en manos de ellos: primero el padre, luego el marido y al final el hijo ya adulto (recuerdo que cuando me divorcié no tenía referencias de crédito, tarjeta a mi nombre ni cuenta corriente; ¡a los treinta y cuatro años no tenía dominio de mi dinero!). De hecho, algunos estudios demuestran que lo que a las mujeres les falta no son competencias sino confianza en sí mismas.

Por todas estas razones, una de las luchas feministas más importantes ha sido la procura de autonomía financiera de las mujeres. Hasta hace poco tiempo una mujer no podía tener una cuenta en un banco sin autorización del padre o con firma con-

junta del marido. Las decisiones de vender, hipotecar o pedir préstamos debían hacerse con aprobación del esposo, mientras que el hombre podía ejecutar cualquiera de estas acciones por su cuenta. Muchas leyes civiles desfavorecen a la mujer cuando se trata de separación de bienes en casos de divorcios. ¡Todavía en este siglo se está peleando el pago equitativo a la mujer por las mismas funciones que hace un hombre! Hay excelentes iniciativas que pueden cambiar esta realidad, como la de las Female Funders, exitosas inversionistas que están ayudando a otras a entender el mundo de los capitales.

Espero que las nuevas generaciones sepan que sin control económico no hay mando. Que abran sus cuentas desde chiquitas, ahorren en moneda dura, tomen cursos de finanzas y contabilidad, busquen asesoría, se unan a grupos de mujeres que les den soporte en la materia, vayan a un banco sin miedo a pedir prestado, asuman sus deudas responsablemente y tengan mentalidad de mujeres independientes, creadoras y fundadoras de empresas grandes y prósperas. Es fundamental tomar acciones en nuestro ámbito financiero y apropiarnos de él para triunfar en la vida.

Muchas escuelas tampoco ayudan

26 de septiembre de 2015

Las que hemos sido madres trabajadoras de hijos en edad escolar hemos pasado por algunas situaciones más o menos como estas: «mami, hay que llevar una maqueta de la Capilla Sixtina para el viernes», «mañana tengo que llevar flores para la Virgen», «de tarea me mandaron hacer una composición de cinco páginas sobre el calentamiento global y su efecto sobre

el desarrollo sostenible sin que sea copia y pega de internet sino con mis propias palabras pero todo lo que sé cupo en un párrafo», «para una feria de comida típica me pidieron llevar una ensalada de gallina para cuarenta personas», «mami, explícame qué es un logaritmo neperiano», «¿tu hijo no está en karate / flamenco / natación / inglés / música / *crossfit*?», «si no llegas a las doce en punto a recogerme al colegio me dejan en la calle»... Estrés, estrés y más estrés.

Todas esas tareas o responsabilidades recaen en los progenitores. Si no hay padre por ahí cerca, pues todo sobre la madre. Parecería que los directores de las escuelas creen que las mujeres aún están de amas de casa exclusivamente dedicadas a los hijos y permanentemente dispuestas a ayudar o hacerles la tarea si la complejidad lo amerita.

Pues no. Las madres trabajadoras se las ven muy mal cuando se tropiezan con situaciones así. Llegar cansada, después de un día agotador, a eso de las nueve de la noche porque una reunión de trabajo se extendió más de lo normal y leer una nota pidiendo algo inaudito para el día siguiente, como un sapo para disecar o un corazón de vaca, sin ninguna carnicería o selva disponible para ubicarlo a esa hora o sin el dinero a la mano para comprarlo, es estresante. El niño queda mal, y una dando excusas.

A veces convocan a reuniones o entrega de boletas a las ocho de la mañana, justo a la hora de tu entrada al trabajo, y te ves obligada a pedir permiso, algo que no siempre es bien visto por los jefes, a riesgo de volver a quedar mal con el colegio. Otras veces anuncian que no habrá clases porque ellos tienen consejo de maestros y una no sabe qué hacer con ese muchacho en la oficina. Más estrés con el que lidiar.

También están las otras mamás, las que no trabajan fuera del hogar, las que te miran con cara de pobrecriaturalamadre-

queletocó, que se saben todos los intrínquilis del colegio, de cada maestra, de todo lo que pasa y no pasa, las que se apuntan para todas las comisiones y que te dan las primicias. Si estás con todas en un grupo de WhatsApp te sientes menos que una cucaracha porque te enteras tarde y mal de lo que «deberías» haber hecho para que el vástago cumpliera con sus obligaciones.

Sin querer quitar la responsabilidad que tienen madres y padres en la educación de sus hijos, hay que buscar una readaptación del sistema escolar a las nuevas realidades de madres que quieren hacer una carrera profesional y que para ello necesitan tiempo. Usar más la tecnología comunicacional a distancia para evitar reuniones presenciales en horas inconvenientes, extender el horario escolar para que las actividades extra cátedra se hagan en el colegio, poner tutores en la propia escuela que ayuden a hacer las tareas y aclaren dudas, que se gradúen maestros más hábiles para explicar y así las madres no tengan que estar cerrando los baches que les quedan después de un día de clases, y que ideen actividades no costosas más adaptadas a las verdaderas capacidades del niño. Estos son algunos de los cambios que las madres trabajadoras y empresarias necesitamos del sistema educativo.

Gobiernos, colegios, madres y padres, docentes... todas las partes debemos apostar a que la labor educacional se distribuya de forma equitativa, y así las madres puedan dedicarse a sus trabajos de forma plena sin tener que abandonarlos parcial o totalmente por culpa de un sistema escolar desfasado y más centrado en sus propias necesidades que en las de la comunidad a la que debe servir.

¿Qué hace falta para ser una activista de los derechos humanos de las mujeres?

11 de noviembre de 2015

Como nos interesa el feminismo y considerando que los derechos de las mujeres son derechos humanos, pienso que las siguientes recomendaciones pueden ser de utilidad y aplicación para quienes levanten nuestras mismas banderas del respeto a la equidad, la paridad y la igualdad de género.

No es una lucha fácil porque se trata de señalarle a mucha gente conservadora y acostumbrada al poder que algo no está bien. Eso incomoda. Tampoco es fácil porque los argumentos contra el feminismo son tan sutiles que te hacen a veces pensar que estás imaginando cosas, que no todo es tan grave, que eso era antes, que no es para tanto, etc. Te encasillan, discriminan o rechazan por querer armar un alboroto que va contra los valores de la religión, la familia o la sociedad misma.

Por eso, buscando fortalecernos en nuestros objetivos como defensoras de los derechos humanos de las mujeres, pienso que es útil revisar una lista de requisitos y acciones que logren mantener el esfuerzo y conquistar a muchas más para que se sumen al ideal feminista:

- * Convicción personal fuerte y arraigada sobre la necesidad del movimiento.

- * Revisión de las prácticas personales que no sean congruentes con lo que defendemos desde el discurso. Disposición para identificar los actos machistas que cometemos o alentamos.

- * Documentarnos muy bien sobre la historia del feminismo, el marco legal que le da basamento a la causa que defendemos, las instituciones que debemos cuestionar, los personajes que marcaron y marcan pauta en la materia.

* Manejar datos e indicadores, hechos bien referenciados, con uso de fuentes confiables. Evitar los juicios de valor dichos a la ligera e irresponsablemente.

* Tener claros los argumentos y contraargumentos que tradicionalmente se le hacen al feminismo para poder sostener discusiones de altura con los defensores de puntos de vista contrarios y señalar con fundamento las creencias erróneas que se manejan en torno al tema.

* Escuchar mucho, indagar, sondear los sistemas de creencias que sostienen el modelo machista para poder usar esa información con inteligencia.

* Respetar al otro, sin ataques personales. No caer en provocaciones.

* Mostrar ideas de varias maneras haciendo acopio de creatividad para que el mensaje pueda transmitirse efectivamente.

* Tener seguridad y confianza en lo que se está defendiendo.

* Perseverar, aunque no se tenga todo el apoyo esperado.

* El sentido del humor a veces cae bien; nadie quiere aves de mal agüero revoloteándole alrededor con mensajes apocalípticos.

* Trabajar en red con otras feministas.

* Compartir los aprendizajes en un blog, en las redes sociales, en reuniones con familiares o amigos.

* Formarnos en técnicas para gestionar cambios culturales. Todo proceso de cambio genera resistencia, es lo normal. Como activistas debemos prepararnos para reconocer esa resistencia y saberla manejar.

* Participar en todos los espacios posibles para llevar el mensaje. No limitarnos a esperar la invitación: también debemos organizar proactivamente y plantear intercambios que mantengan el debate vivo.

* Aprovechar fechas emblemáticas desde donde apalancar las acciones que diseñemos con alta resonancia en medios de comunicación.

* Tomar cursos de vocería, oratoria, redacción... Lo comunicacional es sustancial al movimiento. La capacidad de transmitir ideas de forma clara e impactante es una de las competencias más importantes del activismo.

* Reconocer logros, festejar victorias, agradecer apoyos, siempre en modo positivo, siempre con energía y ánimo que contagie. Las emociones dinamizan y facilitan que otros adopten nuestras ideas.

* Revisar nuestras fuentes de energía, desarrollar resiliencia (fortalecerse con las crisis), reconocer nuestros bajones y recuperarnos pronto para continuar.

* Pedir apoyo, con humildad y ganas de aprender, a quienes cuentan con la experiencia de haber transitado ya muchos caminos similares al nuestro y han tenido éxito.

* Conectarnos con el sufrimiento ajeno, con las personas que están en desventaja y a quienes decimos defender. Que nuestra adhesión al movimiento no sea una moda, sino que nos guíe la vocación de servicio y la claridad de propósito.

El activismo social es un estilo de vida. Quien defiende los derechos humanos, entre ellos los de las mujeres, está asumiendo una misión personal que trasciende su ámbito privado y la sitúa en el espacio de lo público, con todo lo que ello conlleva. Es una decisión personal que debe hacerse de forma consciente, comprometiendo alma, vida y corazón, dispuesta a darlo todo para servir a otros. Es así de intenso. Mejor entonces estar preparadas.

2



1

6

@vanetsoi

Solidaridad femenina

14 de junio de 2016

Cada vez que pongo en mis redes un post para aupar a una mujer por su desempeño en el poder, cualquiera que sea su tendencia política e ideológica, recibo la respuesta de alguna mujer, que dice algo así como «no por el simple hecho de que sea mujer hay que apoyarla», «si va a llegar al poder a reproducir los esquemas machistas mejor que no gobierne», «cuidado con esa tipa, que no es de nuestro bando», «ella tiene un pasado dudoso», «¿qué ha hecho a favor de la mujer para que tú la apoyes?»...

Lo que más me llama la atención es que cuando se habla de hombres en posiciones de poder, no veo que se cuestione su machismo o que se les juzgue por sus habilidades para ayudar a otros hombres o por su forma masculina de ejercer el liderazgo. En el caso de las mujeres, en cambio, ponemos mucho peso en su reputación, su pasado o su pertenencia al sexo femenino, y son precisamente las de este sexo quienes más se fijan en eso. Es como si pensáramos que solo las impolutas, intelligentísimas, sin tacha, feministas activistas correctas, tienen que llegar al poder.

Lo común es ver a muchos hombres incapaces o mediocres en la cima de organizaciones, gobiernos, empresas, universidades y toda clase de espacios de poder. Eso lo vemos normal. Pero a una mujer, para que se le dé el chance de ser nombrada o electa, debe tener cualidades extraordinarias. Si una mujer en el poder comete un error, enseguida viene el «tenía que ser mujer» o «¿para eso quieren más mujeres en el poder?». Si un hombre se equivoca, a nadie se le ocurre insinuar que su falta de destrezas se debe a su sexo. Es inaudito que por encima

de una mujer prefiramos a un hombre que más o menos calza los puntos para un puesto, por la sospecha de que ella, por ser mujer, no es perfecta ni cuenta con todas las cualidades que en teoría debe tener. Recuérdense la contienda presidencial entre Hilary Clinton y Donald Trump, por no ir muy lejos.

A mí sí me parece que el «solo hecho de ser mujer» es razón suficiente para apoyarla. Me gustaría ver a muchas más en el poder, sin importar su tendencia ideológica, su pasado o su experiencia en temas feministas, para que sean exitosas o para que se equivoquen, pero hay que darles la oportunidad de hacerlo, como se la damos a hombres que no son ninguna maravilla ni les exigimos tanto como a ellas.

Cuando apoyo a mujeres en mis escritos, sean quienes sean, lo hago destacando el arrojo, la valentía, la fortaleza que tienen para persistir, hacer carrera y alcanzar las más altas posiciones jerárquicas en un mundo tan machista como el de los partidos políticos, parlamentos e instancias de gobierno. Ese es un mundo rudo y duro, y ellas lo conquistan al ser designadas o electas, después de haberse llevado por delante a un gentío (con todo y mujeres poco solidarias) contra viento y marea, con estrategia, con inteligencia, aprovechando sus redes y contactos. Además... ¡llegan muy pocas! Eso debe significar algo.

Quienes las criticamos no nos atrevemos a hacer ni la mitad de todo ese esfuerzo. Pero qué broma que, siguiendo el guion patriarcal, nos pongamos a competir entre nosotras para dejarles a ellos el camino abierto. Feministas italianas reunidas en torno al colectivo Librería de Mujeres de Milán señalaban ya en 1991 la contradicción en que estamos inmersas: esperamos un apoyo incondicional de las otras mujeres, pero somos incapaces de valorar a la que se distingue. Es más, ponemos en tela de juicio la manera como muchas acceden al poder. En palabras de Marisa Soleto, directora de la Fundación Mujeres,

«se insinúa que la relación afectiva o sexual es uno de los elementos que explican la carrera profesional de las mujeres, tanto en política como en el terreno laboral. Con esos comentarios sexistas se les niega todo mérito y se erosiona la confianza en ellas. Las mujeres casi tienen que pedir perdón por tener una carrera política en lugar de dedicarse a la familia».

Juana Gallego, directora del Observatorio de la Igualdad de la Universidad Autónoma de Barcelona y coordinadora del máster de Género y Comunicación, refuerza esta idea: «se da por supuesto que la vía natural para que las mujeres lleguen a un cargo político es la conquista de un hombre. Por tanto, en prensa a menudo se hace referencia a sus encantos físicos, eróticos y seductores, pero no a su valía. Es decir, a las mujeres se les niega la autoridad y la legitimidad como sujetos autónomos y se las trata como si estuvieran en una minoría de edad permanente».

Es el *script* machista que muchas mujeres han comprado y repiten, sin darse cuenta de que eso nos deja a todas por fuera de la carrera. Las mujeres merecemos llegar al poder porque no somos minoría, porque eso es democracia. Cuando seamos 50-50 y tengamos paridad absoluta (no cuotas: paridad), entonces sí, veamos otros elementos y competencias para evaluar y juzgar a candidatos hombres y mujeres, pero en igualdad de condiciones, no ahora, cuando las mujeres aún partimos de una enorme desventaja estructural.

Darnos más apoyo entre nosotras es lo que hace falta ahora. Para ello es necesario que entre todas construyamos esa unidad. Nos necesitamos para cambiar las cifras, y eso empieza por mostrarnos solidarias, derribando la terrible idea patriarcal de que las mujeres somos enemigas.

Cada una desde su trinchera

4 de agosto de 2016

Quienes trabajamos con enfoque de género por mayor inclusión, equilibrio de poder y oportunidades para las mujeres, en ocasiones diferimos en los alcances de nuestra lucha o en la estrategia, en el foco frente a situaciones puntuales o en el sustento político e incluso filosófico de nuestras posturas.

Confieso que nunca me interesaron mucho la diatriba ideológica, los mapas políticos globales con aquello de la izquierda, la derecha, marxistas, nacionalsocialistas, socialcristianos, liberales, socialdemócratas, anarquistas, verdes, etc., y también me siento lejos de las luchas intestinas del feminismo, sobre todo cuando se mezclan con los grupos anteriores y con otros problemas, derechos y reivindicaciones, como los de discriminación étnica o de los grupos LGTBI, dando lugar a múltiples embrollos y posicionamientos frente a las estructuras de la supremacía masculina.

Una se ve inevitablemente vinculada a discusiones, unas veces más interesantes que otras, con temas álgidos como el aborto, agresión sexual y violación, la lactancia forzada, las suspensiones remuneradas igualitarias por paternidad o el trabajo doméstico no remunerado, pero no es mi interés imponer a nadie un marco de «ideas correctas» que ayuden a crear todavía más fronteras y divisiones entre propios y extraños.

Yo, como cualquiera, tengo mi propia visión de nuestros problemas y las alternativas de acción, pero siempre me ha fastidiado un poco la discusión política y suelo sentirme más cómoda con iniciativas en las que se discute menos y se hace más. No descreo de las potencialidades de esa discusión, pero me motiva más ayudar a gente concreta en situaciones concre-

tas. Me gusta poner a prueba mis propias creencias enfrentando las explicaciones que cada mujer da a sus problemas, e incluyo en la ecuación esas creencias machistas que condicionan todo lo que hacemos y observamos, pues somos hijas e hijos de madres y padres machistas y el *software* de instalación temprana es el más difícil de reparar y rediseñar.

Tengo predilección por apoyar a mujeres que, desde cualquier perspectiva ideológica y desde cualquier marco familiar o laboral, deciden hacer algo más por su empoderamiento. Como cuando deciden, por ejemplo, reconocer algunas de las tareas y conversaciones, por difíciles que sean, con sus esposos, padres, hermanos, jefes, compañeros (aquí uso el masculino no como genérico, sino que me refiero específicamente a hombres) y a veces también con otras mujeres, a veces cercanas.

Las que estamos dedicadas a extender lo antes posible la igualdad de género en todos los espacios de poder, especialmente en los que se articule y decida sobre lo común y lo que afecta a otros, sabemos que hay otras mujeres que, desde donde están y desde distintas posiciones políticas, también hacen lo propio. Aquí cabe promover la sororidad.

Tenemos que ayudar a la que da un paso al frente en su casa, en su empresa, en su asociación, su partido, su iglesia, su mundo. Cerremos el paso a la diferenciación por razones ideológicas o por contextos nacionales y culturales, para ofrecer empatía y acompañamiento a cualquier mujer y a cualquier grupo de mujeres que hagan por sí mismas lo que nadie más va a poder hacer: tomar conciencia de su ser, de su derecho inalienable a pensar y transformar su realidad, insertarse en la sociedad aspirando a todo lo que pueda aspirar a un ser humano y más, porque el hecho de ser humano incluye esa extraña

pretensión de recrear el mundo a nuestra imagen y semejanza, por lo que también debemos aprender a ser diosa, madre de diosa e hija de diosa.

«Mi pareja es mi socio»

8 de noviembre de 2016

Hace unos días renunció una amiga a su empresa para irse a ayudar a su esposo con su negocio particular debido a que él está ganando nuevos clientes que requieren más atención y servicio. En lugar de contratar a una persona para esta labor le pidió a ella que dejara su trabajo y se fuera a ayudarlo. Ella estuvo de acuerdo y se fue.

No es una decisión fácil por lo que conlleva trabajar en un mismo espacio, al mismo tiempo y en lo mismo que tu pareja. Lo digo porque no siempre tenemos la capacidad de separar roles y metas laborales de los roles y metas personales, relacionales, parentales, sociales, familiares... Conozco varias parejas que lo han vivido: algunas fracasaron estrepitosamente, otras están ahí guapeando.

Soy partidaria de que cada quien tenga su propio espacio. Hace la vida mucho más rica, sobre todo para la mujer, a quien le ha costado tanto abrirse camino en los terrenos productivos. La verdadera independencia es la económica. Si tienes tus propios ingresos o puedes agenciar tus proyectos y clientes de forma autónoma, eres poderosa. Decidir en qué gastas lo tuyo, en qué lo inviertes, si te expandes o no... cualquier movimiento que tomes, lo consultes o no con él, es tuyo. Además, diversificar las fuentes de ingreso familiar y no poner todos los huevos en la misma canasta parece una opción razonable.

Todo esto cambia radicalmente cuando eres empleada de tu marido y más aún si trabajan en el mismo espacio físico compartiendo todas las horas de labor y domésticas. Súmale que sea él quien pague tu sueldo. Aunque cuando el emprendimiento sea tuyo podrás ser su socia o su jefa. Eso le daría un giro interesante.

Pero para todas las situaciones, ya sea como empleada, jefa o socia, te recomiendo que desde un inicio converses y negocies para establecer reglas de juego claras. Separen lo que es trabajo de vida personal. Pongan horarios de fiel cumplimiento. Acuerden que no se habla de trabajo fuera de esas horas. Tengan la oficina fuera del hogar: protejan de los conflictos laborales la casa y la relación con los hijos. Ténganse paciencia para respetar ritmos, creencias, ideas, decisiones de cada uno... Piensen en la empresa como un ente autónomo, independiente de ustedes, que requiere de sus cuidados, pero no son ustedes. Hablen de lo que esperan el uno del otro, clarifiquen muy bien los roles que ejercerá cada uno, prevean conflictos y acuerden formas de solucionarlos antes de que se presenten. Establezcan normas para que ambos sepan lo que se puede y lo que no se puede hacer. Conversen siempre que sientan que se están incumpliendo los acuerdos o que están teniendo más conflictos de lo necesario. Estas podrían ser recomendaciones útiles para que el experimento resulte.

El matrimonio es una sociedad y quien vive con otro ya sabe lo que implica compartir de forma íntima todo lo que les acontece. Podría aventurarme a decir que, si la calidad de la relación interpersonal es buena, el proyecto de trabajar juntos tendrá más esperanzas de éxito que en situaciones donde falte amor. Podría pensarse que ambos espacios no se influyen, pero ocurrirá sin duda alguna; por eso hay que tener la inteligencia para advertirlo a tiempo y estar dispuestos a cambiar de rumbo para que ni la empresa ni la pareja sufran.

La maternidad será deseada o no será

15 de noviembre 2016

Publiqué en mi cuenta de Instagram un post sobre el más reciente libro de Orna Donath, *Madres arrepentidas* (Reservoir Books, 2016), publicado en España, continuando con la estela de éxito que consiguió en países como Alemania. Este ensayo se compone de entrevistas a veintitrés madres (algunas ya convertidas en abuelas) dispuestas a hablar sobre su sentimiento de arrepentimiento acerca de su maternidad.

En palabras de su autora: «algunas madres que se arrepienten me dan las gracias por hablar del tema; otras que no quieren ser madres, también. A otras después de leer el libro les entra la duda de si quieren ser madres. He aprendido que esta incertidumbre es una de las respuestas más interesantes que mi estudio puede generar, porque hay muchísimas mujeres que van a tener un hijo y no saben cómo será la maternidad, no saben qué va a exigir... Mi estudio no es en contra de la maternidad ni en contra de las madres, y por supuesto tampoco contra los hijos, pero para mí es muy significativo que algunas mujeres se cuestionen ser madres o no después de leer mi libro. Creo que las posiciona en una postura más abierta».

Jamás imaginé las reacciones de muchas de mis seguidoras al publicar la nota. Me preguntaban dónde comprar el libro y si llegaría a sus países, pero además muchas dejaron testimonios verdaderamente conmovedores, asombrosos, honestos y muy sentidos sobre lo que habían vivido en su rol maternal. Aquí algunos:

@sraalbamaritza: Quedé maravillada con el resumen, así que el libro debe de ser genial. Muchas veces tuve ese sentimiento y me sentí mal por ello. Si en mis tiempos hubiera descubierto estas cosas, qué distinto habría sido todo.

@euczrb: ¿Llegará a Venezuela? Quiero leerlo. Tengo una beba de cuatro años que no planifiqué. No quería tenerla, pero seguí adelante con mi embarazo. Ahorita la amo, pero muchísimas veces imagino mi vida sin ella y creo que tal vez sería mejor. A veces me arrepiento de haberla tenido, otras veces siento que es lo mejor que me ha pasado. Aunque creo que mejor hubiese sido no tenerla. Quiero leer ese libro.

@rossivazquez09: Yo tengo treinta años y siempre crecí con la idea de no tener hijos. Nunca he dudado de mi decisión, aun cuando he sido criticada por la mayoría de las personas que me rodean, pero soy libre y solo yo puedo decidir sobre mi cuerpo y sobre lo que quiero...

@my_own_things: Dios mío, no estoy sola. ¡¡¡Creía ser la única madre en el mundo que se arrepentía!!! Me ha tocado muy duro totalmente sola con mi hija y nunca me imaginé cómo sería hasta que me pasó, también teniéndola sin querer y añorando mi vida de libertad. Ya no soy tan feliz como solía ser... Me da muchas alegrías, pero más preocupaciones y mil veces más trabajo; me absorbe y siento que ya no vivo sino para ella. Gracias por decir lo que tantas mujeres callamos... Ojalá llegue el día en que podamos decidir lo que queramos sin que otras mujeres nos juzguen por no querer llevar su misma vida patriarcal. Por lo menos podré explicarle bien cómo es la maternidad a mi hija para que ella decida.

@carolinaanovazzi: Es difícil ser madre... A veces siento culpa por pensar así, pero veo que más de una, a pesar de amar mucho a sus hijos, si volviera a empezar no los tendría, sobre todo por miedo a que les pase algo malo...

El machismo nos hace creer que las mujeres nacimos exclusivamente para reproducir la especie. Nuestro rol fundamental en la vida es concebir y parir hijos, sin cuestionarnos siquiera si eso es lo que queremos o no. Una mujer que aborta porque

no quiere tener hijos, o una que decide no tenerlos, es una especie de monstruo o ejemplar defectuoso. Eso es lo que hay que romper, ese romanticismo patriarcal por la maternidad. No es verdad que «una mujer solo es mujer hasta que tiene un hijo», que amamantar y parir sean la cosa más bella que le puede pasar a una mujer, ni que nacimos para perpetuar la especie. Las feministas queremos que cada una tenga la libertad para decidir.

Aprendí con estas reacciones a mi post algunas lecciones que pueden ser útiles a la hora de romper con los roles que el patriarcado nos ha impuesto:

- * El valor de contar con datos que derriben mitos, que no te hagan sentir sola o loca.

- * La importancia de abrirte para externar lo que piensas y sientes, hacer comunidad con otras sin juicios previos ni culpas, para que te alivies y puedas ser tú misma.

- * El valor de las redes para que muchas analicen su propia vivencia y desmitifiquen creencias que intoxican.

- * La voz es poder. Hablar, sacar afuera, no callar... es el inicio del cambio.

- * La solidaridad entre mujeres, no sentirnos atacadas por la manera de pensar de otras y acompañarnos hasta en los pensamientos más oscuros.

- * El poder liberador de la lectura, de comprobar que hay otras miradas, otros mundos, otra forma de ver y entender.

Gracias, Orna, por investigar con valentía y echar abajo mentiras como templos. Muchas te lo agradecemos. Y a mis seguidoras, gracias por su coraje al admitir una «herejía». ¡Estoy segura de que ahora se sienten mucho mejor!

Problemas de las mujeres en el trabajo

29 de noviembre de 2016

Sin ánimo de establecer prioridades o descalificar el trabajo que se hace con mujeres en situación de alto riesgo, pienso que el tema de la inserción y vida laboral de una mujer también merece estudiarse, discutirse, protegerse y defenderse.

Estadísticas internacionales hablan de la creciente cantidad de mujeres incorporadas al mundo laboral, los tipos de oficio a los que se dedican, la cantidad de tiempo que permanecen económicamente activas, cuánto contribuyen al PIB de sus países, etc. Lo que me preocupa, sin embargo, son los datos intangibles, los que no aparecen en las estadísticas, las dificultades y vivencias que muchas padecen para poder mantenerse y triunfar en el medio laboral.

De acuerdo con mi experiencia, estos son algunos:

- * Acoso laboral/sexual por los jefes.
- * Descrédito de sus aportes o descalificación por su sexo. («Mujer tenía que ser...»).
- * Robo de ideas por un jefe que no les da crédito público.
- * Asignación de roles de apoyo, bajo perfil o segundo plano.
- * Destinarlas automáticamente a labores de secretaría, arreglos logísticos u orden y minuteo de reuniones porque «las mujeres son más organizadas que nosotros» (o sea, que lleven ellas esa carga).
- * Escaso ascenso a puestos directivos.
- * Crítica a sus emociones y su forma de expresarlas.
- * Achacar a su periodo menstrual cualquier indicio de mal humor.
- * Hacerlas blanco de chistes misóginos que además tienen que reír y celebrar.

- * Reacción negativa ante la noticia de un embarazo.
- * Preferir contratar o ascender a un hombre por temor a la maternidad.
- * Dar por sentado en la contratación que la responsabilidad de los hijos y el hogar es de la mujer trabajadora y no de los hombres.
- * Mayores exigencias de dominio y experiencia que a un hombre (a ellos los contratan por potencial, a ellas por la experiencia).
- * No incorporarlas en los paneles de expertos en las reuniones internas o en representación de la empresa en actos externos por confiar siempre más en un hombre para esas actividades.
- * Exigirles asistir a reuniones después de las horas laborales sin tomar en cuenta que además de todo las mujeres en el hogar desempeñan una segunda jornada.
- * Negativa a instituir horarios flexibles.
- * Exigirles cuerpo y apariencia aprobados por los hombres, so pena de ser blanco de burlas y críticas vejatorias (gorda, fea, vieja...).
- * Menor remuneración por el mismo trabajo que los hombres.
- * Falta de sensibilidad a sus problemas y presiones familiares, siendo que las mujeres son las cuidadoras oficiales de la familia, bien sea de los hijos, padres, hermanos, parientes enfermos, etc.
- * Poner como condición que la mujer beba alcohol o asista a fiestas o viaje fuera de la ciudad como parte del trabajo, y excluirla si se niega o demuestra que no le es posible.
- * Amenazas veladas para que haga cosas con las que no está de acuerdo.

* Reglas de competencia interna por el poder que se adaptan más al estilo de los hombres.

Las empresas están hechas por hombres, con reglas masculinas, al punto de que muchas mujeres que ocupan posiciones de alta gerencia incurren en estas mismas prácticas con sus pares femeninos de menor jerarquía. Se masculinizan en el ejercicio del poder como una forma de garantizarse un puesto que de otra forma no hubiesen conseguido.

Por todo esto, las empresas deben incorporar perspectiva de género en sus políticas, normas y prácticas de trabajo, buscando tener un equipo gerencial y una población laboral diversa, donde se respete la opinión de todos y se logre un clima de equidad. Las compañías deben procurar la defensa de los derechos de sus mujeres mediante formación y sensibilización, para que tengan un espacio donde desplegar su talento y funcionar con libertad. Al mismo tiempo, quienes trabajan por el feminismo deben poner sobre el tapete la situación de las mujeres trabajadoras, quienes también necesitan ser atendidas y hacer visibles que, al igual que muchas, viven una situación de violencia organizacional y un machismo empresarial que las debilita y maltrata.

Por una educación sin prendas de género

8 de diciembre de 2016

Recibo una carta de Isabel, estudiante de una escuela española, en la que me habla de su experiencia al solicitarle a la dirección que les permita a las chicas elegir pantalones como uniforme de diario:

Abril de 2016

Perteneceemos a un colegio católico concertado al que hemos ido prácticamente toda nuestra vida y, a un año de terminar bachillerato, hemos tomado una decisión: comunicarle a nuestra directora una inquietud que nos rondaba desde hacía ya tiempo.

Llevamos desde los tres años en este colegio, en el que, al ser religioso, debemos llevar un uniforme no del todo estricto y del que no podemos presentar queja, pero sí que queremos realizar unas mejoras en lo que a igualdad se refiere.

El uniforme se compone de un polo blanco, un jersey verde, calcetines del mismo color y zapatos negros. Esto es igual para cualquier estudiante, sin tener en cuenta su edad o género.

Lo que nosotras nos hemos cuestionado es: ¿por qué las chicas debemos llevar falda y los chicos pantalón? Puede que resulte una tontería (como varios profesores han opinado), pero tras vivir tanto tiempo esta situación, realmente te planteas que esta simple prenda, la falda, pueda estar creando una brecha entre los géneros: las niñas desde bien pequeñas no podemos correr libremente por el patio, siempre tenemos que estar atentas de que no haga demasiado viento ni que algún gracioso intente levantarnos la falda.

Como no quisimos tirarnos de cabeza sin ninguna información que nos respaldase, llevamos a cabo una encuesta entre más de cien alumnos y alumnas de nuestro colegio, entre las edades de once y dieciocho años. Se planteaban diversas preguntas sobre el tema, como «¿crees que esta prenda puede llegar a crear diferencias entre los géneros?», «¿alguna vez te has preguntado por qué las chicas debemos llevar falda y los chicos pantalón?», «¿te gustaría que tanto chicos como chicas tuviésemos la oportunidad de elegir entre falda o pantalón?».

Tardamos aproximadamente una semana en recoger las respuestas suficientes, y los resultados no nos sorprendieron.

Un 71 % estaban dispuestas a elegir entre falda o pantalón, un 64 % de las chicas admitieron que normalmente no se

sentían cómodas llevando la falda y que esta les estorbaba en acciones que se deberían poder realizar con facilidad.

La carta, junto con los resultados de la encuesta e imágenes nuestras llevando pantalón, serán entregadas a nuestra directora este lunes. Esperamos poder volver a escribiros con grandes noticias.

En la encuesta también participaron amigos nuestros y chicos de diferentes cursos (algunos incluso hicieron la encuesta poniéndose en nuestra piel o de sus hermanas pequeñas) y recibimos un gran apoyo de su parte. También nos han apoyado nuestros tutores y el profesor de Filosofía. Eso sí, la profesora de Religión opinó que era una tontería... Pues bien, mis compañeras y yo hemos decidido que deberíamos hacernos una foto todas juntas con el pantalón (¡esperamos poder hacerlo en cuanto terminemos exámenes!). También estamos pensando en escribir al periódico local para conseguir una mayor difusión.

¡Quizás en un futuro hagamos una recogida de firmas en la que pueda participar todo el mundo y no solo gente de nuestro colegio, para que se vea que es un problema que afecta a todos!

Me entusiasmo con ellas y, comunicándoles la información que estaba recibiendo del Reino Unido, las animo a seguir:

«Uniformes sin género: la nueva apuesta de los colegios de Reino Unido. Reino Unido quiere acabar con la discriminación de género en sus colegios. Para ello, ochenta instituciones estatales han eliminado la referencia a los niños y niñas en sus códigos de vestimenta y han introducido nuevas políticas de ‘género neutro’, en las que cada niño pueda llevar el uniforme que quiera y no el que le impongan. La iniciativa, financiada por el Gobierno, pretende que las escuelas sean abiertas en cuestiones de género, sobre todo con los niños que están buscando su identidad. Así, según la iniciativa, las niñas podrán llevar pantalones en el uniforme si así lo desean, y los niños pueden elegir llevar falda...».

Pasa un mes y recibo esta noticia de Isabel:

Mayo de 2016

Actualmente me siento decepcionada de mi colegio. Obtuvimos respuesta unas semanas más tarde, aunque ni la jefa de estudios ni la directora se dirigieron a nosotras, sino que tuvimos que preguntar si ya habían tomado una decisión (no se preocuparon por buscarnos). La jefa de estudios me comentó que la mayoría de los profesores había coincidido en que no era necesario llevar a cabo este cambio y que los que sí creían que era algo bueno terminaron diciendo que no porque, entre otros motivos (y esto es una cita literal), «los pantalones se modificarían y tendrían cierta altura para hacerlos más femeninos, y claro, las chicas que no tengan tipín, llevarían la barriga marcada y no quedaría bonito».

Hasta hoy sigo sin creerme esta contestación, en la que se deja en evidencia que se considera que por no ser 90-60-90, una ya no tiene derecho a llevar determinadas prendas de ropa. Con respeto me dirigí a ella el último día de clases (este pasado viernes) y le pregunté que si hacíamos una recogida de firmas se podría volver a considerar, y me dijo que podíamos hacerlo. Mi jefa de estudios es muy buena con los alumnos, por lo que en ningún momento le eché en cara absolutamente nada; lo consideré una opinión y debía respetarla.

No voy a mentir: tengo miedo de que esto no le guste a mi colegio y se planteen ciertas medidas; ¡es mi último año aquí y me gustaría poder terminar sin meterme en líos muy gordos!

Durante este verano mi grupo de amigas y yo grabaremos un vídeo con el mayor número de gente posible; la recogida de firmas se llevará a cabo en septiembre, ya que acabamos de empezar el verano y es muy difícil reunir a la gente en esta época. Nosotras no nos vamos a rendir: queremos conseguir este cambio y haremos lo que esté a nuestro alcance para lograrlo.

Nada cambia sin la adecuada presión social. Por ello, les planteo las siguientes opciones a Isabel y a todas las Isabels

que quieran empezar una lucha como esta, para defender su derecho a la libre elección como mujeres, cualquiera que sea el espacio donde se desenvuelvan:

- * Crear una comisión intercolegial: algo que permita identificar alumnas de otros colegios con el mismo problema (sean católicos o no).

- * Acudir a la conferencia episcopal, o incluso al Vaticano. Escribir algo que exprese claramente que no pretenden subvertir ni el orden escolar ni el eclesiástico: que se sienten católicas y solo desean tener más comodidad y evitar la discriminación sexista de que ahora son objeto.

- * Involucrar a las madres y padres, en quienes podrían encontrar un espacio de sensibilización y solidaridad.

- * Sensibilizar a los chicos y a los profesores hombres. Hacerlos sentir discriminadores si no apoyan.

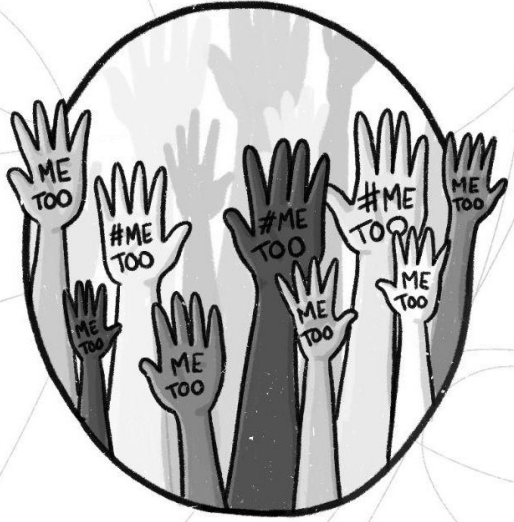
- * Escribir la historia, eso desde ya. Enviarla a *El Mundo* o *ABC*, diarios conservadores que tienen líneas editoriales «políticamente correctas» y podrían contribuir sensibilizando a la comunidad de escuelas católicas con esta campaña.

- * Hacer hincapié en el carácter electivo del pantalón, es decir, que haya dos uniformes optativos para las chicas.

A lo mejor todas estas cosas se le pueden plantear a alguna organización feminista de la ciudad para que lleve esas banderas, o puedes fundar la tuya propia, le dije a Isabel. No creo que sea una pelea fácil. El reducto de valores y costumbres conservadores de España y el mundo está en las escuelas religiosas. Si me pusiera en sus zapatos (los de la dirigencia de estas escuelas) me asustaría pensar que el siguiente reclamo es el derecho de los chicos a usar falda (si se trata de igualdad...).

Igual le hice llegar un mensaje optimista a Isabel y la felicité por su sensibilidad e iniciativa como feminista. A todas las pioneras les toca la parte dura del cuento, pero veo, por su empeño, que tiene madera para liderar estas batallas.

2



1

7

@vameisoi

No es tiempo de callar

1 de febrero de 2017

Volví a ver *Las sufragistas*. Mismo sufrimiento y misma sensación de impotencia, injusticia, extrañeza, asombro de que las cosas tengan que ser tan difíciles para las mujeres: las de aquella época y las de esta. Pensar que no hace ni cien años de todos esos acontecimientos. Pensar que todavía en muchos países del mundo las mujeres no pueden votar, hablar ni decir esta boca es mía, porque la religión, la costumbre o el poder no quieren, no les da la gana. Pensar que estamos tan lejos aún de la verdadera igualdad.

Vemos entonces las cosas que posteamos, los comentarios que hacemos cotidianamente, las acciones que emprendemos. Todo lo hacemos creyendo que muchas conquistas son seguras... pero vemos por la televisión el triunfo de Trump o el de Bolsonaro y, ¡pum!, ¡alerta!, todo puede irse al demonio. Nada se puede dar por sentado: no hay garantías. Todos los pasos dados pueden desandarse en un tris.

Todo el sacrificio de esas inglesas del siglo pasado y de las estadounidenses, asiáticas y musulmanas, africanas, latinoamericanas, mujeres de todas partes, luchadoras, todo el sacrificio de las mujeres muertas puede irse por la borda si no mantenemos vivo su mensaje: mensaje de rebeldía, de «no me la calo», de «hasta cuándo», de «ya basta», y que se queje el que se quiera quejar. Nos criticarán otras mujeres machistas patriarcales y hombres no conscientes de que el machismo los hunde a ellos también, temerosos todos de perder sus privilegios y seguridades.

Pero no importa. Cada una, desde su espacio, con sus redes, hable. Que ninguna se quede callada ante el más mínimo sín-

toma del *terminator* machista, que parece no morir nunca. Sin pena, sin culpa. Las feministas tenemos fama de intratables, exageradas, alarmistas. ¿Y qué? Nadie dijo que esto no tendría un costo. Que nos digan indecentes, alborotadoras, nazis, frígidas, conflictivas, amargadas. Como dice @sratabebi en *Amor y asco*:

Primero intentarán reírse
para ver si os avergonzáis,
pero una feminista ya ha perdido la vergüenza.
Después intentarán haceros creer
peores mujeres para ver si así os culpáis,
pero una feminista ya no cree en la culpa.
Luego intentarán
tacharos de libertinas, de zorras, de putas,
pero una feminista ya no cree en la reputación.
Entonces os sentiréis imaginariamente curadas
de esa enfermedad que esos
que se ríen, que os hicieron creer y que os tacharon,
os habían hecho pensar que, solo por ser mujer,
padecíais.

Ve o vuelve a ver *Las sufragistas* y mira el documental *She is beautiful when she is angry*. Busca historias de mujeres guerreras y valientes, que no se conformaron con su vida y conéctate con la indignación constructiva, esa que lleva a la transformación, primero personal y luego externa. Señala todo aquello que vaya en contra de nuestras libertades más básicas, contra nuestro derecho a ser y estar donde quiera que nos dé la gana estar. Habla fuerte y alto. Defender activamente las conquistas de las mujeres que nos antecedieron y conquistar lo que les dejaremos a nuestras hijas y nietas debe ser la bandera. Es nuestro tiempo. No calles.

Sin mujeres no hay democracia

9 de febrero de 2017

Hay dos espacios donde a las mujeres de todas partes del mundo se nos hace más dificultoso ascender y figurar: las empresas y los partidos políticos. No tiene tanto que ver con las vocaciones, capacidades o ambiciones, sino con las reglas, los obstáculos y los estilos de liderazgo que se consideran necesarios para ocupar altas posiciones, comúnmente relacionados con el ejercicio masculino del poder.

Las que llegan y tienen la oportunidad de demostrar sus talentos (estadísticamente muy pocas, considerando que somos la mitad de la población) lo hacen paradas desde sus privilegios de clase o raza, muchas veces invisibles, pero necesarios para poder elevar la voz y tener lo que se considera socialmente importante para ser tomadas en cuenta.

A las mujeres el poder nos elude. Ha sido así desde siempre, como nos recuerda la historiadora Mary Beard, autora de *Mujeres y poder*, al relatarnos un episodio de *La Odisea*, donde un imberbe Telémaco humilla a su madre, Penélope, delante de un nutrido grupo de notables: «“Madre mía, vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca. El relato estará al cuidado de los hombres”... Y hasta hoy».

Esta concepción del ejercicio del poder público se ha consolidado a lo largo de los años y opera a través de mecanismos institucionalizados de exclusión, llevando a más de una a creer que las cosas son así y lo que debemos hacer es amoldarnos y masculinizarnos para entrar y triunfar, aguantar calladas las múltiples formas de acoso, burla e indiferencia con que se trata a muchas militantes de partidos, y que es necesario aspirar a la perfección o sacrificarnos, antes de atrevernos a aspirar a un

puesto en una plancha o en un cuadro directivo. Somos como unas intrusas.

Estos mecanismos excluyentes son estructurales: no son fáciles de transformar y ni siquiera de identificar, pero son reales. Es preciso incidir sobre ellos para que las reglas no escritas de este juego empiecen a ser más favorables para las mujeres. No más cursos para fortalecer destrezas y habilidades, no más trabajo sobre autoestima o confianza en nosotras mismas, no más invertir tiempo y recursos en intentar ajustar a las mujeres a un molde organizacional dado. Antes bien, cambiar el sistema que nos impide alcanzar nuestro pleno potencial.

En los partidos políticos el panorama es desolador, tanto en los de izquierda como en los de derecha. Entre la doble jornada laboral, la maternidad, la falta de autonomía financiera y la vieja idea de que las mujeres están hechas para cuidar y los hombres para gobernar, no la tenemos fácil. Saltar esa valla viene aparejado con enormes tropiezos, pero el primer paso es entender que estamos tratando de cambiar una cultura con mucho arraigo histórico y estructural. Esto amerita dotarse de estrategia.

El movimiento feminista busca facilitar metodologías para el empoderamiento y fortalecer capacidades de liderazgo público, comunicación y organización, de forma que las mujeres con vocación política adquieran estrategias efectivas de incidencia pública.

Importante entender que la lucha es colectiva, común a todas las mujeres sin importar su posición ideológico-partidista, y que las cifras que reflejan la baja participación de las mujeres en este sistema, supuestamente democrático, responden a razones patriarcales montadas de manera histórica y sistemática para conservar el poder en manos de los *fratres*. Pongamos el foco en las barreras a derribar para alcanzar la paridad en el menor tiempo posible.

He trabajado con diputadas, militantes de partidos, alcaldesas, concejalas, que al preguntarles cuáles fuentes de discriminación política han experimentado en su carrera política

mencionan, entre otras: exclusión de los espacios de toma de decisiones, dificultad para entrar a la rosca o cogollo, compañeras con escasa perspectiva de género que no apoyan a otras mujeres, clasismo, mensajes que desalientan la participación en la escena política, invisibilización de sus esfuerzos en el interior de los partidos.

Otras causas de discriminación que experimentan estas mujeres: se les asignan roles estereotipados (básicamente de auxilio y secundarios), las descalifican con insultos o ridiculizan sus intervenciones públicas, las subestiman atribuyendo sus acciones a «las hormonas». A las jóvenes sin experiencia política se les exige conocimiento y madurez y se las hipersexualiza; si son parte de una etnia minoritaria o tienen alguna discapacidad se las discrimina. Todo esto con el silencio cómplice de gente que observa la exclusión sin inmutarse.

No hace falta esperar el momento perfecto y propicio para escuchar las demandas de las mujeres en torno a su derecho a ejercer cargos de representación política. Con la misma fuerza que estas lideresas han demostrado tener a lo largo de todos estos años, cargadas de herramientas realmente empoderadoras, van a hacerse escuchar y transformar a esos partidos desde adentro. Sin duda alguna, más mujeres en posiciones públicas redundan en mejores democracias.

No hay mujeres dictadoras

3 de mayo de 2017

Las mujeres venezolanas han tenido desempeños notables en la lucha contra las dictaduras del siglo pasado, especialmente la de Juan Vicente Gómez y la de Marcos Pérez Jiménez. No figuran en los papeles estelares, nadie podría mencionar sus

nombres de forma tan clara como los de los hombres heroicos que aparecen en los libros de historia contemporánea, pero sin duda muchas pusieron su pellejo para salir de los regímenes totalitarios del siglo pasado en Venezuela.

En este siglo, esa voluntad de las mujeres por la democracia, la paz y el progreso sigue intacta. Estamos viviendo momentos para poner a prueba de qué estamos hechas, cuando la historia nos coloca de nuevo frente a un dictador. Otras caras, otros tiempos, mismos sátrapas. No tengo duda de que muchas desempeñarán funciones decisivas —ya lo están haciendo— en la lucha contra la dictadura de turno, con el fin de restablecer la democracia.

Es curioso constatar que no existen ni han existido mujeres dictadoras en todo el mundo. Una posible explicación sería que la jerarquía militar, con su base patriarcal, no pondría a una mujer al frente de un golpe de Estado. Pero más allá de eso, hay razones de tipo cultural que han reservado a los hombres esas posiciones de mando al margen de la ley.

Es un rasgo característicamente masculino aliarse en pactos para administrar poder. La fraternidad masculina, nos explica la exministra de la Mujer Evangelina García Prince, se origina en el «pacto misógino» del padre con los hijos varones, que son los hermanos o *fratres*, y se repite en otros pactos de tipo religioso, político, económico, etc. El sentido de dicho acuerdo masculino es la preservación del poder entre los *fratres* para no perder sus privilegios. Estas fraternidades están muy vinculadas a la desigualdad de género que resulta de la valoración político-jerárquica de la diferencia sexual. Cúpulas, clubes, roscas, cogollos, juntas, partidos y otros grupos exclusivamente masculinos, formales e informales, se constituyen de espaldas a las mujeres para no compartir el poder.

Estudios recientes demuestran que las mujeres están menos inclinadas a la violencia: son educadas para evitar conflictos, negociar, cooperar, concertar y llegar a acuerdos, antes que competir, pelear, imponer y reclamar, como sí se enseña a los varones. Los biologicistas dirán que esto es así porque la hembra tiene que proteger a las crías y hará todo lo que sea necesario para proveerles un ecosistema libre de amenazas que pongan en juego la supervivencia de la especie. El caso es que somos mucho más que biología y que esa consigna naturalista se les enseña a las niñas desde antes de nacer, o sea que tiene mucho de cultural. El rol de protectoras cuidadoras se amarra a la identidad femenina, así como el de luchador poderoso a la masculina.

Pero no es que las mujeres no aspiremos al poder: es que lo entendemos y ejercemos de una manera diferente. Quizá por eso no logramos llegar a la cima de organismos empresariales o gubernamentales, donde para escalar posiciones hay que apelar a la confrontación, vencer las reiteradas exclusiones y someterse a una competencia *full* de testosterona, lo que lleva a muchas a abandonar la carrera. Son las reglas del juego impuestas por hombres desde su psicología y entendimiento de lo que es el poder, que las mujeres, en clara desventaja, tenemos que acatar para no quedarnos fuera. Por tal motivo, para acceder y mantenerse en puestos altos muchas «se masculinizan» y llegan a ser hasta más duras con otras mujeres que los mismos hombres.

El caso es que las reglas del juego tienen que cambiar para que las mujeres tengamos espacios organizacionales más inclusivos, de forma que el estilo de liderazgo femenino no sea un *handicap* sino una manera legítima de ejercer el poder. Es obvio el rol que la educación y la crianza de las nuevas generaciones tiene en esta materia. Tenemos que transmitir-

les desde la más tierna infancia mensajes menos cargados de intolerancia, estereotipos de género y formas tradicionales de gobernar. Estos objetivos forman parte de una agenda feminista transformadora, que no se conforma con tener cuotas o escaños de representación como si fuéramos minoría, sino que busca paridad 50-50 en todos los escenarios donde se formulen políticas públicas. Como dice Mercedes D'Alessandro, autora de *Economía feminista*: «no queremos un pedazo del pastel: queremos cambiar la receta».

Estoy segura de que mientras más mujeres estemos en los puestos políticos decisorios, y la mirada de ambos sexos sea incorporada a la mesa, menos situaciones de arreglos fraternales antidemocráticos surgirán. Es un balance necesario para evitar tentaciones totalitarias que lleven a la equivocada exclusión y al lamentable sufrimiento de las mayorías.

Las 4x4

16 de mayo de 2017

Así se les dice en el argot popular a las mujeres que hacen de todo al mismo tiempo. Todoterreno con doble y triple tracción, hechas para vencer cualquier obstáculo, como los vehículos rústicos. Muchas nos llenamos de orgullo al reconocerlo y hasta lo tomamos como cumplido. La verdad es que esa capacidad para coordinar tantos ámbitos vitales con cierta eficiencia es digna de admiración. Muchachos, marido, casa, trabajo, diligencias varias, escuela de los niños, médico, estudios propios y más, llevado con la gracia de un malabarista, es la viva estampa de la mujer de muchos de nuestros países.

Lo malo de esta forma de llevar la vida es que casi siempre tiene alguna de estas consecuencias:

* Desgaste, cansancio, fatiga, enfermedad, poco sueño, mal comer, cargar los problemas de todos encima...

* Siempre hay alguien que se recarga en quien resuelve todo.

* No se comparten las cargas y todos generan una extrema dependencia de quien usualmente decide y soluciona: tú.

* No queda tiempo de ocio ni relax propio porque siempre hay algo más urgente o importante.

* Una sensación de culpa permanente cuando no te ocupas de alguien porque no puedes o porque no quieres.

Casi todas las mujeres de mi país tenemos un modelo de madre que luchó contra viento y marea para sacar a sus hijos adelante; muchas de ellas madres solteras o divorciadas o viudas, o con maridos desentendidos de las responsabilidades del hogar, que solas le echaron pichón a la vida. Otras casadas, pero al mismo tiempo encargadas de todo el quehacer doméstico y laboral, sin más ayuda que sus propias manos y pies. Y lo lograron. Ese matricentrismo social, donde todo gira en torno a la mujer fundadora del hogar, nos ha acompañado siempre, por lo menos en Venezuela. Y una, pues copia el modelo, y siente que es normal que la pareja no participe en las «cosas de las mujeres» e interioriza el mensaje, por pesado que sea para ella llevar sola toda la carga a cuestas.

En uno de nuestros talleres sobre empoderamiento femenino, una chica confesaba que a ella le hubiese gustado mantenerse trabajando como vendedora y vivir sola, que era lo que hacía hasta que su madre murió. Su padre y sus hermanos, todos adultos, al quedarse sin quien les resolvía la vida, le pidieron a ella que volviera a la casa a encargarse de la limpieza y el orden, porque «la mujer es el pilar del hogar». Me llamó la atención que ella estuviera de acuerdo con sacrificar su vida personal por irse a cuidar y dar de comer a hombres perfecta-

mente capaces de mantenerse. ¡Lo peor es que la frase sobre el *pilar del hogar* era suya! Convencida de tal afirmación, al pronunciarla le brillaban los ojos. Le hacía sentirse necesaria e imprescindible. Creo que está más que clara la manipulación emocional en juego.

Pienso que las mujeres, para poder avanzar, debemos reconocer que solas no podemos, que necesitamos repartir las cargas porque no es justo llevarlas sin el apoyo de quienes conviven con nosotras, que tenemos que aprender a pedir y dejar de ufanarnos de ser unas 4x4. De eso se han aprovechado muchos en el pasado y en el presente. Ya basta.

¿La que no llega es porque no quiere?

30 de mayo de 2017

No pocas veces he escuchado la frase «la que quiere puede», desafiante pero injusta afirmación pronunciada por muchos hombres y también por mujeres que se sienten poderosas en sus posiciones económicas y sociales. Es un señalamiento directo a la capacidad y voluntad de las que no han conseguido alcanzar ciertas metas o estatus y un reclamo desvalorizador a las que se quejan de que encuentran muy difícil, si no imposible, ascender por la escalera de poder.

Para las que ya han logrado independencia económica, autonomía personal y espacios para tomar sus propias decisiones, sin duda la sensación es de triunfo total, porque, a lo mejor sin saberlo, han sorteado los obstáculos que el modelo patriarcal de crianza nos pone de frente desde niñas.

Varios factores pueden haber contribuido para que esa hazaña sea posible: un padre educado y empeñado en darle lo

mejor a su hija (aunque con la esposa los parámetros de empoderamiento no sean tan libertarios), oportunidad de educación, elección de qué carrera cursar, vivir en un país donde las mujeres tengan derechos económicos garantizados, ubicarse en organizaciones donde es posible hacer carrera o fundar la propia, tener una pareja con conciencia de género, retrasar el momento de la maternidad... Todo eso ayuda.

Lamentablemente la inmensa mayoría de mujeres trabajadoras no viven esa realidad, por lo menos en América Latina. El cuadro en nuestros países, particularmente en Venezuela, es: padre desconocido, hija de un embarazo adolescente que no recibió la crianza apropiada, entorno de escasos recursos, deserción escolar por falta de medios para proveerle a la niña formación o por la necesidad temprana de salir a trabajar para llevar dinero a la casa, embarazo temprano o matrimonio adelantado, violencia de muchos tipos en el medio donde se desenvuelve y primacía del macho varón para los pocos privilegios disponibles.

Si nos queremos quedar con las mujeres de la clase media, la situación a lo mejor no es tan extrema, pero igual se reproducen mecanismos de exclusión más sutiles que dejan a las mujeres fuera de competencia antes de tiempo: las chicas eligen carreras condicionadas por estereotipos (lo que se supone que estudian las mujeres contra lo que deben estudiar los hombres). Por lo general, las mujeres estudian cursos que conducen a posiciones peor pagadas. La maternidad las deja fuera de escena por un tiempo, y si prefieren su carrera a tener hijos, la sociedad las sataniza.

Las que tienen más posibilidades financieras contratan a otras mujeres para que les cuiden a los niños, pero ellas siguen siendo las responsables de los cuidados de otros y de la carga doméstica, y las que lidian con un segundo trabajo no remunera-

rado que les quita tiempo para formarse y concentrar su energía para ser productivas. Eso las deja fuera de viajes, promociones, reuniones importantes donde se toman las decisiones.

Los hombres no enfrentan estas dificultades, ni siquiera se las plantean: su prioridad es su profesión. Si ellas se muestran muy inteligentes o asertivas y reclamadoras de sus derechos, pasan a ser calificadas como mandonas, machorras o conflictivas. La percepción y el juicio del colectivo juega en contra. Muchas desisten o se aíslan.

Este conjunto de obstáculos forma el llamado techo de cristal, suelo pegajoso, gueto de terciopelo y otras metáforas que algunas teóricas del género han acuñado para mostrar la difícil ruta que las mujeres deben transitar en el mundo laboral para mantenerse y avanzar. Es un entramado estructural que conspira contra la voluntad de muchas mujeres para alcanzar la cima. Hasta las que se sienten poderosas se darán cuenta, si reflexionan un poco más sobre su propia historia, de que su trayectoria no fue un camino de rosas y que, quizá por estar donde están, han tenido que pagar un precio mucho mayor que sus pares masculinos.

Mercedes D'Alessandro, en su libro *Economía feminista*, habla del «techo de cristal interno» para representar las limitaciones que muchas mujeres se ponen para aspirar y ambicionar, la inseguridad en sí mismas y el silencio o temor a expresarse para lograr lo que quieren. ¡Pero es que hasta esa forma de conducirnos es producto de la socialización patriarcal! Toda la vida se nos dijo que alzar la voz, mostrarse firmes, ser fuertes y competitivos era un asunto de hombres. Es el mismo sistema sexista que nos da la pauta de lo que está bien o mal y de lo que debemos hacer, pensar o sentir. Y qué casualidad que para triunfar en los negocios se precise ser más como un hombre. Cualquier mujer que rompa ese modelo es una atrevida que se

masculiniza, y si triunfa no es desde su posición como mujer sino porque usó las armas de un hombre.

Por todo esto, es simplista y errado suponer que la «culpa» de que una mujer no ascienda o logre lo que desea en la vida es su falta de autoestima, voluntad o inteligencia. Es un argumento muy machista y, como tal, injusto, porque más allá del empeño y de la habilidad personal está un medio que condiciona y cercena el potencial de muchas mujeres. Vivimos una ilusión de igualdad que el patriarcado ahora nos restringe en la cara para revertir el verdadero origen de nuestra subrepresentación en las posiciones de poder. Hacerlas evidentes y ponerlas donde van es el primer paso para que las cosas cambien. No les compres el cuento, no repitas más que la que no llega es porque no quiere. Eso no es cierto.

El machismo se alimenta de mitos

10 de junio de 2017

La masculinidad es indisociable de las relaciones en que está circunscrita; su situación y su contexto histórico la condicionan. Robert W. Connel, en *La organización social de la masculinidad*, observa que está insuficientemente valorada la aproximación científica a la masculinidad y las relaciones de género, pero es un campo con gran potencial para generar conocimiento y, operaciones políticas mediante, transformación social.

A las mujeres interesadas en producir cambios en el mundo desde la perspectiva de género y que intentamos aprender del feminismo nos resulta duro descubrir nuestros propios esquemas machistas y patriarcales de comportamiento. Estos mis-

mos esquemas también ejercen presión sobre los varones. Es cierto que ellos casi siempre son cómplices, por los réditos que reciben, pero también hay algo de sufrimiento para ellos derivado de su relación con el poder y de su interpretación masculinizada de las emociones.

Fui invitada a pronunciar una conferencia corta ante un grupo de estudiantes de un posgrado en Marketing en una universidad. Llegué pensando que habría a lo sumo quince o veinte mujeres interesadas en el feminismo, pero no. Sorpresa: había cerca de cien asistentes, casi 40 % de ellos hombres. Eso me dio gusto, pues a veces siento que estoy dando misa a las convencidas.

Arranco. Enseguida empiezan a levantarse manos. Ellos. Ellos preguntan, cuestionan, intervienen. Tengo cuarenta y cinco minutos para entregar mi mensaje, pero prefiero darles la palabra para que, aprovechando su curiosidad, pueda yo enfocarme en lo que quieren saber y no en lo que yo tenga necesidad de entregar.

En fila llegan sus observaciones:

Los hombres también sufrimos violencia de género... Las mujeres tienen la culpa: ellas son las que educan a los niños y le meten el machismo en la cabeza... La brecha salarial no existe en este país, todos ganamos lo mismo... Los hombres ayudamos en la casa... El hombre provee porque tiene más fuerza física: es un asunto de evolución, científicamente comprobado... Es que las feministas se victimizan.

Ahí corto. Gracias a sus preguntas oriento mi presentación para desmitificar tantas creencias disfrazadas de verdades eternas. Lo cuento aquí porque son las típicas preguntas de quienes escuchan hablar de los reclamos que las mujeres hacemos ante los privilegios masculinos otorgados en virtud de su sexo. Si queremos cambiar la forma como los hombres entienden

de qué va este asunto del feminismo, hay que desmitificar los juicios de los que se alimenta el machismo.

La buena noticia es que la crisis del modelo tradicional de masculinidad, en medio de un cambio generacional, pone en tela de juicio los hábitos machistas más arraigados e introduce a la discusión política nuevas formas de relacionarnos hombres y mujeres.

No tiene nada de romántico

13 de junio de 2017

Las feministas no le decimos a la gente cómo tiene que vivir su vida. A diferencia de lo que muchos piensan, no estamos en contra de las amas de casa ni de quienes se dedican a los quehaceres domésticos: lo estamos, sí, en contra de la desigual distribución de esa carga sobre nosotras las mujeres por el solo hecho de ser mujeres. Es un trabajo ingrato, duro, no reconocido ni remunerado, que nos roba uno de los recursos más importantes de la vida: tiempo.

Cuando no puedo decidir qué hacer con mi tiempo, no tengo control sobre mi vida. Cada minuto que se va en fregar pisos, cambiar pañales o pasear a la abuelita porque no hay más nadie que lo haga es un minuto de vida que pude haber invertido en cualquier otra cosa que me acercara más a mi meta propia, mi sueño o mi ideal de vida, cualquiera que sea. Si hay una palabra clave en el feminismo es *elección*: libertad para elegir.

Siempre habrá una mujer que diga «pero es que mi sueño es cuidar de mis hijos y mi marido; yo elegí ese camino y soy feliz». Para mí esa ilusión de que elegimos es un producto de la crianza recibida. El patriarcado, tan habilidoso, nos vende

de mil maneras la idea de que hay algo místico, romántico y grandioso en eso de dedicarse a las tareas del hogar y los cuidados, y que aspirar a una vida propia es egoísmo: solo lo hacen las malas de las telenovelas y por eso terminan locas, solas o en la cárcel.

Cuando escucho a una mujer decir que esta dedicación tiene «otras recompensas» pienso en lo lejos que estamos de la verdadera igualdad. Es una creencia que nos machacan hasta el cansancio la publicidad, la religión, la educación sexista y un modelo económico patriarcal que hace una desigual distribución del trabajo y reserva para ellos los bien remunerados, retadores, poderosos, y para ellas los peor remunerados (o simplemente no remunerados), los que suponen cuidar a otros y estar en segundo plano.

Esta distribución se basa, claro está, en lo que se supone que debe hacer un hombre como sexo fuerte y lo que debe hacer una mujer como sexo débil (sí, estos conceptos figuraron hasta hace muy poco en el diccionario de la Real Academia). Lo disfrazan y nos lo venden bajo el manto sagrado de la «natural» devoción que una mujer/madre debería sentir por los otros. La que se rebela contra esto o no siente una epifanía mientras baja fiebres o cocina una sopa es una bicha. La que no se apunta a la lactancia exclusiva o está las veinticuatro horas cuidando con devoción a sus hijos es una abandonadora y la persiguen grandes cargos de conciencia. La penalización es doble, tanto si te quedas como si te sales.

Producto de la culpa que esto genera, las más pudientes contratan los servicios de otras mujeres (mal pagadas, sin seguridad social) para poder mantenerse en la carrera gerencial, surfando el mar de miradas desaprobatorias de muchos hombres y de otras mujeres cercanas. A las que no pueden sostener esa infraestructura de apoyo les toca doble o triple jornada, por mucho que sus parejas las «ayuden».

En todos los países, las encuestas recientes arrojan que las mujeres dedican a los trabajos domésticos significativamente

más horas que los hombres. Lo peor es que la realidad aquí revelada no parece ser diferente en las nuevas generaciones, y además no parece producto ni de una elección consciente ni del azar; no veo a hombres ante la disyuntiva «¿casa o trabajo?». Esta pregunta está reservada para las mujeres. Si es tan maravilloso limpiar y cuidar, ¿por qué no se dedican ellos en igual proporción de tiempo que las mujeres? ¿Por qué a un hombre no le está permitido ser amo de casa o dedicarse exclusivamente a los quehaceres del hogar mientras su pareja trabaja sin ser blanco de críticas?

Esto no es un tema menor. Las economías dependen de los cuidados de niños, ancianos y trabajadores para que pueda haber productividad, salud y felicidad, pero ya basta de que esa vital responsabilidad recaiga solo en las mujeres. Ya basta de que, además, las tareas domésticas no se consideren trabajo ni se recompensen en forma alguna. Los gobiernos tienen que tomar cartas en el asunto y crear mecanismos para remunerar estas labores, y la ciudadanía tiene que exigir la creación de guarderías y geriátricos subsidiados por el Estado, la promoción de un currículum escolar no sexista y la creación de escuelas para padres y madres, que a su vez les enseñen a sus hijos e hijas que la labor doméstica nos toca a todos. Que cada mujer decida cómo quiere vivir su vida y emplear su tiempo, pero eso sí, consciente y alerta a las manipulaciones de género.

La hora de las valientes

21 de junio de 2017

Con letrero de película de Hollywood va este artículo. Es una frase que he soltado no menos de diez veces en los últimos días a amigas que están al límite de sus fuerzas por la situación del

país o se ven impelidas a hacer cosas que jamás imaginaron, cual heroínas de película, para sobrevivir con sus familias en medio de la debacle.

Las crisis nos ponen a prueba. Sacamos energía de donde menos pensamos. Procesamos más de lo que lo hacemos en tiempos de paz. Movemos cielo, mar y tierra si es preciso. Pero lo que realmente diferencia a una valiente de una temerosa es su capacidad para mantener el centro cuando todo alrededor parece desmoronarse y desde ese centro, sin esperar pauta de nadie, decide lo que debe hacerse para superar la crisis de turno y avanzar. Acciona, no reacciona.

Todo este conjunto de cualidades se llama resiliencia, término prestado de la física, que viene del resilio, material muy fuerte que sometido a grandes presiones no solo soporta la tensión, sino que cuando pasa la situación estresante queda aún mejor. Es, más que simplemente resistir la crisis, salir fortalecida de ella.

La situación económica y social, sobre todo de las más pobres, es dramática, producto de muchos años de dejar a las mujeres fuera de la formulación de políticas públicas. El peso de la crisis social y económica recae sobre todo en ellas. A finales de los años setenta la estadounidense Diana Pearce acuñó el término de *feminización de la pobreza* para cuestionar el criterio de pobreza, sus indicadores y sus métodos de medición, y señalar un conjunto de fenómenos que, dentro de la pobreza, afectaban con mayor frecuencia a las mujeres.

«A la hora de una crisis cuenta tus dones», dice un viejo proverbio. Recordar lo que nos sirvió en el pasado para superar las diferentes situaciones por las que hemos pasado será muy útil para enfrentar las nuevas, pero urge que los gobernantes municipales, estatales y nacionales replanteen para el futuro inmediato la formulación de nuevas políticas públicas

con perspectiva de género. Urge que muchas más mujeres accedamos al poder para desde allí impulsar los programas que nos lleven a cambiar estas cifras. Somos nosotras mismas las que debemos valientemente movilizarnos para lograr los objetivos de superación de nuestra pobreza; nadie más lo hará por nosotras. Y mientras eso llega, a seguir batallando, que es la hora de las valientes.

Cuando la diversidad se transforma en desigualdad

4 de julio de 2017

Es una realidad que aún no se ha conseguido igualdad sustantiva para las mujeres, más allá de lo que pautan las leyes. En la mayoría de los indicadores sociales y económicos de todos los países, las mujeres seguimos estando en desventaja. Pero, si además de ser mujer, se tiene alguna condición especial por la edad (adultas mayores, jóvenes, niñas), el sitio de vivienda (mujeres rurales), la etnia (mujeres indígenas), la raza (mujeres afrodescendientes) o la orientación sexual (lesbianas), esa desigualdad se potencia y multiplica. Si eres una adulta mayor, lesbiana y afrodescendiente, tienes cuatro limitaciones a tu desarrollo y desenvolvimiento social comparada con cualquier otra mujer, no digamos con un hombre. Son condiciones de diversidad que se convierten en factores de desigualdad, ya que marcan diferencias que pueden ser objeto de discriminación, sobre todo si no existen políticas públicas que aborden culturalmente las necesidades e intereses de esos grupos poblacionales.

Entrevisté a tres mujeres: una adulta mayor, una wayú y una con discapacidad motora, para que me contaran cómo viven en

el día a día las principales discriminaciones por su condición. Fue un ejercicio de escucha que me permitió reflexionar sobre todo lo que nos falta transitar en materia de igualdad.

Si los gobernantes escucharan más, sus programas y proyectos de gobierno serían mucho más efectivos en materia de género y trascenderían las tradicionales «soluciones» que se ofrecen cuando de mujeres se trata, casi siempre orientadas a las madres (como si madre fuese sinónimo de mujer) y a capacitar en oficios poco rentables que difícilmente romperán con el ciclo de la pobreza.

SOLEDAD. *Adulta mayor.*

Tengo ochenta y un años, casi todos vividos en Maracaibo. Soy viuda desde hace once. Vivo mi vida bien, a no ser que tenga que salir a la calle, porque las cosas no son fáciles, m'ijita. Nada queda cerca y dependo de que mis yernos me lleven a los sitios. Hago las cosas lentas para ellos y me da cosa que me tengan que esperar. En Maracaibo hace mucho calor, pero peor que eso es que aquí no se puede caminar. Hay muchas escaleras, no hay aceras, los carros se atraviesan, el monte se come la vía y los carros le pasan a uno tan cerquita que me da miedo, hay que subir y bajar escalones muy grandes, el asfalto es irregular, hay huecos peligrosos. A mí me molestan las rodillas y la cadera. Dentro de la casa siempre está alguna de mis nietas e hijas, que me cuidan; rara vez estoy sola. Me duelen los huesos y los pies. Me han hecho algunos chequeos. A veces engordo por problemas de triglicéridos. Tomo seis medicamentos todos los días. Se gasta mucho dinero, aunque tengo la suerte de tener un cuñado médico del Hospital Central que me los consigue, pero a veces he estado sin tomar dos de los más importantes por meses y eso me complica. Cuesta conseguirlos... son costosos. La alcaldía debería dar las medicinas. No tengo seguro médico, no cobro pensión porque

nunca trabajé. Mi difunto esposo lo cobraba. Una vez un gestor se ofreció para sacarme los papeles, ya sabe, pagándole algo, pero yo no quise. Vivo de algunos ahorros, la casa es mía. Aquí vivimos tres familias, mis hijas con sus hijos, y ellos me pagan un alquiler a mí. Ayudo a una hija a coser para que venda ropa. Casi no gasto, salvo que tenga que salir y tome taxi. Voy al hospital a chequeos, al banco o a visitar amigas que están enfermitas. Me gusta hacer compras pero no es fácil porque ahora hay que hacer filas para comprar comida y hay que aguantar sol y estar parada muchas horas. Mis nietos no quieren que salga. No hay clubes o casas de esparcimiento para los viejitos. Ahora a los viejos nos respetan más gracias a Chávez, que nos aprobó muchos beneficios, pero la alcaldía no ha hecho nada. He sido víctima de atracos, me han quitado el bolso varias veces. Tengo una póliza de servicios funerarios para cuando llegue el momento, que me compró mi hijo, y el terreno al lado de mi marido. Yo le pido a la alcaldesa que arreglen esas aceras y que mejore el transporte público porque los carritos están en muy mal estado, los motores echan humo, los buses van llenos de gente. ¿Cómo me subo yo a un bus donde la gente va colgando? Usualmente voy a la Vereda del Lago a caminar, que me gusta, pero dicen que están atracando ahí también. Eso sí, la alcaldía lo ha puesto muy bonito. Los hombres están más protegidos que las mujeres, ellos se pueden defender, se toman su cervecita en la calle sin que los critiquen. ¡Para una es más difícil! Les digo a mis nietas que no salgan solas. Estudié hasta sexto grado. En mi época no era fácil estudiar: tenía que ayudar a mi madre y trabajar. A una la educaban para casarse y ayudar. A mi marido lo mudaron a Encontrados, un pueblo con mucho calor y plaga al sur del lago y me tuve que ir con él un tiempo para allá porque era lo que mandaba el matrimonio. Ahora el mundo es diferente.

Pareciera que las mujeres quieren lo mismo que los hombres y los hombres son muy sinvergüenzas. Tengo dos hijas divorciadas; antes había más paciencia para aguantar juntos. Me hubiera gustado ser médica, pero mi esposo no me dejó estudiar. Pero yo no me quejo de mi vida: estoy tranquila.

ELISA. *Indígena.*

Nací en la parte baja de la Guajira venezolana, en Sina- maica. Tengo veintisiete años y me vine a vivir chiquita en Maracaibo porque mi papá trabajaba aquí. A las hembras nos tenían acá, pero los varones, que son mayores, estaban en otros lados viajando y comerciando. Tengo hermanos por el lado de mi papá. Él es mayor, tiene sesenta y ocho. Yo soy la más pequeña. Pero igual siempre voy a la Guajira. Los wayú somos mejores, me siento orgullosa de serlo: mi madre siempre me ha transmitido eso. Nosotras las mujeres somos importantes en nuestra cultura. Me ha sido difícil el trato de parte de los alijunas [criollos no indígenas]: nos discriminan. Yo estudié en una escuela donde tres de nuestras maestras tenían un curso especial en wuayunaiki, porque siempre estábamos más retrasados que los otros niños. Eso me ayudó bastante para mejorar el castellano. Ni en Mara ni en la Guajira hay anuncios hechos en wayú, todo es en español. Casi todas las escuelas interculturales bilingües están en la Guajira pero no aquí en Maracaibo, que hay tantos wayú. Se dificulta cursar estudios cuando no dominas el idioma. En mi casa mi madre siempre quería que estuviéramos juntos, en familia. No vamos a ninguna parte solas. Yo ahora estoy casada y vivimos todos juntos, cerca. Yo trabajo como enfermera, pero nunca quise dejar mis estudios y me gradué. Todavía no tengo niños, mi esposo no es guajiro, trabaja en Falcón y va y viene, trabaja con ganadería. Quiere que nos vayamos a vivir allá, pero yo no quiero, eso es muy solo. A mí me gusta vivir entre la gente,

como aquí en Maracaibo. Me siento adaptada e integrada. No uso mucho la ropa wayú, mi mamá sí. Es una vestimenta que hace notar la clase social por la calidad del tejido, y se ve. Ya las de mi generación casi no usamos esas mantas, pero sigue siendo parte de nuestra cultura. Yo hago brazaletes tejidos para la venta. Los bolsos y la artesanía se venden bien; no mucha gente hace eso: suelen ser señoras mayores, se requieren telares y maquinaria. Una vecina de San Jacinto que trabaja en la alcaldía nos ha ayudado mucho. Mi mamá es militante de Un Nuevo Tiempo y nos han ayudado por eso: nos dieron lentes, el tanque de agua, una beca para estudiar... No son ayudas solo para las mujeres: son para todos los indígenas. En la alcaldía de Mara nos han dado créditos para microempresas porque mi papá es pescador. A algunos les dan camiones. Para las mujeres dan cursos porque hay una Casa de la Mujer Guajira: dan peluquería, hay asistencia ginecológica, ayudan a cuidar el peso y talla de los niños, hacen programas culturales, hay un teatro en wayunaiki. El mayor problema de las guajiras son los niños, que tienen muchos y no se consigue leche, pañales, ni medicamentos. Muchas salen embarazadas muy jóvenes, a los doce, trece años, y tienen que trabajar de servicio doméstico para las maracuchas. Ninguna tiene protección social, pero todo sería distinto si estudiaran. No es fácil terminar bachillerato y entrar a la universidad. Esto es tan inseguro que salir de clases de noche es una temeridad. Hay mucho abuso a las muchachas. Si hubiera facilidad para que ellas terminaran el bachillerato sin preñarse todo sería diferente. La alcaldía debería ayudar en eso, prevención de embarazo. A veces dan charlas en el ambulatorio los del gobierno nacional, la verdad no son malas... Pero hay que hacer más.

ANDREA. Mujer con discapacidad.

No soy impedida mental, solo de mis miembros inferiores. En esta silla de ruedas hago de todo. Tengo ocho años con ella, donada por la alcaldía. De niña me dio poliomielitis y quedé así. Pero soy feliz, me río y hago de todo. Ahora tengo treinta y seis. De niña tuve bastantes problemas. Mi mamá siempre me ayudó, pero usted sabe cómo son los muchachos, se burlaban de mí. Me decían la sentaíta, la pelona sentada, un montón de improprios. Me pegó al principio, pero ya casi no recuerdo esas cosas. Recuerdo haber llorado mucho, pero me adapté. Yo no quería salir pero mi mamá era la que me impulsaba. Mi papá me hizo unas muletas; luego me consiguieron otras en el hospital. Me costaba mucho moverme con eso, me arrastraba por las paredes. Tuve otras complicaciones de salud cuando me estaba desarrollando: tuve hemorragias y me atendían en el ambulatorio. Con esta silla, yo misma la manejo, pero a veces me llevan mis hermanos, aunque yo casi no salgo porque es muy difícil bajar y subir de los buses. Yo estudié en el liceo que quedaba cerca, por eso estudié. No había rampas para moverme en el edificio. Solo una en la entrada, pero para subir de piso tenían que cargarme mis compañeros. Al principio me sentía mal pero ya después no me importaba. La gente era muy solidaria conmigo, me trataban bien. Para ir la universidad era mucho más difícil, había que tomar dos buses y ¿cómo iba a hacer yo? Una vez me invitaron a una reunión de estudiantes como yo; no sabía eso, que había gente de aquí y de otras ciudades que eran parálíticos y estudiaban. Me pareció asombroso, pero igual yo no quise estudiar en la universidad. Luego una vecina empezó a dar cursos de muñequería y yo aprendí. Después ella hizo una exposición ¡y vendí las tres muñecas que hice! Desde entonces hago muñecas y las venden en todas esas tiendas que hay por aquí. La alcaldía, cuando están en campaña, hasta se sacan fotos conmigo en la silla de

ruedas, pero después no dejan nada, no hacen nada. A veces pasan y hacen jornadas para dar lentes, pero más nada. Fui al Consejo Nacional de Personas con Discapacidad porque una amiga se enteró de eso, para que a uno le dieran trabajo, pero con un salario mínimo... Hago más vendiendo muñecas. Yo veo por televisión discapacitados haciendo deportes, pero aquí ¿cómo hago yo? Ni cuando estaba en el colegio había cómo. Solo voy hasta la cancha a ver a los muchachos jugar. Pero es que hay mucha inseguridad. A mí me han quitado la cartera en mi silla de ruedas, ¡me la han quitado! Por eso no salgo. Si las aceras tuvieran para bajar y subir la silla de ruedas, si hubiera un autobús donde uno se pudiera montar y bajar sin complicación, como los que hay en Estados Unidos o Europa, que uno se puede montar con la silla de ruedas, pero aquí no se pueden montar bien ni los que caminan. A mi abuela el otro día casi la dejan sin una pierna tratando de montarse en uno...

Más allá de las vivencias particulares que relatan y nos dejan ver la manera como asumen su condición, encontramos en común en todas estas mujeres un sentimiento de indefensión social. Si bien han encontrado la manera de sobrevivir por sus propios medios, ha sido gracias a conexiones de aliados, afectos, ayudas que otros les han dado, pero con muy escaso apoyo de la institucionalidad pública. Se muestran desinformadas sobre lo que sus gobiernos locales tienen para ellas, y de existir, tienen la percepción de que es muy difícil acceder a esos beneficios. La inseguridad es un elemento que influye muchísimo en las decisiones que toman y se convierte en la principal razón por la cual se inhiben para actuar en su entorno. Y con toda razón.

La educación parece ser la clave para que estas mujeres avancen. Lo vemos en el caso de Elisa, quien por su empeño

no reprodujo el patrón característico de las guajiras en el municipio de Maracaibo (preñarse y trabajar en casas de particulares); antes bien, se procuró, en medio de todas las dificultades, tiempo y dinero para graduarse y tener un mejor nivel de vida. A Soledad le fue negado por la época que le tocó vivir y a Andrea le está dificultado por su limitación para desplazarse.

Las tres viven en un país que no las ayuda a compensar lo que pierden por sus condiciones de salud. En países desarrollados, los gobiernos invierten en quienes más lo necesitan y les dan apoyo. Hacer conscientes a todos de lo que mujeres como ellas viven todos los días (y las tenemos muy cerca, por cierto) es un paso fundamental para comenzar a construir una sociedad más inclusiva y menos discriminatoria, donde la diversidad sea vista de forma positiva y no como un motivo adicional para la desigualdad.

Machismo resiliente

6 de julio de 2017

Ivanka Trump, asesora en la Casa Blanca, quien al llegar al puesto prometió luchar por las mujeres trabajadoras, anunció que está de acuerdo en revertir una política dirigida a eliminar la brecha salarial de género. En enero de 2016 el presidente Barack Obama había promulgado una orden para que empleadores con más de cien trabajadores informaran a la Comisión de Igualdad de Oportunidades de Empleo cuánto pagaban en sueldos desglosados por sexo, raza y etnia. Antes, en 2009, recién llegado al poder, había firmado la Lilly Ledbetter Fair Pay Act, una ley de igualdad de pago que, entre otros beneficios, daba a los empleados hasta ciento ochenta días tras recibir un cheque de pago discriminatorio para presentar una demanda.

«En última instancia, aunque creo que la intención era buena y estoy de acuerdo en que la transparencia en los pagos es importante, la política propuesta no daría los resultados esperados», dijo Ivanka Trump en un comunicado. Y punto. ¿Con qué fundamento a ella le parece que tal medida no dará los resultados esperados? Eso no lo dijo. En un memorándum publicado el 29 de agosto de 2017, otra asesora dijo estar preocupada por cuestiones de privacidad y confidencialidad, así como por el papeleo asociado con la recopilación de datos... meras justificaciones y excusas que obviamente despertaron la indignación de las organizaciones feministas en los Estados Unidos.

Todo esto me hace recordar una película famosa en la década de los ochenta, *Terminator*, sobre una especie de robot que, cuando una creía que ya estaba destruido, emergía de los escombros para seguir dando la pelea con otra forma física, para despistar. Igualito es el sistema de creencias de dominación sobre la mujer que llamamos machismo. Se toman medidas, se promulgan leyes, se forman comisiones, se celebran congresos, se diseñan programas, se generan campañas, se llega a acuerdos, se amarran aliados, y cuando una cree que ahora sí se está caminando en la senda que nos conducirá al final feliz, vuelve el monstruo y ataca de nuevo, retrocediendo en el camino alcanzado. Como dicen mis amigos psicólogos, es el paciente que hace un «como si»: muestra una recuperación asombrosa, pero al poco tiempo regresa a la situación de inicio o peor.

Machismo resiliente, indestructible. *Neomachismo* le dicen algunas. Es una forma mucho más sofisticada de dominación, que en el discurso aparentemente pone a las mujeres en la cima de las decisiones, pero a la hora de la hora reproduce los mismos resultados insatisfactorios para las mujeres. La lactancia

exclusiva, el parto humanizado, la vuelta a lo natural, la negación de la brecha salarial, la maternidad subrogada, la venta del ideal de la supermujer que se hace cargo de todo, las grandes marcas mostrando cuerpos más realistas, pero siempre vendiendo sus productos ideales... Tales acciones están pensadas para mantenernos bajo el ámbito de lo doméstico privado con la sensación de que si no puedes con todo eso es que no eres suficientemente capaz... y además de todo, malagradecida.

Parece que estamos viviendo tiempos de retorno a ideologías conservadoras que postulan Estados autoritarios, racismo exacerbado, una drástica limitación de los programas de cuidados para los más desfavorecidos, un retroceso en los derechos sexuales y reproductivos y un sexismo retrógrado, en especial entre las generaciones más jóvenes. Una rápida visita a las redes sociales da pruebas del ataque feroz a los planteamientos de las feministas.

El caso es que, independientemente de que quienes lleguen a posiciones de poder sean mujeres u hombres, si no tienen conciencia de género, todo lo que antes alguien hizo por disminuir desigualdades y discriminaciones es considerado inútil, para frustración de las organizaciones y activistas que hicieron posibles los avances. Muchas mujeres poderosas —que no empoderadas— declaran que las mujeres ya alcanzamos la igualdad plena y la que no llega es porque no quiere, y niegan que existan obstáculos reales para alcanzar el poder. Han interiorizado en lo personal el patriarcado naturalizado en lo social; eso les impide dejar de mirarse el ombligo y las lleva a culpabilizar a las mujeres que no consiguen lo que desean. «¡Date con una piedra en los dientes, que, a diferencia de nuestras abuelas, nosotras tenemos muchas libertades!». «¿Qué? ¿Quieres más igualdad?».

Ante esta nueva machiembestia, una meta importante para lograr la igualdad sustantiva es que todo lo alcanzado desde las esferas de poder en materia de género y desarrollo sobreviva a más de un periodo de gobierno, aun siendo de diferentes ideologías o corrientes políticas. Hace falta generar mecanismos institucionales que perduren, con el imprescindible apoyo y presión de la sociedad civil.

Es necesario además que los gestores públicos incorporen la perspectiva de género al tomar decisiones y formular políticas públicas; es decir, que evalúen las consecuencias para mujeres y hombres de cualquier actividad planificada, incluso las leyes, políticas o programas, en todos los sectores y a todos los niveles. Que se aseguren de integrar las preocupaciones y experiencias de la población a la hora de elaborar, aplicar, supervisar y evaluar las políticas y los programas en todas las esferas políticas, económicas y sociales, a fin de que mujeres y hombres se beneficien por igual y deje de perpetuarse la desigualdad.

Para no llamarnos a engaño, urge a las feministas identificar y reconocer las resistencias institucionales al movimiento liberador de las mujeres en todo el mundo. Cuidado, porque estas resistencias se encubren con la retórica de un discurso favorable a la igualdad que no se traduce en prácticas concretas a favor de las mujeres, sino en actos superficiales que dan apariencia de cambio sin que la estructura que sostiene al machismo se mueva en lo más mínimo. Como dice la autora María Arboleda, se termina arañando apenas la cáscara de la patriarcalidad y la desigualdad.

La lucha feminista tiene que proponerse transformar las relaciones de poder entre los sexos, y esto solo será posible si todos nos involucramos en las discusiones para diseñar políticas que aseguren igualdad de oportunidades con la presencia

de hombres que tengan claro que esto no es solo un asunto de mujeres. Y muchas más mujeres, sobre todo las más poderosas, deben formarse en teoría feminista para aprender a conocer al monstruo por dentro, para no revivirlo con potentes pero infelices declaraciones, al estilo de Ivanka.

Las eternas postergadas

26 de julio de 2017

La situación de las mujeres en el ámbito empresarial no puede ser más descorazonadora. La representación de mujeres en Venezuela en los puestos directivos es menor al 1 %, a pesar de que la mayoría de los graduados universitarios son mujeres. La tasa de desempleo es más alta en mujeres que en hombres, la mayor incidencia de precarización en el empleo lo sufren ellas y tres de cada diez mujeres en edad productiva se dedican a labores del hogar no remuneradas. Temas como conciliación laboral-familiar, techo de cristal, discriminación y acoso sexual, prácticas sexistas de reclutamiento y promoción, licencia posnatal para los padres, penalización por maternidad, brecha salarial, impacto de la violencia de género en la productividad laboral, lenguaje sexista en la publicidad de los productos y servicios, entre otros, son parte de una agenda muchas veces postergada y que aún no se ha empezado a discutir con la seriedad que merece.

La Corporación Andina de Fomento ha determinado que la incorporación masiva de mujeres al sector productivo podría aumentar el crecimiento en la región en un 34 %. Numerosas investigaciones demuestran que empresas con mujeres en sus juntas directivas incrementan su capacidad de innovación en

un 83 %, su rentabilidad en un 15 % y el retorno sobre inversión en un 5 % (catalyst.org), y concluyen que la diversidad y la inclusión son un buen negocio. Parecería lógico prestar atención a estos datos, ¿verdad?

El caso es que el tema de las mujeres siempre está en segundo plano, en lista de espera, en *stand by*, para más tarde, ya va, cuál es la prisa, ¿pero tú te diste cuenta de cómo está el país para nosotros ponernos a discutir ahora sobre la igualdad y los derechos de las mujeres? Esta respuesta con tono de «niña, ¿por qué no te ubicas?» la recibimos tanto de una junta directiva de una empresa como de un directorio gremial, un consejo universitario, una junta de condominio o un gabinete de gobierno municipal, regional o nacional. No es urgente, prioritario ni necesario discutir sobre la situación de las mujeres en el país, a menos que el tema a tratar sea el Día de la Mujer... o de la Madre, que para ellos es lo mismo.

El colmo de las contradicciones lo ilustra un chat que comparto con varias organizaciones y mujeres activistas a favor de los derechos humanos de las mujeres, donde una compañera intervino para proponer: «vamos mejor a concentrarnos en la consulta popular, que eso es lo importante ahora». Claro, y la semana antes fue la Asamblea Nacional Constituyente y mañana será otra cosa, dejando así los temas relativos a la igualdad de género para cuando se pueda.

El patriarcado del respeto, como lo llama Amelia Valcárcel, a diferencia del patriarcado del miedo (ya poca gente defendería el uso de la violencia abierta para tener controladas a las mujeres), se asegura amablemente de que no exista una verdadera igualdad haciéndote creer que ya tienes todo lo que querías y que lo que falta, si es que falta algo, lo vemos después. Es el espejismo de la igualdad en el que tantos y tantas

creen. Termina una como con pena de haber sugerido un tema tan banal, imagínate, en medio de tantas urgencias...

Desde que nació, allá en 1961, estoy escuchando que Venezuela está en crisis. Política, social y económicamente en crisis. Cabe preguntarse: ¿hasta qué punto esta terrible realidad que estamos viviendo no es resultado de haber dejado a la mitad de la población fuera de los esquemas decisorios en el ámbito público? ¿No será que la lógica masculina de ejercicio del poder nos trajo hasta estos terrenos de confrontación? Haber dejado por fuera la perspectiva de nosotras las mujeres ¿no generó las condiciones para que las políticas públicas se formularan sin la necesaria sostenibilidad? ¿Fue eso gobernar en democracia, excluyendo a la mitad de la población de todos los escenarios posibles? Tome usted cualquier foto de gabinetes y directivas empresariales y gremiales de la Venezuela republicana y revolucionaria: son solo hombres. Algo no está funcionando en esta forma de dirigir los destinos de un país.

O asumimos los puestos de poder económico o aquí no va a cambiar nada. Como dice Lidia Falcón, presidenta del Partido Feminista Español: «si no tenemos esa ambición, dentro de cien años nuestras hijas seguirán contando los mismos dramas. El feminismo es fundamental para construir un nuevo país».

¡Es ahora, mujeres!

2 de agosto de 2017

Insistiré en el mensaje de que nosotras las mujeres somos las eternas postergadas en el ámbito de la política. Ya iba a pedir perdón («disculpen que insista»), pero borré la frase a tiempo. Sí, las feministas somos incómodas, pero es que no nos que-

da de otra. O defendemos nuestros principios y asumimos las consecuencias, o seguiremos de segundonas *forever*.

Insisto porque, tomando como ejemplo una semana del año 2017, ocurrieron unos cuantos acontecimientos que no quiero que pasen desapercibidos, porque además nos sirven para señalar la situación de indefensión a escala global en que nos encontramos las mujeres cuando de defender nuestros derechos se trata.

Perú. Llega una nueva ministra de la Mujer al equipo de gobierno y un periódico lo informa con el titular: «La nueva ministra de la Mujer cree que no es necesaria una dosis de feminismo para el Perú». En una entrevista televisada, Ana María Choquehuanca dice: «no tengo un sesgo feminista; creo que el machismo tampoco es bueno. Siempre he ido por la igualdad de oportunidades». El entrevistador la interrumpe y le pregunta: «una dosis de feminismo no le caería mal a este país, ¿no?». La respuesta de Choquehuanca, entre risas: «¿más?». También declara que lo que nos pasa es culpa nuestra, y otros mitos, tanto más lamentables en boca de quien tiene la responsabilidad de trabajar por las mujeres de su país. Enseguida llega la reacción de ONG peruanas convocando a un tuitazo con el *hashtag* #MinistraFeminismoEs. Una compañera de la red feminista me comenta que nosotras deberíamos hacer una campaña similar con la ministra de la Mujer en Venezuela, para luego concluir que las probabilidades de que nos presten atención en medio del barullo económico y político de los últimos días es poco menos que nula. No es el momento...

Venezuela. El Ministerio de la Mujer, órgano que debería estar pendiente de los temas que como mujeres venezolanas nos aquejan, tiene meses enfocado en ideología partidista, en el proceso eleccionario constituyente, en las misiones de hambre y otros temas cualesquiera que no reflejan en absoluto una

agenda que construya igualdad de género en el país. Inventaron lo del parto humanizado, que es un programa ley para madres, no para mujeres en general, como salida a la escasez de un kit obstétrico básico para poder dar a luz por parto o por cesárea con un mínimo de decencia. No, ahora hay que parir con dolor, como si eso tuviera un encanto particular. Y a juro, además. No hay feminismo sin libertad de elección, ministra. Pero ella solo escucha a su partido, no a las mujeres a las que debe servir, porque ahora están enfocados en la permanencia en el poder. No es el momento...

España. Una encuesta de Educa 20.20 y Fundación Axa, realizada por Gad3, donde más de 5800 jóvenes españoles responden la pregunta de a quién quieren parecerse de mayores. Las chicas eligen a hombres como referentes, pero los chicos no escogen a mujeres. Esto es resultado de la enorme disparidad de género: entre los cien referentes más repetidos hay el triple de hombres que de mujeres. Silvia Claveria, investigadora de la Universidad Carlos III, no se sorprende: «hay una escasez de referentes mujeres en las que puedas reflejarte y por eso es tan importante que haya presencia de mujeres en política, que los premios sean paritarios», dice. Educados todos en la idea de que lo masculino se traduce en calle, libertad, inteligencia, don de mando, y lo femenino en fragilidad, romanticismo y casa, dígame usted qué lado de la vida elige. Es el reflejo de un arraigo histórico y cultural de la dominación de los hombres sobre las mujeres. Por eso hay que señalarlo, porque siendo cultural, puede ser transformado. Bravo por el diario *El País* por darle visibilidad al estudio. Pero claro, entre tanta noticia importante, tú la compartes por las redes esperando reacciones y discusiones acaloradas... y nada pasa... Se queda tras bastidores. No es el momento...

Venezuela otra vez. Y termino con la política María Corina Machado, sábado por la noche. Hora de muchas angustias para la oposición venezolana, momento de discursos y arengas para movilizar a las masas a no dejarse amilanar y tomar las calles para impedir un proceso electoral espurio. Declaran por la Mesa de la Unidad Democrática políticos como Julio Borges, Freddy Guevara... Leopoldo López y Henrique Capriles lo hacen por Twitter, mientras que María Corina Machado manda un video, anuncia desde temprano que enviará su mensaje y lo hace... Enseguida la noticia es Leopoldo y Capriles juntos: en cuestión de minutos, «Capoldo» es *trending topic*. Gaby Arellano, activista del partido de María Corina, reclama en un tuit: «no entiendo por qué en Venezuela no se le da el apoyo que merece @mariacorinaYA... ¿porque es mujer?», y le hacen comentarios para recordarle que no es oportuno fijarse en eso, que ahora hay algo más importante: el rescate de la patria. No es el momento y punto.

Esto pasa todos los días a cada instante, y por eso tenemos que visibilizarlo y denunciarlo. Recuerdo un viejo juego que hacían los mayores con los niños cuando se los querían quitar de encima: los mandaban a buscar *tenteallá*. «Vaya y cómpreme tenteallá». Ibas como tonto a la bodega a comprar tenteallá para enseguida descubrir que eso no existía, que solo era una excusa para que te entretuvieras en algo y los dejaras en paz. Igual hacen con nosotras. La estructura machista de poder se ejerce desde las más íntimas, menudas y aparentemente insignificantes posiciones y enfoques. Nada es inocente en este juego.

Así que, como vemos en los cuatro casos descritos, ni tenemos el apoyo institucional gubernamental necesario para posicionar la agenda feminista en las políticas públicas de nuestros países, ni tenemos el soporte de muchos medios para que los temas de las mujeres se aborden con la urgencia requerida.

Pero nos tenemos a nosotras, a las redes de derechos humanos, a una gran cantidad de hombres cómplices que sí están

sensibilizados para vivir su masculinidad de forma diferente y dar apoyo a la causa feminista. Contamos con algunos medios digitales que nos publican lo que reclamamos, y podemos usar las redes sociales para señalar y elevar la voz, con su don de velocidad y ubicuidad que multiplica cualquier mensaje por mil.

Un ejemplo brillante de esto, que también ocurrió como para matizar todo lo anterior, fue la emisión de un comunicado suscrito por más de cien ONG en rechazo a la violencia sexual en el marco de la represión política en Venezuela. Tuvo una excelente repercusión en la colectividad. Es una salida inteligente para posicionar temas de género e incidir en la agenda política aun en medio de tan terribles circunstancias.

Una de las cosas más duras para las mujeres que queremos contribuir a producir cambios en el mundo desde la perspectiva de género y que intentamos aprender del feminismo es descubrir nuestros propios esquemas machistas y patriarcales de comportamiento, para no reproducirlos y no hacernos eco de la idea de que la postergación de los temas que nos atañen es lógica y entendible. Pido a las de mi clan estar conscientes de esto a toda hora en todo lugar y no quedarnos calladas cuando alguien nos diga que no es el momento. No pisemos el peine de la promesa de que algún día se ocuparán de nuestros asuntos. Eso en los últimos trescientos años no ha pasado. El momento es ahora y la responsabilidad de actuar es básicamente nuestra.

Miembra, a mucha honra

9 de agosto de 2017

—¿Se puede decir *gerenta*? —me pregunta una amiga.

—Claro que sí —le digo.

—Pero es que se oye como raro —dice ella.

—¿Y *sirvienta*? ¿Eso no te suena raro? —le respondo—. Si decir *sirvienta* es tan normal, ¿por qué no debería serlo *gerenta, miembro, médica, ingeniera, vicepresidenta*?

—Ahhh —me interrumpe—, es que *sirvienta* una lo ha escuchado ya mucho, está como acostumbrada a oírlo.

Otra amiga nos escucha y espeta:

—La verdad es que insistir en este tema es una necedad de las feministas, habiendo otros asuntos más importantes...

¿Necedad? No lo creo. Es una pelea de primer orden. Nada en el lenguaje es inocente. Las palabras tienen poder. Una simple conversación nos puede transformar. Nada ocurre sin que medie la palabra. Es posible hacer cosas con palabras. Cuando hablas, haces. Las palabras son sagradas. Abren o cierran oportunidades. Las realidades solo existen cuando las nombramos. Las palabras crean mundos. Empoderan o desempoderan. Todo esto lo aprendí en mi formación como *coach* ontológico empresarial de la mano de Rafael Echeverría en su *Ontología del lenguaje*: «el lenguaje es sobre otras cosas lo que hace de los seres humanos el tipo particular de seres que somos. Somos seres que vivimos en el lenguaje. Somos seres sociales. No hay lugar fuera del lenguaje desde el cual podamos observar nuestra existencia».

Según Echeverría, los seres humanos se crean a sí mismos en el lenguaje y a través de él. «Al decir lo que decimos, al decirlo de un modo y no de otro, o no diciendo cosa alguna, abrimos o cerramos posibilidades para nosotros mismos y, muchas veces, para otros. Cuando hablamos modelamos el futuro. A partir de lo que dijimos o se nos dijo, a partir de lo que callamos, a partir de lo que escuchamos o no escuchamos de otros, nuestra realidad futura se moldea en un sentido o en otro. Pero además de intervenir en la creación de futuro, los seres humanos modelamos nuestra identidad y la del mundo que vivimos a través del lenguaje».

¿Es entonces una necesidad pedir que se nombre a las mujeres? ¿Es que no se ve clara la relación entre lenguaje e identidad? ¿Es cuestionable abogar por un lenguaje incluyente? Una crítica habitual a este planteamiento tiene que ver con la supuesta economía del lenguaje, criterio que usa un equipo de hombres que están al frente de la Real Academia de la Lengua desde hace muchos años. Es más rápido usar un genérico que nos incluya a todos, dicen. Que es un fastidio estar hablando de *las y los, ellas y ellos, niños y niñas*, etc. Pero me llama la atención la casualidad de que la supuesta economía venga dada por el lado del género masculino y no por un genérico femenino. En el masculino todos y todas nos tenemos que sentir nombrados porque sí. Todavía es común escuchar a mujeres presentándose con su profesión en masculino: «me llamo Martha y soy ingeniero» (o abogado, médico, consultor...).

Claro, el lenguaje es una construcción cultural que ha estado en manos de ellos toda la vida. Es un problema estructural histórico y reflejo del sistema de creencias que subyace tras él. Por lo tanto, el lenguaje tal y como hoy lo conocemos es machista, excluyente y discriminatorio. Lo de la economía, un pretexto. Pero como toda convención, puede cambiarse a la par de los cambios sociales, ¿no?

El machismo se ha encargado de ridiculizar, banalizar, trivializar, subestimar y descalificar todas las luchas por las reivindicaciones feministas sin excepción. Esta de la lengua, una más. Y, por todo lo explicado anteriormente, para mí de las más importantes.

Isa Mastro, experta colombiana en el tema comunicacional, hace un ejercicio en sus talleres de comunicación política: comienza a hablar a la clase en genérico femenino. La primera reacción de sus alumnos hombres es no responder. «Cuando les preguntas por qué no responden, ellos contestan “Porque

ha dicho *chicas*”. Tienen que darse cuenta de lo que pasa cuando no nos nombran. Hablar en femenino para evidenciar que necesitamos ser nombradas», comenta Isa. Potente experiencia. ¿Qué sientes cuando no te nombran? A ver, hombres, ¡a practicar un poco de empatía!

Sirvienta nos suena normal porque la hemos repetido hasta el cansancio, y esto es básicamente porque quienes más hemos ejercido ese rol de servidumbre somos las mujeres. Igual pasa con las maestras o las enfermeras, por ejemplo. Como hay menos presidentas, ministras, científicas, mecánicas, pilotas, programadoras, no las podemos nombrar tan fácil, pero hay que hacerlo, porque el lenguaje no solo describe realidades: el lenguaje también genera ser. En cuanto lo nombro, lo que nombro empieza a existir, y a fuerza de repetirlo y por costumbre ya se oír normal. Lo más importante, además, es que así empezará a ser un referente para que muchas sientan que es posible alcanzar posiciones profesionales no tradicionales. Ese es justamente el poder generativo del lenguaje.

Los medios de comunicación tienen en esta lucha un papel primordial: desarrollar políticas de lenguaje inclusivo no sexista en sus redacciones e instruir a sus periodistas a usar palabras con conciencia de género, que sean reflejo de la sociedad diversa en que vivimos y, al mismo tiempo, creadoras de nuevas realidades.

Como sociedad tenemos que construir una nueva forma de comunicarnos en la que las mujeres también tengamos privilegios. Si no te nombran, no existes, y si no existes, no eres ciudadana, no tienes derechos. Reclama tu derecho a ser nombrada y a ser miembra (y no *la miembro*, como dicen los de la Real Academia) de tu comunidad. Una sociedad será realmente sustentable cuando desarrollemos un lenguaje que nos incluya de verdad y no deje a nadie por fuera.

Democracia paritaria

23 de agosto de 2017

Es importante plantearse la necesaria inclusión femenina en los procesos políticos a partes iguales, por dos razones: una, haber dejado histórica y sistemáticamente a las mujeres fuera del juego político y gubernamental nos trajo hasta estos desastres, estoy convencida. No hay forma de tener una democracia sustentable eliminando del espectro a la mitad de la población o, como ha sido práctica de algunos, poniéndolas como relleno en las listas o cargos para dar una simple ilusión de igualdad.

Y dos, porque a grandes males, grandes remedios. Este un momento histórico de grave desaceleración económica y retroceso democrático que amerita voltear la tortilla e incorporar de forma masiva a las mujeres en posiciones de mando y decisión, sobre todo en medio del cuestionamiento radical de que este proceso electoral en Venezuela, de cara a las regionales, legitima una dictadura, pero allí donde se abra la posibilidad de ejercer el derecho al voto y acceder a espacios de poder, las mujeres no podemos quedarnos atrás.

Confieso que escribo esto un tanto desalentada porque, a juzgar por las fotos de los últimos momentos cumbre de la actual coyuntura política, lo que se ve es un hombrerío, tanto en gobiernos de izquierda como de derecha. Lo mismo en las empresas privadas y en los espacios de poder económico. Las mujeres no estamos, sencillamente. No voy a ahondar en las causas ahora, pero lo que para mí explica la situación está bien lejos del «ellas no quieren», «es que no hay», «no están preparadas». Es dentro de esa estructura patriarcal que segrega e invisibiliza donde urge hacer los cambios por la igualdad sustantiva (la real, la que da resultados), para lo cual se requiere, primero, que lo vean, y después, que cedan espacios.

Esa sí sería una revolución de verdad, ambiciosa y de fondo, llamada a cambiar las relaciones de poder entre los sexos de una vez y para siempre. A pesar de lo difícil que pueda parecer, y en medio de estas circunstancias políticas, aquí va el planteamiento central de lo que la democracia paritaria supone, asumiendo con esperanza, que es en las verdaderas crisis donde las transformaciones culturales encuentran su nicho para asentarse.

El término *democracia paritaria* es de data relativamente reciente: en 1992, en la Conferencia de Atenas se definió como «total integración, en pie de igualdad, de las mujeres en las sociedades democráticas, utilizando para ello las estrategias multidisciplinarias que sean necesarias». Según la Comisión Europea por la Igualdad, es más que una propuesta de participación equilibrada de mujeres y hombres en los procesos decisorios políticos: es un «reclamo de vertebración social y un cuadro de responsabilidades compartidas, tanto en el ámbito público como en el privado-doméstico». Para ello exige una tasa de participación similar o equivalente, no menor al 40 y no mayor al 60 % de mujeres y hombres en el conjunto del proceso democrático.

El modelo de democracia paritaria exhorta a todos los actores, públicos y privados, y emplaza a la sociedad en su conjunto a un nuevo e ineludible pacto social en el que mujeres y hombres convivan en armonía y compartan responsabilidades, tanto en el ámbito público como en el privado, en un marco de complementariedad y corresponsabilidad. Si bien el planteamiento es novedoso porque supera la consabida cuota del 30 % y va por la mitad de todo, tiene su aval en la normativa internacional establecida en las cuatro Conferencias Mundiales sobre la Mujer (México, 1975; Copenhague, 1980; Nairobi, 1985; Beijing, 1995), en el Tribunal Penal Internacional plasmado

en el Estatuto de Roma, en pronunciamientos reiterados de la Organización de los Estados Americanos, la Unión Europea, el Parlamento Latinoamericano y Caribeño, ONU Mujeres y de otros importantes organismos que en sus declaraciones y documentos promueven que los países garanticen la necesaria participación equitativa, equivalente y equipotente entre los sexos en las instancias decisorias.

Sin embargo, no todos los Estados han adoptado estas disposiciones en sus prácticas habituales. Como suele suceder, hay una inmensa brecha entre el discurso, las leyes y los acuerdos formales y la realidad, hasta el grado de que se encuentran referencias a la cultura de la simulación y a la cultura de la apariencia. América es la región del mundo con la más alta representación parlamentaria de mujeres, con un 27,3 %, no tan alto si se toma en cuenta que siete países incluyeron en su normativa electoral la obligación de que hubiera 50 % de candidatas (Venezuela, que se hace propaganda diciéndose el gobierno más feminista de la historia, no es uno de ellos). Mientras que Bolivia ha logrado la paridad, otros cuatro países están sobre el 40 % en la Cámara Baja o Única, pero todavía diez países están por debajo del 15 % de representación femenina: Venezuela, Guatemala, San Cristóbal y Nieves, Bahamas, San Vicente y las Granadinas, Jamaica, Antigua y Barbuda, Brasil, Belice y Haití. Según la Unión Interparlamentaria, este último no tiene ni una sola mujer diputada. Parecería que existe una relación directamente proporcional entre desigualdades sociales de todo tipo, violencia, pobreza y subdesarrollo marcado, con la exclusión de las mujeres de la política.

Este mandato por la paridad es un principio democrático esencial, que por su ambición y envergadura genera lógicas resistencias. Un típico contraargumento a las cuotas de participación femenina, o medidas de acción positiva, como se les

llama, es que el mérito personal es la única vía legítima para acceder al poder, no el sexo. Quienes así piensan no están viendo que las condiciones de partida de hombres y mujeres ya son desiguales. No tenemos las mismas posiciones privilegiadas con que arrancan la vida los hombres. Sobre igualdad de oportunidades dice Giovanni Sartori: «igual acceso para todos y todo por mérito, es una cuenta; iguales condiciones de partida que den a todo el mundo iguales capacidades iniciales es otra cuenta totalmente diferente». Por ello se recomienda la adopción de acciones positivas o «medidas temporales para acelerar la igualdad de facto», porque se precisa compensar de alguna manera la desigualdad de condiciones de entrada. Por razones más que obvias, la cosa no va a suceder voluntariamente.

El modelo de democracia paritaria propone una agenda ambiciosa, sí, pero absolutamente necesaria para la verdadera reivindicación de la justicia social y el pleno goce de los derechos de las mujeres, en pleno siglo XXI. Como dice Helga Lukoschat: «en la medida en que las relaciones y posiciones de poder y decisión, oportunidades laborales, ingreso y uso del tiempo, sigan siendo desiguales entre mujeres y hombres, asistiremos indefinidamente a una democracia débil, incompleta y deficitaria». Parece mentira que todavía haya que justificar esto, pero así estamos y hacia la paridad vamos.

Violencia política de género en Venezuela

13 de septiembre de 2017

Buscaba información acerca de la proporción de mujeres que ganaron en las elecciones municipales venezolanas de 2008 y 2013 como concejalas o diputadas regionales, y las de la Asamblea Nacional celebradas en 2010 y 2015. Fue desalen-

tador lo que costó conseguir los resultados discriminados por sexo, muestra de lo poco que este dato interesa a quienes analizan el comportamiento de cada proceso electoral. Un estudio del Programa Naciones Unidas para el Desarrollo que hallé después confirmaba que para Venezuela «no hay datos» para esta categoría desde 2000. Vergüenza nacional para un gobierno que se autoproclama feminista y que tiene a cuatro mujeres al frente de su organismo electoral.

Mi interés era comprobar si con la existencia de medidas de cuotas o paridad cambiaban favorablemente los indicadores que asocian poder y sexo. Venezuela es uno de los cuatro países de América Latina que han aplicado a su sistema electoral no solo cuotas, sino paridad de género. En 1998 la Ley Orgánica de Sufragio y Participación Política obligaba a los partidos a cumplir con una cuota de al menos 30 % de mujeres para las cámaras legislativas con cargos plurinominales o de lista; no obstante, se aplicó solamente una vez, en 1998, y dos años después fue declarada inconstitucional.

Eugenio Martínez, analista electoral, comenta: «en el año 2000 se eliminó de la Ley Orgánica del Sufragio y Participación la cuota obligatoria de 30 % para las mujeres. Y durante el tiempo que se usó esta cuota, el 23 % de los cargos en el Parlamento Nacional (entre principales y suplentes) estuvo ocupado por mujeres. Al eliminarse esa cuota, la relación en la Asamblea Nacional descendió hasta 11 %. Además, según los estudios de los grupos que defienden los derechos de las mujeres, en Venezuela la brecha de exclusión alcanza 72 %».

En 2015 la proporción de mujeres en la Asamblea Nacional subió a 28 % gracias a un reglamento emitido por el Consejo Nacional Electoral para garantizar los derechos de participación política de forma paritaria en las elecciones de diputadas y diputados a la Asamblea, con amenaza de sanción por in-

cumplimiento. De hecho, por no cumplirse este reglamento de paridad y alternabilidad de género, 283 postulaciones quedaron como no presentadas. Queda clara la necesidad de mantener estas medidas de acción positiva con sanciones explícitas para incrementar el porcentaje de participación femenina, porque en las ocasiones y países donde estas normas han operado se registra un importante aumento de mujeres electas.

Al comparar los resultados entre concejales y diputadas, sorprende notar que hay mayor participación femenina en el nivel de gobierno nacional comparado con el municipal; se esperaría lo contrario, pues se asume que, estando las mujeres más involucradas con los problemas vecinales y comunitarios, tienen ya un liderazgo local que les da ventaja. Ahora veo que esto es un mito, reflejo de los estereotipos que confinan a las mujeres al mundo de lo doméstico. En vista de estos resultados, creo que los partidos ponen más limitaciones a la postulación de las mujeres en niveles de gobierno parroquiales o en municipios más rurales.

Parece que hay mucho más machismo y discriminación ahí donde la labor política femenina pueda ser invisibilizada por el bajo impacto o la poca repercusión nacional de sus actuaciones, pero sobre todo por la presencia abundante de cacicazgos de base. Un estudio del Banco Interamericano de Desarrollo de 2010, tras analizar datos de más de noventa partidos políticos de América Latina, concluyó que las mujeres ocupan solo el 19 % de los cargos en los comités ejecutivos nacionales.

Lo más asombroso de mi búsqueda fue que la media de mujeres alcaldesas en América Latina y el Caribe está en tan solo 12,5 %, según el Observatorio de Género de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2016); uno de los mayores obstáculos es el acoso y violencia política hacia las mujeres, señaladamente en el ámbito municipal. Un estudio

realizado por Flavia Tello en 2013, de entre 235 alcaldesas y concejales latinoamericanas, reveló que 46,9 % habían sido víctimas de acoso o violencia política.

En Bolivia, país pionero en la visibilización de este flagelo y que en 2012 promulgó la Ley Contra el Acoso y Violencia Política Hacia las Mujeres, se reportan casos de mujeres víctimas de agresiones físicas, raptos y violaciones, provocadas en muchas ocasiones por sus compañeros de partido, que con esos métodos buscan la renuncia de sus colegas titulares para el acceso del suplente varón.

Curiosamente, en la venezolana Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia de 2014, entre los veintinueve tipos de violencia que establece, no aparece la política. Quizá tales actos puedan enmarcarse en violencia institucional, mediática o simbólica, o bien en acoso sexual, pero no hay ninguna que expresamente describa situaciones de mujeres que en su carrera política son maltratadas, expuestas públicamente, vigiladas, presionadas y hostilizadas, con el objeto específico de que renuncien a sus aspiraciones electorales, dejando así el camino abierto a sus pares masculinos.

Una rápida encuesta entre seis amigas concejales y diputadas me confirmó el hallazgo. Con mucha prudencia, sin decir nombres, rogando no publicar nada, y con varios «ni se te ocurra decir que yo te dije», cuatro afirmaron haber sufrido este tipo de acoso político en carne propia: amenazas, robo de ideas sin recibir crédito, no ser convocadas a reuniones importantes, celebración de acuerdos a sus espaldas, postulación condicionada a renunciar a la plancha una vez aprobada para que quede el hombre suplente en su lugar, ser discriminadas porque entraron por «ser la cuota», no salir en la foto para los medios, filtración de información de su vida privada, insinuaciones, sexismo y mucho más. Muy valiente es la que llega, sinceramente.

Desde no poderse encontrar fácilmente cifras electorales diferenciadas por sexo hasta el impúdico hostigamiento a las candidatas para que desistan, todo conspira para que las mujeres nos mantengamos alejadas del poder. Ojalá nuestras actuales representantes en los parlamentos nacional y regionales aprovechen su posición para denunciar y tomar decisiones conducentes a erradicar esta infeliz práctica. Los partidos políticos deben tener en esto un rol protagónico, sobre todo para crear un sistema integral que, más allá del obligado cumplimiento de cuotas, rompa las estructuras tradicionales misóginas y que al fin comiencen a ver como natural y valiosa la presencia de mujeres en la política.

La mujer adecuada

27 de septiembre de 2017

Procusto, hijo de Poseidón, el dios de los mares, era el apodo de un mítico posadero de Eleusis, famosa ciudad de la antigua Grecia donde se celebraban los ritos misteriosos de las diosas Deméter y Perséfone. De estatura gigantesca y fuerza descomunal, su verdadero nombre era Damastes, pero le apodaban Procusto, que significa «el estirador», ya que acostumbraba a darles un trato especial a los huéspedes de su posada: los obligaba a acostarse en una cama de hierro, y a quien no cupiera por ser demasiado alto le serruchaba los pies, mientras que si su estatura era más corta les estiraba las piernas hasta que se ajustaran a la cama con exactitud.

Para hacer la historia aún más cruel, dicen que la cama de Procusto estaba dotada de un mecanismo móvil por el que se alargaba o acortaba según el deseo del verdugo, de tal modo que nadie conseguía el ajuste perfecto; así, todo el que caía en

sus manos era sometido a la mutilación o el descoyuntamiento. Cuenta la leyenda que Procusto murió de la misma manera que sus víctimas. Fue capturado por Teseo, que lo acostó en su catre de hierro y lo sometió a la misma tortura que tantas veces él había aplicado.

El mito de Procusto me viene a la mente cuando leo una respuesta a un tuit que escribo con ocasión de las declaraciones de Susana Díaz, candidata a la Secretaría General del PSOE en España: «ya es hora de las mujeres, es hora de romper el techo de cristal». La respuesta de una seguidora llega de inmediato: «tan importante como romper ese techo es elegir a la mujer adecuada».

Las mujeres sufrimos esa especie de síndrome de siempre sentirnos insuficientes. Nunca estamos listas, nunca estamos preparadas, nunca encajamos, nunca somos la perfección que nos exigieron desde pequeñas. Sistemáticamente nos subestimamos. Nunca nos sentimos adecuadas, para nosotras ni para nadie.

Esta percepción que nos paraliza y limita viene, por supuesto, de la crianza patriarcal que muy bien describió Simone de Beauvoir: «el privilegio económico que disfrutaban los hombres, su valor social, el prestigio del matrimonio, la utilidad de un apoyo masculino, todo empuja a las mujeres a desear ardientemente gustar a los hombres. Siguen estando, en su conjunto, en posición de vasallaje. El resultado es que la mujer se conoce y se elige, no en la medida en que existe para sí, sino tal y como la define el hombre».

Nos validamos en la mirada masculina, buscamos frenéticamente su aprobación y creemos que sin ese visto bueno nunca seremos las elegidas. El patrón de la adecuación lo dictan ellos. Nos adaptamos, nos serruchamos los pies para encajar, Procusto *style*.

No es extraño que tan pocas mujeres se postulen a posiciones de poder, que muchas adopten actitudes típicamente masculinas para acceder a él y que tantas más abandonen la carrera política o gerencial. Las mismas mujeres nos desestimamos con esos mensajes. Eso es justamente lo que subyace tras la falta de solidaridad entre las mujeres, tras la competencia entre nosotras, tras la falta de reconocimiento por nuestros logros y tras los señalamientos del tipo «¡hey!, ¿sí serás tú la adecuada?» a toda la que intente pararse con sus propios pies.

¿Qué es ser la mujer adecuada? ¿A quién o a quiénes hay que adecuarse y complacer? Me gustaría ver a muchas más mujeres en el poder, sin importar su tendencia ideológica, su pasado ni su experiencia en temas feministas, para que sean exitosas o se equivoquen, pero darles la oportunidad de hacerlo exactamente a su manera, tal como se la damos a hombres que no son ninguna maravilla y a los que les exigimos mucho menos que a ellas.

No empujemos a nuestras compañeras que desean hacer carrera política al lecho de Procusto pretendiendo acomodar siempre la realidad a la estrechez de los intereses machistas para los que nunca estaremos a la altura. Tres propósitos que proponemos las feministas para romper más techos de cristal: solidaridad femenina para respaldarnos ante nuestros errores, mostrarnos como somos y soltar el inalcanzable ideal de la perfección.

El precipicio de cristal: en las buenas y en las malas

3 de octubre de 2017

La metáfora, ese recurso lingüístico que consiste en hablar de una cosa y compararla con otra, es útil no solo en la literatura:

también en las ciencias humanas, pues nos ayuda a explicar, entender y hacer evidentes fenómenos sociales complejos al proporcionarnos una imagen o representación lo bastante gráfica como para tomar acción en torno a ellos.

En la lucha por la igualdad y la defensa de los derechos de las mujeres se han empleado diversas metáforas para señalar inequidades, muy especialmente en el ámbito laboral: techo o laberinto de cristal, anillo o zapatillas de diamante, fuga de tuberías, suelo pegajoso, gueto de terciopelo, muro maternal, muro de palabras, y una muy particular, la más engañosa de todas, el precipicio de cristal.

Esta metáfora se refiere a la preferencia por mujeres para ejercer el liderazgo en situaciones de crisis. En no pocos estudios se ha mostrado que cuando las circunstancias económicas aprietan, las mujeres salen a la calle e incrementan su participación laboral. En cuanto se alcanza crecimiento o estabilidad y se comienzan a vivir circunstancias más holgadas, esa participación disminuye. La feminista venezolana Esther Pineda lo comprobó en un estudio sobre desigualdad tributaria de género, bajo los auspicios de la Fundación Friedrich Ebert, con datos del Instituto Nacional de Estadística de Venezuela.

En un análisis sobre los nombramientos de miembros de los consejos directivos de cien empresas de la Financial Times Stock Exchange se demostró que, en un periodo de recesión económica, las empresas que ascendieron a una mujer para formar parte de su consejo directivo habían experimentado, en los meses anteriores al nombramiento, un rendimiento en bolsa considerablemente más pobre que las empresas que habían designado a un hombre. Esto les llevó a acuñar la consigna «piensa en liderazgo, piensa en masculino; piensa en crisis, piensa en femenino».

Dado el estereotipo sexista de que las mujeres en las organizaciones son proclives a ganarse a la gente, son más colaboradoras, organizadas, esforzadas, responsables, comprometidas, empáticas y abnegadas, se piensa que ellas son mejores que los hombres en momentos de extrema urgencia. Una *head hunter* comentaba que en los últimos meses estaba recibiendo muchas solicitudes para cargos gerenciales en empresas venezolanas, especificando que fuese una mujer, justamente por esas razones: «ellas son mejores en las crisis».

El engaño está en que la oportunidad para ejercer el poder que trae consigo el nombramiento, aunque parecería el reconocimiento genuino de las capacidades de las mujeres para vencer toda suerte de obstáculos, así como la reivindicación de su justo derecho a ser tomadas en cuenta para ejercer posiciones de liderazgo, no es más que una iteración del esquema de relegar a las mujeres a puestos precarios. En este caso es un puesto de liderazgo, sí, pero un puesto que conlleva un riesgo enorme de fracaso en vista de la crisis sin precedentes. Es casi como que «si ya no hay nada que perder, pongan a una mujer al frente». Además, el fracaso corroboraría el generalizado prejuicio de que las mujeres no están hechas para dirigir. De allí la metáfora del precipicio de cristal: no se ve el peligro porque ya se ha llegado a la cima.

Los hombres, más orientados al éxito, educados para triunfar y ser poderosos, se autoexcluyen de posiciones en situaciones como esas. Huelen el peligro. ¿Y si fracasan? Su virilidad está en juego. De repente pierden el interés. Mejor abrir la puerta para que otro, aunque sea una mujer, se encargue. Se entiende, porque son posiciones en las que se puede recibir mucha presión, descalificación y juicios severos.

La solución a esta trampa no es fácil, porque estando nosotras tan ávidas de cualquier espacio para dirigir, así fuese en las circunstancias más penosas, sería un pecado no tomarlo. Si la divina providencia nos pone en ese camino, mi consejo es: vamos por él, incluso si con eso damos pie para confirmar una visión sexista del liderazgo femenino. Asumiendo el riesgo de que todo salga mal, bien vale la pena aprovechar y ocupar todos los espacios posibles. Confiamos en nuestras capacidades para salir airoso de la prueba y luchemos también por los puestos que les gustan a ellos, los más prometedores. Pero sobre todo pidamos a nuestros pares masculinos que nos acompañemos juntos en la tarea del liderazgo, tanto en las buenas como en las malas.

¿Cómo entendemos las mujeres la competencia? Poder y género

4 de octubre de 2017

Las empresas privadas compiten por espacios de atención de sus potenciales consumidores: compiten con otras empresas que acceden a los mismos mercados, pero también se compite dentro de las organizaciones. Se compete por promociones, incentivos, ascensos, remuneraciones, reconocimiento... Se compete por poder. El poder es una estructura de posibilidades que puede tener distintos orígenes, pero pivotea a través de las personas y sus liderazgos.

Las figuras de poder nos acompañan desde la infancia. Nuestra madre y nuestro padre con su ejemplo nos enseñaron libertad, restricciones, premios, castigos, construcción y destrucción. El crecimiento del poder individual, en sus ma-

nifestaciones físicas y mentales, acompaña la edificación de poderes sociales que nos insertan en la compleja maraña de interacciones de los primates humanos.

Las mujeres tenemos una percepción del poder distinta que los varones. El varón crece y se desarrolla muy condicionado por su rol en la guerra, por lo que su crianza conserva múltiples juegos y conversaciones que estimulan su desempeño agresivo en medio de los conflictos y competencias. Las mujeres somos también muy competitivas, pero percibimos la competencia como una larga carrera de obstáculos en relevos, con múltiples participantes construyendo una ruta de desempeño que nos ponga en ventaja con respecto a nuestros competidores. Además, usualmente no solemos interpretar la derrota como humillación.

En el liderazgo corporativo se acentúa esta situación. En términos generales, los hombres consideran la autonomía, cierta infalibilidad y la energía física y mental como componentes del liderazgo, mientras que las mujeres somos menos propensas a sostener artificialmente estas lides y nos sentimos cómodas colaborando con personas a nuestro alrededor, incluso, en ocasiones, con los mismos competidores.

Los roles preconcebidos dificultan que las mujeres compitan por un puesto con los varones en condiciones equitativas. Ellas tienen que pelear este espacio conscientes del doble obstáculo (primero vencer las limitaciones de acceso al espacio competitivo y luego al competidor) mientras aparentan estar pendientes de su imagen, buscan diálogos que no les resulten inhibidores a los hombres de su entorno y cuidan que no destaquen sus propias debilidades para evitar que se active el varón violento y depredador.

Se requieren mecanismos que contrarresten los mitos de la masculinidad que se les enseñan a los hombres desde niños y que luego se traducen en un ejercicio distante y agresivo del poder. Hay que dar cabida a figuras masculinas ajenas a esos estereotipos. Se necesitan, asimismo, organizaciones en las que también de las mujeres se espere que sean proactivas y de los hombres que sean cooperativos.

Avanzar hacia pautas de competencia y cooperación más naturales y profundas en todos los espacios de la organización es una forma de completar un ejercicio competitivo global más armónico que sepa responder a las necesidades de equilibrio de género. Las organizaciones deberían asegurar que las competencias internas incluyan a suficientes mujeres, pues en cierto modo así aseguran que la empresa tenga un perfil competitivo más sólido y sostenible.

Día de las Escritoras

18 de octubre de 2017

Una bloguera española envía un correo pidiéndonos que revisemos en nuestra estantería y contemos cuántos libros de los que tenemos están firmados por mujeres. Voy presta. Calculo que en mis libreros debe de haber más o menos un 40 %. Tengo muchos libros, repartidos en varios estantes, y decido tomar una muestra de cada tramo hasta contar cien. Me quedo muda. Solo siete están escritos por mujeres. Todos los he comprado yo; no tengo a quién culpar. Me asombra no haberme percatado antes, yo que trabajo tanto este tema... ¿Tan acostumbradas estamos a no vernos representadas en las letras?

Busco en Google a ver si no son cosas mías. No. Esto es todo un tema, y hasta hay un día del año, el 16 de octubre, dedicado a hablar y pensar sobre las razones por las que tan pocas mujeres escriben... o, más bien, a tan pocas las publican. Porque al parecer no es que no lo hagamos: es que para que se nos dé credibilidad y se nos reconozca mérito para publicar y divulgar nuestra obra hay que enfrascarse en una ardua tarea frente a las casas editoriales, y no todas quieren pasar por eso.

La relación de las mujeres con la escritura está teñida (y cómo no estarlo) de las lógicas patriarcales de dominación. La palabra es poder. Quien la tiene, manda. Pasa en el cine, en el teatro, en las artes, en la televisión, en la radio, en los artículos de prensa. Si una mujer destaca en estos ámbitos todavía se celebra como si fuese una hazaña y no una cosa normal. El mundo literario no es neutro al género: está sometido a reglas masculinas que determinan lo que es de calidad o no, lo que se edita o no y lo que es importante o no, reproduciéndose así los mismos sesgos de género que observamos en todos los espacios.

Nieves Ibeas, profesora titular de la Universidad de Zaragoza y experta en el tema de mujeres y literatura, admite sentir frustración porque, a pesar de llevar tiempo hablando de este tema, las cosas han cambiado muy poco en los últimos años. Nos da algunos datos que descorazonan: 70 % de las reseñas de libros o críticas literarias están hechas por hombres, solo hay dos escritoras en la Real Academia de la Lengua (las otras cuatro mujeres no se dedican a la narrativa); en los Premios Nobel, creados en 1901, la presencia femenina es de un 5 %, y concretamente en el de Literatura solo catorce han sido reconocidas a lo largo de su historia.

La verdad sea dicha, a muchas mujeres que conozco les cuesta mostrar lo que escriben. Frecuentemente les pido artículos para mi blog y, ante su demora para entregarlo, me transmiten el mensaje de que aún le falta algo, que quieren que alguien más se lo revise, que no saben si está excelentemente escrito... Parece que sí aplica aquí esta hipótesis de la falta de confianza en sí mismas, específicamente ante el acto de hacer público lo que se cree. Como me dijo una amiga: «yo escribo, con eso no tengo problema; el asunto es que otros lo van a leer».

Es entendible, pues son muchos años recibiendo el mensaje machista de que es mejor callar, si vas a hablar que sea en tu pieza y en voz baja, a quién le importa lo que dices, cuidado con hacer el ridículo, y otros mandatos similares que convierten elevar la voz en todo un acto de rebeldía feminista. Ya algunas de nosotras nos hemos aventurado con programas de empoderamiento a través de las letras para mujeres con ideas que comunicar.

Pero no es solo eso. Puedes tener a una mujer súper dispuesta a escribir y publicar su obra, pero el caso es que, para ser una escritora importante, de esas a las que se publica o se premia, tienes que disponer de tiempo: tiempo para concentrarte, para crear, para producir. Ese es, lamentablemente, el bienpreciado de que menos disponemos, dada la carga doméstica que la sociedad nos ha asignado. La misma J. K. Rowling, autora de la saga de Harry Potter, dijo que solo cuando dejó de lado las tareas de la casa pudo sentarse a escribir sus libros. También la Woolf lo advirtió: necesitas un cuarto propio. Parece una condición superflua, pero no lo es. Quizás eso explique por qué muchos «eruditos» consiguen llegar a escribir más que nosotras: ¡es que no tienen más nada que hacer y se les paga por ello!

El Día de las Escritoras es una conmemoración iniciada en España en octubre de 2016 por iniciativa de la Biblioteca Nacional de España, la Asociación Clásicas y Modernas y la Federación Española de Mujeres Directivas, Ejecutivas, Profesionales y Empresarias, para recuperar el legado de las escritoras, hacer visible el trabajo de las mujeres en la literatura y combatir la discriminación que han sufrido a lo largo de la historia.

Quiero enviar un gran saludo y homenaje a tantas escritoras talentosísimas que se atrevieron a publicar rompiendo el techo de cristal literario. Son sin duda fuente de inspiración para todas nosotras. Vamos a visibilizarlas como se merecen y a hacer justicia y equilibrar nuestras bibliotecas incorporando en ellas a más autoras.

Educación contra la violencia de género

14 de noviembre de 2017

Es lamentable oír y ver en prensa historias terribles sobre mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas. Y si no llegan a matarlas, el sufrimiento físico de todas formas puede ser enorme. Muchas organizaciones y personas han elevado su voz contra este fenómeno mundial trabajando activamente para que las leyes en la materia no sean letra muerta, se haga justicia y la penalización sea efectiva y ejemplarizante. El naranja y el violeta son colores que se han asociado a esta terrible epidemia presente en tantas sociedades y países.

Hay, sin embargo, gran frustración entre esas ONG y expertos en la materia por los resultados obtenidos a la fecha. En

muchas partes las estadísticas de mujeres asesinadas van en ascenso. La misoginia, el machismo, el acoso callejero, el acoso sexual y otras formas de discriminación parecen no tener fin; es más, cogen aire y se afianzan. ¿No es un contrasentido que estas conductas de barbarie pervivan y florezcan incluso en sociedades modernas y avanzadas en lo tecnológico y científico?

De todas las posibles maneras de enfrentar la violencia de género, nos quedamos con la educación como estrategia clave: educación que comienza en casa con madres y padres no machistas, educación para la paz en su sentido más amplio, educación para tolerar las diferencias de criterio y de creencias, educación para entender que el poder se pelea en el plano de las ideas y no de la tortura y el acoso físico o psicológico, educación para aprender a controlar impulsos, educación para emplear la fuerza con fines constructivos, educación en valores para la convivencia.

Educación dirigida a niños y niñas, mujeres y hombres. Educación formal en aulas e informal en la calle, en los medios, en los clubes y asociaciones. Educación para niños, jóvenes y viejos. Educación para aprender a expresar en vez de dar puños, reclamar asertivamente en vez de lanzar patadas, llorar y no insultar, perdonar para no sufrir y hacer sufrir.

Educación para que cada vez más mujeres se atrevan a denunciar a su agresor, o para que otras personas, al ver el sufrimiento en una compañera, amiga, familiar o vecina, las apoyemos y hagamos lo necesario para ellas. Educación para entender que esto es un asunto público y que debería ser prioridad de los gobiernos. Educación para saber identificar a tiempo las señales de violencia, ya sea institucional, obstétrica, sexual, familiar, económica, mediática o cualquiera de las veintiuna formas tipificadas en la ley.

Sensibilizar desde la infancia sobre la manera de identificar violencia a tiempo y poner límites debería ser una de las lecciones más básicas en nuestra formación. Las feministas vivimos señalándolo, a riesgo de que nos digan exageradas o paranoicas, lo cual es a su modo una forma más de violencia, pero lo seguiremos haciendo. Únete a las actividades que en todo el país se están organizando para que esto pare de una vez. Sigue las etiquetas #RedNaranja #NiUnaMenos #DiaNaranja #VivasNosQueremos #MachismoMata. Prevenir para no tener que lamentar.

Todos deberíamos leer a Chimamanda

23 de noviembre de 2017

Ampliamente conocida en el mundo del feminismo, Chimamanda Ngozi Adichie, escritora nigeriana radicada en los Estados Unidos, autora de *Querida Ijeawele*, *La flor púrpura* y *Medio sol amarillo*, entre otros libros, logra transmitir lo obvio de nuestra cultura de una forma más obvia aún, sobre todo en su hermoso ensayo *Todos deberíamos ser feministas*.

Lo que más cautiva de su estilo es que enfoca las desigualdades de género en lo que vivimos a diario, en los detalles de los que nadie habla pero que todos experimentamos, en lo que nos pasa frente a la nariz y pocos vemos. Es como el feminismo de las pequeñas cosas, que no por pequeñas son menos importantes que las grandilocuentes pruebas de la existencia del machismo.

Cuando relata de forma sencilla y directa historias de su propia vida, todos y todas nos podemos ver ahí. Su poder re-

side en que lo que expone no nos es ajeno, pero solo cuando ella lo menciona y una la lee podemos pensar que esas cosas pasan porque la vida es así, porque es normal, porque siempre ha pasado así. «Imagínense lo felices que seríamos —dice Chimamanda—, lo libres que seríamos siendo quienes somos en realidad, sin sufrir la carga de las expectativas de género».

Mi mamá me cuenta que cuando ella salía a un restaurante era de mala educación que una mujer se dirigiese directamente al mesonero para pedir lo que quería comer. Ella tenía que decírselo a mi papá y él pedía por ella. Parece un detalle justificado en la caballerosidad y la protección, pero en el fondo es la restricción a la libertad de hablar y pedir por su propia boca lo que se desea. Es machismo. Esto ya no es así en los restaurantes, prueba de que las costumbres van cambiando, pero muchas otras similares permanecen.

La lista es larga. Cuando te sientas sola en una barra y enseguida llega un hombre pensando que estás en «búsqueda», cuando en una entrevista te dicen que eres muy bonita como si esa cualidad estuviera por encima de lo que sabes o de las ideas que estás exponiendo, cuando les sirven la pieza de pollo más grande a los hombres de la casa o les eximen de fregar los platos, cuando le traen la cuenta a tu pareja para que pague él suponiendo que es quien tiene el dinero para hacerlo, cuando se castiga más a las mujeres que a los hombres infieles con el cuento de que en ellos sí es normal porque está en su naturaleza, cuando regañan a un niño que juega con muñecas porque eso no es juego de varones, cuando una mujer tiene que pedirle permiso al marido para trabajar o para salir, cuando todos suponen que por ser mujer tu misión en la vida es casarte y tener hijos...

No es poca cosa. Pequeñas situaciones como estas, unidas a cientos de pequeñas acciones diarias, «normales» e «inocentes», construyen fortalezas que amarran libertades y condenan a las mujeres a la sumisión y a los hombres a la conquista (lo que genera en ellos muchas ansiedades, aunque no lo admitan). Cualquier crítica es descartada, banalizada, tildada de exagerada o negada. En palabras de Irantzu Varela, «a la desigualdad la llamamos normalidad». Pero los hechos, hechos son, y ahí están para ser señalados.

Celebro que Random House haya editado el libro de Chimamanda en versiones de bolsillo a bajo precio para hacerlo mucho más accesible. Padres, madres, maestras, maestros, alumnos, empleados... todos deberían leerlo, porque la educación está en la raíz de esta forma injusta y desigual de organizar la vida por roles y estereotipos sexuales. Es dañino para las niñas y mujeres, pero también para los niños y hombres. Este libro debería ser de lectura obligatoria en las escuelas, en las universidades, en las empresas. Si no lo consigues, búscala en las charlas TED e invita a muchos a verla contigo (chimamanda.com). Vale la pena.

La cultura del machismo tiende a resistir cualquier transformación de las creencias que lo sostienen. Si no vamos a los pequeños resquicios donde se anida y ata su permanencia, el cambio va a tardar mucho más. Cuestionar, indagar, resistir, desobedecer, preguntar por qué un hábito de vida no puede ser distinto, poner lo que nos acontece todos los días al revés, conseguirá que muchos dudemos de la solidez de las premisas patriarcales y empujemos la transformación hacia una sociedad más sana. Ya sabemos que las culturas son construcciones sociales y las podemos cambiar. Por eso, todos deberíamos leer a Chimamanda.

Mujer ajena

12 de diciembre de 2017

Caminando por el parque escucho a dos hombres hablando. Uno le aconseja al otro: «no te metas con mujer ajena, respeta...». Parecería un sano consejo de alguien que intenta evitarle conflictos mayores a su amigo y que además invoca el valor del respeto como principal argumento.

«Ajena»... ¿Qué es una mujer ajena? Además de ser título de alguna canción ranchera, seguramente una que está casada o comprometida con otro: una mujer prohibida... En el guion patriarcal, esto es perfectamente viable, porque para ellos la mujer siempre pertenece a un hombre: primero al padre, luego al marido, después a los hijos. Así, pasan de ser hijas a esposas y luego madres y abuelas, pero nunca mujeres. Son la posesión, la conquista, la propiedad de otro que se asume superior.

La idea de base es que la mujer es débil y debe ser protegida por un fuerte protector llamado hombre. Y ella, a cambio de esa protección, pasa a ser de su propiedad. Nos han convencido de que eso es muy romántico, pero es un lenguaje de dominación.

La mujer ajena es prohibida porque entre los hombres hay un código para respetarse los límites, que cuando se rompe termina mal. El amigo invita al otro a «no meterse con mujer ajena» sino mejor una sin dueño, libre aún, como si de ir clavando banderas o comprando esclavas y delimitando el territorio se tratara.

Las mujeres no somos ajenas: somos de nosotras mismas. Aunque seamos hijas, hermanas, esposas o madres, primeramente somos mujeres. No somos de nadie; no somos ni propias ni ajenas. Que lo tengan claro.

Feminismo totalitario

24 de diciembre de 2017

Feminismo nazi, feminismo salvaje, feminismo radical, feminismo totalitario o, como me dijo un lector hace unos días, *feminismo narco*. Diariamente a las feministas nos echan en cara algún feminismo con apellido rocamboloso, epítetos para descalificar al movimiento que el machismo usa para sentirse vivo, basándose en la absurda pero popular consigna de que las feministas queremos acabar con los hombres.

Lo de radical sí lo compro, porque no hay otra forma de ser feminista. El cambio tiene que ser de raíz: no nos contentamos con los paños calientes que como migajas se han ido soltando a lo largo de la histórica lucha de las mujeres por el reconocimiento de su lugar en el mundo. Es preciso contar con cambios profundos en los planos jurídico, económico, político, sociológico y legislativo para garantizar los derechos de las mujeres. El feminismo es radical en su esencia, y quien se sienta amenazado por ello es porque teme perder sus privilegios de género, injustamente habidos.

En cambio, sí voy a cuestionar el apellido de totalitario. Si me atengo a una de sus acepciones («adj. Que incluye todas las partes de una cosa»), debo admitir que me gusta por incluyente. La verdad es que no se puede ser medio feminista, algo feminista, más o menos feminista. No. Eres o no eres feminista. Feminista total. Además, y como dato curioso, el adjetivo tiene su forma masculina y su forma femenina: *totalitario* y *totalitaria*. Pero por la carga emocional con que algunos nos lo espetan, imagino que se refieren a la acepción de *perteneciente o relativo al totalitarismo*.

El totalitarismo es una forma de Estado de tipo no democrático que se caracteriza, al igual que el autoritarismo, por la falta de reconocimiento de la libertad y los derechos humanos. Se diferencia del autoritarismo, sin embargo, en que en él existe una negación de la libertad y los derechos individuales, además de que se desconoce la dignidad de la persona humana y se convierte a las clases sociales en masas.

En contraste con los sistemas democráticos, en los totalitarismos no existe separación de poderes ni contrapeso institucional, de modo que las libertades (individuales, políticas, de expresión, de conciencia, de culto, etc.) se encuentran seriamente limitadas y los derechos humanos, amenazados. Tampoco existe el derecho a disentir, a opinar libremente, a intervenir en la vida política del país ni a formar organizaciones o movimientos políticos alternativos al partido de gobierno. Ejemplos de totalitarismo fueron la Unión Soviética de Iósif Stalin, la Italia fascista de Benito Mussolini, la Alemania nazi de Adolf Hitler.

Veamos ahora cómo define el diccionario el feminismo: «doctrina y movimiento social que pide para la mujer el reconocimiento de unas capacidades y unos derechos que tradicionalmente han estado reservados para los hombres». Como movimiento de transformación de la sociedad, el feminismo cuestiona las relaciones entre la pertenencia a uno u otro sexo y el poder social, económico y político. Al revisar la historia, las feministas concluimos que el patriarcado ha sido negativo para la sociedad, que las mujeres hemos sido sometidas a la voluntad del hombre, y que todo ello tiene que cambiar.

Desde su misma fundación, Naciones Unidas ha defendido la necesidad de luchar por los derechos de las mujeres para asegurar la sostenibilidad de los sistemas democráticos. En

la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea General el 10 de diciembre de 1948, se estipula que «todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos» y que «toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, [...] nacimiento o cualquier otra condición».

En 2016 esta lucha ha sido incluida en los Objetivos de Desarrollo Sostenible: «lograr la igualdad de género y empoderar a todas las mujeres y las niñas». El reconocimiento de tan prestigioso organismo mundial no sería posible si el feminismo pretendiera acabar con las libertades e imponerle a la otra mitad de la población su manera de ver el mundo, como, por cierto, sí han hecho los hombres con las mujeres.

Desde el feminismo se busca el respeto a las diferencias individuales y se cuida que las diferencias sexuales no se conviertan en desigualdades. Este movimiento político defiende el derecho de hombres y mujeres a opinar libremente, a decidir lo que es mejor para la vida de cada quien, sin que nadie dictamine lo que debe o no esperar de la vida según su sexo. El feminismo desea que hombres y mujeres gobiernen en paridad, y compartir espacios y beneficios sin que estos vengan con nombre y apellido de macho desde el nacimiento. Reclama los derechos fundamentales que les han sido confiscados a las mujeres desde tiempos inmemoriales. Exige respeto e inclusión, democracia, libertad, desarrollo, paridad, equidad, igualdad... términos bastante alejados del totalitarismo.

Pero ¿ustedes saben que sí es totalitario en el peor sentido del término? El machismo. Totalitario es pretender que por ser hombre tienes todos los poderes de tu lado y la patente para prohibir a las mujeres tomar decisiones vitales. Es confinarlas

al espacio de lo privado recargadas de trabajo mal remunerado, o no remunerado en absoluto, mientras que reserva para los hombres el poder público y las más altas compensaciones monetarias. Totalitario es copar todos los espacios de gobierno sin dar a las mujeres políticas chance de ser elegidas y obligarlas a recurrir a cuotas mínimas para que se entienda que los hombres no son los dueños del juego electoral. Totalitario es mantener espacios de uso exclusivo de los hombres en los que las mujeres no pueden ni asomar la nariz.

Totalitario es usar la fuerza física varonil para abusar, someter, violar, herir y matar mujeres en cifras alarmantes todos los días. Es decidir por nosotras lo que nos conviene hacer con nuestro cuerpo sin siquiera tomar en cuenta nuestra opinión. Es meter presa a una mujer por practicarse un aborto producto de una violación. Totalitarios son los que arreglan matrimonios infantiles y obligan a niñas a casarse con viejos. Es mutilar genitales de niñas porque ellas no nacieron para sentir placer, privilegio reservado para los hombres. Es someter a las mujeres a la trata de personas, a la prostitución, a los vientres de alquiler, a la pornografía, al uso sexual y a la cosificación de nuestros cuerpos.

Es dictaminar cómo debemos vestir, movernos, hablar y pensar las mujeres. Es dejar a las niñas sin educación porque son ciudadanas de segunda. Es decidir que el lenguaje es masculino porque sí, sin que nos nombren. Es usar su propaganda machista para satanizar, trivializar, banalizar, ridiculizar todo lo que venga de una feminista. Eso sí es totalitarismo, y contra todo ello nos defendemos para convencer de que otra forma de sociedad es posible y deseable.

Pensar que feminismo es un totalitarismo es producto de la ignorancia y desconocimiento de lo que la agenda feminista

propone a la sociedad. Antes de atacar con lenguaje de odio y poner un apellido descalificador como ese a nuestro movimiento, hay que instruirse y entender por qué la lucha feminista merece ser tratada con respeto.

2



1

8

@vameisoi

Poderosas y empoderadas

17 de enero de 2018

Trabajo con un grupo de mujeres poderosas. Ellas han demostrado creatividad, flexibilidad, capacidad, resiliencia, liderazgo y uso racional de los escasos recursos en numerosas situaciones, a veces sin tener las herramientas para resolver infinidad de problemas. Salen de la impotencia, se llenan de ambición y hacen lo que haya que hacer para ayudar a todos.

También veo iniciativas lideradas por otras mujeres, no solamente en el ámbito empresarial privado, sino el social, académico, político, público. Esas mujeres dan ideas, se meten en los problemas, apoyan a quienes desean hacer algo. Lidian con los ataques de quienes critican sin hacer... Sin descanso, sin contagiar desánimo, viviendo en la poderosa convicción de que un cambio es posible.

Lo social, lo humano, el cuidado, la protección al otro, tradicionalmente se ha asociado con lo femenino. Hoy sabemos que los roles sexuales estereotípicos no tienen nada que ver con genética, hormonas ni cerebro: es pura crianza, cultura y educación. A las mujeres nos han enseñado a encargarnos de los demás y lo hemos hecho siempre. Los hombres no saben cuidar porque no han aprendido. Desde el momento en que un niño toma una muñeca y el padre le cae a palos para que la suelte, le estamos diciendo que eso de atender a otros no es con él, que para eso están las mujeres. Pero estoy segura, porque casos hay, de que se pueden encargar de apoyar, atender, nutrir, consentir y ayudar con ternura y devoción a cualquier ser humano si les damos el chance de hacerlo y cambiamos como sociedad el concepto de poder.

A lo largo de la historia los cuidados a otros se han considerado actividades de bajo nivel, al punto de que ni siquiera se toman como trabajo. La carga doméstica aún hoy sigue siendo no remunerada, no valorada y asumida como segunda o tercera jornada laboral de muchas mujeres que tienen un empleo. Pero el sistema económico y productivo de un país no puede sostenerse si no hay quien cuide a los niños, a los ancianos, si no hay quien procure las condiciones mínimas para apuntalar la labor de generar capital. Por ello urge replantearnos la carga valorativa que les damos a lo social y a la calidad de vida para tener sociedades felices y dejar de menospreciar el trabajo que muchas mujeres hacen en favor de los demás.

Estas mujeres de las que hablo no están reforzando el estereotipo machista de la mujer frágil que solo existe para servir al otro: ellas lo hacen convencidas de que el desarrollo solo es sostenible si se generan empresas productivas que en sus entornos alcancen indicadores de gestión positiva en salud, educación y desarrollo social. Sus habilidades personales aprendidas en la cultura patriarcal, ellas las usan como herramientas de cambio y transformación social de forma profesional, incluyente y efectiva. No es caridad ni filantropía: es liderazgo gerencial puro y duro.

Son hacedoras. Buscan resultados, se asesoran, ejecutan, evalúan, toman la batuta, dirigen, ordenan, lideran, suben la voz, hablan con quien sea, resuelven. Son unas valientes decisoras que demuestran dominio de sus emociones y pulso firme, y al mismo tiempo expresan abiertamente sensibilidad empática por el dolor del otro. Están rompiendo paradigmas en el ejercicio del poder y el liderazgo tradicional, que reservaba a los hombres el dominio de la palabra y la acción protagónica, y a las mujeres el manejo emocional que interviene en las relaciones interpersonales. Ellas dominan, con lenguaje, cuerpo

y emoción, e incluyen a todo el que haga falta, sin perder el contacto personal.

Lo más importante de este cambio es que ellas no solo son poderosas, sino que empoderan a muchos otros y les ayudan a resistir y a salir fortalecidos de las adversidades y de los efectos de las situaciones límite de la economía del país sobre la gente. Algo bueno tenía que traer esta crisis, y es el redimensionamiento de lo que significa el poder, de lo que implica hacer política, y qué bueno que venga de la mano de tantas mujeres.

Ojalá visibilicemos a estas heroínas y las usemos de ejemplo en las clases de los programas de formación gerencial. Ellas están dictando cátedra en la redefinición del concepto de poder: poder para lograr, poder con la gente, poder para empoderar.

Ráfagas de cambio

7 de febrero de 2018

Están pasando cosas interesantísimas que están cambiando el curso de la historia y del sistema patriarcal como lo conocemos hoy. Veamos algunos de estos acontecimientos con el ánimo de construir esperanza.

Davos, Suiza. Por primera vez en sus cuarenta y ocho años de historia, la edición 2018 del Foro Económico Mundial fue dirigida exclusivamente por mujeres. Según el documento «¿Por qué 2018 debe ser el año en que las mujeres prosperen?», escrito por la directora del Fondo Monetario Internacional, Christine Lagarde, y la primera ministra de Noruega, Erna Solberg, «darles a las mujeres y a las niñas la oportunidad de tener éxito no solo es lo correcto, sino que también puede transformar las sociedades y la economía».

En la agenda de tan importante reunión, que convoca a los países más poderosos del mundo, entró el tema de la brecha salarial, la necesidad de ofrecer mayor participación a las mujeres en la fuerza de trabajo para impulsar el Producto Interno Bruto y la urgencia de tener más mujeres en puestos de dirección. Solberg puso el acento en la importancia de los cambios: «estoy especialmente preocupada por la necesidad de crear una sociedad de bienestar sostenible. El crecimiento inclusivo es esencial para alcanzar ese objetivo, y eso significa, entre otras cosas, que tanto hombres como mujeres deben poder formar parte del mercado de trabajo en los mismos términos». Dos mujeres poderosas en medio de un escenario tradicionalmente masculino llevando la batuta de una reunión donde el tema de la igualdad de género fue ampliamente tratado: impensable unos años atrás.

Suiza. Mismo Foro Económico Mundial. Malala Yousafzai declara: «dije hace mucho, durante un discurso de la ONU, que primero queríamos que los hombres hicieran algo por nosotras, pero ese momento ya ha pasado; no vamos a pedirles a los hombres que cambien el mundo, vamos a hacerlo nosotras mismas». Como dice una reciente campaña contra la violencia machista, «*time's up*»: ya es hora, no esperamos más. Por cierto, que esta campaña, junto con #MeToo, está elevando la indignación y la voz de muchas mujeres silenciadas. Aplaudimos a rabiar esta inesperada, sorprendente y justiciera sentencia de la joven premio Nobel.

Estados Unidos. La jueza Rosemarie Aquilina condena a Larry Nassar, médico estadounidense sentenciado de cuarenta a ciento sesenta y cinco años de cárcel por abusos sexuales contra ciento cincuenta y seis gimnastas menores de edad. «Acabo de firmar su sentencia de muerte. No ha hecho nada para que merezca andar libre jamás. Yo no lo dejaría solo ni

con mis perros. Usted no tiene el derecho de volver a caminar fuera de una prisión», le dijo la jueza Aquilina al leerle la sentencia. Salen así a la luz aberraciones que socialmente era tabú destapar y que el machismo criminal se encargó de normalizar, poniendo el foco en los extraños, teniendo a los violadores tan cerca.

Islandia. Primer país donde es ilegal que las mujeres cobren menos. Desde el 1 de enero de 2018, todas las empresas de más de veinticinco trabajadores están obligadas a demostrar anualmente que las empleadas no ganan menos que los empleados. Quien no lo cumpla, se enfrenta a multas. Objetivo logrado al fin, después de cuarenta años de lucha. Alemania hizo lo propio días después y ya es un tema de discusión en los gobiernos de todos los países civilizados de Europa.

Hollywood, Estados Unidos. La serie televisiva *Big Little Lies* gana numerosos premios. Esta producción nace porque a las actrices Reese Witherspoon y Nicole Kidman no les ofrecían papeles interesantes y les pagaban menos que a sus contrapartes masculinos. Decidieron por eso convertirse ellas mismas en productoras y protagonistas, sin esperar a que los patriarcas del espectáculo les dieran trabajo. Ahora ellas son las que se ganan los reconocimientos, y la plata también.

Europa. Fórmula 1 ha anunciado que a partir del próximo mundial de automovilismo desaparecerán las tradicionales azafatas en las carreras del campeonato, al entender que esta práctica está «claramente en desacuerdo con las normas sociales actuales». Ya hay movimientos pidiendo eliminar la figura de la mujer trofeo de todos los deportes, costumbre que únicamente perpetúa la cosificación de las mujeres.

Madrid y veinte países más. El movimiento feminista llama a las mujeres a participar en una huelga histórica los días 8 de marzo. «Produzcan sin nosotras». En un *remake* del paro de

Islandia en 1975, las mujeres dejarán de realizar tareas feminizadas, como la carga doméstica y las labores de cuidados, que se invisibilizan, se minusvaloran, y, por ser asumidas por las mujeres, ni siquiera se llaman trabajo.

Nada de esto está emergiendo de un día para otro: es producto de una transformación lenta pero segura, iniciada y construida por muchas mujeres desde varios siglos atrás, incluso a costa de sus propias vidas, y que ha ido generando un nivel de conciencia colectiva que hoy estamos activando, como si de un testigo se tratara, las de mi generación y las que nos siguen.

Tal movimiento genera no pocas resistencias, por supuesto. Basta tuitear alguna de estas noticias y recibes como respuesta improperios que van desde reclamos airados por la «avanzada del imperio feminazi» hasta recomendaciones para usar un consolador. Pero a los y las neomachistas yo les canto como Bert en la película *Mary Poppins*:

Viento del este y niebla gris
anuncia que viene lo que ha de venir...
No me imagino qué irá a suceder
mas lo que ahora pase ya pasó otra vez...

El amor en el día de los enamorados

13 de febrero de 2018

¿Sabes de dónde viene lo del Día de San Valentín? Rápida búsqueda en Wikipedia: en la Antigüedad se celebraba en Roma una fiesta pagana dedicada a la fertilidad llamada Lupercalia. En esa ocasión las mujeres esperaban ser golpeadas con látigos hechos de piel de cabras y perros, mojados en la misma sangre de esos animales. Se creía que ese ritual les otorgaba

fertilidad. Las fiestas lupercales se celebraban *ante diem XV Kalendas Martias*, lo que equivale al 15 de febrero. Su nombre supuestamente deriva de *lupus* (lobo, animal que representa al dios Fauno, que tomó el sobrenombre de Luperco) e *hircus* (macho cabrío, un animal impuro).

En el año 496 el papa Gelasio I prohibió la celebración de la Lupercalia. Para mantener la fecha de celebración convirtiéndola de pagana a santa, eligió a un mártir con el cual asociar la conmemoración. Escogió y convirtió en santo a Valentín, aun cuando hoy no está claro quién fue él en la vida real. Según la leyenda más extendida, fue un médico romano que se hizo sacerdote y al que el emperador Claudio II, el Gótico, ordenó decapitar en 270.

En aquel tiempo, el emperador Claudio II prohibió a los jóvenes casarse, porque a su juicio los solteros sin hijos eran mejores soldados. Cuenta la leyenda que el sacerdote Valentín consideró injusto el decreto y desafió la orden casando a parejas en secreto; por eso se lo consideró el patrono de los enamorados. El emperador lo decapitó. El 14 de febrero del año 496 fue el primer Día de San Valentín y duró hasta 1969, cuando Pablo VI y el Concilio Vaticano II eliminaron la fecha del calendario. Así pasó a ser una fecha con santo, pero sin celebración.

Uno que se tomó en serio esta fecha, hacia el siglo XIV, fue el rey Carlos VI de Francia, apodado el Bien Amado y el Loco. Creó la Corte del Amor: en el Día de San Valentín se efectuaba una serie de juegos en que los participantes competían para conseguir pareja entre las doncellas cortesanas. Una cacería, pues, no muy lejana de la violación tumultuaria de «la Manada» de San Fermín en Pamplona 2017.

Otro dato curioso: los nórdicos dicen que por esas fechas, a mediados de febrero, se aparean los pájaros, y entonces se celebra el emparejamiento de los tórtolos y por extensión el día de los enamorados.

En conclusión, tan cacareado día tiene raíz sexual, biológica, animal, carnal, salvaje. Después la fecha se ha disfrazado de cosa romántica para celebrar la amistad y el amor. Cuenta con muy buen *marketing* y lucrativas campañas comerciales para que la gente se gaste mucho dinero en festejar junto al amado o amada con flores, regalos, mariachis, cenas con velas. Los estadounidenses, por ejemplo, gastan en tarjetas y otros detalles para ese día más de 18.900 millones de dólares, según la Federación Nacional de Comercio de aquel país.

Estos rituales nacieron hace varios siglos, pero para algunos, la manera de establecer pareja no ha cambiado mayormente. Con todo ese romance se pretende justificar violaciones, matrimonios a la fuerza, acoso sexual. El «tú eres mía y de más nadie», las pasiones irracionales, los celos, el despecho, las infidelidades, la prueba de amor, «uno se casa para toda la vida», «tienes treinta y aún sin novio», la media naranja, el último tren, «quien bien te quiere te hará llorar», «el amor todo lo puede»... mensajes que reflejan todo un entramado emocional en nombre del amor, que no siempre termina bien.

Yo más bien pediría menos empalagamiento y más libertad, menos bombones y más respeto, menos frases cursis y más igualdad real y sustantiva. Y antes de que digan que estas feministas «hasta el día de los enamorados se lo van a amargar a uno», pues celebren como quieran, pero no se traguen el cuento: de inocente, puro y amoroso, este día no tiene nada.

La mala de la novela

21 de febrero de 2018

Una buena referencia para entender cómo opera el lavado de cerebro patriarcal desde que estamos chiquitas son las teleno-

velas. Las de mi generación vimos *Lucecita*, *La señorita Elena*, *Esmeralda*, *La usurpadora*, *Simplemente María*, *Sacrificio de mujer*, *La mujer prohibida*...

Nada más ver los nombres ya una puede darse idea de por dónde van los tiros. Salvo *La señora de Cárdenas*, *Por estas calles*, la colombiana *Betty la Fea* y las exitosas telenovelas brasileñas de los ochenta, que en su momento revolucionaron el consabido esquema polarizado de malas contra buenas y finales felices para quienes se portaron bien, todas las demás alimentan creencias machistas clásicas.

Las telenovelas venezolanas modernas confieso que no las veo mucho, pero lejos de adaptarse a los nuevos tiempos, siguen el consabido guion de premiar a la buena y castigar a la mala, para que nos quede bien claro el mensaje que venden. Todas ellas reproducen un sello indeleble, conservador y prescriptivo sobre el modelo y deber ser de la «buena mujer».

La buena de la novela es sumisa, callada, de belleza virginal y angelical, con himen intacto (y si alguien se lo rompió es con el que se va a casar), pobre (la pobreza como virtud), ansiosa de ser rescatada por un hombre rico y poderoso (los privilegios del lado masculino), llorona, sensible, tierna, cariñosa, cuidadora de todos, servicial, desprendida y deseosa de tener hijos, por aquello de que una mujer no es verdaderamente mujer hasta que es madre.

Sufre. Sufre mucho y en silencio. Creyente religiosa, mantiene su fe por encima de cualquier adversidad. Maltratada y discriminada por pobre y disminuida. Muchas veces empieza la telenovela con algún tipo de discapacidad que hacia el final se supera, o se presenta como una mujer sin atractivos físicos, más bien un poco afeada, que en el momento cumbre del boudoir muta mágicamente en una suerte de Miss Venezuela para así obtener el premio más codiciado: el galán. La buena ter-

mina felizmente casada, con sonrisa en los labios, triunfo del amor puro y casto.

¿Y cómo es la mala? Ambiciosa, bella, exuberante, se ríe mucho, habla alto y claro, se acuesta y tiene relaciones sexuales con quien le da la gana. Es rica, poderosa, inventiva, hace lo que quiere y cuando quiere. Sabe manejar los hilos del poder y no se deja apabullar. Es una amazona, una guerrera. De mirada altiva, sube una ceja, saca el pecho, pisa firme, entaconada, pura pose de poder. Trabaja, sale a la calle, se viste de forma sensual, no tiene hijos o es infértil, es atea, a veces divorciada o sin pareja estable, soltera e independiente. Es una atrevida que busca siempre salirse con la suya.

¿Pero cómo termina la mala de la novela? Sin el galán (el peor castigo de todos), loca, muerta, presa, sola. Además, a la mala y a la buena las ponen a pelearse entre sí. Nada de sororidad por aquí. Mucho de envidia, competencia, chisme entre mujeres, reproduciendo así el mito androcentrista de que nosotras no podemos trabajar juntas ni convivir porque hay un macho en disputa y él es lo verdaderamente importante.

La lección está clara. Una vida llena de sacrificios en santa resignación te lleva a casarte de velo y corona con el hombre de tus sueños; una vida vivida como tú la quieras o desees te conduce al infierno. Burda pero efectivísima manipulación, que moldea sueños, caracteres, ideales de comportamiento en las jóvenes que ven con ilusión cada capítulo.

No es poca cosa. Las emociones se contagian, de allí el alto *rating*. Vivimos como propios los avatares de las figuras de estas producciones televisivas proyectadas en horario *premium*. Aprendemos vicariamente, observándolas para adaptar a nuestras propias vidas lo que vemos que resulta en las protagonistas, reforzado además por un entorno machista que penaliza a las mujeres con ambición, a las que no necesitan un varón para ser y tener, a las que quieren romper el molde.

Enseñemos a nuestras hijas e hijos que en la vida real hay gente real; que no hay malas-malas ni buenas-buenas ni galanes de ensueño; que sufrir y ser pobre no tiene ningún mérito; que ambicionar y tomar tus propias decisiones es legítimo y válido; que no es verdad que haya «malas» a las que siempre les va mal ni «buenas» a las que siempre les va bien. Que cada mujer tiene el derecho a elegir cómo quiere vivir su vida, sin temores.

Y si ven telenovelas juntos, úsenlas para señalar y reírse de estas aberraciones, con lentes y conciencia de género, pensamiento crítico y alma transformadora, para orientar mejor a las nuevas generaciones.

Una economía por y para las mujeres

17 de marzo de 2018

La economía, como cualquier ciencia, es una construcción social, y como toda construcción social bajo el patriarcado, actúa para el privilegio masculino. La vida económica está profundamente influida por historias, estructuras sociales, normas, prácticas culturales, interacciones interpersonales y por la ideología predominante, pues al fin y al cabo se trata de una ciencia social.

En la economía tal y como la conocemos, la masculinidad se asocia con objetividad, consistencia lógica, logros individuales, matemáticas, abstracción y falta de emoción. Quizá por ello observamos un exceso de hombres entre los economistas de firmas consultoras, gabinetes de gobierno y paneles de discusión.

La economía dominante ha sido desarrollada mayoritariamente por varones heterosexuales de clase media y media alta,

lo que ha llevado a la supresión de las experiencias de vida de toda la diversidad humana, sobre todo de las mujeres y las familias no tradicionales.

Michèle Pujol, importante economista nigeriana-canadiense, nos habla de cinco supuestos históricos sobre los que se ha construido el andamiaje económico tradicional: 1. todas las mujeres se casan y todas las mujeres tendrán niños; 2. todas las mujeres dependen económicamente de un familiar varón; 3. todas las mujeres son (y deben ser) amas de casa debido a sus capacidades reproductivas; 4. las mujeres son improductivas en la fuerza de trabajo industrial; 5. las mujeres son agentes económicos irracionales, impropios, y no se puede confiar en ellas para tomar las decisiones económicas correctas.

Aunque en los últimos cincuenta años se han modernizado algunas estructuras y prácticas históricas, estas creencias siguen arraigadas y explican muy bien por qué tan pocas mujeres son dueñas de grandes empresas, por qué no están en las juntas directivas en paridad con sus colegas hombres, por qué no son vistas con más frecuencia como representantes gremiales, por qué no aparecen en las listas de las más ricas del mundo o por qué existe la brecha salarial.

Las mujeres nunca han tenido el poder; son excepcionales las que lo han alcanzado. Urge, sobre todo en los países en desarrollo, una nueva visión de la economía, que parta de supuestos más modernos.

La economía feminista nació en la década de los noventa gracias al impulso de economistas como Marilyn Waring y Betsy Warrior, con un objetivo bastante más radical que simplemente hacer notar la situación de las mujeres en el ámbito socioeconómico o proponer para ellas políticas que corrijan los impactos de género del funcionamiento económico: busca señalar cómo los modelos y métodos de la economía se basan en preferencias masculinas.

Su principal meta es desarmar las construcciones sociales que asocian a las mujeres con la sensibilidad, la intuición, la conexión con la naturaleza, el servicio por los demás, el hogar y la sumisión. Estas asociaciones no son inocentes: revelan una profunda desigualdad que tiene consecuencias en la vida de las mujeres. No es casual que ellas tengan una mayor vulnerabilidad por factores como una menor inserción laboral, condiciones de mayor precariedad y una sobrerrepresentación en el mercado informal con pocas perspectivas de superación. Las estadísticas de los países latinoamericanos confirman estas inequidades.

La pandemia de COVID-19 puso sobre el tapete la importancia de los cuidados para la supervivencia humana. Por regla general, los cuidados, impartidos casi siempre por mujeres, no son remunerados. Suelen invisibilizarse o considerarse secundarios, a pesar de ser la base de la organización del sistema social.

Por ello necesitamos otro modelo económico que nos permita superar el sistema sexo-género y que de manera urgente supere las escisiones masculino-femenino, público-privado, productivo-reproductivo y razón-emoción. Una economía que no feminice roles, que no dé por sentado que las tareas de la crianza o el cuidado del hogar y de las personas deben recaer en las mujeres, mientras a los hombres les tocan las profesiones productivas y mejor valoradas socialmente.

Ojalá la economía feminista formase parte del pènsum de estudio de las facultades de economía de nuestras universidades y de estas egresaran profesionales con mayor sensibilidad por formas colaborativas desprovistas de género para así tener sociedades más sostenibles e inclusivas en el más corto plazo posible.

La ilusión del emprendimiento femenino

26 de marzo de 2018

Desde hace unos años existe un *boom* por el estímulo al emprendimiento económico femenino como medio alternativo para ganarse la vida. Mediante clubes, talleres, charlas, seminarios, lanzamientos, *startups* y otros creativos mecanismos se promueve la idea de que si eres independiente te va mejor que si eres empleada. Es una muy buena política toda vez que, de acuerdo con estudios del Banco Mundial, la productividad en América Latina y el Caribe podría aumentar un 25 % y la pobreza extrema reducirse en un 30 % si se impulsara la capacidad emprendedora de las mujeres.

En lo personal, sin embargo, me temo que tanto entusiasmo a veces es engañoso. Básicamente porque no es cierto que al ser autónoma tus problemas de sostenimiento financiero se resuelvan ni que ser empleada sea una esclavitud. Hay una especie de romanticismo en torno a la idea de no tener jefe, tener tu propio horario o ser «la dueña de tu vida» que acompaña la venta de este modelo de trabajo junto con frases motivadoras como «querer es poder», «el cielo es el límite», «ponlo en tu mente y estará en tu vida» y otras falsas promesas.

El plan de montar un negocio propio se ofrece como alternativa para evitar el «techo de cristal» presente en las organizaciones, ese conjunto de obstáculos invisibles pero reales que limitan el ascenso de las mujeres al poder, como si la autonomía fuera la solución a la brecha salarial, al acoso sexual o a la necesidad de conciliar trabajo y familia. Estudios de la OCDE (2013) revelaron que en Estados Unidos 40 % de las mujeres emprendedoras lo hace precisamente para conciliar sus actividades laborales y familiares.

Fomentar el emprendimiento femenino como vía para el empoderamiento económico puede caer en el terreno de las ilusiones. Una cosa es emprender porque se tiene una idea, producto o servicio innovador en la mente, y otra muy distinta es emprender por necesidad.

Según un reciente estudio mexicano, más mujeres que hombres inician un negocio por necesidad: «existe una relación aparente entre falta de empleo o niveles bajos de remuneración económica y el inicio de una empresa por las mujeres, entendiendo que las pertenecientes a los estratos más pobres son las más afectadas por la desigualdad de género y la discriminación en el acceso al empleo, diferenciales de salarios y posibilidad de un desarrollo empresarial exitoso. Por ello, la vía de convertirse en empresarias es vista como una alternativa ante la falta de oportunidades para obtener un salario igual al del hombre o desarrollar una carrera en una empresa, como lo hacen los hombres» (Camarena, 2015).

Las mujeres latinoamericanas, en especial las mayores de cincuenta y cinco años, inician estos emprendimientos para subsistir ante la falta de seguridad social y las pocas oportunidades para emplearse. La Fundación Microfinanzas BBVA en América Latina ha indicado que, del más de un millón de emprendedoras a las que apoya, 11 % tienen más de sesenta años y 78 % tienen personas dependientes a su cargo.

Por otro lado, las habilidades o destrezas para triunfar en el mundo de los negocios autodirigidos son muy distintas de las que se precisan para triunfar en una organización ya consolidada. Hay más historias de fracaso que de éxito en esto de pasar de una idea a un negocio próspero y de una microempresa a una empresa consolidada. Muchos consultores ofrecen formación para cerrar déficits cognoscitivos que impidan a las mujeres pedir créditos o negociar o imponerse en contextos al-

tamente competitivos, pero el acceso a esta capacitación toma tiempo y dinero y no siempre se logra el cometido.

La actividad empresarial independiente no se libra de los estereotipos sexistas que asocian emprendimiento, competencia, determinación para cerrar negocios, capacidad de asumir riesgos y estilos gerenciales exitosos con la figura masculina. Las mujeres emprendedoras también se tropiezan con estas barreras, no siempre fáciles de sortear. Según el Índice de Emprendimiento Femenino producido por el Global Entrepreneurship and Development Institute, que mide la capacidad de las mujeres para crear emprendimientos de alto impacto, cuarenta y siete de los setenta y siete países analizados recibieron una nota inferior al 50 % en competitividad de emprendimiento femenino. El Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe concluye en un estudio: «ellas representan más del 40 % de la población económicamente activa en la región, pero su aporte como emprendedoras se reduce al 15 %». Las asimetrías de género en el ámbito empresarial son evidentes y reproducen las que observamos en medios laborales tradicionales.

Esto ocurre, creo yo, porque las temidas barreras del techo de cristal también existen fuera de las organizaciones formales. Algunos autores le han puesto el nombre de «techo de cemento», aludiendo a las limitaciones por la baja confianza de las mujeres en sí mismas, pero la verdad es que las hay muy seguras y formadas con dificultades reales para dedicarle a su emprendimiento el tiempo que requiere: la carga doméstica sigue siendo de ellas. Después de dejar sus empleos, muchas descubren con asombro que su nuevo negocio les exige más tiempo y labores que antes. Se ha demostrado una correlación negativa entre el cuidado infantil y el trabajo del hogar, por un lado, y el tamaño de la empresa propiedad de mujeres y su desempeño, por el otro (SELA, 2010).

El panorama se complica cuando el emprendimiento se suma al trabajo a tiempo completo o parcial en una empresa, para complementar los ingresos. Salir cansadas del trabajo habitual, dedicar noches y fines de semana al negocio, normalmente operando en sectores bajo de rendimiento (bisutería, repostería, piñatería, costura), al mismo tiempo que se mantiene la responsabilidad y los cuidados a niños, adultos mayores, cocina, casa, estudios, etc., suena a menos calidad de vida, menos libertad, menos empoderamiento.

De no intervenir la comunidad, el Estado y las empresas privadas para generar las condiciones sociales y económicas que acaben con los arraigados sesgos sexistas y la división sexual del trabajo, el emprendimiento económico femenino vendido como panacea seguirá siendo una ilusión.

Machismo enmascarado

4 de abril de 2018

Backlash: una palabra interesante con la que me he topado en estos días. Se traduce como *reacción*, *contragolpe*, *contraataque*. Según el Webster Dictionary, *backlash* se define como una fuerte reacción adversa a un movimiento político o social. Es una respuesta violenta o negativa ante un avance constructivo o reivindicación lograda. El término tiene en inglés dos acepciones: por una parte, significa la reacción contra algo que ha ganado importancia, popularidad o influencia; por la otra, se refiere a la acusación que se hace a las víctimas de un crimen, inculpándolas de haber provocado a sus agresores o de tratar de ganar la atención de la opinión pública denunciándolo. Dos autores han analizado muy bien el fenómeno: Susan Faludi,

quien estudia el *backlash* que sufrió el feminismo después de su auge en los años setenta, mientras que David Finkelhor lo aborda en el terreno de los abusos sexuales a niños y niñas.

El patriarcado sigue vigente, vivito y coleando en todo su entramado de creencias, porque las feroces reacciones que muestra ante cada avance feminista le permiten atornillarse, conviviendo al mismo tiempo con una suerte de aparente cambio hacia la igualdad, dejando inamovibles sus bases. Mismo musí con diferente cachimbo, como diría mi abuela.

Haciendo un poco de historia, cuando las feministas de la primera ola se alzaron, las guillotinaron y las dejaron fuera de los derechos políticos recién alcanzados por la Revolución Francesa; les prohibieron reunirse y ordenaron disolver los clubes femeninos. Tras la victoria de las sufragistas de la segunda ola, todavía pasaron años antes que las mujeres pudieran votar en igualdad de circunstancias que los hombres, y quedaron pendientes derechos civiles fundamentales, como las herencias, la patria potestad de los hijos, la igualdad salarial, la administración de sus bienes, etc. Por otra parte, no olvidemos que hay países donde las mujeres aún hoy no alcanzan el derecho al voto.

De la tercera ola, con la liberación femenina, el derecho al placer del cuerpo y a tomar las propias decisiones de vida, se levantaron reacciones conservadoras con el presidente Reagan en los Estados Unidos y la primera ministra Margaret Thatcher en el Reino Unido. Ahora tenemos a Donald Trump, blandiendo banderas moralistas que intentan hacer regresar a las mujeres al mundo de lo privado. Pero todo esto se orquesta disfrazándose con el mensaje de la supermujer, una forma moderna de explotación que hace desistir a muchas y les deja el sentimiento de culpa por «no haber podido y no haberse esforzado lo suficiente»...

En palabras de Faludi, «cada fase del movimiento feminista se ha enfrentado con su respectivo *backlash*; es la reacción de diversos actores sociales para contrarrestar el avance de las mujeres, sobre todo cuando ese avance amenaza la existencia de las instituciones sobre las que descansa la dominación masculina tradicional del mundo».

Cuestionar y desacreditar a las mujeres que reclaman, descalificar a quien denuncia llamándola *mojigata*, transformar a las víctimas en victimarias, amenazar a las amenazadas, tergiversar información, dirigir discursos intolerantes cargados de odio a las defensoras de los derechos humanos de las mujeres, ejercer manipulación social para desarticular movimientos, insultar y amenazar a organizaciones y personas por las redes sociales... Con esta clase de acciones responde el machismo cuando olfatea el más mínimo atisbo de levantamiento feminista.

Pero no es solo esa reacción abierta la que emerge. Esa es fácil de encarar. La más peligrosa, a riesgo de que me llamen paranoica, es la que surge disfrazada de modernidad y progreso, la que una entiende como algo bueno que se ofrece cuando hay acuerdos, pero de repente nos vemos de nuevo en el punto de partida, reclamando los mismos derechos que tanto tiempo tomó conseguir.

Algunos ejemplos: la vuelta atrás en las conquistas por los derechos sexuales y reproductivos a nivel mundial (otra vez recordar a todos que «mi cuerpo, mi decisión») y explicar que el aborto tiene que legalizarse porque la vida de una mujer tiene que estar por encima de la de un feto), el discurso a favor del parto natural y la vuelta al hogar (las mujeres a lactar exclusivamente, la maternidad como lo más importante, las teorías del apego en la crianza madre-hijo como prioridad), el «ok, trabaja»... pero a las mujeres les pagan menos que a los hombres; el «ok, aquí hay puestos directivos para ti»... en

empresas en decadencia, donde no está el verdadero poder; el «aquí está la ley contra la violencia de género que tanto habías pedido»... pero todo el entramado institucional se monta para hacer a la mujer desistir de denunciar o hacerle sentir que si su marido la golpea es culpa de ella; el «si tú no llegas a la cima es porque no quieres, no puedes o tienes baja autoestima»... para que las mujeres sientan que el rollo es de ellas, no del techo de cristal de un sistema que las limita; el «qué bien el movimiento #MeToo... pero ¿no están como exagerando?»; el «ok, tu cuerpo te pertenece»... y te alquilan el vientre o prolifera la industria de la prostitución.

¿Qué consejo yo para seguir surfeando la ola feminista que persigue verdaderos cambios en la tradicional estructura del poder? ¿Cómo desenmascarar las múltiples formas machistas de supervivencia? Primero, regocijarnos, porque mientras más duro el ataque, más importante es la acción que lo desencadena. Luego, estar atentas para mirar bien lo que acontece, con enfoque sistémico, y no comprar migajas. Estar conscientes de que ciertamente hemos avanzado, pero falta muchísimo más. No dejarnos intimidar por críticas ilegítimas que buscan disuadir y paralizarnos para desistir. Capacitarnos rigurosamente en la teoría y conocer la historia del movimiento feminista para confiar en que lo que reclamamos es lo justo y saber que nada se consigue sin luchar. Confianza en las propias convicciones. Integrarnos a redes de organizaciones y personas que tienen una trayectoria y caminos labrados con experiencia sobre lo que funciona y lo que no, para no estar continuamente inventando el agua tibia. Recuerda: lo personal es político.

Todo intento de transformación cultural genera resistencia, eso es obvio. A todo oficialismo le surge una posición naturalmente opositora, y el oficialismo se defiende para perpetuarse en el poder. Pero en medio de ambas posiciones hay un

grupo oscilante que necesita ser conquistado con información, persuadido con emoción y alentado a unirse a la acción. Es la mejor manera de inclinar a nuestro favor esta balanza por la necesaria igualdad de género, y minimizar así el *backlash* machista, desenmascarándolo en cada una de sus mutaciones.

Se me fue Angelita

16 de abril de 2018

Me llamó desde Barranquilla para decirme que iba a arreglarle unos papeles a su muchacho y que volvía en dos semanas. Eso fue en enero y ya estamos a mitad de abril. Lo supo hacer, porque si me lo anunciaba con tiempo me desmayaba ahí mismo. Ella en los años ochenta se vino a Venezuela a buscar mejor futuro para sus hijos; ahora creo que se regresa a su pueblo por la misma razón: buscando paz, afectos cercanos, medicinas, alimentos, vida normal.

Angelita estaba conmigo desde 1985, cuando llegué a Maracaibo por un trabajo que no iba a tomarme más que unos meses. Me quedé treinta y tres años... Desde entonces ella y Tinti, la nana de mis hijos (QEPD), estuvieron conmigo en las buenas y en las malas. Si no hubiese sido por ese par de mujeres, yo no habría estudiado, trabajado ni llegado adonde estoy, con dos muchachos encima, y sin familia, en una ciudad que no era la mía.

Porque mira que ese trabajo de mantener una casa es duro, amargo y mal pagado. ¡Pero qué necesario e importante es! La «economía de los cuidados» ha subido recientemente a la palestra pública como especialidad con un peso específico dentro de la economía tradicional. De acuerdo con la Comisión Eco-

nómica para América Latina y el Caribe, en esta economía de los cuidados participan los elementos que cuidan o «nutren» a las personas, en el sentido de que les otorgan los elementos físicos y simbólicos imprescindibles para sobrevivir en sociedad (UNIFEM, 2000).

«Así, el cuidado se refiere a los bienes y actividades que permiten a las personas alimentarse, educarse, estar sanas y vivir en un hábitat propicio. Abarca por tanto el cuidado material que implica un trabajo, el cuidado económico que implica un costo y el cuidado psicológico que implica un vínculo afectivo... Asociarle al término *cuidado* el concepto de economía implica concentrarse en aquellos aspectos de este espacio que generan, o contribuyen a generar, valor económico. Es decir, lo que particularmente interesa a la economía del cuidado es la relación que existe entre la manera como las sociedades organizan el cuidado de sus miembros y el funcionamiento del sistema económico». Tradicionalmente, esa carga doméstica recae en muchas mujeres de servicio o en las amas de casa, y en las trabajadoras como una segunda jornada laboral, producto de una histórica división sexista del trabajo.

Pero, y este es un *pero* con mayúscula, el sistema económico en su totalidad se sostiene gracias a esos cuidados sin paga. Disfrazada de abnegación, devoción por la familia, amor puro y bueno, las mujeres tienen una jornada laboral por la que no reciben justa compensación monetaria ni protección social. Si ese trabajo no se hiciera, la economía se haría pedazos; eso lo sabe muy bien el patriarcado, y la economía feminista lo está develando.

Según la ONU, las trabajadoras domésticas están entre la mano de obra más vulnerable en el mundo; enfrentan violaciones a derechos humanos y derechos laborales que van desde condiciones de trabajo deplorables y desigualdad salarial hasta

violencia sexual. En 2013 entró en vigor el convenio 189 de la OIT, que establece normas para mejorar la vida de las trabajadoras del hogar.

Para que un ser humano pueda ser productivo y dedicarse al 100 % a su labor, alguien tiene que ocuparse de alimentarlo, abrigarlo, mantenerlo sano y en condiciones de vida aceptables. Alguien que cuide en su lugar a los niños y a los adultos mayores con afecto y que se ocupe de mantener todo en orden. Por eso las huelgas de cuidados que se han realizado recientemente en muchas ciudades del mundo han adoptado el lema «produzcan sin nosotras».

Dadas estas circunstancias, muchas como yo tuvimos que apoyarnos en otras mujeres para salir del coto privado y probar suerte en el espacio público. Estoy consciente de que hablo desde una posición privilegiada. No todas tienen esta posibilidad, porque tener un *backup* de servicios domésticos exige recursos monetarios para contratarlos y pagarlos.

Las mujeres nos necesitamos las unas a las otras. Mis amigas me alababan por haber mantenido siempre a mi lado a esas dos señoras, a diferencia de muchas que vivían llorando porque se les iban, «las robaban», las embarcaban. Siempre bromeábamos con el cuento de que era más fácil conseguir marido que señora de la limpieza. Pero más allá de la gran suerte que tuve, estoy segura de que el trato amable, la buena paga y la consideración humana hicieron la diferencia. Sin discriminación, sin mirarlas por encima del hombro, entendiendo que su labor era fundamental y dándoles las gracias cada vez que podía.

Una buena forma de entender todo esto está recogida en el libro *Criadas y señoras*, de Kathryn Stockett, también llevado al cine. Trata sobre las criadas afroamericanas que trabajaban para las amas de casa blancas en Misisipi a principios de los

años sesenta. Si bien el foco está en el tema racial y los derechos civiles, en el fondo aborda la necesaria solidaridad entre mujeres, independientemente de la clase, credo o raza. Todas nos necesitamos.

No se puede ser feminista y maltratar a otras mujeres calificando su labor como de bajo nivel, con desconsideraciones en el trato y en el habla o haciéndose eco del menosprecio colectivo por su trabajo. Eso de que otras mujeres mantengan tu casa, te quieran y críen a tus hijos mejor que tú misma es oro puro. Así que págalas bien, protégelas como a una más de la familia, dale valor y reconocimiento a su ayuda, porque mientras la división sexual del trabajo se mantenga como está y no se den los urgentes cambios sociales, tanto en la redistribución de la carga doméstica como en la conciliación laboral-familiar, contar con su apoyo nos puede salvar el pellejo a las mujeres de carrera.

Sé feliz, Angelita, te lo mereces. Te estaré eternamente agradecida por haberme ayudado a romper mi propio techo de cristal.

Tercera edad en el trabajo

1 de mayo de 2018

Las que nacimos en los años cincuenta o sesenta ya estamos en lo que se llama la tercera edad. Muchas cosas han cambiado desde que empezamos a trabajar en las empresas, sobre todo las del sector privado: cambiaron las tecnologías de producción, la velocidad de las comunicaciones, las herramientas de trabajo, los conceptos y teorías, los modelos de negocio, los marcos jurídicos. Y cambió la gente, sobre todo la gente.

El contrato psicológico que marca la relación íntima de la persona con su medio laboral también se ha transformado. Las de mi generación nos casamos con nuestro trabajo, literalmente. La prioridad número uno fue y sigue siendo para muchas la agenda que nos impuso la organización. Buscamos la estabilidad y la relación a largo plazo, haciendo lo impensable por conseguir metas de crecimiento a costa de nuestros hijos, maridos y salud física y mental.

Jamás se nos ocurrió poner de excusa la enfermedad de un hijo, un acto de grado, un evento social familiar importante o un malestar físico para faltar a una reunión gerencial. El compromiso era a toda prueba. Nos jugamos la vida por la carrera.

Pusimos de moda a la mujer todoterreno, la 4x4, la *mutitasking*: equilibristas de la casa y la calle, siempre activas, con o sin marido (eso era accesorio), gerenciando a los hijos como un tema más de la apretada agenda, estudiando al mismo tiempo que trabajábamos y manteníamos un hogar, poniendo en segundo plano el disfrute y las vacaciones.

Las mujeres de las generaciones que me siguieron lo hicieron distinto. Las que me tocó supervisar hacían más énfasis en su calidad de vida. Para las *millennials*, el equilibrio entre el trabajo y la vida personal y familiar es sagrado. No están dispuestas a sacrificar tanto por un empleo. Son más emprendedoras e independientes y están menos motivadas por la competencia laboral.

No me voy a poner a decir quién tiene o no la razón, si las maduras o las más jóvenes. Cada estilo marca una era y al mismo tiempo se adapta a lo que se requiere para triunfar en un contexto dado. Nosotras tendemos a criticar a las chicas pensando que no tienen el compromiso y la entrega que se requieren para echar adelante los proyectos «como las de antes», mientras que ellas nos critican por olvidarnos de nosotras mismas para alcanzar una meta que a lo mejor ni valía la pena.

Yo no puedo hablar por ellas, solo por mí. Creo que hay una falsa barrera que enfrenta trabajo y vida, porque para mí el trabajo *es* la vida. El equilibrio está en hacer lo que te llena y te importa. Lo que otros ven como fuente de estrés o desgaste, yo lo viví siempre como adrenalina y pasión. Si hubiese tenido que renunciar a eso por un esposo o por necesidad habría sido muy infeliz.

Así que sigo al pie del cañón. Las *baby boomers* aún no queremos retirarnos del ruedo. Nos queda mucha experiencia y fuerza para complementarnos con el estilo más libre de las que comienzan su carrera. Podemos ser excelentes mentoras, *coaches*, docentes, *sponsors*, directivas, empresarias, sin el temor de tener que interrumpir la carrera por un embarazo, con los hijos ya grandes con sus propias vidas, con muchos asuntos económicos resueltos, con la pareja con la que realmente queremos estar o felizmente solas, más libres para tomar decisiones de movilidad o estabilidad...

Es nuestro momento. Intentemos trabajar juntas a pesar de la brecha generacional y hagamos cada una lo que sienta que es mejor para su vida, pero con apoyo permanente de unas a otras, porque nos necesitamos.

Criar mujeres libres

15 de mayo 2018

En ocasiones, la necesidad de reconocer y modificar conductas sociales que limitan las capacidades de desarrollo individual de las mujeres, ya sea en el ámbito de sus familias o de las organizaciones, se topa con el profundo arraigo de las prácticas sociales discriminatorias. Tomar conciencia es, ciertamente,

un primer paso vital para mejorar la posición de las mujeres, sensibilizar más a varones líderes, despertar y motivar a chicas que están siendo encajonadas en roles estereotipados y ayudar a otras que puedan estar siendo víctimas de agresiones a que se atrevan a buscar ayuda, sabiendo que otras como ellas han tenido opciones y han mejorado su situación.

Pero no es suficiente. Las prácticas de que hablo están sembradas en nuestro quehacer familiar, de pareja, vecinal y social general. Además no son prácticas asociadas al desarrollo de un país: también los países más desarrollados las tienen, aunque han reducido algunas de ellas y, lo que resulta elemental para avanzar en la senda de la igualdad de oportunidades, han creado mecanismos institucionales de promoción, protección y sanción que reducen el alcance de las prácticas que encasillan, discriminan y limitan el libre desenvolvimiento femenino en todos los ámbitos de la sociedad, especialmente en los espacios de decisión y poder.

Las prácticas sociales se estructuran y fortalecen desde la crianza. Las madres reproducen modelos machistas en sus hijas e hijos, que luego los asimilan y reproducen a su vez. Estamos rodeados de sistemas que acumulan prácticas de género inequitativas; necesitamos advertir a las futuras madres de que, si no están alerta, podrían criar a una niña programada para alcanzar menos desarrollo que su vecino varón de la misma edad y situación socioeconómica.

Específicamente, yo les diría a las mamás que pongan cuidado de no dar entrada al modelo de discriminación, ejemplificado en los siguientes aspectos educativos:

– Mi hija será linda, artística, expresiva, coqueta. En función de ello deberá esconder desde temprano sus partes íntimas, para evitar el anticipo de una agresión sexual masculina. El varón será fuerte, recio, ágil, despierto. Ni sus partes íntimas ni su sexualidad requieren ser protegidas de agresión.

– Rosados, muñecas, diseños florales, ribetes, lazos para el cabello, son el medio ambiente para ella. Azules, Legos, figuras geométricas, sonajeros, autos, máquinas son para él.

– Las chicas crecen y ayudan a su madre en las tareas del hogar. Sus juegos son tranquilos. Si juegan en grupo, lo hacen en espacios controlados, preferiblemente dentro de las casas. Los chicos crecen y practican deporte, juegan en la calle, se pelean.

– Los chicos no deben llorar, llorar no es de hombres. Los chicos dejan pasar antes a las chicas, les abren las puertas, les ayudan en las tareas pesadas, les ceden puestos; si no, no son caballeros.

– Las niñas danzan, se contonean, comienzan rápidamente su preparación para la dinámica sexual con los hombres, su forma de vestir sugiere lo que en el futuro habrá de servirles como herramienta sexual. Senos, glúteos, labios, piernas, cintura, ombligo, cuello, pies, manos, muñecas, orejas, cabello... todas son áreas de potenciación sexual a través de lazos, adornos, pañuelos, faldas y múltiples adornos, y anticipan un desenvolvimiento que aún no corresponde a su edad. Para los chicos, pantalón, franela, pelo corto o pelo largo y ya. Un chico despeinado se ve simpático, una chica despeinada no tiene madre.

– Los chicos deben evitar pegar a las chicas: es cobarde, es de chicas pelear a golpes con chicas, porque son físicamente inferiores.

– Las mujeres no son sacerdotisas, presidentas, directivas, mecánicas, fontaneras, carpinteras, bomberas, pilotas, jugadoras de rugby, conductoras de camión, obreras de la construcción, empresarias. Los hombres no son recepcionistas, masajistas, empleados domésticos, esteticistas. Los hombres están desempleados, las mujeres tienen oficios del hogar.

– Si la mujer se enamora y se casa, debe pensar en los hijos, criarlos y atenderlos. Si el hombre se enamora y se casa, debe proveer al hogar y apoyar a la esposa en las tareas domésticas (apoyarla porque es trabajo de ella).

Estos y otros muchos lugares comunes de la educación de nuestros hijos los predisponen y anticipan todo un juego social en el que la mujer no disputa espacios de poder típicos del mundo masculino y el hombre no participa en tareas y funciones típicas de mujeres. Si estás leyendo este artículo y tienes hijos pequeños o piensas tenerlos, puedes emplear esta lista para hablar con ellos de los estereotipos sexuales con los que, como feministas, queremos acabar.

Construyamos un mundo mejor preparando a nuestras hijas para gobernar, para decidir, para identificar sus oportunidades y decidir con ambición el espacio competitivo en el que podrían participar. Enseñemos a nuestros varones a desarrollar su sensibilidad y su espíritu cooperativo y a participar en funciones sociales.

Reconozcamos en el ejercicio de la maternidad nuestros propios comportamientos machistas, pongámosles coto y cambiemos gradualmente nuestro enfoque para ir adquiriendo una perspectiva de género.

No me lo expliques más

23 de mayo de 2018

Venía en un taxi oyendo la radio cuando un locutor anunció la entrevista con un ginecólogo en torno a la menopausia. Ya de entrada se me agrió la digestión al pensar que para tratar el tema hubiese sido mucho más pertinente una experta ginecó-

loga, pero el colapso me llegó al intestino cuando el invitado se puso a explicar los síntomas que nos aquejan a las mujeres cuando dejamos de menstruar.

Habló de sudores, calorones, insomnio, sequedad vaginal y cambios de humor. Fue curioso oír una charla entre hombres acerca de nuestra biología y nuestra psicología con sentido de autoridad y al mismo tiempo condescendencia. Hasta el chofer de mi taxi le subió el volumen para enterarse y quizá sentirse experto cuando se lo explicara a su pareja.

No pude dejar de tuitear en contra de la entrevista, sobre todo cuando el experto dijo que la terapia de reemplazo hormonal era un imperativo, pues «las mujeres de cincuenta y sesenta de ahora son mucho más activas, inteligentes y despiertas que las de antes», y en función de eso hay que alargar nuestro perfil hormonal para que sigamos siendo fisiológicamente productivas... para seguir siendo mujeres, pues.

Es decir, este experto insultó a las mujeres de la generación de mi madre y de mi abuela y de paso definió lo que según él es ser mujer, todo en menos de cinco minutos. Para colmo, prescribió a las mujeres qué hacer con nuestro cuerpo, basándose en supuestos estudios científicos que nos obligan a tomar pepas o recurrir a sus métodos para ajustarnos a un modelo de mujer definido por el patriarcado, siempre marcadas por la biología.

Dos cosas quiero resaltar con esta anécdota: 1. la escasa participación de mujeres en programas de opinión o foros o paneles, así sea para hablar de temas que solo a nosotras conciernen; 2. la generalización de indicaciones médicas a las mujeres siguiendo la lógica sanitaria masculina.

Que somos las menos convocadas a paneles es un hecho. Excusas habituales: «las invitamos y no vinieron», «es que no hay expertas», «para un próximo evento nos encantaría tener-

las y escucharlas» (pero la invitación nunca llega), o, como me dijo un chamo por Instagram ante mi reclamo por la composición 100 % masculina en un congreso de estudiantes de economía: «a estudiar para ver si algún día pueden hacer algo más que quejarse, a lo mejor participar en foros».

Favorablemente esta misma semana un grupo de hombres del ámbito de las Ciencias Sociales en España emitió un oportuno comunicado difundido por la cuenta @No_sin_mujeres: «los miembros de esta lista nos comprometemos públicamente a no participar como ponentes en ningún evento académico (conferencia, congreso, jornadas o similar) o mesa redonda de más de dos ponentes donde no haya al menos una mujer en calidad de experta» e invitaron a más académicos o profesionales de las Ciencias Sociales a sumarse a la lista. Ya van más de quinientos a la fecha. Es un ejemplo que ojalá muchos hombres de mi país siguieran, para ver si los organizadores se la piensan antes de dejar fuera a las mujeres.

El libro *Medio ambiente y salud. Mujeres y hombres en un mundo de nuevos riesgos*, de Carme Valls Llobet, recoge bien el tema de los hombres médicos que diagnostican y recomiendan tratamientos a las mujeres sin hacer real distinción de género. En una reciente entrevista a *El Confidencial*, esta endocrinóloga española declaró: «uno de los mayores errores de la medicina es decirle a la mujer lo que tiene que hacer. No es para menos. Un dato más que llamativo es que la mayoría de los estudios científicos hasta la década de los noventa no las incluían a ellas ni tampoco se valoraba si sus resultados afectaban de forma diferente a hombres que a mujeres. El principal problema de esta desigualdad radica en que la ciencia médica ha extrapolado los remedios farmacéuticos destinados al género masculino al femenino, con las graves consecuencias que eso conlleva, como la sobremedicación de los cuerpos de las mujeres, expuestos a dosis excesivas...».

Es un ejemplo patético que demuestra lo poco escuchadas e involucradas que estamos las mujeres en las investigaciones y tópicos que nos incumben, y prueba de cómo los «expertos» se sienten con licencia para explicarnos a nosotras lo que somos, lo que nos pasa y lo que tenemos que hacer. Si no somos dueñas de nuestro propio cuerpo, dime tú dueñas de qué vamos a ser.

Ambos aspectos, la forma y el fondo, son caras de una misma moneda: la moneda machista que supone que nosotras no sabemos lo suficiente, que ellos nos tienen que explicar todo y que diferenciar por género en cualquiera de los temas que se abordan, incluso en los más íntimamente femeninos, es poco menos que inútil, porque el poder está de aquel lado y se quiere mantener así, qué duda cabe.

Escuchar exige respeto, validación, legitimación del otro como diferente y autónomo. Los hombres tienen que escuchar y respetar más, y hablar y explicar menos. Yo sé que fueron criados para lo contrario, pero hagan un esfuerquito, ¿vale? Mientras no exista voluntad de cambio real y se evite caminar hacia una sociedad más inclusiva y paritaria, las mujeres seguiremos estando por fuera y escuchando barrabasadas como aquella entrevista en la radio.

Mirarse el ombligo

29 de mayo de 2018

Algunos colegas, amigos, conocidos y familiares piensan que no hace falta «tanto feminismo», que eso era necesario en los sesenta o setenta, cuando las mujeres de este país y del mundo entero estaban fregadas, pero que ahora no... o no tanto.

«Fíjate —me dicen—, ahora son profesionales, se divorcian, deciden cuándo tener hijos, se visten como quieren, si un hombre osa ponerles la mano encima pobre de él», y otras muestras más de lo que entienden por igualdad entre sexos.

A veces me preguntan: «¿y eso que te dio por el feminismo?», «¿tú todavía sigues con eso del feminismo?», como quien agarró un tic, anda en una moda o tiene un *hobby*. «No te vayas a poner ahora como las feministas que no dejan que uno les abra la puerta o les invite un trago», «vas a terminar en lesbiana o, peor, en comunista».

Pero el cuestionamiento de fondo va por el lado de: «¿tú de verdad crees que eso es necesario?», «¿tú me estás pidiendo que pierda los privilegios que me otorga un sistema que premia todo lo que huele a masculino?», «¿vas a alborotar ese avispero?». Lo más gracioso son los maridos de mis amigas, que me espetan un «cuidado, vas a alebrestarme a esta con tu cuento feminista», para enseguida voltearse con mi esposo: «¿y tú cómo te aguantas todo esto?». . . Fácil captar el temor de fondo.

Total, que la palabra *feminismo* tiene mala prensa y como término no está muy bien posicionado, por sus orígenes quizás, o porque en la cabeza de la gente siempre quedan grabados los fuertes cambios de todo movimiento revolucionario que busca transformar patrones culturales. Para colmo de males, a este gobierno chavista madurista le dio por agarrar esa bandera, vendiéndose como la administración más feminista del mundo, desprestigiando así lo que el verdadero feminismo es. Digamos que partimos con ese *handicap*.

Dentro de todo, lo que más me preocupa es que muchas mujeres no consideren necesaria esta bandera. Quizá piensan solo en sí mismas y sus realidades más inmediatas. A lo mejor no saben lo que pasa más allá de sus círculos educados, donde,

por cierto, estoy segura de que campea el machismo, solo que culturalmente se enseña a verlo como normal.

Pero más allá de esa «normalidad», las mujeres enfrentamos realidades duras, del tamaño de una roca, que tenemos que mostrar y denunciar a riesgo de que nos rechacen y tilden de amarillistas, victimistas o exageradas: violencia (desde el acoso callejero o un golpe hasta femicidio), abortos clandestinos que terminan en muerte para las pobres porque las ricas pagan en clínicas privadas, embarazo adolescente (de cada cien embarazos, veinticinco son de menores de quince años), bajísima participación política de mujeres en puestos directivos de concejos municipales, gobernaciones, gabinetes ejecutivos y parlamentos...

Escasísima representación de mujeres en juntas directivas de empresas del sector privado y gremios, así como en puestos decisorios en academias, iglesias, medios de comunicación. Invisibilización de aportes femeninos en la ciencia y la cultura. Brecha salarial, incremento de la informalización del trabajo femenino (las más pobres entre los pobres), trata y explotación sexual, inequidad en las normas de protección para las mujeres privadas de libertad, cosificación e imposición de estándares de belleza...

Mutilación genital femenina, prohibiciones múltiples (beber, manejar, firmar documentos, fundar una empresa, estudiar, mirar a la cara a un hombre, vestirse como se desea, votar, postularse como candidatas a elecciones), matrimonio infantil, y muchos otros problemas de género que ocurren aún en pleno siglo XXI en no pocos países del mundo.

Si tú, mujer que me lees, crees que eso del feminismo no es contigo, porque a ti tu marido no te pega o tienes un alto cargo gerencial y haces más o menos lo que te da la gana, te doy dos consejos: 1. abre los ojos, que quizá tú misma estés

replicando patrones machistas e intentando negar o minimizar el problema como mecanismo de defensa y 2. deja de mirarte el ombligo, sube la cabeza y mira solidariamente lo que pasa más allá de tu paraíso.

Ser feminista requiere valentía y fuerza para mostrar a otros lo que muchas veces ni una misma quisiera ver.

Imparables

27 de junio de 2018

Diputados aprobaron la despenalización del aborto en Argentina. Soltaron a los violadores de «la Manada» en España y otra vez se llenaron las calles de mujeres indignadas. Estudiantes chilenas pararon una universidad por acoso sexual de sus profesores. Denuncias por sexismo y cosificación de mujeres en el mundial de futbol. Por primera vez permiten a las mujeres manejar autos en Arabia Saudita. Manifestaciones en varias ciudades contra el alquiler de vientres (mal llamado «gestación subrogada»), contra la industria pornográfica, contra los proxenetas y los «clientes prostituidores». Christine Lagarde declara su apoyo total a la creación de políticas públicas con perspectiva de género en la Cumbre del G7.

No sabe una a cuál de estas revueltas feministas darle más seguimiento. Todas son muy importantes para nuestro futuro inmediato; todas le mueven el piso al sistema. Son reflejo de una declaración de «ya basta» que las mujeres hacemos a los abusos y desmanes que por siglos se han cometido contra nosotras por una supuesta inferioridad mental y física con la que se pretende justificar la dominación y opresión machista en todos los ámbitos.

Lo aprobado en Argentina tiene repercusiones inmediatas en América Latina. Resurgen viejos debates, se pone el tema en la agenda, incluso en este país, donde hablar de aborto es un tabú. Se mueven los cuadros para fijar posiciones.

#AbortoLegalVenezuela #SeráLey

Ya no pasan por debajo de la mesa actos de violencia de género, ya no se puede mirar para otro lado como si tanta aberración fuese cosa normal. Hay una mayor sensibilización de los medios para llamar a las cosas por su nombre: no es abuso, es violación; no murió, la mataron.

#NoesNo #NiUnaMenos #MundialSinSexismo

#SiNosTocanAUnaNosTocanATodas

Indignación colectiva y presión social para que las instituciones cambien de raíz, para que no se sigan aplicando normas y leyes diseñadas para una sociedad que ya no existe.

#JusticiaPatriarcal #LaManadaEsElSistema

#EmpresasPorLaIgualdad

La denuncia como arma de cambio. La palabra como instrumento de libertad. Ninguna calla, todas hablamos.

#MeToo #Cuéntalo #TimesUp #YoSíTeCreo

Mujeres armando redes como buenas tejedoras. En la misma ciudad, entre países. Pasamos todas juntas la noche en vela por las argentinas. Solidarias con la rabia que se vive en Pamplona. Unidas en el dolor por las madres que son separadas de sus hijos por la política de tolerancia cero de Trump. En un mismo quiebre estamos las de la derecha y las de la izquierda. La causa no ve ideología. Hay machistas de lado y lado, que siempre nos han dejado por fuera. Gracias a las luchas del activismo feminista del pasado, hoy contamos con algunos beneficios.

#Sororidad #AgradéceleAUnaFeminista

No hay forma de hacerlo leve. Por vía conciliatoria la cosa va demasiado lenta, sin muchas demostraciones de voluntad de cambio por quienes detentan poderes y privilegios por ha-

ber nacido varones. Donde hay poder hay sexismo y exclusión. La intensidad de las reacciones por las redes es feroz. Buena señal, porque si no molesta al patriarcado, no es feminismo. Esta es una lucha de todos los días, en todos los espacios, transformadora. Incómoda pero clave.

#LasFeministasQueremos

Es necesaria la unión de todas las formas de hacer feminismo. Hay que trabajar también en la solidez de los argumentos que sostienen al movimiento. No bajaremos la guardia hasta llegar a donde queremos estar: en el espacio de la paridad, del verdadero respeto a nuestros derechos humanos, de la igualdad en las condiciones de arranque para alcanzar el poder por nuestros propios méritos. Más libres, más iguales. Nuestras hijas y nietas lo verán.

#SomosImparables

Mujer, reconóctete machista

28 de junio de 2018

¿Y cómo no serlo? ¿Cómo pretender que, siendo criadas bajo el sistema patriarcal, no vamos a ser machistas? Es imposible no reaccionar sin estereotipos o sesgos de género ante lo cotidiano, con respuestas o conductas que de forma inconsciente surgen de lo más profundo de nuestro ser, reforzando el guion con que nos formaron y levantaron.

La estereotipia opera de forma muy soterrada. A hombres y mujeres nos han educado para ser machistas, sin tener conciencia de su existencia. La entendemos como la forma lógica de pensar o sentir, y no la percibimos como problema. Darse cuenta, abrir los ojos, tomar conciencia es un paso gigantesco. Porque es que no lo vemos; sencillamente, ni lo ponemos en

tela de juicio. Actuamos y lo vemos normal. Solo cuando una duda de sus certezas empieza a pensar y a cuestionar las reglas de juego que nos colocan en el lugar de sumisión a la figura masculina de poder y autoridad, como si eso fuera un proceso natural y no una construcción cultural.

¿Dices, validas o das como ciertas algunas de estas frases con frecuencia?:

Está bien que las mujeres queramos alcanzar el poder, pero primeramente y antes que nada somos seres delicados. No podemos perder nuestra condición femenina.

Ser madre lo es todo en la vida.

Si no eres madre, no eres una mujer completa.

Cuida a tu hermana. Tú eres el hombre de la casa.

Dale la pieza de pollo más grande a tu papá. Los hombres necesitan comer más.

Menos mal que tuve una hija hembra para que me cuide cuando esté viejo.

Hoy amanecí más mujer que nunca: hormonal total.

Si no aprendes a cocinar no vas a poder retener a tu marido.

Mejor me quedo callada porque, si no, él se molesta cuando le digo lo que pienso.

No le voy a contar a mi marido que me dieron una promoción en el trabajo porque el pobre está desempleado y se deprime.

No te confíes de ninguna mujer. Todas son unas cuaimas *rompematrimonios*.

¡Tan bello mi esposo, me ayudó anoche a lavar los platos!

No hay nada peor que trabajar con mujeres: son conflictivas y chismosas.

Voy a tener que dejar el trabajo para dedicarme a criar al chamo.

Las mujeres nos debemos sacrificar por los hijos, siempre.

Estas feministas se pasan... tampoco tanto libertinaje, mijita.

¡Abortar es de asesinos!

Mírala cómo se viste... Después la violan y se queja, pero ella se lo está buscando.

Cuando tenga algo de dinero voy al médico. Es que hay tantas prioridades en la casa... cuando se pueda me veo. Total, de esto no me voy a morir.

El hombre es como el oso: mientras más feo más hermoso.

No hay mujer fea sino mal arreglada.

Mi marido no me pega, pero es que yo no le doy motivos.

Dice groserías, ¡se sienta con las piernas abiertas! No parece una señorita.

Ese señor tiene la camisa toda arrugada. ¡Falta de mujer!

Todas estas son expresiones de un sistema complejo de valores en torno a la figura masculina como centro de la vida. Transmiten mensajes de desvalorización de las mujeres, de roles que supeditan el propio desarrollo personal y profesional a los deseos de un macho (padre, hermano mayor, esposo, hijo). Reflejan un *deber ser* establecido por la religión o la hegemonía patriarcal. Lo peor es que las repetimos y pronunciamos sin pararnos a reflexionar sobre lo que subyace tras cada una.

A muchas mujeres, poner en tela de juicio esas frases les parece «exagerado»; «no es para tanto», me dicen. Esa es justamente la trampa: pensar que estamos llevando las cosas al extremo es parte del sistema de creencias que se resiste luchando por mantener su estabilidad, negándose a la posibilidad de un derrumbe.

Cuestionar lo que pensamos y expresamos, es un paso difícil pero necesario para poder reclamar lo que es justo, para que los privilegios se repartan de forma equitativa, para que la igualdad sea más que el espejismo este que vivimos, creyendo que, como trabajamos, votamos, nos ponemos pantalones, vamos a la universidad, nos divorciamos y hablamos alto, somos

iguales a ellos. Lejos estamos del ideal social de una vida de respeto a los derechos humanos de nosotras las mujeres.

Y así como en el tratamiento de las adicciones lo primero es reconocer la enfermedad, lo mismo aplica para esa epidemia llamada machismo. «Hola, me llamo X y soy alcohólico». Hola, me llamo Susana y soy machista. Pero machista en vías de recuperación. Y cuando lo declaro así, empiezo a darme cuenta, empiezo a ver, empiezo a cambiar mi forma de expresarme, para con ello empezar a desterrar de mi entorno inmediato el machismo como filosofía de vida.

Mujeres y dinero

4 de julio de 2018

Una de las mayores dificultades que observo entre las mujeres que vienen a mis talleres es la tarea de ponerle precio a su talento. Tasar el producto de su trabajo, cobrar lo que valen sus aportes, negociar sueldos, pedir aumento salarial, pedir un crédito al banco, cerrar un acuerdo que les favorezca en un negocio, suele ser muy duro para emprendedoras, profesionales y mujeres de carrera.

Recientes investigaciones demuestran que en los países de nuestra región la brecha salarial entre hombres y mujeres casi alcanza el 24 %. Por cada dólar que se le paga a un hombre, la mujer recibe setenta y seis centavos por el mismo trabajo y dedicación. Esto se sabe y no se corrige. Trabajo en el área de recursos humanos desde hace mucho tiempo y me consta que cuando hago una oferta salarial, nueve de cada diez mujeres la aceptan sin contraofertar. Con los hombres ocurre exactamente lo contrario: nueve de cada diez piden revisar el paquete de

compensación originalmente ofrecido para que se ajuste a sus expectativas. Quizá por este *handicap* de género hay tan pocas mujeres en altos puestos directivos: menos de 3 % en las juntas directivas a nivel mundial.

Las mujeres sabemos negociar, no parece que sea una deficiencia técnica, pues cuando se trata de pedir para otros lo hacemos sin tropiezos. Lo que nos falta es más bien la actitud negociadora ante nuestras propias necesidades. Para muchas no tiene sentido eso de «venderse a sí mismas». Esperando que los demás se den cuenta del valor de su trabajo y de lo que aportan a la organización, pierden importantes oportunidades de obtener los deseados resultados financieros personales.

El problema es que cuando las mujeres presionamos por un alza en nuestros precios, pedimos más dinero por nuestro trabajo, reclamamos lo que nos parece justo o cobramos por lo que hacemos, somos vistas como conflictivas, demandantes, ambiciosas, maleducadas. Todo lo que huele a competitividad se correlaciona negativamente con las mujeres pero positivamente con los hombres. La sociedad nos premia e incentiva cuando adoptamos un rol de sumisión.

¿Por qué pasa esto? Obviamente por la educación diferenciada que recibimos. A las mujeres nos enseñan a insinuar, a no pedir directamente, a aceptar sin reclamar, a ser cautas, a aceptar un *no* sin chistar, a no contrariar al otro, a desvalorizar y quitarle méritos al producto de nuestro trabajo. Llegamos al extremo de trabajar sin ningún tipo de remuneración en las labores de cuidado y domésticas, que se supone que debemos hacer solo por amor y bondad. Sin pago por la comida que preparamos, sin compensación por la ropa que lavamos, sin contraprestación de ningún tipo por los niños y adultos mayores que cuidamos.

Se supone que los hombres deben ganar más porque son el sostén de la familia y que las mujeres están para reproducirse y cuidar el hogar. Los hombres para la vida pública, las mujeres para la vida privada; los hombres a ser exitosos, las mujeres a dar soporte. Desde la lógica machista, los ingresos femeninos son marginales y complementarios.

¿Entonces qué sentido tiene ganar dinero si siempre vas a estar de segunda y con objetivos limitados de superación personal? Gracias al cielo todo esto va cambiando, pero se mantiene esa extraña relación de amor-odio de las mujeres con lo monetario.

A la hora de defender y fijar posiciones en torno al dinero se disparan múltiples creencias limitantes que se nos han inculcado: el conformismo y la resignación como valor. La incomodidad, timidez e intimidación que se sienten cuando se está en la situación de pedir, la costumbre de que los demás nos digan lo que merecemos en lugar de establecerlo nosotras mismas, la falta de una estrategia bien pensada para negociar por nosotras... todo es producto del sitio adonde nos relega la cultura patriarcal. Muy pocas se escapan de esta norma.

El pequeño detalle es que si no tienes autonomía financiera no tienes piso para trabajar sobre todos tus otros derechos. Eso lo sabe muy bien el sistema machista que domina el capital, y siempre te hará sentir mal cuando no te calles y exijas lo que te toca y quieras para ti. Pero si no defiendes tu propia valía, nadie más lo hará por ti. Empoderarnos en torno al manejo del dinero es fundamental para alcanzar una verdadera independencia y construir una auténtica igualdad de género.

El día del beso robado

11 de julio de 2018

Resulta que alguien inventó que el 6 de julio era un buen día para celebrar el «día del beso robado». Varios medios, cuentas de redes sociales y grupos publicaban la noticia con un entusiasmo romántico, casi que cerrando los ojos cual personaje de telenovela.

Está tan arraigada la cultura de violación que este tipo de actos se consideran ingenuos o inocuos. A las que lo cuestionamos y decimos que algo está mal ahí, nos califican de amargadas y aguafiestas. Exageradas, por decir lo menos: ¡pero, chica, ¿qué tiene de malo un simple beso?! ¿Y si después te gusta quien te lo dio? ¿Será que tú eres feminista porque nadie te ha besado? ¡Es que así somos los latinos!

Varias cosas que comentar aquí. Los retratos que observé en las publicaciones para celebrar el día señalado eran de hombres robando besos a mujeres. Es lo que tenemos en el imaginario colectivo: son ellos los que dan el paso adelante, los que buscan, los que piden. Eso es lo que se espera de un «hombre de verdad», y además tienes que terminar agradecida de que un tipo te besó porque eso significa que eres «la elegida».

Si eres tú la que lo roba, pasas a ser una fresca o una desesperada. Pero ponle que no te vean así, que te tomen como una tipa moderna. Ok. En el código de crianza masculino, que una mujer le caiga encima al tipo es una cosa súper deseada; él se convierte enseguida en el más admirado y envidiado entre sus amigos (esto es para los que siempre salen con «a nosotros los hombres también nos acosan y no nos quejamos»).

Si un hombre, conocido o no conocido, te para en medio de la calle y te estampa un beso, por más que lo quieran vender

como una gran suerte, es acoso, es invasión a la intimidad, es violencia. Así lo sentimos las mujeres; no conozco a ninguna que disfrute tal ataque: la reacción natural es la defensa. Entre que te den un beso que no has pedido, te agarren una teta o te den una nalgada mientras caminas, la única diferencia es la parte corporal en juego; la intención es la misma. Es la vieja consigna que supone que el cuerpo de las mujeres es territorio de conquista.

Para colmo, si respondes al beso y después el tipo quiere seguir pa'lante y tú no quieres, la culpa es tuya, por «calientapollas», como dicen los españoles. Si te fuerza y te viola y te dejas, la culpa es tuya porque ¿quién te mandó a dejarte besar? Es que tú no opusiste resistencia ni te defendiste... Si te fuerza y te resistes, te mata, pero claro, por tu culpa, por buscafiestas. Eso se llama culpabilización de la víctima, un fenómeno que nos deja sin muchas alternativas a la hora de denunciar o reclamar. Véase el caso de «la Manada» en Pamplona y las estadísticas de femicidio en todo el mundo, sobre todo y muy especialmente, qué casualidad, en los países latinos.

Y es que ya el calificativo de «robado» lo indica todo. Robar es un delito, ¿no? Si es robado, es no consentido, no solicitado, no esperado, no entregado de buena voluntad. Es un *no*. Pero para muchos hombres, según he oído en sus conversaciones, un *no* de una mujer no es un *no*: es un *sí* disfrazado. «Lo que pasa es que hay que insistir». La palabra de una mujer no vale. Es lo que él interpreta y le da la gana entender. Macho, por lo tanto, es el que persiste, el que obtiene lo que quiere, el que roba besos a mujeres que no los desean.

Esta semana, casualmente, un grupo de periodistas brasileñas que cubren la fuente de deportes lanzaron, con ocasión del Mundial de fútbol, la campaña #DéjalaTrabajar para denunciar el hostigamiento del que son objeto mientras transmiten noticias a sus

televidentes. Lo que ellas denuncian como acoso es que les roben besos mientras hablan. Si han visto el video, coincidirán conmigo en que es bastante repugnante ver cómo se les falta el respeto y cómo muchas tienen que reaccionar agresivamente para quitarse al tipo de encima y poder seguir trabajando. Este «ya basta» de las profesionales de Brasil fue una buena noticia para compensar el bodrio de la inventada efeméride del 6 de julio.

Yo me pregunto: ¿hasta cuándo las mujeres van a seguir creyendo el mito del milagro romántico?; ¿hasta cuándo, como sociedad, vamos a aplaudir apologías a la barbarie?; ¿hasta cuándo hombres y mujeres vamos a ser cómplices de esta normalización del acoso sexual disfrazado de cosa bonita, coqueta y simpática, pero que en el fondo lleva inscrito el mensaje de que tu cuerpo no te pertenece?; ¿hasta cuándo los medios van a celebrar el mensaje sexista del macho alfa cayéndoles con todo a las mujeres sin respeto alguno por su integridad y su derecho a vivir una vida sin violencia? Nada más hay que leer los comentarios en las redes y dan ganas de llorar por el machismo inoculado que brota de cada línea.

Violencia de género no es solo golpes e insultos. No hay nada inocente en el abordaje sexual de una persona por otra sin su consentimiento, ni siquiera por un beso. Es importante que lo veamos y pongamos los límites necesarios para poder vivir civilizadamente.

Libertad para decidir sobre mi cuerpo

12 de julio 2018

Algunas personas preguntan por qué las feministas decimos «mi cuerpo, mi decisión» cuando se trata de defender el dere-

cho al aborto, pero no cuando entramos al terreno de la prostitución, la pornografía o los vientres de alquiler.

Se lo explico. Cuando tengo la opción de abortar, hago uso de mi derecho a decidir sobre mí, bien sea porque fui violada, sufrí una relación incestuosa y estoy embarazada de mi propio padre, está en peligro mi vida o simple y llanamente no deseo tener un hijo en este momento de mi vida. En cualquiera de esas circunstancias debería tener la posibilidad de acceder a un servicio sanitario seguro y no tener que recurrir a métodos clandestinos que puedan perforarme el útero o matarme.

Este derecho descansa sobre el principio de que la decisión de una mujer importa, no puede tener más peso la vida de un nonato que la de quien lo engendró, y los preceptos religiosos que atribuyen alma humana a un embrión o a un feto deben cumplirlos quienes los siguen sin imponérselos a quienes no abrazan su misma fe. La libertad de culto es uno de los derechos consagrados en la Constitución de muchos países. Las feministas abogamos por que la Iglesia no decida sobre los cuerpos de las mujeres.

La que no quiera abortar, que no lo haga, pero que no pretenda arrebatarse ese derecho a quien sí decida hacerlo. En realidad, tienen acceso a un aborto seguro las mujeres que pueden pagar a un médico privado (como hacen muchas católicas, por cierto); las demás abortan a escondidas, lo que pone en riesgo sus vidas. Nuestro lema es «educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir». Feminismo es libertad de elección; es mi cuerpo y yo decido. Lo contrario es patriarcado.

¿Por qué esta lógica no se aplica al tratarse de prostitución, pornografía y vientres de alquiler? Salvo contadísimas excepciones (según dicen, porque yo no conozco una sola), devengar dinero por prostituirte y tener actividad sexual con tipos

que ni te gustan durante muchas veces en un día, o entregar tu útero durante nueve meses, con los riesgos para la salud que ello conlleva, para cumplirles a unos terceros el deseo de ser padres (deseo porque, ojo, tener hijos no es un derecho humano), o mercantilizar y exhibir tu cuerpo para gratificación sexual de otros, no es producto de una decisión personal hecha en libertad.

La prueba está en el hecho patente de que quienes son prostitutas o alquilan su vientre son las más pobres. Su alternativa es eso o no tener con qué alimentar a sus hijos. Es eso o morir de hambre. Es eso o vivir atrapadas en un país donde se las veja. Es eso o ir a la cárcel. No es libertad de elección. Los proxenetas lo saben muy bien, y a las más pobres de nuestros países les ofrecen pasaporte, visa, euros o dólares y se las llevan para meterlas a una red de trata y explotación sexual de la que será muy difícil salir. Es esclavitud moderna.

Ninguna mujer tiene como sueño desde niña ser prostituta o *porn star*. Ningún padre o madre de familia impulsa a su hija a ser «trabajadora sexual» como ideal de proyección y superación en la vida. Ninguna mujer a conciencia pone su cuerpo en riesgo para parirles un hijo a otros. Esto es un negocio que deja mucho dinero a los intermediarios del proceso. Los contratos de gestación por subrogación parecen un capítulo de la distopía *The Handmaid's Tale*. Todos ganan, menos la mujer que puso su vientre. Ella no decide nada. Ella es una vasija, una matriz, un instrumento, una cosa.

Por eso el patriarcado, siempre tan hábil, nos trata de convencer de que si reafirmas tu rol reproductor (disfrazado de amor generoso) y tu rol de dar placer sexual a los machos, ahí sí tú decides, pero si se trata de defender tu vida por encima de la de un feto se te acabó la libertad.

Cuando las feministas nos declaramos abiertamente abolicionistas para erradicar la prostitución de la faz de la Tierra nos acusan de mojígatas y nos venden la idea de que el supremo acto feminista es acostarse con quien una quiera. Nosotras decimos que sí a la sexualidad libre, pero que sea de verdad la decisión de cada mujer, sin que haya un proxeneta cobrando por ella. Las mujeres en esas circunstancias son objeto de violencia y explotación sexual.

Poder abortar, no tener que alquilar el vientre como opción de subsistencia ni verse orillada a vivir de la pornografía o de la prostitución son opciones que los Estados laicos deberían garantizar a cualquier mujer o niña. Es urgente que los gobiernos actúen para eliminar las causas estructurales que llevan a algunas a renunciar al poder sobre sus cuerpos y sus vidas.

Las campañas sociales funcionan

25 de julio de 2018

Viajaba con mi marido en un vuelo comercial cuando de pronto vimos unos ceniceros en cada asiento del avión. ¿Los recuerdan? Además de persignarnos por volar en un aparato tan antiguo como la presencia del mencionado adminículo revelaba, recordamos los días en que fumar en un espacio cerrado era la cosa más normal del mundo. Lo mismo fumábamos en el salón de clases de la universidad, en autobuses, en el cuarto donde dormíamos que frente a niños. Como gran avance en la lucha contra el tabaquismo, se demarcaron espacios para fumadores (las últimas filas del avión, por ejemplo), pero luego se empezó a hablar del fumador pasivo y sus derechos y se prohibió hacerlo incluso en los aeropuertos, con no pocas

resistencias de buena parte de la población. Pero funcionó, aun en contra del enorme *lobbying* de las poderosas tabacaleras ante políticos de todo el mundo. Hoy en día es casi impensable que alguna vez hubiera gente fumando en los aviones, incluso en vuelos de nueve horas o más.

Pensar en esto me da esperanzas, sobre todo porque es prueba fáctica de que el *marketing* social funciona. Si dejamos de fumar como chimeneas en todas partes gracias a la presión producto de las campañas de educación pública, creo que igual se pueden aplicar esas estrategias para que el machismo, como la brutal pandemia que es, desaparezca de la faz de la Tierra en menos de una generación.

¿Qué factores fueron clave para el éxito de aquellas campañas antitabaco que pudiésemos tomar como lecciones y aplicarlas en nuestra lucha antimachista? Aquí algunas:

- * Envío de un mensaje claro y contundente sobre los efectos nocivos de la conducta a eliminar, respaldado por datos estadísticos, científicos y comprobables.

- * Apoyo del más alto nivel de gobierno y de los legisladores para regular e intervenir con sanciones que se cumplan de verdad a quien infrinja las normas.

- * Educación desde los niveles más básicos de enseñanza para que la conducta anómala se entienda como indeseable y no sea vista como algo natural o parte del paisaje social. Identificar y señalar las causas, síntomas, manifestaciones y al mismo tiempo dar opciones de conducta más adaptadas a una vida sana en la que se respeten los derechos de todas y todos.

- * Concurso creativo de muchas entidades para diseñar mensajes de alto impacto que cambien creencias y actitudes e instalen en la mente conductas contrarias a la que se quiere desplazar.

* Campañas masivas permanentes y continuas de información transmitidas por todos los medios de comunicación posibles para que el mensaje llegue con intensidad y amplia cobertura. Televisión, radio, prensa, internet, cine, carteles publicitarios, folletos, afiches, vallas, material publicitario, medios electrónicos de comunicación, redes sociales. Que nadie se quede sin saber.

* Participación y compromiso por las organizaciones de la comunidad, como instituciones educativas, religiosas, científicas, políticas y civiles. Un gran acuerdo y pacto global que promueva el cambio deseado.

El objetivo es crear conciencia pública sobre los riesgos que significan para la salud y la vida de todos, mujeres y hombres, seguir viviendo como si la violencia machista y los privilegios masculinos fueran algo normal e incuestionable. Por eso me da esperanzas ver a tantas personas y medios de comunicación social cada vez más sensibilizados sobre la discriminación por género e incidiendo en los decisores y formuladores de políticas públicas para que esta realidad cambie.

Si bien es cierto que aún hay gente que fuma, la verdad es que se tienen que apartar para hacerlo, reciben enorme presión de sus familiares o seres queridos para abandonar el hábito y muchos recurren a cursos o especialistas para tratar adicciones porque entienden que tienen un problema. Igual podremos lograrlo con quienes defienden y reproducen el machismo. Que les quede claro, a ellos y a todos, que ese no es el modelo de vida que queremos para nadie.

Quizás a alguien le parezca que comparar los daños del tabaquismo con los del machismo no sea razonable, pero probablemente quien así piense no está considerando todas las dimensiones de este flagelo, que no solo espera a que seamos adolescentes para afectarnos, sino que desde la más temprana infancia ya causa víctimas, pérdidas, daños.

«Se ha comprobado que el machismo es dañino para la sociedad». Ojalá quedase ese mensaje instalado en la conciencia de todo el mundo y la próxima generación se asombre de que la misoginia y el patriarcado existieron alguna vez, como nos asombramos hoy al recordar que no hace ni veinte años fumar en un avión lleno de gente fuese posible.

Aborto y lactancia

15 de agosto de 2018

Hay dos temas que despiertan pasiones cuando los abordo en mis redes o escritos: aborto y lactancia materna exclusiva. Pero cuando digo pasiones me refiero a las más bajas: insultos, bloqueos, ataques a mi vida privada, groserías, amenazas en mayúscula, *unfollows*...

Sé bien que ambos temas aluden a valores muy arraigados que cuestionan el rol que a las mujeres nos han puesto a desempeñar la Iglesia, los políticos y otros jerarcas machistas, y que nos grabaron con fuego en el alma incluso antes de nacer. Quizá de ahí venga la intensidad emocional con la que los defienden tantos hombres y no pocas mujeres. Nadie les está pidiendo que aborten o que dejen de lactar: solo que no condenen a quien lo haga ni que impongan sus creencias religiosas o personales al resto del mundo.

Gracias a mi formación como *coach* entendí que escuchar no significa estar de acuerdo. Cuando escuchamos solo estamos abriéndonos a entender posturas diferentes a las propias, por aquello que dijo Humberto Maturana: «todo lo dicho está dicho por alguien y ese alguien tiene una historia». Nuestra estructura y nuestra historia nos define y eso hace que todos observemos de manera diferente cuanto nos acontece.

Intento aplicar ese principio ontológico ante las diatribas que se arman cuando posteo un artículo científico que avala el aborto legal como solución al aborto clandestino o cuando defiendo a las mujeres que por diferentes razones deciden no amamantar sino dar tetero con fórmulas lácteas. Pero, la verdad, hay que hacer un ejercicio de máxima comprensión cuando te dicen perlas como «la esencia de toda mujer es ser madre y amamantar: si no amamantas te anulas como mujer», «seguro tus hijos tienen las heces amarillas por haberlos envenenado con leche artificial» o «eres una asesina resentida por no haber tenido hijos».

Mi idolatrada tocaya Susana Rafalli, experta en nutrición, me advierte de que, dadas las actuales circunstancias de emergencia alimentaria en Venezuela, la lactancia exclusiva es una de las pocas medidas que tenemos a mano para que los niños puedan sobrevivir, aun si se trata de la leche de una madre desnutrida. Situaciones extremas sin duda alguna.

Pero es que quienes se oponen no te dan ni el mínimo chance para explicar que la lactancia, para quien tiene otras opciones en la vida, es algo muy bueno si puedes y estás de acuerdo en hacerlo, pero que los niños que no son amamantados crecen igual de bien si reciben nutrición completa por otras vías. Que nadie está a favor del aborto, sino en contra del aborto clandestino, por el que mueren muchas mujeres pobres, las que no tienen cómo pagarlo en una clínica bajo cuerda. Que su despenalización debe venir acompañada de estrategias preventivas que les diga a ellas que no se embaracen temprano y a ellos que no violen y se preocupen por usar métodos anticonceptivos. Que nuestro cuerpo es nuestra decisión, que la vida de una mujer es más importante que una teta o un embrión, y que un embarazo debe ser elegido y deseado: a cuántas mujeres no las obligan a mantener embarazos en contra de su voluntad, aunque sea producto de una violación, incluso del propio padre.

Cuando me hacen llegar esos mensajes pienso en que, quizá sin saberlo, somos un instrumento útil del sistema patriarcal, que nos relega a la posición de no ser dueñas ni tener el control de nuestro propio cuerpo, aunque creamos que sí. Algunas amigas admiten no poder cortarse el cabello porque el marido se lo tiene prohibido, por ejemplo. Parece una tontería, pero así opera la lógica machista sobre cualquier aspecto que tenga que ver con nuestra corporalidad: cierra las piernas, no grites, no llores, no te pongas eso, no hables tanto, pare con dolor, tápate, no te toques, amamanta aunque no quieras...

Otras veces he dicho que la vuelta a lo «natural» muestra cómo el llamado a parir sin cesárea, lactar exclusivamente, el colecho, con todo su aderezo de culpa para quien no lo haga, es una bandera del neomachismo manipulador, que muta para sobrevivir.

Conozco mujeres que hoy son atacadas y criticadas duramente si se niegan a alguna de esas prácticas, muy comunes en la época de nuestras bisabuelas, pero a ellas no les quedaba más remedio porque no tenían a la mano la tecnología de que hoy gozamos. Sin poder zafarse de esas rutinas, una mujer se queda sin tiempo para sus proyectos personales... y quizá de eso se trata.

Porque ¿qué hace una mujer con tiempo libre? Posiblemente meterse en la política y la economía... o ponerse a pensar. Hasta le puede dar por querer cambiar las cosas, y eso no conviene al *statu quo*. Como dice un amigo en tono de chiste, «a las mujeres hay que tenerlas preñadas, descalzas y dentro de la casa para que no jodan». Hay hogueras modernas en las que nos siguen quemando a las brujas de la nueva era. *El cuento de la criada, reloaded*.

En la semana en que esto escribo leemos, por ejemplo, que el Senado argentino negó el proyecto de ley de despenaliza-

ción del aborto, Hungría cancela Estudios de Género en las universidades, crece la tasa de femicidios en todo el mundo, la Universidad de Tokio admite haber manipulado las calificaciones para reducir la presencia femenina en la carrera de Medicina, los marroquíes lanzan la campaña Cubre a Tus Mujeres para que estas no muestren su cuerpo en la playa. Aunque parezca mentira, el 7 de agosto pasado, en la Ciudad de México, un panel compuesto exclusivamente por hombres celebró el congreso Uniendo Esfuerzos por la Lactancia Materna. ¿Para qué llamar a una mujer a opinar? Ni falta que hace. El sistema patriarcal dicta lo que hay que hacer, aunque ninguno de estos expertos panelistas haya amamantado en su vida. Aun en pleno siglo XXI, en muchos sentidos seguimos bajo la opresión y oscurantismo.

¡Pues nada!, a redoblar los talleres sobre feminismo para difundir la revolucionaria idea de que las mujeres, ante todo y aunque muchas aún no lo vean, somos personas humanas con libertad para decidir sobre nuestros propios cuerpos y vidas, sin culpa.

Voltear la tortilla

22 de agosto de 2018

«Soberana estupidez. Buscándole los cuatro pies al gato. Alguien tiene que dictar las reglas. En el trabajo o en cualquier sitio organizado tiene que haber alguien que dicte normas. Aporten sus ideas sin ánimo de voltear la tortilla. Esa propuesta es un síndrome de anarquismo». Así responde un seguidor, vía Twitter, a un artículo que escribí sobre aborto y lactancia exclusiva.

Minutos después deja este otro mensaje: «para que se sepa, soy de los que cree que en un hogar los roles son bien claros. En el hogar las decisiones, así como el presupuesto se toman por consenso. Los niños no tienen privilegios de un sexo sobre el otro. No hay tal cosa como contrato matrimonial. Hay un pacto de amor» (emoji de corazón con estrellas al final del tuit). Me pareció interesante su reacción para analizarla con todo respeto, y así se lo dije al lector. Su pensamiento refleja la crítica política más común a lo que el feminismo como teoría propone a la sociedad.

En primer lugar, nótese el cuestionamiento a la idea de intentar cambiar, subvertir, el estado actual de las cosas («buscarle los cuatro pies...») como una suerte de perdedera de tiempo. Como quien hace una gran concesión, nos otorga espacio para aportar ideas, nos da permiso de opinar, siempre y cuando no volteemos la tortilla. Es un comentario muy propio de quien no desea que nada se altere, de quien no quiere perder sus privilegios, esos mismísimos privilegios que le permiten exigir que le dejen su asunto tal como está.

El segundo mensaje lo entiendo como un intento del autor de mostrarse como un individuo no machista, habitual en quienes se cuidan de no verse pasados de moda, pero su tuit está lleno de confesiones contrarias a esa intención: él quiere roles claros, establecidos de acuerdo a la lógica de quien fija las normas, pacto de amor romántico por encima de un contrato entre iguales (aun cuando se cometan montones de barbaridades en nombre del amor), algo así como un gracioso «opinen pero no me cambien nada».

El movimiento feminista nace y existe justamente para alterar el orden patriarcal y la hegemonía masculina como mandato divino. Es cierto que alguien tiene que establecer normas. La pregunta es por qué lo tienen que hacer siempre los hom-

bres, por qué a las mujeres no se nos permite o se nos ponen obstáculos para que nos sea muy cuesta arriba el acceso a posiciones que permitan participar en la definición de las normas y por qué cada vez que estas se cuestionan la reacción inmediata es descalificar e insultar («soberana estupidez»).

Por esa vocación transformadora, el feminismo se ha asociado a ideologías de izquierda que buscan cambiar las relaciones de poder entre los sexos. Esto levanta sospechas y no pocos temores entre los conservadores, que se aferran a criterios morales para sostener la necesidad de distribuir de manera sexista los roles sociales, y entre los liberales, que piensan que acceder al poder es un tema de responsabilidades individuales, ciegos al hecho de que las condiciones de partida no son las mismas para todos.

Desde la acción feminista se proponen diferentes estrategias posibles: desde el empoderamiento en las capacidades de liderazgo femenino para ganar espacios por mérito propio y demostrar con cifras el impacto y el retorno de inversión de las empresas cuando se incorpora a mujeres a la economía, hasta la aplicación del sistema de cuotas en partidos políticos y juntas directivas para incidir sobre la estructura de incentivos y buscar un reparto igualitario del poder. Me siento más inclinada a adoptar un enfoque pragmático que instrumente todo lo que sea necesario para acelerar la marcha de este proceso indetenible.

En todo caso, el feminismo es en sí mismo una ideología que tiene como objetivo fundamental la igualdad entre los sexos. Busca simetría y paridad en las relaciones. Genera conciencia acerca del impacto diferenciado que producen en cada hombre o mujer los acontecimientos políticos, económicos, psicológicos o sociales que vivimos. Es un movimiento político y social que defiende la libertad de expresión y de decisión

y todos los demás derechos de quienes hemos sido tratadas como minoría cuando no lo somos. Es reivindicación y justicia social. Es impedir que las diferencias biológicas o de cualquier tipo se traduzcan en desigualdad o sean una excusa para la discriminación. Justamente contra opiniones como las del señor del tuit nos activamos: nosotras sí vamos a participar plenamente en el diseño de las normas que definan esta sociedad, y eso no debería ser un problema para alguien a quien, como a él según nos dice, le gustan los consensos.

No somos anarquistas: creemos que el Estado tiene un papel fundamental en el diseño de políticas públicas que propicien un desarrollo social y económico basado en la igualdad sustantiva y que nosotras como activistas, de forma colectiva, estamos para señalar con voz alta y clara las condiciones de inequidad existentes para que sean corregidas, y lo hacemos con todo el ánimo y la ambición de voltear esta tortilla de una buena vez.

Economía con lentes de género

29 de agosto de 2018

Hiperinflación. Devaluación. Control cambiario. Recesión. Subsidio laboral. Petróleo. Reconversión monetaria... De alguna manera, en Venezuela todos hemos tenido que volvernos un poco economistas para entender cómo tanto anuncio gubernamental impacta en nuestras vidas y sobre todo saber cómo proteger nuestros activos para seguir trabajando o sosteniendo nuestras empresas.

El tema de los cuidados en particular es uno de los más críticos. El mercado formal de trabajo es la punta de un iceberg que es sostenido por el invisible trabajo de cuidados no

remunerados, ejercido mayoritariamente por mujeres sin compensación monetaria y sin que se mida o se considere su aporte en los indicadores socioeconómicos con los que se toman las decisiones y se formulan políticas públicas. Es un trabajo que no se valora socialmente ni forma parte de los debates. Vaya, ni siquiera se considera trabajo.

Pero más allá de señalar las distorsiones presentes, la economía feminista profundizó teórica y empíricamente sobre los orígenes y efectos de la desigualdad de género y su conexión con la economía. Planteó la necesidad de tener un sistema económico alternativo, más incluyente y de tomar medidas que ofrezcan igualdad de oportunidades y justicia social. En todos los países las mujeres son las más pobres entre los pobres; este fenómeno, llamado feminización de la pobreza, es consecuencia de haber asumido la conducción de la economía sin considerar el género como variable de análisis.

Según la Organización de Naciones Unidas, cuando las mujeres tienen más ingresos y más poder de negociación se refleja en una mayor inversión en la educación de la infancia, en la sanidad y en la nutrición. A largo plazo, favorece el desarrollo económico. La economía de los países sale perjudicada cuando una parte importante de la población no puede competir en igualdad de condiciones ni desarrollar todo su potencial.

Amartya Sen, premio Nobel de Economía 1998, sostiene que «la posición sistemáticamente inferior de las mujeres dentro y fuera del hogar en muchas de las sociedades señala la necesidad de tratar el género como una fuerza propia en el análisis del desarrollo». Las experiencias de hombres y mujeres, incluso dentro de la misma casa, a menudo son tan diferentes que el examen de la economía sin género puede ser engañoso, añade este economista y filósofo indio.

Como vemos, las decisiones que desde el aparato público se toman en materia económica no tienen la misma incidencia en hombres que en mujeres. Me preocupa que en toda la andanada de recientes anuncios y en las declaraciones de gremios empresariales no se vean recomendaciones o medidas que garanticen la equidad necesaria para subsanar los efectos que sin duda traerá tanta carga impositiva y laboral: más desempleo, comportamientos de subsistencia, hambre y miseria para las mujeres, sobre todo las madres y jefas de hogar.

Para capear este temporal hombres y mujeres nos necesitamos. Esto lo dice todo el mundo, pero aun sabiéndolo seguimos observando que, por ejemplo, los paneles de firmas privadas de asesores y expertos en economía siguen excluyendo a las mujeres de sus discusiones y no consideran otros puntos de vista. Encima, un gobierno que dice llamarse feminista ni se pasea por este tema en una coyuntura tan delicada de la historia ni pone la igualdad de género en el centro de su gestión económica.

Pacto misógino excluyente que muestra la realidad como la vive y entiende solo una parte de la población; ceguera patriarcal que deja por fuera la inclusión que permitiría salir de este lodazal.

Mi cuerpo, mi decisión

5 de septiembre de 2018

A lo único que el patriarcado concede el derecho a la «libre decisión» de las mujeres sobre sus cuerpos es a la prostitución y al alquiler de vientres. No hay nada más antiguo y machista que poner el cuerpo de las mujeres al servicio de los hombres,

pero el machismo, siempre tan hábil y cínico, pretende que nos creamos que el sexoservicio es una elección de las mujeres, que ejercen así su libertad y su derecho al disfrute. Hasta se muestra como si les conviniera más a ellas que a ellos. Lo tuiteé un consumidor sexual, o putero, como les dicen en España, en estos días: «si no fuera por nosotros esas mujeres se morirían de hambre».

Esa es precisamente la tragedia y razón por la cual las feministas nos oponemos a que se regulen la prostitución y otras esclavitudes más modernas, como la mal llamada gestación subrogada. No veo yo a mujeres ricas o de «buena familia» recibiendo dinero por alquilar su vientre para que una pareja sea feliz. Si existen casos sin que medie una relación mercantil, por puro altruismo, serán pocos, y por razones de afecto o familiares quizás, pero siempre es la necesidad extrema, y no la libre elección, lo que lleva a una mujer a transar con su cuerpo.

Lo que se está alentando románticamente es una industria donde a un gentío le queda dinero producto del enganche de miles de mujeres pobres. Hasta de paraísos para la compraventa de madres gestantes y de granjas sexuales se habla, y no justamente en la distopía de Margaret Atwood, tan clarividente y mostradora de futuro, sino en la pura realidad, fuera de la televisión.

Preñarse y parir, para quien nunca ha pasado por ahí, luce como una tarea sencilla y grata, pero la realidad es que la salud física y emocional de una mujer se compromete seriamente en todo ese proceso. El pasado mes de febrero la Organización Mundial de la Salud declaraba: «la mortalidad materna es inaceptablemente alta. Cada día mueren en todo el mundo unas ochocientas treinta mujeres por complicaciones relacionadas con el embarazo o el parto». ¿Lo tienen en cuenta quienes sostienen que algunas mujeres toman la libérrima y personal deci-

sión de «hacer negocio embarazándose», es decir, «monetizando su útero»? Será en todo caso un negocio de altísimo riesgo.

Suscribo plenamente el artículo que escribió la periodista Ana Bernal-Triviño esta semana: «existe un marco internacional que se manifiesta en contra de alquilar úteros porque mercantiliza, deshumaniza y cosifica a las mujeres. Y cuando nos convierten en cosas, nos dejan de considerar humanas, perdemos nuestros derechos humanos. Un acto individual, un deseo, no puede pisotear los derechos del resto de las mujeres».

Las feministas seguiremos luchando porque ninguna mujer tenga que poner su cuerpo a disposición de otros y seguiremos trabajando para que muchas más encuentren vías que les permitan empoderarse económicamente por otros medios que no sean poner su cuerpo y su vida al servicio de alguien más. Para que, de verdad verdad, su cuerpo sea su decisión.

Educar a las niñas

12 de septiembre de 2018

Un taxista que me lleva a una ciudad distante dice:

—Yo tengo una hembra y un varón. Tuve que sacarla a ella del colegio porque no me alcanzaba la plata para pagar uniformes, libros, merienda, transporte...

—¿Por qué la sacó a ella del colegio? ¿No llevaba buenas notas? —le pregunto.

—Si usted supiera que ella es más aplicada que él... pero ya tiene trece y le están saliendo las teticas. Esa ahorita se preña y pierdo todo el dinero. Además, el varón es el que necesita trabajar... para mantener a su futura familia, ya sabe.

¿Ya sabe? No. La verdad no sé por dónde empezar a cuestionar esta preocupante afirmación de un señor de clase media

aparentemente bien educado. Por lo general, cuando descubrimos aberraciones de género nos imaginamos que se remontan a épocas remotas o que se trata de lugares recónditos de la selva adonde la civilización aún no ha llegado. Pero no: esto es real, es aquí y es hoy.

Este padre ya está esperando que su hija sea una madre adolescente porque es eso, «una hembra con teticas». Es lo que seguramente ha visto en su ciudad, es parte de la costumbre: las niñas crecen y se embarazan. De hecho, el embarazo precoz es uno de los problemas más acuciantes y preocupantes que tenemos en el país, ya que atenta directamente contra la posibilidad de que las niñas estudien y trabajen hasta lograr la madurez que se requiere para encargarse de un hijo.

América Latina y el Caribe es la segunda región del mundo con mayor tasa de embarazos adolescentes, con 66,5 nacimientos por cada mil chicas de entre quince y diecinueve años, superada solo por África subsahariana. Así lo indican la Organización Panamericana de la Salud (OPS), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA).

En Venezuela la situación es alarmante: según reportes confiables, cada tres minutos nace un niño de una madre adolescente. Jorge González Caro, representante del UNFPA en este país, explica que la situación, más allá de ser un problema de salud pública, ha tomado niveles más complejos e incluso compromete indicadores de crecimiento: «el embarazo adolescente es el problema social más importante de Venezuela. Es un asunto que estanca el desarrollo y que le roba el futuro al país. La joven embarazada sale del sistema educativo y entra en un círculo que la hace altamente vulnerable a la violencia de género; se vuelve dependiente desde el punto de vista económico, y con poco nivel educativo es difícil su inserción en el mercado laboral». Un verdadero drama.

Por otro lado, la creencia de este señor papá es que el varón es el protector y proveedor del hogar (contrástese la distinción social de *varón* con el nombre de referencia biológica *hembra*). Este estereotipado rol, mujeres a parir y hombres a trabajar, se perpetúa de generación en generación, dejando a las niñas fuera del sistema educativo y por lo tanto fuera de una vida productiva que les asegure igualdad plena de derechos.

Esta semana se celebró el Día Mundial de la Alfabetización y se recordó que hay setecientos setenta y cinco millones de adultos analfabetos en el mundo, de los cuales casi el setenta por ciento son mujeres. Es una realidad que alrededor de ciento treinta millones de niñas no van a la escuela. Esa es justamente la campaña que la joven Malala Yousafzai, premio Nobel de la Paz, está llevando adelante: «la educación de las niñas es un derecho».

Irina Bokova, directora general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), declaró: «esta es una situación intolerable, lo que refleja una de las injusticias más persistentes de nuestro tiempo: acceso desigual a la educación. No hay ninguna justificación, ya sea cultural, económica o social, para negar a las niñas y a las mujeres su derecho a la educación. Cuando una mujer sabe leer y escribir, ella puede tomar decisiones para cambiar radicalmente su vida para mejor». Definitivamente no habrá una sociedad de iguales si el acceso a la educación perjudica a todo un sexo de manera tan abierta y lamentable.

Imagino que, en este momento, cuando más aprieta la crisis económica en Venezuela, en muchas familias deben de estar tomando decisiones similares a las de mi taxista. Menos mal que el trecho de Maturín a Puerto Ordaz fue lo suficientemente largo para darme la oportunidad de explicarle todo esto. Espero que esta otra mirada que le presenté le haga replantearse

diferentes caminos para enfrentar la crisis sin dejar por fuera la educación como herramienta de verdadera superación para su hija.

La gente siempre tendría que poder afrontar las crisis económicas sin necesidad de sacar a los hijos del sistema escolar, pero si eso ocurre, que los criterios usados no sean sexistas ni discriminatorios contra las niñas. Se desaprovechan talentos, como el de esta aplicada chica de la historia, por culpa de prejuicios machistas. En medio de tan precaria situación social, ojalá más padres y madres alienten a sus hijas a estudiar y a no conformarse con lo que patriarcalmente les toca.

Serena Williams es una atrevida

19 de septiembre de 2018

Muchas mujeres vivimos bajo la ilusión de la igualdad, de ser unas «todoterreno», de poder con todo, pero hasta que no afinamos el ojo no vemos el engaño detrás del ideal de mujer completa y perfecta que pide perdón por cada error que comete, que se siente menos si no logra lo que los demás y que se empeña en afinar sus dotes sobrenaturales, como si tan solo se tratara de esforzarse más.

Breneé Brown, académica, escritora e investigadora de la Universidad de Houston, se ha dedicado a estudiar la vulnerabilidad, el coraje, la vergüenza, y la empatía. Es autora de *Los dones de la imperfección* (2010), *El poder de ser vulnerable* (2012) y *Más fuerte que nunca* (2015).

La doctora Brown estudió a muchas personas exitosas para saber cuál era el factor que las llevaba a alcanzar sus metas y encontró en todas ellas una variable: eran gente que conectaba,

con facilidad para relacionarse con los demás, a la que interactuar con extraños le resultaba natural. Luego estudió qué era lo que determinaba que algunas personas lograran conectar y otras no. Volvió a analizar variables provenientes de múltiples entrevistas sostenidas con grandes grupos de personas y encontró un factor común: quien conecta no tiene vergüenza de exponerse, no teme al qué dirán ni al ridículo, se siente suficiente como ser humano.

Es un interesante hallazgo, aunque en una primera lectura pueda sonar a lugar común. En una sociedad que premia los méritos, las respuestas, la competitividad a costa de lo que sea, permitirse fallar es impensable. Abrirse a la posibilidad de que en la ecuación del triunfo en la vida quepa la imperfección es verdaderamente revolucionario. En sus palabras, para ser exitoso «debes ser capaz de renunciar a quien crees que debes ser, para ser lo que eres». Para conectar tienes que ser tú, desde el corazón y sin vergüenza.

Me dedico a promover la formación para el atrevimiento, porque ser atrevida está lejos de querer saberlo todo, de tener muchos atributos y pocas fallas, de querer llenar un molde de perfección que nos han impuesto para poder aspirar a cualquier posición, incluso para ser madres o esposas (la buena madre, la esposa ejemplar, la hija modelo).

Eres atrevida cuando no te avergüenza hacer o decir cosas que a la mayoría le dan pudor, cuando tienes valentía, intrepidez y arrojo para asumir riesgos. Te atreves cuando dejas de dudar y haces algo que te apetece mucho, algo inesperado. Es abrazar la vulnerabilidad y darte permiso de ser quien eres, sin tener que rendir cuentas. Es tener el coraje de reconocerte imperfecta y al mismo tiempo merecedora de aprecio y trato digno sin necesidad de encubrir tus carencias y tus faltas.

Te atreves cuando haces lo que te da la gana venciendo la

presión social de tener que actuar «como una señorita», saliéndote de los roles de género, del estereotipo, de lo que se espera de ti por haber nacido mujer. Ese es el verdadero atrevimiento.

Redefinir el éxito en términos femeninos y perder el miedo a mostrarnos vulnerables son parte de los cambios de paradigma social. Ya no queremos tener que encajar en un molde patriarcal que nos diga cómo es ser «femenina» y que en nada se parece a nosotras.

Cuando te atrevas, cuando eleves la voz, cuando reclames lo tuyo y lo hagas además con fuerza, todo el mundo te va a caer encima, como a la gran tenista Serena Williams, porque una mujer que no actúe como la *lady* del cuento de hadas, por muchos méritos cuasiheroicos que tenga, es sumamente criticada por hombres y mujeres machistas (antes nos quemaban como brujas). Pero tú sigue adelante, sin pena y sin pedir disculpas. Llegó la hora de cambiar las reglas de juego y nos estamos atreviendo a hacerlo. Estamos en construcción.

Guía de lecturas feministas

10 de octubre de 2018

Escucho en un foro a una joven expositora decir: «ya me he leído todos los *catálogos* sobre feminismo y aún no me convencen para ser yo una feminista». Fuera del escenario le recomendé que pasara de los catálogos a los libros a ver si por ahí se informaba mejor. La manía de opinar sin fundamento, de contraargumentar sin haberse leído algo sólido, de porfiar hasta la saciedad un juicio como si fuese prueba incontrovertible, es común en mucha gente que actúa por reacción natural sin filtro ni procesamiento previo.

En Twitter pasa muchísimo. La gente lanza su diatriba sin haber siquiera leído lo que una publicó. Se quedan en el título, en la primera frase, en quién lo escribe y, zuás, ahí te va. Más de una vez he tenido que responder con la pregunta «¿se leyó usted el artículo completo?».

Lo cierto es que leer no está en las preferencias de muchos opinadores: prefieren quedarse con un enfoque único, dada la pereza y la falta de un hábito cultivado desde la infancia. Cuando tú juras que lo que sabes es la verdad absoluta, entonces no escuchas, indagas, exploras ni piensas. Tener un enfoque múltiple que con humildad te lleve a pensar que lo que sostienes es solo una versión del asunto y que caben tantas explicaciones como seres humanos pensantes hay, es lo que permite aprender y apreciar las diferencias de visión.

Para quienes critican el movimiento feminista pero que genuinamente deseen saber más y tener una plataforma de información, hago acá una pequeña lista de libros y autoras que a mí me han ayudado muchísimo a hacerme una idea amplia sobre este movimiento, su historia, postulados, principales banderas, etc. Este es un cuerpo teórico en construcción y por lo tanto todos los días se publica nueva bibliografía interesantísima que no se agota en una lista cerrada, pero ahí va parte de lo que yo he consultado.

Miro mi estante. Para empezar, recomiendo leer *Feminismo para principiantes*, de Nuria Varela, española que expone de manera súper sencilla e ilustrada (por Antonia Santolaya) todas las olas históricas del feminismo y define conceptos básicos para hablar de igualdad de género. A su lado unos clásicos: *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft; la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* de Olympe de Gouges, y *My Own Story* (Mi propia historia), de la sufragista Emmeline Pankhurst, son fundamentales

para emocionarse, entender de dónde viene todo y encender el deseo de lucha.

Ya entradas en las clásicas recomiendo asomarse a los siguientes libros, que pongo aquí en un orden aleatorio, que ni es cronológico ni prioriza su importancia: *Mística de la feminidad*, de Betty Friedan; *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir; *Política sexual*, de Kate Millett; *El género en disputa*, de Judith Butler; *Todos deberíamos ser feministas*, de Chimamanda Ngozi Adichie; *Mujer y poder*, de Mary Beard; *Mi vida en la carretera*, de Gloria Steinem; *La mujer: ciudadano de segundo orden*, de Sonia Sgambatti; *Igualdad de género y desarrollo humano sostenible*, de Evangelina García Prince.

Publicaciones más recientes para nuevas generaciones: *Morder la manzana*, de Leticia Dolera; *Las feministas queremos*, de Isa Mastro, *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*, de Francesca Cavallo y Elena Favilli; *Vayamos adelante*, de Sheryl Sandberg; *Economía feminista*, de Mercedes D'Alessandro; *La Eva futura*, de Lucía Etxebarria; *Confesiones de una mala feminista*, de Roxane Gay; *Cómo ser mujer*, de Caitlin Moran; *No soy ese tipo de chica*, de Lena Dunham; *Los hombres me explican cosas*, de Rebecca Solnit.

Si deseas algo más literario, toda la obra de Virginia Woolf, especialmente *Una habitación propia*, ayuda muchísimo. Considero imperdibles los libros de Maya Angelou, Margaret Atwood, Malala Yousafzai, Inés Quintero, Alice Walker, Doris Lessing, Audre Lorde y Jean Shinoda Bolen.

En YouTube puedes acceder sin costo a videos de charlas y exposiciones académicas de valiosísimas feministas iberoamericanas contemporáneas, como Marcela Lagarde, Celia Amorós, Amelia Valcárcel, maestras e investigadoras sociales fundamentales sobre cuyos conocimientos se ha montado el andamiaje de los temas centrales que aún hoy discutimos.

En Madrid, Buenos Aires, Ciudad de México, Barcelona, hay librerías temáticas que ofrecen bibliografía teórica feminista y también libros de cualquier género escritos por mujeres. Es una delicia visitarlas una a una y asistir a foros y tertulias en sus espacios. En Venezuela solo hemos visto un pedacito de estante en El Buscón, de Caracas, y algunos sueltos en el resto. Bueno, siempre nos quedan Amazon y los amigos que viajan...

Como ves, existen muchas opciones para consultar y conocer un mundo maravilloso que aboga por los derechos humanos de las mujeres y dotarnos así de un compendio de razones que dan soporte sólido a las acciones necesarias para alcanzar igualdad de género. Una vez que descubres todo esto entiendes por qué lo contrario al feminismo es la ignorancia.

Emprendimientos con techos de cristal

17 de octubre de 2018

La capacidad para desarrollar una idea hasta verla llevada a la práctica es admirable. Pero si además esa idea te da dinero y puedes vivir de ella, es doble, triplemente entusiasmante. Hay que tener mucho empeño y valentía para renunciar a un trabajo estable y arriesgar dinero, tiempo, relaciones y todo tipo de recursos para ponerse a perseguir un sueño.

En el caso de las mujeres, quizá por aquello de conciliar familia y trabajo y tener que generar más ingresos familiares, fundar una empresa parece una salida ideal, ya que no requiere atarse a horarios ni jefes. Impone otros sacrificios, pero da la opción de flexibilidad horaria y agenda propia, aspiración de muchas.

Hay abundante bibliografía llena de lecciones sobre competencias clave para emprender, con casos de éxito documentados y teorías recientes acerca de la gerencia del emprendimiento. Cada vez hay más *freelancers* (trabajadores independientes) que no quieren empleo sino trabajo por cuenta propia. Aumentan los franquiciados a nivel mundial. Todo parece indicar que por aquí van los tiros en cuanto a fuerza laboral presente y futura se refiere.

El nivel de emprendimiento femenino creció un 13 % en todo el mundo durante 2017, «lo que refleja el impulso de la representación femenina en los sectores público y privado en muchas regiones del mundo», tal y como manifiesta Karen Quintos, vicepresidenta ejecutiva y directora de Atención al Cliente de la compañía de computadoras Dell, en el estudio *Women Entrepreneur Cities Index 2017*.

Según una publicación de The Boston Consulting Group y MassChallenge, las *startups* fundadas por mujeres generan el doble de rentabilidad que las de los hombres, a pesar de recibir menos apoyo financiero. Para la investigadora Katie Abouzahr, coautora del estudio, «es realmente sorprendente la efectividad de las *startups* fundadas o cofundadas por mujeres, que pueden convertir un dólar de financiación en un dólar de ingresos».

Otros reportes no son tan alentadores, por lo menos en Iberoamérica. En algunos órganos especializados en la materia leemos que las mujeres crean empresas pero no las consolidan, muchos bancos no las toman en serio y algunas tienen no pocos tropiezos para llevar adelante sus emprendimientos.

Según un informe del Instituto de Innovación Social sobre el impacto de los microcréditos en España, los datos han demostrado que «a pesar de que el perfil de las mujeres emprendedoras es similar al del hombre emprendedor, existen algunas

diferencias en lo relativo a las características de las empresas puestas en marcha por unos y otros. Así, las empresas creadas por mujeres emprendedoras suelen ser de menor tamaño y potencial de crecimiento que las creadas por hombres, con un menor potencial de internacionalización, y se sitúan de manera más frecuente en el sector de servicios y en el comercio. Además, las mujeres emprendedoras proceden en mayor porcentaje de una situación previa de paro, lo cual explica por qué las mujeres suelen emprender más por necesidad que por oportunidad, como es el caso de los hombres».

Aunque esto es un poco descorazonador, quiero creer que tenemos una puerta abierta para probar si por esta vía tenemos más chance de alcanzar la paridad que en la empresa tradicional. Si bien seguimos haciendo todo lo necesario por romper el techo de cristal en las empresas, esta opción más abierta y novedosa, puede representar un espacio conquistable con lo que ya hemos aprendido en otros terrenos.

A las emprendedoras les aconsejo usar todas las fuentes de ayuda que tengan a la mano para avanzar y solidificar sus emprendimientos, unirse a redes de mujeres emprendedoras, capacitarse en negocios, averiguar sobre fondos que financien nuevas empresas, pedir crédito a los bancos y estudiar casos de éxito, entre otras estrategias de empoderamiento.

Estoy segura de que las nuevas generaciones de mujeres vienen equipadas con lo que se necesita para lograrlo y están aprendiendo de las veteranas y veteranos en estas lides.

Ciudades seguras desde la perspectiva de género

7 de noviembre de 2018

La violencia de género es un problema que asuela todos los territorios y culturas del planeta. Las ciudades, además de mejorar los mecanismos de integración y protección, pueden y deben propiciar una vida más segura para mujeres y niñas y contribuir así a mejorar su calidad de vida. El activismo feminista dedica el mes de noviembre a este problema, pues el 25 se celebra el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. Es propicio poner en la agenda noticiosa los esfuerzos que se hacen para erradicarla.

El concepto de violencia debe manejarse en sentido amplio para incluir todas las manifestaciones que restringen el derecho de las mujeres a una vida plena y segura. La violencia en el espacio urbano ocupa un lugar preponderante en el análisis porque ahí se concentra la mayor parte de la población de América Latina. Los roles sexuales y las relaciones desiguales entre los sexos, sin ser ajenos a los espacios rurales, se presentan concentradamente en las ciudades.

Con datos de cincuenta países en vías de desarrollo, ONU Mujeres reporta que más del 50 % de las mujeres y niñas en las zonas urbanas carecen de al menos uno de estos recursos: acceso a agua limpia, instalaciones sanitarias, vivienda durable y espacio suficiente para vivir. Esta forma de violencia se subestima, estigmatiza e invisibiliza en las políticas públicas.

Muchos documentos, acuerdos y convenciones internacionales reconocen y resaltan el derecho de las mujeres a vivir sin violencia. Para cumplirlo es indispensable trabajar en planificación, coordinación, diseño, administración, supervisión

y control ciudadano de todos los aspectos de la ciudad (arquitectura, regulaciones, equipamiento y servicios, respuesta organizada, promoción cultural...).

Algunos ejemplos latinoamericanos han adoptado una perspectiva de género al planificar y desarrollar ciudades pensando, no en los esquemas estereotípicos tradicionales, sino en la gente real, contemplando los hábitos de movilización de las mujeres, que son diferentes de los de los hombres.

Yo trabajo promoviendo el crecimiento de las mujeres en el espacio corporativo y, en este sentido, tengo mi propia batalla contra el estándar de mujer de la que se espera que se dedique en cuerpo y alma a parir y criar hijos. Yo no dudé en buscar ayuda en otras mujeres para no limitar mi carrera profesional, convencida de que el tiempo de calidad era un buen sustituto de la total dedicación y que mis hijos se criarían emocionalmente más sanos viendo a su madre realizarse de múltiples formas.

Sin embargo, sé que para muchas es difícilísimo hacer compatibles todas esas responsabilidades. Me parece que ahora, desde las políticas de organización local, se pueden construir ciudades que respondan mejor a las necesidades específicas de las mujeres, de manera que muchas más puedan encontrar el crecimiento profesional sin tener que renunciar a la maternidad, y viceversa.

Ganar elecciones

12 de diciembre de 2018

Posteo un tuit mostrando la foto de la reciente reunión del G20 celebrada en Argentina haciendo notar que en ella hay solo tres mujeres. Un señor comenta: «para estar en la foto hay que ganar elecciones». Lo dice con una obviedad que ofende porque en su sentencia se traga un montón de inequidades y

desigualdades que explican lo que la foto muestra. Es como la alta ejecutiva de una corporación que te dice «la que no llega es porque no quiere» o el poderoso que repite «es que el pobre tiene el rancho en la cabeza», como si a las mujeres no les importara el poder o a los pobres les encantara serlo porque no conocen otra cosa.

Suponen, desde su escasa empatía, que las oportunidades son las mismas para todos por igual y que todos estamos en plena libertad de elegir. Pero para que las mujeres ganemos elecciones se requieren muchas condiciones que hoy no existen y que no caben en los doscientos cuarenta caracteres de un tuit. Por eso mejor le respondo por aquí al autor de la frase.

Uno. No tenemos partidos políticos que trasciendan el histórico pacto misógino que ha dejado a las mujeres estructural y sistemáticamente fuera de la repartición de puestos y privilegios. Plantados en su creencia de que el poder es cosa de machos, son reacios a las cuotas que faciliten la paridad. Las mujeres en los partidos organizan, volantean, animan. Tras bastidores, sin que se note y sujetas a la sutil o grotesca violencia política si se atreven a manifestar abiertamente sus aspiraciones.

Si no, pregúntenle a Delsa Solórzano, quien por estos días anunciará la fundación de un partido político propio, conocedora de su liderazgo e influencia y decidida a lo que sea para llegar al poder. Las mujeres somos ambiciosas y queremos el poder, sí. Que nadie se ofenda por ello. Y si la estructura no te deja, aprópiate de la tuya. Seguro un gentío le va a caer encima, pues la crítica siempre es más dura con las mujeres que alzan la cabeza, pero ella tiene con qué enfrentarlo. Ojalá no la dejemos sola.

Dos. Se requiere que las mujeres creamos en otras mujeres y votemos por ellas. La abstención es la madre de todos los

malos gobernantes que nos hemos echado encima. Entre los más de cuatro millones que no votaron en las elecciones de hace veinte años en nuestro país, calculemos, proporcionalmente a la distribución poblacional, que la mitad eran mujeres. Entonces muy pocas apostamos por Irene Sáez, quien venía de hacer un excelente y memorable trabajo en la Alcaldía de Chacao en Caracas. Parece que la gente elige según quien transmita imagen de autoridad, y no relaciona esa variable con una mujer. Preferible un golpista, militar sin instrucción para gobernar, que una mujer probada y sin tacha. Los resultados están a la vista. Pero nadie dijo del difunto «hombre tenía que ser», como sí se dice de una mujer en gobierno cuando hace las cosas mal.

Por simple solidaridad, las mujeres siempre deberíamos apoyar a las otras que valientemente se lanzan, haciendo honor a las sufragistas y a todo su sacrificio para que hoy tengamos el voto, y de esa manera evitar que en esos espacios se cuele más gente machista, racista e intolerante, como Felipe Serrano, del ultraconservador partido Vox en Andalucía (alguien que a las feministas les dice «lesbianas violentas y resentidas misándricas») y que nomás ganar anunció que buscará derogar la Ley Integral Contra la Violencia de Género en España. O como Bolsonaro en Brasil, que ya puso de ministra de la Mujer a una pastora evangélica anti derechos sexuales y reproductivos que trae como bandera reforzar en las mujeres el rol de madres. Ante estas señales se requiere mucha más unión feminista, porque los retrocesos pueden ocurrir tan rápido como un rayo.

Tres. Aunque dejen para las mujeres los puestos menos apetecibles y las posiciones que encubran un «precipicio de cristal», es preciso ocupar todos los espacios posibles para participar políticamente. Ahí tenemos a un Congreso estadounidense distinto, que, gracias al espanto que produjo el triunfo de

Trump, hizo que muchas abrieran los ojos y se postularan a las elecciones parlamentarias de mitad de periodo. Entendieron que no podían seguir viendo los toros desde la barrera y que había que penetrar el cerco, porque, como dijo recientemente Lidia Falcón, presidenta del Partido Feminista de España, si no entramos con más fuerza en política siempre estaremos con una pancarta en la calle.

Cuatro. Está el tema de la conciliación laboral y familiar. Para dedicarse a la vida política habría que repartir la carga doméstica y de los cuidados a partes iguales sin que haya una división sexista del trabajo, que condena a muchas a no disponer del tiempo precioso que exige y demanda la vida pública. Muchas desisten porque el esfuerzo de atender dos o tres jornadas de trabajo sin remuneración ni apoyo es enorme. Este dilema no lo tienen los hombres: ellos están 100 % dedicados a su campaña y a su carrera electoral, contando con muchas mujeres que les dan el soporte necesario para que logren salir en la foto de los elegidos: ropita limpiita, sopita calientica, muchachitos que no molesten. Esto nunca pasa al revés.

Y cinco. Pongo de último a propósito el tema del empoderamiento femenino, la confianza en sí mismas y todo eso. Mucha gente empieza por aquí para explicar el porqué de tan baja participación de mujeres en espacios de poder económico o político, como para una vez más echarle la culpa a quien es objeto y víctima de las reglas de juego patriarcal. Lo cierto es que si fuera asunto de autoestima alta y cursos de seguridad personal, ya estaríamos gobernando la mitad de los países del mundo, y la verdad es que no llegamos ni al uno por ciento. Sí, es importante que reforcemos nuestras competencias técnicas y emocionales, pero como estrategia no es suficiente para voltear el tablero. Por cada mujer que se levanta, habla y exige sus derechos de forma asertiva y firme, hay diez señores y señoras que le dicen *conflictiva, cuaima y mandona*.

Así pues, amigo querido, como verá hay mucho más que voluntad personal en esto de ganar unas elecciones para poder estar en la foto, pero tenga la seguridad de que estamos en ello.

¿Cualquiera de nosotras podría ganar?

19 de diciembre de 2018

Vergonzosa la reacción en redes sociales hacia la nueva Miss Venezuela. Comentarios ofensivos, racistas, sexistas, misóginos, muestra de la sociedad intolerante en la que nos hemos convertido. Y entre todos los *haters*, las más duras y agresivas eran mujeres. Lo escribo con mucho dolor, porque soy mujer, porque quisiera que fuésemos una tribu solidaria que se apoya y aplaude el triunfo de quien sea, incluso el de «una fea» en un concurso de belleza. Ojo, que el juicio de fea o bella vive en la cabeza de quien lo formula. Aquí no hay nada objetivo. Lo que duele y destaca es la descarga de odio sobre una mujer, cualquiera que sea, porque no encaje en el estereotipo de belleza cargado de silicona que nos vendieron.

Me da mucho dolor leer todo eso, más en esta nueva etapa del Miss Venezuela, en que está siendo conducido por exmiseses, o sea, expertas en ganar concursos, que quieren cambiar la historia de prácticas de acoso sexual que sufrieron no pocas aspirantes, que están luchando contra montones de obstáculos y estereotipos que encasillan a las candidatas en la imagen de «bonita pero tonta» que siempre caracterizó a esos espacios, al tiempo que intentan mantener andando el negocio y la esperanza viva de muchas venezolanas para participar en un evento que ha sido por años motivo de orgullo nacional.

Pero, quizás desconociendo esto, muchas tuitean pidiendo el regreso de Osmel, para que un hombre venga a decirnos qué es una mujer bella. Me quedo pensando en el tema de la sororidad. ¿Qué hará falta para que las mujeres seamos solidarias entre nosotras? Cuesta un mundo entender que la otra es mi hermana, aceptar que somos iguales y al mismo tiempo diferentes, que la diferencia no tendría que ser motivo de conflicto o separación, sino más bien de encuentro, para intentar comprendernos.

En lo lógico-cognitivo-intelectual parecemos estar claras con la idea de colaborar, apoyarnos, tenernos compasión las unas a las otras. ¿Quién se va a oponer a algo así? Menos que nadie las mujeres, tan habituadas a cuidar, a dar soporte, a reconocer a otros antes que a nosotras mismas. El serrucho se tranca en lo emocional. Celebrarle las victorias a la compañera con un agrio sabor en la boca; aplaudir un logro a la amiga, pero temer que el triunfo se le suba a la cabeza; envidiar lo que la otra consiguió o lo inteligente que es, lo bien que le va, lo flaca / buena / alegre que es.

Y te preguntas: ¿pero por qué siento esto? ¿Cómo vivo en el día a día eso de ser solidaria, vivir como míos los triunfos de ellas, no sentirme menos cuando es a ellas y no a mí que le sonríe la fortuna? Incluso siendo al revés, cuando el triunfo es mío, ¿por qué me hace sentir más gratificada la aprobación de un varón que la de otra mujer? ¿Por qué el reconocimiento que vale es el masculino y no el femenino?

Ya con solo preguntarnos todo esto estamos en el camino de ir abandonando el argumento que más rendimiento le ha dado al patriarcado a lo largo de la historia: «la otra es tu enemiga», «las mujeres no pueden trabajar juntas», «cuidado con ella», «tú eres más bella, la otra es más fea», «compiten por nosotros los hombres», etc. La estrategia «divide y vencerás» le ha dado muchos beneficios al machismo. Cuestionar y no dar por cierto

todo esto es fundamental para hacer el cambio de mirada que exige tan arraigado conjunto de creencias.

Ellos saben muy bien que cuando las mujeres nos apoyamos y decidimos andar juntas somos imparables (huelgas de mujeres, marchas, #MeToo, #NiUnaMenos...). Eso lo saben muy bien los patriarcas; por eso la solidaridad es, sin duda, nuestra mejor arma.

En el pasado, cuando las mujeres se reunían las quemaban vivas por conspiradoras y brujas. Un buen ejemplo de esto ocurrió en 1793 durante la Revolución Francesa, con los clubes patrióticos de mujeres, agrupaciones femeninas revolucionarias donde ellas se reunían, intercambiaban opiniones e información, debatían sobre cuestiones políticas, leían periódicos y las noticias del día, entre otras actividades. Pero sus acciones llegaron a suscitar un movimiento de rechazo por parte de la Asamblea Nacional francesa, sobre todo después que guillotinaran a Olympe de Gouges por recordarles que habían dejado a las mujeres fuera de su Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, y clausuraron los clubes «porque su crispada agitación estaba acarreado muy funestas consecuencias para la joven República». Incluso se prohibió el acceso a las mujeres como espectadoras a las sesiones parlamentarias.

Pero la historia pesa, y ante esto solo puedo dar a mis amigas tres consejos para vencer la barrera emocional que nos impide practicar la sororidad: lo primero es admitirlo, en clara y viva voz. Aceptar que debido a años y años de adoctrinamiento en contra de mis semejantes me cuesta ver y ser de otra manera con ellas y por eso a veces siento envidia, rabia, desprecio. Eso no me hace mala persona: me acepto con mis vulnerabilidades porque es lo que he conocido y se me ha enseñado, pero acepto que puedo intentar hacer un nuevo acuerdo con las de mi gremio.

Lo segundo, leer el contexto. Estamos en medio de un entorno que propicia la vuelta a posiciones conservadoras extre-

mas que pueden hacer retroceder todos los logros obtenidos en materia de derechos humanos de las mujeres y ponernos a todas de nuevo como estábamos a inicios del siglo pasado. Trascender lo pequeñito, la envidia chiquita, el malestar pasajero, la inquina por lo banal, la insolidaridad puntual, y pensar antes bien en lo que podemos perder como colectivo si nos desgastamos en peleas sin sentido.

Por último, leer mucho sobre la historia del movimiento feminista para apreciar cómo ninguna conquista ha sido lograda por individualidades. Hay muchas líderes visibles, pero siempre soportadas por muchísimas otras mujeres que sacrificaron incluso sus vidas para que hoy podamos ejercer plenamente algunos de nuestros derechos conquistados. Rindamos homenaje a sus actuaciones validando a la que tenemos al lado, que también, a su modo, está haciendo su parte.

Urge que hagamos un nuevo pacto entre nosotras, por nosotras, por nuestras hijas, por las nuevas generaciones. Acordar que, sin importar nuestra raza, religión, ideología, país de origen, personalidad, aspecto físico, educación u orientación sexual, todas nos necesitamos. Que aprendamos y enseñemos cómo es de verdad eso de alegrarse por la otra y ver su triunfo, incluso el de un concurso de belleza, ya sea como candidata o como organizadora, como un triunfo del género. Este camino de desmontar el machismo es muy duro para andarlo solas. Practiquemos solidaridad.

Mi marido tiene más familia

26 de diciembre de 2018

Así se llama una telenovela mexicana que están transmitiendo en la tele por estos días. Me enteré por un avance de la progra-

mación, así que no sé de qué va, pero me lo imagino, porque tal situación forma parte de una práctica cultural que se da con cierta frecuencia y se suele descubrir en el hospital ante una enfermedad grave del paterfamilias o en su velorio, cuando se aparecen hijos y consortes hasta el momento desconocidas por la familia oficial del señor.

Casualmente por estos días ha estado circulando en redes un caso que se dio en 2014 en Escocia: Mary Turner Thomson descubrió que su esposo, estadounidense, tenía trece hijos con al menos seis mujeres. Él decía que era inspector de la CIA y que por eso tenía que viajar mucho, hasta que una de sus esposas contactó a las otras y entre todas lo denunciaron. Lo calificaron de bígamo serial y está cumpliendo prisión. Esta experiencia le permitió a Turner escribir *The Bigamist*, libro en el que comparte su experiencia para ayudar a posibles víctimas a prevenir los males que ella sufrió producto del engaño marital.

Por estas latitudes, sin embargo, el que un hombre tenga «un segundo frente», como se dice coloquialmente, parece más aceptado, y se dan no pocos casos en que la esposa oficial termina criando a los hijos habidos fuera de su matrimonio. Siempre me ha llamado la atención la capacidad de los hombres para tener múltiples relaciones de pareja simultáneas (apartando los casos de evidente «anomalía» o «disfunción social» en que caen personas moralmente cuestionables).

Al decir *relaciones de pareja* no me refiero a la infidelidad que se comete al tener actividad sexual con otra persona en medio de una unión estable. Hay pruebas de la normalidad estadística de este comportamiento en todas las sociedades humanas, y también se sabe que ocurre sin distinción de sexo (varía la incidencia según sociedades y culturas, pero en general hombres y mujeres son infieles en condiciones más o menos similares). Lo que me llama la atención es el patrón,

tan común en Latinoamérica y el Caribe, de hombres que estabilizan varias relaciones de pareja, muchas veces con hogar e hijos en cada una.

Lo más común es que estas relaciones foráneas se mantengan en silencio y bajo engaño, pero en varias ocasiones el doble o triple vínculo es público y notorio. Me decía el electricista de la oficina: «yo tengo dieciséis muchachos en cuatro mujeres... No me alcanza para mantenerlos a todos, pero los domingos en mi casa hago un hervido de res para que todos mis hijos vengan a comer». No hay distinciones de nivel socioeconómico o clase social acá, salvo que los más pudientes hacen un mayor esfuerzo por ocultar a la otra familia, quizá por un tema de formas.

No cabe duda de que se trata de una práctica patriarcal, porque su opuesto (mujeres con más de un hogar alternativo con hijos) es mucho más difícil y duramente penalizado. En los casos masculinos hay mucho de tolerancia social a esa práctica, definida por escasas y poco rigurosas sanciones y por cierto folclorismo en torno a sus implicaciones: «los hombres son así», «él quiere mucho a sus hijos y aporta lo necesario para que funcione la casa», «lo mismo le hizo mi papá a mi mamá» y racionalizaciones parecidas.

En mi opinión, el modelo machista y patriarcal facilita una educación masculina cargada de estereotipos sobre el liderazgo, la guerra y la dificultad o imposibilidad de que los hombres se relacionen con las mujeres en un plano no sexual: que puedan ser sus amigos, que sepan ser felices sin necesidad de expandir falsamente su ego infantil con nuevas conquistas y puedan compartir con ellas algo más que un rato de cama.

Pero por encima de todo esto, el patriarcado se consolida en la creencia de que la masculinidad va asociada a fertilidad, la virilidad y la descendencia. Por eso muchos se sienten

en la necesidad de demostrar, sobre todo a los otros machos de la manada, que son hombres de verdad. Como me decía el electricista con mucha seriedad y recogimiento: «es que creo que estoy llamado a cumplir el mandato que me dio Dios de regar mi semilla». Y quien tiene la semilla tiene el poder, ya lo sabemos.

Muchas mujeres aceptan este modo de vida porque fueron criadas bajo la égida del androcentrismo, el hombre como centro en torno al cual gira la vida y sin el que no es posible sobrevivir. El hombre trofeo, el salvador, el proveedor único. El que dice cómo y cuándo y con quién. Mujeres paridoras educadas para ser rescatadas y mantenidas por un hombre —agarrando aunque sea fallo—, y adoctrinadas en la creencia de que ser madre es lo mejor que les puede pasar en la vida. Son mitos que urge derribar para que se abran posibilidades de relaciones más sanas y equitativas entre los sexos.

Mi mensaje a las mujeres que están metidas en una relación así, vivida como fuente de sufrimiento personal y familiar, es que cuestionen la normalidad con que esta conducta machista es asumida socialmente, que no cedan a la presión de aceptar una realidad no deseada, que busquen apoyo en sus amigas o en otras compañeras, como la escocesa, y que sepan que sí es posible tener otras aspiraciones en la vida para poner límites a quien recurre al engaño y la mentira en sus relaciones de pareja.

2



1

9

@vameisoi

Feminismo es progreso

27 de febrero de 2019

Sigo encontrándome cotidianamente con mujeres de diversos orígenes, ocupaciones y niveles socioeducativos que me dicen algo así como «yo coincidí contigo en lo del liderazgo de la mujer, Susana, pero no terminé de comulgar con el feminismo», «me gustó lo que dijiste, pero yo no soy feminista» o «yo, de verdad, no sé si soy feminista...».

También me topo a veces con mujeres poderosas que me dicen: «no creo que haya tanta discriminación. Yo misma llegué adonde llegué: eso es señal de que no me discriminaron», y afirmaciones semejantes carentes de sensibilidad sobre los graves problemas enfrentados por millones de mujeres, problemas abordables desde la perspectiva de género, como revelan de manera incuestionable los datos estadísticos que se recopilan en la mayor parte de los países del mundo.

Me parece completamente normal tener confusiones sobre el feminismo, porque ha significado y significa aún muchas cosas. Estas afirmaciones suelen decir algo sobre la mujer que las hace: se ha adaptado a un ambiente cultural cargado de limitaciones del que ella misma forma parte. A veces les sugiero a estas grandes mujeres que recuerden y reflexionen un rato sobre sus carreras y consideren si pueden seguir afirmando que nunca sufrieron presiones sexistas ni se sintieron desubicadas por el liderazgo masculino en sus carreras.

Más allá de que algunas disfrutemos de lo que hoy en día lamentablemente podrían considerarse privilegios (posición económica y profesional reconocida, liderazgo vinculado a asuntos no domésticos, involucramiento directo en decisiones técnicas y políticas importantes de la sociedad o acceso sis-

temático a vocería de largo alcance sobre estos temas, sobre todo en los países occidentales más avanzados), debemos tomar conciencia sobre la situación de numerosas sociedades en las que la discriminación es aún cultura dominante.

En ocasiones, estas dudas y rechazos sobre el feminismo como concepto aglutinador y sus implicaciones, pasa por el uso que algunos grupos político-ideológicos hacen del feminismo. Por ejemplo, conozco feministas para las que no habrá feminismo mientras no desaparezca el capitalismo, y algunas de ellas consideran que solo la revolución marxista acabará con el dominio patriarcal. Otras son anarcofeministas y buscan una sociedad sin capitalismo ni socialismo. Otras sostienen que el feminismo debe vincularse con nuevas formas de ecologismo y que, sin una nueva relación con la naturaleza y el resto de los seres vivos, no puede hablarse de feminismo.

Hay mujeres que no aceptan ser feministas porque sus ambientes familiares y culturales son de índole más liberal y relacionan este movimiento con el socialismo o la revolución. Algunas incluyen en el conflicto «la igualdad»: no les gusta, les suena a socialismo. Confundidas, piensan que el feminismo pretende construir una sociedad en la que todos seamos la misma cosa y no podamos diferenciarnos. Esto es fácil de rebatir. El feminismo aspira a la igualdad de derechos y a que ninguna niña sea educada sin los derechos de que goza su hermano varón ni se la limite en el ejercicio de sus libertades. A veces pasa que se educaron en el catolicismo, el protestantismo o alguna otra religión y ya sabemos que sus fieles son protectores de una «verdad milenaria» que muchas veces dejan a la zaga los derechos de las mujeres.

En cuanto al llamado «socialismo científico», el marxismo revolucionario, la humanidad ya acumula unas cuantas experiencias nacionales de revolución marxista y de tránsito hacia

la «nueva sociedad»... hacia la sociedad que además llaman «del hombre nuevo», y eso no ha tenido especial trascendencia en lo que respecta al poder femenino. La sociedad-Estado que se construye en los regímenes marxistas, rara vez da paso a sistemas de igual representación e igual poder. En setenta años de Revolución soviética no hubo una sola mujer presidenta ni nada parecido a igualdad en la composición de género de los soviets. Tampoco en Yugoslavia, Cuba, China o Albania.

Por otro lado, es tautológico vincular el desenvolvimiento capitalista con el patriarcado. Claro que tienen relación, y también es cierto que este dato puede usarse a favor de la relación entre revolución marxista y feminismo, sobre todo porque en el ideario marxista la revolución es una etapa inevitable de la historia. Pero sea cual sea el modelo político o económico por reconstruir, es preciso hacerlo en un ambiente de libertad, progreso e innovación.

Mi feminismo, que no tiene por qué ser entendido como más verdadero, original o potente que otros, considera los cambios posibles de las sociedades liberales y democráticas occidentales como eje de los avances hacia la igualdad de derechos. Creo asimismo que, a pesar de las resistencias, la asunción feminista es impostergable, y que si la humanidad tiene un futuro de mejoras y progreso es porque las mujeres lo construimos con nuestra participación en condiciones igualitarias en todos los espacios, públicos y privados. No me importa si tengo mayores coincidencias con izquierdas o con derechas.

En esta etapa tan trascendental de cambios, minimizar las diferencias y aprovechar las confluencias, extender la sororidad y maximizar la educación y divulgación, son tareas necesarias para todos los movimientos que apunten a este interés común.

La menstruación como excusa

20 de marzo de 2019

Un jefe de una oficina hace una solicitud al departamento de Recursos Humanos, lamentablemente nada inusual: quiere contratar a un hombre como analista para su área. La gerenta de Recursos Humanos, entrenada en detectar sesgos de género, quiere verificar si la condición de ser hombre es solo deseable o si, por el contrario, es un requisito obligatorio, así que responde al email pidiendo que le aclaren por qué solicita a un hombre. El jefe, en vez de escribirle de vuelta, le llama por teléfono y en tono confidencial le dice:

—Tú sabes... Lo que pasa es que las mujeres tienen hijos, casa, mamá y papás viejitos...

La gerenta contesta:

—Los hombres también tienen hijos, casa, mamá y papás viejitos...

—Sí, bueno, pero ellas son las que piden permiso para ocuparse de esas cosas y yo tengo que estar cubriendo sus ausencias. ¡Además! —dice con el entusiasmo de quien ya te va a dar la razón más contundente—... a ellas se les alborotan las hormonas cuando tienen la menstruación y eso es una peleadera. Yo a las cuatro que tengo en el área les pedí sus fechas de cuándo les viene la regla. Lo tengo anotado en la cartelera, de forma que cuando a dos les coincide el periodo, yo las separo: no las meto juntas en las reuniones, y por lo menos estoy pendiente para no llevarles la contraria... Eso me ha evitado problemas mayores. ¡Me ha funcionado! Pero meter otra mujer me complicaría el panorama.

Dos mitos sexistas en una sola respuesta: 1. a ellas les tocan los cuidados domésticos; 2. la menstruación es un problema

laboral. Obviaré la evidente muestra de acoso de este jefe al obligar a sus empleadas a revelar una información íntima y publicarla en un sitio visible. Me voy a enfocar en el segundo mito, el de la regla, porque creo que, si bien ambos son indignantes, este segundo alude a una condición que, a diferencia del primero, no podemos eliminar. O sea, todas las mujeres menstruamos, a menos que haya alguna alteración orgánica que lo impida. El que esta condición natural, biológica, regular y permanente en las mujeres sirva para justificar la discriminación laboral es una costumbre que debemos derribar.

Leí la noticia de que en Italia y otros países se está discutiendo una normativa para que todas las mujeres tengan derecho a tres días de permiso remunerado durante la menstruación para reposar y atender las complicaciones físicas que pudieran surgir. Lo posteé en mis redes, mayoritariamente seguidas por mujeres, y para mi sorpresa muchas estuvieron de acuerdo y aplaudieron la medida con hurras y vivas. Yo no apruebo para nada esa idea: alimenta aún más el mito de que tener la regla nos inhabilita o imposibilita para trabajar, como si de una enfermedad se tratara. Cierto es que algunas sufren del llamado síndrome premenstrual o de cólicos y otros trastornos durante el primer o segundo día de sangrado, pero, como toda dolencia, las causas deben atenderse médicamente. Un ciclo regular no debería suponer incapacidades que ameriten tomarse tres días del mes.

A lo que voy es a que, como mujeres, debemos estar alerta ante medidas proteccionistas que ponen a la mujer como débil jurídica, indefensa, necesitada de tutela especial. Eso, lejos de ayudarnos, nos deja fuera del mercado laboral.

Un mensaje patriarcal muy frecuente es el de la supuesta dificultad de las mujeres para ponerse de acuerdo, trabajar juntas, ser solidarias. Dicen que somos cuaimas, conflictivas,

envidiosas, chismosas, y que todo eso se exagera en «esos días del mes», porque las hormonas se alborotan o algo así. Yo, la verdad, no conozco a un hombre sin hormonas, y también se les alborotan por otras razones. Cualquier situación en la vida produce un cambio orgánico, en hombres y en mujeres.

Si nos quedamos en el plano de los estereotipos, puedo decirles que he visto hombres cuaimos, conflictivos, chismosos y alterados por cualquier cosa. Pretender que eso sí sea un problema laboral en las mujeres, pero no en ellos, es parte de la cosificación y el reduccionismo biologista en el que el machismo siempre nos ha colocado.

Las mujeres somos mucho más que útero y ovarios. Que el menstruar, con toda la connotación de tabú, incomodidad, suciedad o sufrimiento que nos han vendido desde el patriarcado, deje de ser excusa para dejarnos al margen de las posiciones de poder. Nosotras mismas paremos el cuento; hagamos esto parte de nuestra agenda feminista.

Machismo cotidiano y estereotipos de género

27 de marzo de 2019

Haciendo el *check-in* en un mostrador del aeropuerto junto a mi esposo para un tomar un vuelo, el empleado de la aerolínea hace las habituales preguntas de seguridad:

—¿Lleva detergente?, ¿pilas?, ¿algún tipo de líquido?

—No, no, no.

—En el equipaje de mano, ¿la dama lleva pintura de uñas?
¿El caballero lleva yesquero?

—Yo llevo el yesquero y mi esposo la pintura de uñas —le respondo. El hombre se ríe. Yo le digo que es en serio, él se ríe más.

A los mellizos de una amiga los premian en el colegio ante todos los compañeros, madres y padres en un acto especial. Al niño le dan el diploma al Más Valiente. A ella la premian por ser la Más Servicial. Todos aplauden, toman fotos, las cuelgan en Instagram.

Parecen tonterías, pero de tontería en tontería emergen los estereotipos de género que, de forma automática e inconsciente, brotan en cualquier conversación. Las damas se acicalan, los caballeros fuman. Los hombres son exitosos, las mujeres cuidan. Construcciones sociales y culturales que prescriben conductas y marcan lo que se puede esperar de cada quien, de acuerdo a su sexo, generando situaciones de desigualdad y discriminación.

El segundo ejemplo es más emblemático y terrible que el anterior, básicamente porque son niños a quienes se les está reforzando lo que se espera de ellos en el futuro en función de su sexo. De él, que sea competitivo, arrojado, orientado al logro. De ella, que asista, ayude, apoye.

Según algunas investigaciones, los niños y las niñas definen su vocación y elección profesional de acuerdo con la idea de lo que es más «correcto» para cada sexo. Un estudio realizado en Estados Unidos por Ann Gallagher y James Kaufman revela que no existen diferencias de género en el rendimiento en matemáticas; sin embargo, la matrícula femenina no supera el 30 % en ingeniería y carreras técnicas.

Gallagher y Kaufman explican que «lo normal es que las alumnas tengan una percepción errónea de sus aptitudes en matemáticas y las asignaturas técnicas porque son menos valoradas por el profesorado, compañeras y compañeros y la familia, lo que explicaría la elección de estudios tradicionalmente masculinos por ellos y tradicionalmente femeninos por ellas». Después nos extrañamos de no ver a tantas mujeres en posi-

ciones de liderazgo en ningún ámbito. Ojalá esto sirviera para demostrar cuán peligrosos pueden llegar a ser los estereotipos de género.

Todos los estereotipos son generalizadores, arbitrarios e irracionales. Si tienen tanta fuerza y apariencia de irrefutabilidad es porque son compartidos por muchos, lo que les da apariencia de normalidad. Tienen una función defensiva porque ayudan a orientarse en entornos complejos y facilitan procesos de pensamiento para tomar decisiones, pero al mismo tiempo están en la base de intolerancias, exclusiones y descalificaciones de creencias y conductas que se salen de lo esperado. Al ser una actitud inconsciente, difícilmente puede ser modificada, ya que solo se puede cambiar aquello de lo que se es consciente.

Por eso, los estereotipos se combaten con educación. Una buena manera de notarlo consiste en invertir lo que prescribe cada rol por género. Al hacerlo, todos se extrañan, como el empleado del aeropuerto. A los padres de los mellizos quizá no les hubiese gustado que al niño lo premiasen por servicial y a la niña por valiente: sentirían que algo está mal, tal vez protestarían o se reirían pensando que es una broma.

Pero esto de invertir los roles es una excelente técnica para saber si hay algún estereotipo de género en juego. Es un ejercicio salvador para hacer evidente lo absurdo, muy útil para notar cómo el sistema nos induce a pensar en blanco y negro y nos hace mantener las normas sin cuestionamientos. Es el machismo cotidiano, que atribuye rasgos, actitudes, comportamientos y modelos a cada sexo, disfrazándolo todo de cosa natural.

Yo intento, por ejemplo, regalarles a los hijos de mis amigos juguetes contrarios a lo que se estila. Una cocinita para él, un bate de béisbol para ella. Los menores lo ven con entusias-

mo, los padres me sacan de la casa. Creen que «me pasé» con esto del feminismo, pero con ese ejercicio les muestro cómo operan los mecanismos que encasillan, limitan y prescriben futuro, con la esperanza de que por lo menos reflexionen sobre ello.

Pedir perdón

31 de marzo 2019

Pedir, lo que se dice pedir, a las mujeres nos cuesta. Educadas en la idea de que no es propio de nuestro sexo reclamar, exigir y demandar, nos hemos acostumbrado a esperar que alguien más nos proporcione lo que más ansiamos en la vida y para eso desarrollamos extraordinariamente las capacidades de insinuar, pedir con los ojos y hasta enviar mensajes cuasitelepáticos para que nos ofrezcan trabajo, matrimonio, un baile o cualquier otra deseada oportunidad.

Pero hay algo que definitivamente sí sabemos pedir: somos buenas para pedir perdón. En mis talleres de empoderamiento vemos con frecuencia cómo nos pasamos la vida disculpándonos por nuestros errores. De entrada, nos descalificamos haciéndole caso a la vocecita esa que nos dice que no somos suficientes, que lo que pensamos es una tontería, que mejor les advertimos de antemano a nuestros escuchas que nos avergonzamos de lo que estamos a punto de decir. «Síndrome del impostor», le llaman a esta sensación de vergüenza por ser quienes somos y que a muchas les impide ascender profesionalmente o lograr su cometido.

Viéndolo desde el lado positivo, la capacidad para decir «perdóname», «me arrepiento» «discúlpame», forma parte de

un capital emocional que habla muy bien de quien lo pronuncia. Al fomentar la disculpa sincera se pueden mejorar la empatía y la relación con los demás. Es una muestra de la disposición a reflexionar, aprender de los errores y procurar actuar de formas menos dañinas.

De acuerdo con un estudio publicado en la revista *Psychological Science*, las mujeres se disculpan más que los hombres: «los hombres son menos propensos a decir “lo siento” no porque sean débiles, sino porque consideran que hacen mejor las cosas. [...] Las mujeres se preocupan más por las experiencias emocionales de los demás y en mantener la armonía en sus relaciones: por eso emiten un “lo siento” en cada oportunidad que se les presenta». Es difícil perdonar, porque dicho acto está cargado de mucha emocionalidad, pero quizá por eso mismo se nos hace más fácil a las mujeres, entrenadas en expresar abiertamente nuestros sentimientos, y tan difícil a los hombres, educados para no mostrarlos.

Pedir perdón y ser perdonados no cambiará lo que ha ocurrido y no necesariamente aliviará el dolor emocional. Más aún, la decisión de perdonar no exime de pedir justicia y reclamar aquello que no creemos justo. Pero el acto de decir «lo siento» y admitir la equivocación puede cambiar el curso de los acontecimientos.

La historia ha demostrado que, en la peor de las circunstancias, perdonar y pedir perdón para seguir adelante suele ser el mejor camino. Y mientras más temprano se haga, mejor para todos. Son valores feministas que bien podemos abrazar como muestra de la confianza necesaria para la recuperación de nuestro país.

Feminización de lo público

23 de abril de 2019

Todos los seres humanos deberíamos ser feministas y nuestras proyecciones personales deberían estar desprovistas de convenciones derivadas del género. Esto implica que las mujeres podamos ejercer el poder en condiciones simultáneas e igualitarias con los hombres. Creo que este ejercicio de poder no necesariamente tiene que venir acompañado de la masculinización de las mujeres.

Resulta obvio hoy en día que muchas veces las mujeres que progresan en algunos espacios de liderazgo y poder lo hacen asimilando los típicos comportamientos competitivos de los hombres e integrándose a sus reuniones y conversaciones de mayoría masculina y a menudo machistas. Son extraordinariamente privilegiadas. Sin entrenamiento para la sororidad, muchas de ellas creen que están ahí simplemente por ser mejores (más valientes, más inteligentes, más proactivas y resolutivas) que otras mujeres. No se ven a sí mismas como feministas ni les parece que haga falta serlo.

Pero transformar nuestra sociedad en función de parámetros feministas significa cambiar también la estructura y las condiciones en que se ejerce el poder en la sociedad. Esto supone, digámoslo así, una «masculinización» de las interacciones privadas en el hogar, las tareas de cuidados y la atención a niños, mayores y enfermos, y a la vez una «feminización» de lo público, de la manera como se compite y se ejerce el poder. ¿Qué será feminizar el poder? Pues no lo sé y probablemente nadie lo sepa. Hay quienes creen que el despertar feminista tiene que venir acompañado de cambios radicales en el comportamiento y la vestimenta y esperan que renunciemos, por

ejemplo, a pintarnos los labios o usar tacones o vestidos cortos. No comparto este criterio.

Creo en el empoderamiento femenino como premisa básica del equilibrio futuro, y creo que el empoderamiento implica que las mujeres sean lo que quieran ser, siempre y cuando este «querer» no sirva para ocultar un grave sistema de selección sin oportunidades, que es lo contrario a la libertad, lo contrario a «poder». De ahí mi intolerancia a los proyectos de legalizar la prostitución y la llamada gestación subrogada, que solapan formas modernas de esclavitud. Pero las mujeres no pueden estar sujetas a limitaciones convencionales que restrinjan su libertad y poder. No me importa si la prioridad de alguna es ser esposa y madre: me molesta que su decisión esté condicionada social y educativamente. En mi mundo ideal feminista seguirá habiendo mujeres centradas en ser buenas parejas y madres, pero tendrá que haber similar proporción de hombres centrados en ser buenas parejas y atender prioritariamente a sus hijos en familias cuyo principal ingreso sea el de ella.

¿Realmente estamos empoderadas?

15 de mayo de 2019

Empecemos por recordar que vivimos en un país machista y patriarcal, en forma y fondo. Dado ese contexto común a toda Latinoamérica y el resto del planeta, la idea de sentirnos empoderadas parece surgir desde las posiciones individuales de las mujeres que han crecido en un contexto favorable.

Ojo, esto no significa haber nacido en cuna rica. Nada más con crecer en una familia más o menos estructurada y madre o padre responsables, asistir a la escuela y a la universidad, tener

acceso a servicios sanitarios, no pasar hambre, tener una cuenta bancaria, conseguir un trabajo decente, casarse con quien se quiere, entre otros privilegios de los cuales no siempre estamos conscientes, ya te pone unos cuantos pisos por encima de muchas mujeres en el mundo que están lejos de disfrutar de todas esas ventajas, por lo que acceder al poder se les hace muy cuesta arriba.

Pero aclaremos que una cosa es ser poderosa y otra estar empoderada. Tener poder supone cierto dominio cognitivo intelectual o capacidad para hacer las cosas de manera hasta cierto punto autosuficiente, ser autónomas financieramente, acceder a una red de contactos de esos que abren puertas, tener influencia política, ocupar posiciones altas en estructuras organizacionales importantes, etcétera.

Si revisamos nuestras posiciones actuales, creo que muchas de nosotras podemos decir que hemos accedido a espacios donde en algún momento hemos ejercido poder. Pero a muchas poderosas les falta empoderamiento, porque les falta conocimiento sobre la forma como operan las estructuras de poder entre los sexos. Viven desconectadas del amplio contexto sociopolítico, histórico y económico que genera desigualdades, y esto les impide preocuparse por las demás, convencidas de que lo que consiguieron en la vida se debió únicamente a su esfuerzo y mérito.

El empoderamiento, como estrategia emancipadora a través de la capacitación, nos dota de las estrategias analíticas y transformadoras necesarias para romper en lo individual con los roles de género y transformar en lo colectivo las estructuras del poder masculino dominante, que siempre nos dejan por fuera.

Las que trabajamos en estas lides debemos seguir apostando a la creación de conciencia feminista generando opinión,

discutiendo, publicando, blogueando, usando las redes para denunciar, señalar, exigir e impulsar la formación de asociaciones que luchen por los derechos de todas, para de esta forma poner fin a la subordinación social y económica de las mujeres en su conjunto. Tenemos que empoderar desde el poder y así ayudar a otras a alcanzarlo. A lo mejor algunas somos poderosas, pero empoderadas, muy poquitas.

Parirás sin dolor

12 de junio de 2019

Alumbré a mis dos hijos con Pitosín y peridural. Pitosín porque no desencadené trabajo de parto natural y hubo que inducirlo para evitar una cesárea (años después leí un artículo que asociaba este fenómeno con estrés durante el embarazo) y peridural porque, teniendo en ambos casos más de las semanas reglamentarias, sufrí lo que llaman «parto seco», sin romper fuente, con un dolor que se me hacía insoportable. Doce horas de trabajo de parto en ambos casos fue más de lo que mi cuerpo podía soportar. Recuerdo que tras autorizar la inyección en la columna vertebral la sensación fue de gloria máxima. Aun cuando no desapareció del todo el dolor de las contracciones —o sea, igual sentí a los niños salir por mi canal vaginal—, el alivio fue enorme.

Cuento esto porque recientemente leí una discusión entre mujeres que defienden el uso de analgésicos durante el parto y otras que defienden la «vuelta a lo natural». No puedo dejar de asociar estas polémicas con las discusiones en torno a la lactancia exclusiva, con los periodos prolongados de reposo postnatal o con las recomendaciones de no tomar anticoncepti-

vos por sus efectos secundarios o de parir en la casa con *doulas* para evitar la violencia obstétrica. Todo esto se ampara en una supuesta naturalidad derivada de aplicar técnicas y reglas que nos llegan de la madre naturaleza.

Se trata de un argumento, en el mejor de los casos, falaz, pero muchas veces malintencionado. Natural es que muera un niño si no es vacunado, y algunos padres, incluso en países avanzados, defienden un derecho a rechazar esta prevención por razones religiosas. El argumento de la naturalidad nos podría enfrentar a miles de situaciones y procedimientos en que la ciencia médica altera las dinámicas de salud que hace apenas cien años estaban vigentes.

En el caso del parto, esto nos devuelve a la época de las bisabuelas, cuando nuestro rol patriarcal era parir y cuidar casa y muchachos, todos los que Dios quisiera enviarnos. Mientras más hijos, más bendecidas. Fueron épocas donde la mortalidad materna a nivel mundial era alarmante, porque, como bien saben los médicos, contar con métodos de elección para asistir a las madres en un momento tan delicado como el de traer a un ser al mundo, ha salvado muchas vidas.

De hecho, nuestras amigas de Equivalencia en Acción, en su informe *Mujeres al Límite Venezuela 2019*, indican con justificada alarma que la mortalidad materna en el país se ha incrementado en un 66 %, producto de la falta de anestesiólogos, nutrición inadecuada, hospitales no acondicionados y sin servicios básicos, escasez de medicamentos y anticonceptivos, prácticas inseguras de aborto y otros factores. Pero es que en Venezuela tenemos cien años de retraso en relación con los países más avanzados en materia de derechos sexuales y reproductivos. Esto es muestra de que prescindir de lo que la medicina tiene para ofrecernos pone en riesgo la vida misma.

Beatriz Gimeno, feminista y política española, escribe: «la anestesia para el parto se conocía hacía mucho, pero la prohibieron desde la Iglesia al poder civil. Hasta bien entrado el siglo XX la Iglesia consideró un pecado mortal la ambición de parir sin dolor [...]. Durante siglos las curanderas lucharon por que las mujeres sufrieran menos en los partos con láudano y yerbas que eran anestésicos. Las quemaron por ello [...]. El derecho a parir sin dolor costó siglos de lucha a las mujeres. A mediados del XX, en la República aún estaba mal visto tener ese deseo». Vemos claramente el imperativo moral que está detrás del derecho de las mujeres a decidir sobre sus propios cuerpos.

En general, las mujeres debemos estar profundamente agradecidas a la ciencia y sus avances, así como al empeño que muchas feministas pusieron en esta lucha, porque gracias a eso hoy tenemos opciones que nos permiten preservar la salud, desde elegir si nos embarazamos o no, gracias a los métodos de anticoncepción y abortos seguros, hasta el derecho a parir sin dolor en un hospital con profesionales de la medicina con experiencia y pericia suficientes para tomar las mejores decisiones en los momentos críticos.

Cierto es que se precisan más y mejores investigaciones científicas para crear anticonceptivos de mejor nivel que minimicen efectos no deseados, mejores fórmulas lácteas para quienes deciden no amamantar, hospitales bien dotados para facilitar el proceso y mejores profesionales de la medicina y la enfermería, que no maltraten a las parturientas y no incurran en otras manifestaciones de violencia obstétrica. El mensaje de que lo mejor es evitar todo el sistema sanitario por el bien del bebé disfraza la histórica opresión de las mujeres con argumentos naturalistas.

No hay nada valioso en parir con dolor, aguantar sufrimiento, encadenar la vida a la de otro ser, el silencio, la resignación, por el cuento de que nacimos para ser madres y que eso nos hace más humanas. Las mujeres y madres modernas necesitamos tiempo libre, vida plena, garantías para preservar nuestra salud física y mental y, por encima de todas las cosas, libertad para hacer con nuestras vidas lo que nos dé la gana. Para ello haremos uso de todo lo que las nuevas tecnologías tengan a bien ofrecernos.

Padre hay uno solo

18 de junio de 2019

Hace años, cuando trabajaba seleccionando personal, me alarmaba la cantidad de jóvenes que en la entrevista inicial decían no conocer a su papá, o que sabían quién era pero se había ido de la casa o casi no lo veían porque estaba fuera. Esto, según entiendo, no solo no ha mejorado, sino que ha empeorado.

Datos del Instituto Nacional de Estadística de 2015 revelan que, en Venezuela, cuatro de cada diez hogares tienen a una mujer como jefa, en su gran mayoría sin cónyuge o compañero. La tasa de pobreza en hogares comandados por mujeres es superior en seis puntos al promedio del país, mientras que la diferencia se incrementa en hogares encabezados por mujeres solas con hijos pequeños. Criar un hijo en soledad trae no pocas complicaciones. Es un proceso que se vive con angustia y sobre todo mucha culpa, dejando consecuencias negativas importantes en la psique y en las emociones de los niños.

El caso es que la tradición patriarcal, afincada en el modelo heteronormativo y en la familia nuclear tradicional, pone el

mayor peso de la crianza de los hijos sobre las madres y hace caso omiso de los abandonos de muchos hombres que no asumen su rol paternal. El machismo alienta a los hombres a regar su semilla sin ocuparse mucho de hacerse cargo de los frutos. Por supuesto, esto tiene variantes de acuerdo con la educación y el nivel socioeconómico, pero en términos generales, en el imaginario colectivo, eso de criar es cosa de madres.

Valga entonces comentar, con motivo del Día del Padre, un estudio recién publicado por State of the World Fathers, alianza de organizaciones que trabajan fortaleciendo la paternidad en once países, entre ellas Save the Children, Oxfam, Men Engage Alliance y Promundo. Los padres verdaderamente involucrados, según sostiene el estudio, ayudan a los niños, a sus madres y a la economía a prosperar. Mientras más hombres compartan la responsabilidad del hogar y la crianza de los hijos, más mujeres podrán salir al mercado laboral, con la consecuente mejora de los indicadores de crecimiento económico de los países.

Lo que encontré más interesante fue el impacto que genera sobre hijas e hijos un padre presente: mayor desarrollo cognitivo y mejor desempeño escolar, mejor salud mental, menor tasa de delincuencia, mejores ejemplos para el desarrollo de empatía y habilidades sociales.

Las niñas que crecen en un hogar con un padre que comparte las tareas domésticas, dice el estudio, aspiran a trabajos menos tradicionales y mejor pagados. Los niños que ven a sus padres compartir las tareas del hogar son más afines a la idea de prodigar cuidados a su familia cuando sean adultos. No se trata de que ayuden o colaboren, sino de que sean corresponsables y participen activamente en las labores domésticas y en la educación y crianza de sus hijos.

Los padres que se implican en estas tareas son más felices y saludables, ven en la relación con sus hijos una fuente de bienestar y felicidad, tienen mejor calidad de vida y viven más años. Cuando el hombre participa, la tasa de problemas asociados a violencia doméstica se reduce.

La investigación aporta una serie de recomendaciones, tales como crear planes de acción para promover la paternidad involucrada, no violenta e igualitaria, y para que hombres y niños compartan los cuidados y las labores no remuneradas; poner en práctica bajas paternales pagadas; compartir datos para medir en cada país el impacto social de la paternidad involucrada; reconocer la diversidad de los cuidados que ofrecen los hombres y apoyarlos en todas sus formas, y alentar a las mujeres a desacatar las normas sociales que impiden a los varones participar de la crianza y cuidados familiares.

No sé si las nuevas generaciones de padres quieran estar más presentes en la vida de sus hijos o si estén más dispuestos a participar en las tareas que de forma sexista se han reservado para las mujeres, pero es vital que esto se promueva, para llevar a la sociedad a aceptar y transmitir de manera natural valores esenciales como la igualdad de género y la autonomía y el empoderamiento de las mujeres.

Esgrima con grima

26 de junio de 2019

La periodista Mailbort Petit publicó hace unos días por Twitter una noticia que, a pesar de haber tenido varios retuits, pasó como por debajo de la mesa: «atención: me llega una grave denuncia de acoso y abuso sexual con víctimas menores de

edad (cinco víctimas a la fecha) de las integrantes de la selección cadete-juvenil de Venezuela en el deporte de esgrima. Los documentos que cursan en la Fiscalía señalan que el presunto autor de los actos denunciados sería el entrenador de la selección nacional de sable, Luis Salazar. El caso cursa en la Fiscalía octava del Ministerio Público del Estado Yaracuy. Salazar cuenta con el apoyo de poderosos políticos y agentes deportivos que están tratando de tapar estos hechos, continuados, agravados y con multiplicidad de víctimas especialmente vulnerables. Solicitan a la Federación Venezolana de Esgrima que se pronuncie sobre las acusaciones contra Salazar».

Por esas casualidades de la vida, en uno de mis talleres recientes participó una chica que perteneció al equipo de esgrima. Esta joven, a la que para guardar su anonimato llamaré Sofía en honor a la ganadora del Campeonato Mundial de Esgrima 2018, la rusa Sofía Pozdniakova, compartió conmigo una suerte de manifiesto personal sobre la urgencia de eliminar la discriminación a las mujeres en el deporte y mantener este caso en la agenda pública para hacer justicia.

El deporte también es un espacio desigual. Sofía piensa que el deporte es una expresión más de la sociedad en la que vivimos, y por eso mismo es un espacio desigual. «En el deporte tu sexo determinará en gran medida tu acceso a determinados espacios de poder dentro de su estructura. La trampa y lo peligroso del deporte es que la sociedad idealiza este espacio, cuando dentro de él ocurren situaciones bastante perversas, porque, más allá de medallas, esfuerzo, éxito, disciplina, encontramos también situaciones ligadas a corrupción, rivalidades, competencia desleal, violencia de género, machismo...».

Por las diferentes capacidades de hombres y mujeres para determinados ejercicios y exigencias físicas, debido a sus diferencias en constitución corporal, se considera que las mujeres

somos «más débiles», y de esa supuesta debilidad física se deduce que hay también una debilidad intelectual. Cuenta Sofía: «las mujeres en toda la estructura asumen normalmente espacios donde no se ejerce poder determinante a la hora de tomar decisiones que impactan. Las entrenadoras van a los equipos infantiles porque el machismo también devalúa a la niñez (a todo aquello que según sus creencias pueda considerarse débil); en ocasiones ni siquiera son las entrenadoras oficiales de estos equipos».

Los cuerpos técnicos y de arbitraje están integrados casi exclusivamente por hombres: «las mujeres mayormente ocupan puestos de secretarías o asistentes, pero el espacio crucial de poder es ejercido en su mayoría por hombres y en caso de que sea ocupado por una mujer, eso no garantiza que pueda generar cambios o que verdaderamente sea tomada en serio. A la hora de designar entrenadores, siempre se piensa en las mujeres en el último minuto, y solo si queda un espacio que algún hombre no puede ocupar. Las mujeres son sobre todo fisioterapeutas, enfermeras y asistentes técnicas».

En diez años de práctica, Sofía solo tuvo a hombres como entrenadores. Algunas mujeres con buen nivel pueden contribuir en algunos entrenamientos, pero no son entrenadoras oficiales ni permanentes, «cosa que me parece muy lamentable e inmoral, pues en muchos deportes no se admite a mujeres dentro de cuerpos técnicos de equipos masculinos, pero no hay ningún problema en que los equipos femeninos estén gobernados y minados de hombres».

Hay otro problema muy serio que Sofía observó en ese ambiente: «muchas atletas empiezan relaciones sexuales con entrenadores cuando son menores de edad y esto está gravemente naturalizado, algunos hasta lo ven romántico». Muy pocos casos se denuncian y salen a la luz pública; las atletas

normalmente no pueden darse el lujo de hablar porque eso las obligaría a renunciar a su deporte, que para muchas es su vida y su único horizonte. La mayoría de las atletas de alto rendimiento deben dejar sus estudios universitarios.

Ante casos de exclusión, hostigamiento y corrupción, lo que corresponde es denunciar para dejar de naturalizar hechos discriminatorios y delictivos y asignar responsabilidades. También es necesario revisar las prácticas y reglas que impiden que más mujeres sean entrenadoras y lleguen a posiciones directivas, para equilibrar las relaciones de poder en el ámbito del deporte.

Sofía, al igual que muchas, se quedó sin poder participar en la Selección Nacional por un sistema excluyente que promueve y cierra los ojos ante la discriminación en el deporte venezolano. En su caso, como en tantos más, faltó justicia.

Concursos de belleza y feminismo

10 de julio de 2019

Recientemente atendí una invitación de la Organización Miss Venezuela para dar un taller de empoderamiento a las chicas que participan como candidatas en este concurso de belleza. Siempre es gratificante trabajar con mujeres inquietas que quisieran cambiar un poco su posición frente a su mundo, así sea a partir de conceptos y ejercicios muy básicos. Me da la impresión de que esa transformación tiene el poder de influir positivamente sobre su futuro y el futuro de otras mujeres.

Para una feminista es inevitable tener posiciones críticas sobre los abundantes mecanismos de cosificación y manipulación sexual que arrastra nuestra sociedad y de los cuales los concursos de belleza son ejemplo paradigmático.

Las participantes de estos concursos «compiten» entre ellas, pero no principalmente por sus dotes técnico-científicas, sus cualidades atléticas para el desempeño de tareas físicamente retadoras ni sus dotes de liderazgo frente a los problemas de la sociedad. No. Ellas compiten para alcanzar el máximo nivel de idealización correspondiente al rol femenino en la sociedad: ser «princesas». Las llaman *reinas de belleza*: el nombre viene asociado al acompañamiento de un rey, y todo el evento se trata del inmenso privilegio de ser considerada la más bella (gracias al triunfo competitivo), y que por lo tanto será elegida por el príncipe para casarse y luego reinar. La reina es, de hecho, madura y dominada por su condición de madre de un futuro rey.

La princesa, por supuesto, vencerá en el concurso principalmente por su belleza y su atractivo sexual. También hay otras pruebas. La princesa sonríe en todas las situaciones y derrocha delicadeza. No puede ser lerda, malcriada, vulgar, cínica o insensible. Además de exponer sus atributos físicos desfilando con un traje de baño, debe vestirse de gala, pues así lo requiere su próximo rol de princesa. No todo es físico: también debe desplegar su *glamour* e inteligencia con preguntas que miden su empatía social. ¿No es trabajo de una princesa elevar al máximo nivel social la labor cotidiana de cuidados que hace cada mujer en su casa? ¿No debe para ello tener muy claras sus sensibilidades ante las desgracias del prójimo? ¿No debe ser capaz de controlar sus instintos y callar aun cuando le provoque gritar sus inquietudes?

Las preguntas también pueden versar sobre temas de actualidad internacional, medioambiente, educación, conflictos... No muchas preguntas, quizá una o dos: no vaya a resultar que hable más de la cuenta. La princesa debe saber de qué hablan los hombres y así desplegar miradas, rostros y pequeños men-

sajes que destaquen su labor de acompañamiento frente a los aliados y los enemigos del príncipe.

Este imaginario detrás de los concursos está muy divulgado en la literatura y otras formas de arte en todas las latitudes, extendida por los reclamos comerciales publicitarios y por los estereotipos patriarcales que se divulgan en redes sociales y medios masivos de comunicación.

Entonces parecería que desde el feminismo hay que hacer la guerra a los concursos, a quienes los organizan y a las chicas que se ofrecen a semejante parafernalia machista. Eso nos lleva a la duda sobre cuál será, en cada caso y circunstancia, la mejor manera de enfrentar los estereotipos machistas y las prácticas que impiden a la mujer protagonizar su propia vida sin los condicionantes de los roles de género.

Yo soy de las que opinan que la lucha es larga y que todo espacio de interacción social es trinchera, especialmente si quienes interactúan son mujeres. No me gusta la guerra de bloques, y por supuesto no creo que el feminismo sea una batalla de mujeres contra hombres como algunos creen, extendiendo el halo patriarcal de ignorancia y miedo. No conozco a nadie que pueda decir haber sido educado sin prejuicios machistas, porque, si no los tuvo en su hogar, los debió conocer en su escuela, y ni siquiera los programas educativos más avanzados de los países más desarrollados pueden evitar el impacto de ciertos estereotipos. Si para alguna persona la escuela ha sido profundamente igualitaria, es imposible estar ajena al bombardeo sexista en la convivencia y en la publicidad. Si aceptamos que machismo y patriarcado han estado presentes en nuestra educación, debemos conversar siempre con todas las personas a las que tengamos oportunidad de informar para influir en su manera de pensar y actuar.

Me gusta promover esta amplitud de interacciones para las mujeres y me alegra que las más conservadoras accedan a es-

pacios de poder que antes eran de dominio masculino. Esta postura me ha traído conflictos con mujeres que consideran que el feminismo solo se puede ejercer diciéndoles *no* a otras instituciones y prácticas sociales, como las formas corporativas de la empresa o, de manera más general, el capitalismo. No coincido con estos enfoques ni con las estrategias políticas que de ellos derivan.

Pero, por ser coherente, debo aclarar que también puedo apoyar iniciativas de estas feministas y alegrarme de sus logros. Por eso me intereso y a veces divulgo iniciativas de organizaciones como Femen, El Tornillo y otras cuyo ideario político no necesariamente comparto. El feminismo dejará de ser necesario solo cuando la discriminación por sexo deje de ser relevante, es decir, cuando ante un panel de líderes con más hombres que mujeres resulte inconcebible imaginar que el motivo sea la discriminación. Hoy estamos todavía muy lejos.

Para alcanzar esta situación deseada y que los niños reciban con asombro en sus escuelas la información histórica de lo que sucede hoy y ha sucedido a lo largo de la historia humana, tiene que trabajarse en todos los espacios y con todas las personas posibles, hombres incluidos. Transversalizar el enfoque de género debería ir más allá de la política y tener amplitud ideológica para «contaminarlo» todo, hasta que deje de considerarse reclamo de «ciertas mujeres».

Confieso que, rodeada de mujeres empoderadas y feministas entrenadas, me siento bien en un evento donde demostramos nuestro poder y desplegamos alianzas para acciones futuras. También me gusta hablar e interactuar con hombres feministas y descubrir sus propios avances en un proceso que otros no comprenden. Pero disfruto incluso más debatiendo e interactuando, ayudando, asesorando y mejorando el perfil de líderes y organizaciones que rechazan el feminismo, la mayoría de las veces por simple ignorancia.

El feminismo tiene mucho que aportar para un mundo mejor no solo dentro de cien años: también para hoy, mañana y la próxima semana. Las personas y organizaciones que conozco y se han abierto un poco a las posibilidades del empoderamiento femenino, como la actual directiva de la Organización Miss Venezuela, muchas veces mejoran en sus desempeños y se vuelven más productivas, pero también más empáticas con las mujeres en su entorno.

Más mujeres en todos los paneles

17 de julio de 2019

Una experta en *marketing* lanzó un anuncio por las redes sociales: ofrecía un programa de entrenamiento dirigido a mujeres que desearan ser voceras o conferencistas en eventos de cierta trascendencia. Según sus palabras, la inquietud surgió a raíz de que fue invitada a participar en un panel donde la única mujer era ella y esto la llevó a plantearse alguna solución, porque es un fenómeno común, según observa.

De entrada, debo decir que es notable ese *darse cuenta*. Es un enorme paso, porque no todo el mundo lo ve, y si acaso lo ve le resta importancia. Eso de que las mujeres debamos estar representadas por otras voces femeninas en todo espacio forma parte de un reclamo feminista que, en vista de las reacciones que genera, molesta a mucha gente. Entonces saber que a alguien le llama la atención y decide ocuparse del asunto es genial.

El problema es que la fórmula para remediar estos *all male panels*, como se les llama, no pasa por formar o reeducar o entrenar a las mujeres. El viejo enfoque de intentar romper el

techo de cemento (la metáfora que atribuye la responsabilidad de la baja participación de las mujeres a ellas mismas) ya ha demostrado no ser suficiente para revertir esta situación. Se piensa que las prácticas remediales dirigidas a mujeres, como el *mentoring* y el *coaching*, son las mejores armas de empoderamiento femenino, como si ellas tuvieran que «arreglarse» para no autocriticarse, sabotearse o limitarse. Pero este desequilibrio que se registra en los paneles de discusión no es un tema exclusivamente de las mujeres.

Hay que analizar el problema con un enfoque sistémico y cultural. La poca presencia de mujeres en paneles, al igual que en puestos de alta dirección, responde a otros factores bien documentados por los que, por más que haya mujeres expertas, motivadas, bien orientadas, asertivas, con capacidades para dialogar y expresarse, seguras de sí mismas y dueñas de su espacio, siguen sin ser invitadas o convocadas a foros, seminarios, jornadas, simposios, paneles, mesas, comités, juntas o cualquier otra plataforma que las ponga a ellas de protagonistas.

Además, para estar donde hay que estar se requieren conexiones, relaciones y tiempo, sobre todo tiempo: para dedicarte a tu carrera profesional, ser parte de las redes, ver y dejarte ver, que es lo que finalmente hace que te «elijan». El problema de la escasa conciliación entre trabajo y familia, que las mujeres tienen sobre los hombros por una arbitraria atribución sexista de la carga doméstica, dificulta la visibilidad: por ejemplo, a una madre puede impedirle asistir a un foro que coincide justo con la hora de ir buscar al muchacho al colegio. Así de básico puede llegar a ser el asunto. Solo las pudientes que cuenten con una infraestructura de apoyo sólida para equilibrar temas familiares y personales salvan esos tropiezos. Como vemos, machismo y clasismo van de la mano.

Está, por otro lado, la pregunta de quiénes convocan. Muchas veces los responsables de organizar estos actos reproducen agendas típicas de panelistas que ya tienen un importante déficit de presencia femenina y, como dije antes, no son conscientes de que eso sea un problema.

No basta con quererlo: hace falta que otros (los que tienen el poder y organizan y convocan) lo consideren y aprueben. Por tradición machista y patriarcal, el conocimiento y el manejo de lo público corresponde a los hombres, proveedores y productores. El manejo de lo privado y lo doméstico les toca a las mujeres en su rol cuidador y reproductivo. Subvertir ese orden no es cosa sencilla. «Mujeres de la calle» les dicen a las que se atreven. Si bien vivimos en una sociedad en la que se ve más natural que años atrás, no conozco mujer de carrera con hijos que lo viva sin culpa y sin fatiga. Hacen malabares físicos y psicológicos para mantenerse en su rol profesional, pero cuando la situación aprieta (presión familiar o conyugal o parental), lo abandonan. Por eso somos tan pocas en estos espacios. No es victimismo: las estadísticas no mienten.

Por último, pero no menos importante: tenemos la carga simbólica de la palabra, fundamental para explicar el porqué de esta histórica exclusión de las mujeres de las tribunas: la palabra es poder. Quien tiene voz y voto, cambia y decide. Quien no lo tiene es sometido. La historia de doscientos años de luchas feministas se centra en la batalla por la palabra y la libertad de expresión. Sin embargo, aún en nuestros días, a muchas mujeres les enseñan a callar como virtud: la resignación y la sumisión como cualidades femeninas. No es casual que no piensen en nosotras para sus discusiones. Fieles a los estereotipos sexistas, nos relegan al espacio del silencio.

Contagiadas con el ánimo de nuestra experta para aportar soluciones, quizá puedan ser útiles algunas recomendaciones de la gente de la ONG argentina Género y Trabajo, que busca

ayudar a los organizadores de paneles a cambiar la composición y representatividad de sus eventos:

Pregunta a los y las panelistas ya seleccionados para que den referencias de expertas.

Consulta en universidades, organizaciones y empresas.

Elige a mujeres profesionales por su desempeño y no por su aspecto físico.

Dales la oportunidad a mujeres que estén comenzando a presentarse públicamente: el reconocimiento y la especialización se adquieren con la experiencia.

Si una experta cancela, pídele que te recomiende a otra.

Y una vez que esté garantizada la participación de mujeres en la actividad, Género y Trabajo recomienda evitar que la mujer sea la moderadora o quien toma minuta, otorgar igual cantidad de tiempo para hablar que a los hombres, no interrumpirlas para hacer *mansplaining* o responder por ellas y evitar aludir a la belleza, sensibilidad o feminidad de la experta, entre otros frecuentes errores.

Como dice la canadiense G. D. Anderson: «el feminismo no busca hacer a las mujeres más fuertes; las mujeres ya son fuertes. Lo que busca es cambiar la manera en que el mundo percibe esa fuerza». Por ello, si bien aplaudo la iniciativa para invitar a más mujeres a los paneles de discusión, sugiero que en el programa se incluya un mini taller de formación a los organizadores, de forma que se paseen por otras opciones con perspectiva de género. Busquemos que en todas las instituciones (políticas, gremiales, académicas, gubernamentales, culturales...) se ejerzan y practiquen la inclusión y la diversidad.

Mientras tanto, las feministas estaremos centradas en ver cómo gestamos una sociedad donde el conocimiento y la sabiduría no se atribuyan solo a los patriarcas y para que los

que detentan el poder no monopolicen los espacios de conocimiento. Basta de centrar la responsabilidad y culpabilizar a las mismas mujeres por no estar donde ellas quieren y merecen.

Varones antipatriarcales

24 de julio de 2019

Caterina Bolognese, responsable de la División de Igualdad de Género del Consejo de Europa, declaró en estos días: «hay algo muy profundo en todas las culturas del mundo. El patriarcado impide obtener la verdadera igualdad». Llegó a esta lapidaria conclusión cuando los voceros de la Fundación Bill y Melinda Gates hicieron público un informe sobre el alcance de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de la ONU a la fecha. Entre ciento veintinueve países, ninguno alcanza estándares de excelencia en el Índice de Género. Dinamarca y Australia son los que más se acercan, pero el 70 % de los países tienen un «pobre desempeño» en esta materia, según la fuente Equal Measures, 2030.

Estoy totalmente de acuerdo con la apreciación de Bolognese. Si fuese un tema de regulaciones, proyectos o programas, los avances se hubiesen dado con mayor celeridad... pero eso no son sino formalidades. Las culturas no mutan desde lo formal, sino desde las prácticas, conductas y hábitos que dan expresión y contenido a valores, creencias y actitudes. Una sociedad que infravalora el aporte de las mujeres, que cree en la debilidad del sexo femenino y que se muestra intolerante ante quienes nos rebelamos contra los estereotipos de género, va a reaccionar siempre en contra de los intentos de cambio, bien sea confrontando abierta y agresivamente o haciendo un

«como si» gatopardiano, para hacer creer que se avanza... pero solo en el discurso y las formas.

Nuestra cultura patriarcal, tan arraigada, impone una dura tarea a la movilización feminista, que desde mi punto de vista debe centrarse en una educación verdaderamente transformacional. Podría abarcar dos o más generaciones, pero ya ha empezado. Muchas veces pensamos que la gran responsabilidad de estos cambios descansa en la voluntad de los Estados y gobiernos, y hasta cierto punto es verdad, pues parte de su mandato es promover sociedades sanas y justas. El problema es que la lógica que lleva a colocar y mantener patriarcas en los gobiernos es la misma que impide que se den los cambios feministas. Es una suerte de culebra que se muerde la cola.

Sin embargo, también creo en los cambios pequeños, en el efecto dominó de varias acciones emprendidas por muchas personas, que generen un bucle positivo de transformación a favor del feminismo. Todos y todas podemos hacer algo desde nuestros espacios más íntimos y comunitarios para acelerar las metas de desarrollo, especialmente la de la igualdad entre los sexos.

La respuesta tradicional a este dilema de la baja participación femenina casi siempre pasa por poner sobre las mismas mujeres la carga de la defensa de los espacios de poder que les corresponden. Se las manda a tomar talleres y cursos, se les hace presión para enseñarles a adquirir competencias para salir adelante por sus propios medios, se les da tutoría para su desarrollo, se las interna en seminarios o *bootcamps* para «pulirlas».

Es como el llamado de Sheryl Sandberg, una de las jefas de Facebook, a *lean in*, algo así como «¡ve por lo tuyo!, encaja, métete, compite». Parecería que si ellas no han logrado más en la lucha por la igualdad es porque no han sabido cómo.

Pero este juego social tiene otros jugadores: los hombres. A ellos también hay que formarlos para que entiendan cómo opera el patriarcado, de forma que la meta de la inclusión y la igualdad de oportunidades para las mujeres esté en su agenda y no se haga tanto hincapié en que las mujeres se adapten a las reglas de juego que ellos mismos diseñaron. En palabras de la feminista canadiense Maureen Fitzgerald, lo que toca es *lean out*, o «no busques transformarte para encajar: cambia el molde».

Una forma de lograr este cambio de cultura patriarcal más a nuestro alcance consiste en educar de manera formal e informal a nuestros niños y adolescentes varones para que cambien la forma como entienden la feminidad y la masculinidad, para por esa vía transformar las relaciones de poder entre los sexos.

Para lograrlo, todos los agentes de socialización deben estar sensibilizados y capacitados para transmitir conceptos y ejemplificar con sus acciones la visión feminista de una sociedad de iguales. Esta tarea no es nada fácil, pero se puede lograr si en la casa, en la escuela, en la comunidad, en el trabajo, transmitimos, mientras más temprano mejor, las siguientes enseñanzas a los varones:

1. Las mujeres tienen las mismas capacidades intelectuales que los hombres y están preparadas para competir en el plano académico y laboral. Prepárate tú también lo más que puedas, estudia, aprende y lucha para que ambos sean evaluados en igualdad de condiciones.

2. El rol en la vida de una mujer no es casarse y darte hijos. Las mujeres no son máquinas reproductoras, obligadas a ser madres, aunque no lo deseen. Qué haga cada quien con su cuerpo es su decisión; una puede ser y hacer con su vida lo que desee.

3. Si te unes en pareja, entiende que la labor doméstica continúa siendo parte de tu agenda diaria, porque, es de suponer, es algo que has practicado desde niño; si en el lugar donde te criaste contabas con el apoyo de otras personas y no recibiste ese entrenamiento, prepárate para asumirlo. No es que estés ayudando o colaborando: es que también es tu responsabilidad. Así, antes de salir al trabajo y cuando regresas a la casa, participa en las labores de la casa y del cuidado de las personas dependientes que vivan contigo sin que tengan que pedirte.

4. Si tienes hijos, ejerce tu paternidad a tiempo completo. Ese bebé lo parió ella, pero también es tuyo. Debes estar ahí tanto en los buenos momentos (parque, vacaciones, juegos) como en los no tan buenos (tareas, baño, enfermedades, citas del colegio...).

5. Las relaciones sexuales deben tenerse con responsabilidad. Acuerden entre ambos métodos anticonceptivos. Esto no es un asunto que deba recaer únicamente en la mujer. Involúcrate y asume tu papel.

6. La menstruación no es motivo para atribuir comportamientos irracionales a las mujeres ni una limitación que las incapacite para nada. Es un proceso biológico normal que debe ser respetado. En cualquier caso, si impacta de algún modo a tu pareja, ayúdala e indaga qué puedes hacer para que se sienta más cómoda.

7. Evita los chistes sexistas o misóginos; son discriminatorios y vejatorios. Tampoco hagas burla de las mujeres por su aspecto físico o por no adaptarse a cánones de belleza estereotipados.

8. No incurras en actos de violencia de género. No solo un golpe grave es violencia: también lo es un «piropo» ofensivo. No abuses de tu superioridad física para obtener lo que desees.

Entiende que las relaciones sexuales no consentidas son violación. *No* es *no*. Tienes que aprender a aceptar un *no* como respuesta.

9. Siéntete libre de expresar tus emociones. Llorar, reír, manifestar miedo, ternura y rabia, son parte importante de nuestro desarrollo como seres humanos. Una mujer que llora en su trabajo quizá no es que sea débil, sino que se siente comprometida, y así lo expresa. Un niño varón que llora no implica que sea más débil ni que esté en riesgo su hombría. Respeta su emocionalidad, aprende a manejarla y haz un esfuerzo por comprender. Eso se llama empatía.

10. Escucha más, observa más. No sientas que por ser hombre mereces tus privilegios. No pretendas hablar siempre y siempre tener la razón. No es necesario que «enseñes» a tu pareja lo que creas que debe saber. Practica la escucha paciente y el diálogo respetuoso.

11. Si eres o llegas a ser jefe de mujeres, dales crédito por sus méritos sin apropiártelos. Ofréceles oportunidades y apóyalas en su desarrollo. Intenta tener un equipo equilibrado y diverso.

12. No participes en actividades donde no haya representación de mujeres. La población está constituida a partes iguales entre hombres y mujeres, y así debe ser en todos los espacios de poder. Lucha por la paridad, la equidad, la inclusión, el respeto y la diversidad. Son objetivos de desarrollo de países que buscan mejores estándares de bienestar.

Son conceptos sencillos, pero los avances que hagamos por adoptarlos y actuar bajo estas ideas pueden generar cambios positivos notables. Unámonos todos a la lucha por la igualdad para acelerar el cambio. Alcanzar los ODS para el 2030 exige que toda la sociedad participe en su consecución. Esto no es un asunto solamente de mujeres: hacen falta muchos hombres

sensibilizados contra el patriarcado que defiendan y practiquen la paridad y la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres porque es bueno para ellas, pero también para ellos.

«RickyLeaks»:

A cada misógino le llega su sábado

31 de julio de 2019

No puedo dejar de maravillarme por la movilización realizada en 2019 por el pueblo de Puerto Rico, que culminó con la renuncia del gobernador Ricardo Roselló tras la filtración de casi novecientas páginas de mensajes intercambiados por once de los principales miembros de su gabinete a través de la aplicación Telegram, publicadas por el Centro para el Periodismo de Investigación de Puerto Rico.

Y me maravillo porque gracias a las luchas feministas a la gente ya no le parece «tan normal» que un dirigente político use expresiones sexistas, misóginas, homofóbicas y racistas para referirse a una persona o a su pueblo. Es lamentable que estemos tan acostumbrados a que desde el poder mal entendido se denigre y aplaste a adversarios, se descalifique a quien disienta, se insulte, excluya y discrimine a quienes no aplaudan o aprueben a un líder o una gestión. Y a esto le llaman estrategia, control táctico, artillería comunicacional.

Cuando se trata de minorías o grupos desfavorecidos, el irrespeto pasa a ser interpretado como inocente y jocoso: «mañana te doy lo tuyo», «cuando tienes dinero las mujeres te dejan que les agarres la *pussy* [vulva]», «o dejó de tomar sus medicamentos o es una hijadeputa», «Ricky Martin es un machista tan machista que se coge a los hombres porque las

mujeres no están a la altura», «esa es tu gatita», «eso fue hace dos años, doscientas libras atrás y siete machos menos», «antipatriarcal, feminista, lesbiana, trans, caribeña, latinoamericana: eso tiene que ser algún tipo de récord, ¿no?», «lo único interesante que mostró esa señora fue su escote», «no tengo días malos porque no soy mujer», «no te violaría porque no te lo mereces». Estas son algunas de las frases llenas de lenguaje cosificador, arrogante y soez que hemos escuchado de jefes de Estado, de izquierda y de derecha, en ejercicio. Esto es violencia, intolerancia, irrespeto. Es delito disfrazado de costumbrismo cultural, de chiste, de broma inocua.

Que un poderoso se burle sobre todo de mujeres, pobres, negras, prostituidas o lesbianas, o las maltrate, no es nada nuevo. Lo novedoso aquí es que la gente se haya ofendido y haya actuado de manera contundente, convirtiendo la indignación en protesta masiva y colectiva. Alguien me dijo que lo que hizo Ricky no era para tanto... que este señor Roselló levantó a la isla boricua del desastre del huracán María en sus dos años de gestión (aunque no mencionó los escándalos de corrupción que han surgido por esta causa)... que es una lástima que se tenga que ir por hacer comentarios que en el fondo todos hacemos y celebramos... que al lado de su buen desempeño eso de estar en un chat no oficial para drenar presión no tendría que ser censurado de manera tan drástica...

Pero creo que aquí no cabe perdón. Tenemos que apostar siempre por la integridad personal, sobre todo cuando se está al frente de las delicadas funciones de gobierno. Yo no puedo ser una líder creíble, una estadista confiable, si al mismo tiempo que dirijo los destinos de un país muestro mi peor cara como persona. No hay escisión posible. El lenguaje no es inocente, porque lo que se dice genera y crea realidades, más aún cuando lo pronuncia alguien que supuestamente representa a todos.

El machismo suele venir acompañado de racismo, aporofobia, clasismo, sexismo, homofobia, corrupción. Es la expresión global de una manera de ver y entender las relaciones con los demás. Todos y todas deberíamos exigirles a quienes deseen ser electos que expresen de forma abierta su punto de vista sobre la igualdad de género y su programa de gobierno en materia de inclusión y diversidad. Debemos observar si encubre micromachismos en sus discursos, evaluar sus acciones concretas ante mujeres en posición de vulnerabilidad, precisar sus compromisos para eliminar el patriarcado y la supremacía masculina como sistema. Es un acto de profunda irresponsabilidad votar por machistas declarados, pensando que eso no tiene nada que ver con su gestión. Esa ligereza la pagamos cara.

Afortunadamente los tiempos y la gente están cambiando. Las nuevas generaciones están menos dispuestas a mantener a sátrapas en el poder. No hay intocables, y con las redes sociales tarde o temprano todo se sabe. Después de este Telegramgate, como se le llama al escándalo que suscitó tan irresponsable acción de todo un equipo de gobierno y del ejemplo que el pueblo boricua nos dio, esperamos que, en el futuro, quienes deseen gobernar una nación revisen sus creencias, estereotipos y sesgos de género, para que ejerzan el poder respetando los derechos de todos, y que no usen el engaño y el desprecio como estilo de liderazgo. Eso, o esperen resistencia.

Contra los esencialismos de género

7 de agosto de 2019

Muchos asignan las diferencias de habla, conducta o personalidad entre hombres y mujeres a características esenciales o innatas inherentes a nuestro sexo, como si se tratase de una

cualidad fija, universal o natural. Algo como atado a lo biológico e incluso a lo religioso y que es contra natura o pecado modificar. Obviamente este reduccionismo biologicista nos limita enormemente para hacer lo que nos plazca y más aún para plantear un esquema social distinto del que conocemos.

Pero ya la psicología y la medicina han avanzado suficiente para demostrar que entre hombres y mujeres no hay diferencias en capacidades, ambiciones, orientaciones vocacionales y elecciones de vida. A pesar de ello, este viejo mito dicotómico entre lo masculino y lo femenino persiste como si de opuestos se tratase, constituyéndose en una verdadera barrera cultural para el éxito de las mujeres, sobre todo en el mundo empresarial. Y esto ocurre porque lo que asociamos con el liderazgo no tiene que ver con las competencias que desarrollamos las mujeres, justamente por estas generalizaciones sexistas. Las educamos para que no accedan al poder ni lideren con fuerza. Lo que las organizaciones entienden por ser líder se correlaciona básicamente con atributos considerados masculinos.

Son estereotipos de género. Un reporte de la organización Catalyst, en los Estados Unidos, presenta pruebas de que estos se encuentran socialmente instalados en la mente de la mayoría de las personas: «este estereotipo puede tergiversar los verdaderos talentos de las mujeres líderes, potencialmente socavando el liderazgo de las mujeres y planteando serios desafíos para el progreso de su carrera. Los estereotipos de género no solo han impedido que las mujeres accedan a puestos bien pagados de alto nivel, sino que también han hecho que duden de sus propias capacidades como líderes».

Como toda simplificación perceptual, los estereotipos provienen de patrones culturales y educativos que nos hacen encasillar a hombres y mujeres en conductas esperadas socialmente. Al mismo tiempo, impiden que cruzar la línea sea

aprobado o alentado... antes bien se penaliza. Así, una mujer racional, dura, ambiciosa, puede ser juzgada como masculina, mientras que un hombre que cultive relaciones con otros y exprese abiertamente sus emociones puede ser percibido como femenino, con el consecuente aislamiento social. Este informe concluye en la frase «las mujeres al cuidado y los hombres a hacerse cargo».

Nosotras seguimos siendo mayoría en los trabajos feminizados en los que se perpetúa el rol de la familia patriarcal: enseñanza, enfermería, cuidados del hogar, limpiadoras, peluqueras, modistas, camareras, cocineras y trabajos auxiliares. Nuestra capacidad para influir en las decisiones importantes, sobre todo en lo económico, es irrisoria. En la política estamos, pero nuestra influencia es secundaria. Así ha sido por muchos años, pero me atrevo a decir que esto está cambiando. Paulatinamente, pero va cambiando.

Gracias a novedosas tendencias para abordar al ser humano, como el *coaching* o la psicología positiva, las nuevas generaciones están aprendiendo a «enjuiciar sus propios juicios» acerca de las personas, a romper los moldes sexistas y a ver a nuestros líderes con otros ojos, entendiendo que podemos alcanzar los objetivos y ser competitivos de mejor manera si integramos distintos puntos de vista.

Ya Simone de Beauvoir lo dijo desde el siglo pasado: «no se nace mujer, se llega a serlo». Un hombre puede aprender a desarrollar inteligencia emocional y a expresar sus emociones al mismo tiempo que una mujer puede aprender a manejar cifras y datos duros de los negocios. Un hombre puede dar rienda suelta a su capacidad para proteger y alentar a los miembros de su equipo y las mujeres a cerrar negocios demostrando firmeza y autoridad. Todo se puede aprender. No te compres el cuento del esencialismo de género.

Estamos hartas

3 de septiembre de 2019

Si un tema puede sentar en una misma mesa a mujeres de cualquier ideología, edad, orientación sexual, clase o raza en un país tan polarizado y machista como el nuestro, es el de la violencia de género. De una u otra forma, en algún momento de nuestras vidas hemos sido violentadas por hombres a los que se enseñó a hacerlo. Desde el «inocente, popular y tradicional» mal llamado piropo hasta el femicidio, pasando por descalificación, sexismo, acoso callejero, cosificación, discriminación, insultos y golpes, la paleta de colores de la violencia contra las mujeres es amplia y variada.

Algunas ni lo ven, acostumbradas como están a normalizar la opresión y asumirlo como parte del paisaje social. Otras lo reconocen como tal y callan. Sobre todo, cuando observan lo que le pasa a la amiga cuando denuncia en una institución patriarcal. Se llama revictimización. «Calladita te ves más bonita», «quién te manda a buscar lo que no se te ha perdido»...

Pocas hablan, denuncian, rompen el silencio. Pocas se rebelan contra la tóxica masculinidad que permea todas las estructuras institucionales. Son unas valientes, se atreven a elevar la voz, a usar su palabra para intentar transformar este espejismo de igualdad que nos han vendido. En vista de las enardecidas reacciones, no cabe duda de que esta es la batalla que importa.

La verdad es que, en este momento preciso de la historia, varias generaciones de mujeres estamos conviviendo y compartiendo una conciencia de género única: mujeres del gobierno y de la oposición, urbanas y rurales, ricas y pobres, sensibilizadas todas por el terrible impacto de la violencia machista expresada en cifras de víctimas y asesinadas, por la inequidad en las oportunidades y por el desigual reparto del poder.

Las mujeres estamos hartas. Lo confirmo en mis talleres y diálogos con muchas de ellas. Lo recogen informes de ONG expertas, como Mujeres al Límite, el Informe Bachelet o Cáritas, que consignan el impacto de esta emergencia humanitaria de manera diferenciada sobre las mujeres. Todavía, en este siglo XXI, tenemos que explicar que somos la mitad de la población y pedir que no nos traten como minoría marginada. En pleno 2019 seguimos exigiendo que se respeten nuestros derechos y que se nos incluya en espacios de representación política o económica, clamando por que ni una mujer más sea asesinada a manos de su pareja o expareja y se les crea a las víctimas cuando denuncian. Esto es desgastante si lo intentas a título personal.

Pero, como dice la profesora Gioconda Espina, el mejor antídoto contra el patriarcado universal es la unión de las mujeres. Ella demuestra con ejemplos concretos cómo la estrategia unitaria, por encima de diferencias político-ideológicas, permitió el avance tímido, pero avance al fin, de algunos de los reclamos feministas de los últimos años en Venezuela. También sostiene que en nuestro país el feminismo nunca ha sido un movimiento de masas. No llenamos calles cuando salimos a manifestar ni tenemos gran capacidad de convocatoria, como se observa en otros países.

Lo mismo asevera la profesora Gloria Comesaña al relatar su experiencia en la Liga Feminista del Zulia en Venezuela: «cuando nos cerraron la Casa de la Mujer, nadie se inquietó, nadie nos defendió y nos dimos cuenta de que nuestro fracaso fue no hablarles a las mujeres de base; nunca logramos hacer un movimiento popular. Fue una iniciativa sin dolientes».

Por estas razones, las feministas venezolanas tenemos una tarea urgente: mostrar con argumentos y la mayor claridad posible que en nuestro querido país estamos lejos de haber alcan-

zado igualdad real de oportunidades entre mujeres y hombres y que el patriarcado y el machismo campan a sus anchas, como en todo país caribeño y subdesarrollado.

¿Cuál democracia?

17 de septiembre de 2019

El 15 de septiembre se celebra el Día Internacional de la Democracia, importante fecha para recordarnos que, aun con sus imperfecciones, la democracia sigue siendo el sistema político que mejor garantiza el derecho de la gente a elegir a quien le gobierna y a manifestar sus desacuerdos en libertad. La celebración cobra mayor importancia cuando, como hoy, soplan a nivel mundial vientos fascistoides y posiciones ultraconservadoras que se apalancan en las supuestas ventajas de una «dictadura modernizante» y que promueven el retorno a prácticas antilibertarias que ya dábamos por superadas. Por cierto que en este panorama las mujeres lo llevamos peor en lo atinente a nuestros derechos sexuales y reproductivos y también los políticos.

Democracia significa inclusión, igualdad de derechos, diálogo, representatividad y civismo social. En pleno siglo XXI, en América Latina las mujeres tienen muy poca participación en los espacios públicos estando por ello estés excluidas de la toma de decisiones dirigidas a las mayorías. Según ONU Mujeres en su informe de agosto de 2019, en todo el mundo solo hay 6,6 % de mujeres jefas de Estado, 5,2 % de jefas de gobierno, 19,7 % de presidentas de parlamentos y 28 % de vicepresidentas de parlamentos. En febrero de 2019 había veintisiete Estados en los que las mujeres representaban menos del 10 % del parlamento en cámaras únicas o bajas. Estas cifras indican que estamos muy

lejos de alcanzar la paridad y que los avances logrados se han detenido e incluso revertido en algunos países.

En enero de 2019 solo 20,7 % de los cargos ministeriales estaban ocupados por mujeres, básicamente asignadas a carteras relacionadas con asuntos sociales como familia, infancia, juventud, vejez, discapacidad, medio ambiente, recursos naturales, energía, trabajo, formación vocacional y, por último, comercio e industria. Como se ve, en los escasos espacios disponibles se siguen replicando los estereotipos sexistas que asignan a las mujeres el rol de cuidadoras y sostenedoras de familia.

¿Por qué las mujeres no están en los puestos de poder? Las mujeres enfrentan múltiples barreras que obstaculizan su incorporación a la vida pública y su empoderamiento político y que les impiden gozar de igualdad de oportunidades para acceder a posiciones decisorias, haciéndolas objeto de discriminaciones y exclusiones de muchos tipos. Mientras más pobres, más difícil lo tienen, sobre todo sin son indígenas o afrolatinas.

Entre las posibles causas de baja representatividad femenina tenemos los estereotipos y sesgos que asocian el poder más con ser hombre que con ser mujer, el enfoque androcentrista que pone al hombre en el centro de las decisiones como sujeto del supuesto saber, la tradicional relegación sexista de las mujeres al ámbito de lo doméstico, y la feminización de la pobreza que incide negativamente en el tiempo y recursos requeridos para entrar en campaña y librar la lucha política. Todas estas manifestaciones machistas inciden en la baja o escasa visibilidad de las mujeres en la agenda pública, sobre todo para temas de alto impacto en la vida nacional.

Como dice Flavia Tello desde la Unión Iberoamericana de Municipalistas en su investigación sobre participación política de las mujeres en los gobiernos locales latinoamericanos: «tales condiciones han contribuido a que las mujeres carezcan de

la autoestima, la confianza y el valor requeridos para luchar en el campo político». Es injusto culpar a las mujeres y acusarlas de «autoexcluirse», cuando las condiciones de participación son tan desiguales.

¿Qué podemos hacer para aumentar la participación de las mujeres en la política? Espero que nadie dude a estas alturas de que la presencia a partes iguales de mujeres y hombres en cargos políticos contribuye a generar nuevos modelos de liderazgo promotores de sociedades más justas e igualitarias que se traducen en oportunidades para todos. Hay además pruebas sólidas del efecto potenciador que tiene empoderar a mujeres y niñas en la promoción del desarrollo económico y social de nuestros países.

Los partidos políticos y los gobiernos deben urgentemente adoptar medidas para cambiar las cifras que explican tan baja representatividad femenina en los puestos decisorios. Presento algunas medidas concretas:

- * Apoyar las acciones de discriminación positiva de carácter transitorio, estableciendo cuotas no menores al 40 % o paridad 50-50 para asegurar que más mujeres entren en puestos de elección popular.

- * Abrir espacios de formación y empoderamiento para el liderazgo democrático dirigido a hombres y mujeres para re-significar el concepto de poder.

- * Levantar y hacer seguimiento a indicadores que desagreguen participación política por sexo.

- * Diseñar políticas públicas que permitan a mujeres y hombres conciliar la carga doméstica bajo el principio de la corresponsabilidad.

- * Colocar en sus agendas el tema de la igualdad de oportunidades de forma que se legisle y debata la necesaria incorporación de las mujeres a la vida pública.

* Condenar duramente los casos de violencia política e institucional y acoso sexual que impide a las mujeres sentirse seguras en sus carreras políticas, incluso dentro de sus propios partidos.

* Proponer reformas legales relativas a la igualdad de género, como la lucha contra la violencia contra las mujeres, la extensión de licencias paternales, la creación de hogares de cuidado para niños y ancianos, la promulgación de leyes modernas sobre igualdad de oportunidades y las reformas electorales que obliguen a la participación femenina.

El artículo 7 de la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer reitera la importancia de la representación de las mujeres en la vida política de sus países y su derecho a votar y a ser electas. El movimiento feminista ha recordado una y otra vez el necesario cumplimiento de estas y otras resoluciones legales aprobadas para tal fin, pero como suele suceder, una cosa es la igualdad formal de las leyes y otra la igualdad real o sustantiva que se observa en culturas que moldean prácticas habituales de exclusión. En el papel todo luce bien, pero en los resultados vemos que no hay tal voluntad de cambio por parte del poder político establecido.

La consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible previstos en el Pacto Global y la Agenda 2030 de las Naciones Unidas no se van a alcanzar si no se incorpora a las mujeres en espacios clave de la economía y la política. Muy especialmente los partidos políticos, son espacios donde la promoción de mujeres es aún una tarea pendiente. Ojalá pronto se den cuenta de que ninguna sociedad avanza sin nuestro apoyo.

Somos la mitad de la población, pero nos tratan como minoría. Por eso exigimos paridad, igualdad de reglas de juego y valoración positiva de la participación de mujeres en la arena

política. Cuando cambien estas cifras, entonces sí, celebraremos con todo gusto el 15 de septiembre, porque si de algo estamos seguras es de que sin mujeres no hay democracia.

A favor de la paridad democrática

18 de septiembre de 2019

En la conferencia central del Women Economic Forum Cartagena celebrado en agosto de 2018, Gabriela Ramos, sherpa del G20 y líder de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, relató una anécdota que reflejaba la enorme resistencia que el sector político mexicano oponía para aprobar la ley de paridad, que hacía obligatoria cierta participación de mujeres en puestos parlamentarios y políticos en aquel país. El presidente del Congreso le dijo a Gabriela, todo inquieto: «¡pero es que para poder llenar ese cupo se nos va a llenar el Parlamento de mujeres incapaces!». Ella respondió: «pero, querido doctor, ¿y cuántos hombres incapaces no han legislado en este país toda la vida?! ¡Y sin cuotas, que es peor!».

Por eso nos gustó mucho escuchar a María del Carmen Alanís, magistrada del Tribunal Electoral de México, en el Foro Mujeres en Transición, convocado la semana pasada por la subcomisión de Género de la Asamblea Legislativa. Gracias a esas leyes, nos dijo, hoy en México ya existe una estructura paritaria por mandato constitucional y gracias a ella las mujeres están ocupando posiciones de poder público en igualdad de representación a nivel local, estatal y federal. Solo así, con medidas obligatorias, pudieron las mujeres dejar de ser una pequeña minoría en los puestos políticos.

Las cuotas de género son una medida dirigida a garantizar la efectiva integración de mujeres en los cargos de elección popular y puestos de decisión de los partidos políticos y del Estado. Tienen carácter obligatorio, ya que es forzoso que se incorpore a mujeres en listas de candidaturas electorales, pero es transitorio, pues se supone que se mantendrá solo hasta que se superen los obstáculos que impiden una adecuada representación de mujeres en los espacios de poder, garantizando así que ellas no queden al margen de la acción política, tal como ocurre actualmente.

Se ha documentado que las cuotas contribuyen a evitar la discriminación y aseguran igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Las mujeres como ciudadanas tenemos derecho a participar de la vida política y estas medidas promueven efectivamente la inclusión, base del sistema democrático, porque además no somos ninguna minoría: somos la mitad de la población. Increíble tener que explicar esto.

En los países donde las cuotas de género se han aprobado, el incremento de participación de mujeres ha ido en ascenso. Argentina, México, Noruega, Francia, Bélgica, España, Holanda, Islandia, Alemania, entre otros países, dan cifras que corrigen la desproporcionada representación de las mujeres en años anteriores y que por la vía normal, sin cuotas de género, no se habrían dado en tan corto lapso. Las cuotas ya se están aplicando incluso en juntas directivas de empresas que cotizan en el IBEX, Europa, para corregir la inequidad que, oh sorpresa, también se da en ese sector.

Mientras que las cuotas establecen un porcentaje mínimo de participación, usualmente por el orden del 30 %, la paridad aspira al balance a partes iguales: 50-50. Según el Global Gender Gap Report 2015, «el grado de paridad de las instituciones políticas y económicas se considera actualmente un indicador

de la calidad democrática de los países [...]. Una presencia equilibrada de hombres y mujeres busca que se refleje mejor la composición de la sociedad, que se garanticen los intereses de las mujeres en la elaboración de las políticas públicas y se contribuya a eliminar la percepción de que la política es cosa de hombres. Este principio de presencia equilibrada establece que, del conjunto de posiciones a repartir (en una lista electoral, en un consejo de administración, en un órgano de gobierno colegiado, etc.), ninguno de los dos sexos debería tener una proporción inferior al 40 % ni superior al 60 %». Está clarísimo.

Las temidas cuotas o medidas de discriminación positiva siempre generan polémica y debate. Quienes se oponen a ellas se basan en la utópica idea de que las condiciones de partida que permiten desarrollar capacidades y méritos están distribuidas a partes iguales en la población. Así es como se convencen de que las mujeres no llegan porque no pueden o, si pueden, no quieren. Pero la realidad es que arrastramos años de tradición patriarcal en el ejercicio del poder y no podemos esperar ingenuamente que esto vaya a cambiar por voluntad o conciencia de ellos (salvo escasísimas y honrosas excepciones) para abrir espacios a las mujeres.

Alegan que el sistema de cuotas es discriminatorio, anti-competencia e injusto. Pero el tema es que cuando históricamente un solo grupo ha detentado el poder, eso no habla de derechos sino de privilegios. Discriminación es dejar a las mujeres fuera, anticompetencia es luchar con ventaja desconociendo que las mujeres no tienen las mismas opciones que los hombres para dedicarse a la vida política, injusticia es que apenas el 6 % de las jefas de Estado sean mujeres. Estas medidas sirven para corregir tanta inequidad.

Mucho hombre incapaz, mediocre, inculto y corrupto ha gobernado y está gobernando países, ciudades, Estados y pueblos

enteros. Es curioso cómo enarbolan la bandera del mérito como exigencia a las pocas que pueden lanzarse a hacer carrera política. Es cinismo del puro. Una vez alcanzada la paridad, solo entonces, hablen de igualdad de capacidades sin ver el sexo.

A las mujeres políticas les sugiero que dejen de pensar en las cuotas de género como un estigma, porque estas medidas están hechas para abrir camino. Prefiero que digan que soy una mujer cupo, y entrar para demostrar mi liderazgo, que ser una mujer excluida sin ningún chance de acceder al poder. Abran los ojos, que todo conspira para que desistan. Agárrense de las cuotas y luchen por su aprobación y cabal aplicación.

Erradicar estereotipos sexistas basados en la educación que damos desde pequeños a los niños para que manden y a las niñas para que obedezcan es todo un cambio cultural que tomará unas cuantas generaciones más. Por eso, por algún lado hay que atacar el problema, aunque sea obligado. Las cuotas y medidas de paridad por género son el método adecuado para conseguirlo.

Las niñas están cambiando el mundo

25 de septiembre de 2019

«Corre como niña», «pelea como niña», «llora como niña» y expresiones similares parten del supuesto de que, a diferencia de los niños, las niñas son frágiles, débiles, pusilánimes. Por fortuna esa extendida pero errónea percepción está cambiando gracias a la fuerte presencia de niñas de la nueva generación que enarbolan banderas de enorme importancia política y social y con sus acciones proyectan una impronta de poder nunca vista.

Greta, Malala, Emma; clima, educación, lucha contra las armas; Noruega, Pakistán, Estados Unidos. Las tres, menores de veinticinco años. Activistas y luchadoras enfrentadas a poderes políticos, económicos y gubernamentales de alto calibre, que ya las han atacado en señal de que están dando donde es.

Ellas inspiran a miles de mujeres y jóvenes en todo el mundo a rebelarse contra lo establecido para expresar desacuerdos y hacer propuestas con toda la fuerza de que sean capaces. Seguramente en el pasado hubo muchas otras pequeñas luchadoras, que quizá, a diferencia de estas, no fueron *mainstream* en su momento, pero en los últimos años se ha ido gestando una tendencia que derriba creencias negativas acerca del poder transformador de las niñas. Veamos estos tres casos emblemáticos.

Greta Thunberg tiene apenas dieciséis años y desde los ocho está liderando la campaña contra el cambio climático más potente de todos los tiempos. Con los lemas #ClimateStrike y #FridaysForFuture ha logrado que millones de niños de todo el mundo en edad escolar hagan huelga los viernes para exigir que se tomen acciones contundentes para preservar el planeta. Ya está nominada para el Premio Nobel de la Paz.

Con un rostro que refleja más madurez que muchos políticos en cargos relevantes, en una de sus alocuciones expresó: «no quiero que tengas esperanza, quiero que entres en pánico. Quiero que sientas el miedo que siento todos los días y luego quiero que actúes». Es famosa por sus declaraciones revolucionarias, como la que pronunció en la Cumbre del Clima de la ONU 2018, celebrada en Polonia: «si las soluciones dentro del sistema son imposibles, tal vez deberíamos cambiar el sistema». Es lo mismo que proclamamos las feministas radicales: ir a las causas para lograr transformaciones reales.

A Malala Yousafzai la conocemos por ser la persona más joven que haya recibido el Nobel de la Paz. Defensora del de-

recho a la educación de las niñas y mujeres, a los quince años fue víctima de un atentado talibán por el que estuvo a punto de morir. Aun así, siguió adelante: «supe que tenía dos opciones: vivir una vida callada o seguir luchando con la nueva vida que me habían dado. Lo tenía claro: continuaría con mi lucha hasta que todas las niñas pudieran ir a la escuela».

Desde Malala Fund sigue trabajando para dar oportunidades a las niñas en países subdesarrollados, de manera que puedan alcanzar el futuro que desean y no el que dictaminen las religiones o el sistema patriarcal, que usualmente reservan la educación para los niños varones.

Emma González fue una de las sobrevivientes a un tiroteo escolar en Parkland, Estados Unidos, en 2018. Aquel incidente la impulsó a luchar por el control de armas y a fundar el colectivo Never Again. En una manifestación contra la violencia armada pronunció un discurso que se convirtió en referencia para muchos jóvenes y los convenció de no elegir candidatos políticos que estén a favor de fortalecer la tradicional estructura militar y gastar dinero en la carrera armamentística.

Cuatro días después del tiroteo creó la cuenta de Twitter @Emma4Change para abogar por un control de armas más estricto en Estados Unidos y oponerse a la Asociación Nacional del Rifle. Ya tiene más de un millón de seguidores.

Estas tres icónicas jóvenes no están solas. Muchas otras se están sumando a la lucha pública para construir nuevos modelos de sociedad. Algunas con buena exposición mediática, otras de bajo perfil, todas están decididas a darle un vuelco a lo que no ha funcionado hasta ahora y que compromete seriamente el futuro del planeta y de la raza humana.

Son mujeres-niñas con alta sensibilidad social, claras, firmes, de argumentos sólidos, íntegras, inteligentes, inspirado-

ras. No pretenden complacer a nadie. Aprovechan su fuerza para estimular a otras a elevar la voz y la mirada para abrir nuevos caminos. Ejercen un estilo de liderazgo auténtico e innovador que combina paz, ecología, educación, salud y armonía, como expresión de otros mundos posibles. Puro poder femenino. Las niñas pueden, y lo están haciendo.

Para Melinda Gates no hay vuelta atrás

2 de octubre de 2019

«A veces lo mejor que puede hacer una madre por un hijo es no tener más hijos». Hace esta valiente aseveración la filántropa Melinda Gates en su libro *No hay vuelta atrás. El poder de las mujeres para cambiar el mundo*. Esta lectura ha sido un hermoso descubrimiento para mí, acostumbrada a pensar que algunas intervenciones que se hacen desde el poder empresarial en nombre de la superación de la pobreza se mueven por hilos enredados de intereses que inevitablemente despiertan sospechas.

Desde hace unos años he seguido las actividades que se hacen desde la Fundación Bill y Melinda Gates en torno a la planificación familiar y la educación. Sus reportes y datos son rigurosos, bien sustentados, obligada fuente de consulta. En sus prácticas sociales cuidan metodológicamente las mejores recomendaciones de abordaje comunitario, se insertan en las prácticas cotidianas de los grupos a los que asisten y son muy respetuosos de las tradiciones y las culturas locales. Se apalancan en organizaciones que trabajan en sitio, con resultados extraordinarios.

Melinda y su marido, junto al equipo de la fundación, han convivido en inmersión con poblaciones de Malawi, Nairobi,

Bangladesh, Kenia, Mozambique, Ruanda, India y otros países. Destacan el valor de la empatía para escuchar y comprender las realidades que van descubriendo, conscientes de que las distancias demográficas, culturales, religiosas y personales pueden ser obstáculo para la ayuda que otorgan. Respeto parece ser el valor clave con que se desenvuelven.

Este libro pone el foco en la importancia de la perspectiva de género en los esfuerzos por erradicar la pobreza extrema. Es inspirador leer cómo ella se implica emocionalmente en su propio proceso de búsqueda de la igualdad, más o menos parecido al que hemos vivido todas: desde la más absoluta ceguera de género hasta la plena conciencia de que las desigualdades existen y que si las ignoras al intentar lograr cambios en el desarrollo económico, político y social de las comunidades donde intervienes, solo perderás tiempo, dinero y esfuerzo.

Lo mismo ratificó esta semana el Foro Económico Mundial en su reporte sobre los Objetivos de Desarrollo Sostenible: «se puede resolver el cambio climático si se involucra a las mujeres». El objetivo más crítico de la Agenda 2030 del Pacto Mundial es el de igualdad de género por el efecto cascada que tiene sobre el resto. No tener en cuenta el saber de las mujeres en temas sanitarios, agrícolas, humanitarios y ambientales es desconocer cómo su vulnerabilidad afecta a los hijos, a la familia y a comunidades enteras.

En *No hay vuelta atrás*, más allá de revisar frías estadísticas, se revelan estudios de casos muy dolorosos: mutilación genital femenina, muertes maternas por violencia obstétrica, incremento alarmante de niñas fuera del sistema educativo, pobreza asociada a trabajo no remunerado, techos de cristal laboral, matrimonio infantil... Son impactantes demostraciones de que la cultura del abuso y la desigualdad existe para sabotear el desarrollo pleno de las mujeres y obstruir las po-

sibilidades de cambio. Las cifras presentadas son reflejo de la discriminación, la jerarquía social que pone a los hombres sobre las mujeres, la hegemonía masculina por la que esta sinrazón ocurre ante nuestros ojos.

En lo que más énfasis ha puesto la fundación de Melinda Gates es el espaciamiento entre embarazos y la anticoncepción. Quiero destacar este aspecto de su libro, pues existen ejemplos palpables de países que han disminuido la tasa de mortalidad asociada a abortos mal practicados, lo que está llevando a muchos más a aprobar legislaciones que permitan la interrupción voluntaria del embarazo.

«Cuando las mujeres pueden programar y espaciar sus embarazos —dice esta autora— tienen más opciones de progresar en su formación, ganar un sueldo, criar a niños sanos; disponen de tiempo y dinero para dar a cada uno de ellos la comida, la atención y los estudios necesarios para prosperar. Cuando los niños alcanzan su potencial, no acaban siendo pobres. Así es como la familia y los países salen de la pobreza. De hecho, durante los últimos cincuenta años ningún país ha salido de la pobreza sin ampliar el acceso a los anticonceptivos». Si se invierte en las mujeres puede darse el definitivo despegue social. La libertad para que cada una decida qué hacer con su cuerpo es la palanca fundamental.

Después de mucho escuchar a mujeres relatando las enormes dificultades que tienen para vivir en desigualdad, Melinda declara ser una «feminista apasionada». Y dice: «para mí es muy sencillo. Ser feminista significa creer que todas las mujeres deberían hacer uso de su voz y desarrollar su potencial y que muchas mujeres y hombres deberían colaborar para derribar las barreras y acabar con las diferenciaciones que aún son un lastre para las mujeres».

Aplaudo y admiro el hecho de que una filántropa con tan alta exposición mediática, voz propia y tanto dinero, alerte sobre la urgente tarea de empoderar a mujeres y niñas para salvar al planeta, y que además lo haga consciente de sus privilegios, aprovechándolos para hacer su aportación a la ruptura definitiva del sistema patriarcal. Todas las personas deberíamos leer este libro.

#MeToo cumplió dos años

9 de octubre de 2019

Aquello fue como un terremoto. El 5 de octubre de 2017 el diario *The New York Times* y la revista *The New Yorker* publicaron los relatos de varias mujeres que acusaban de conducta sexual inapropiada al famoso productor de cine Harvey Weinstein. Enseguida surgieron por redes sociales otras actrices denunciando al famoso cineasta con la etiqueta #MeToo, para señalar que también de ellas había abusado sexualmente.

Tarana Burke, activista social estadounidense, años antes había acuñado la frase «yo también» para denunciar el comportamiento misógino contra las mujeres negras, pero la etiqueta fue popularizada por la actriz Alyssa Milano, quién animó a las mujeres a tuitear sus experiencias. Según Wikipedia, desde entonces el *hashtag* ha sido utilizado por más de quinientas mil personas, entre ellas muchas celebridades.

Esta acción derivó en un colectivo llamado Time's Up («se acabó el tiempo»). El 1 de enero de 2018 más de trescientas actrices anunciaron, con una carta publicada en diarios de Estados Unidos, la creación de un fondo en Hollywood para ayudar a mujeres de cualquier estrato social contra agresiones sexuales.

Después de Weinstein se denunció a muchos hombres más. Algunos fueron condenados, otros siguen en juicio. El porcentaje de denuncias falsas ha sido absolutamente marginal. Siguen las amenazas encubiertas a quienes se atreven a alzar la voz. Algunas mujeres han elegido el anonimato, temerosas de las represalias. Hay quien dice que es un movimiento de venganza contra los hombres. Lo cierto es que todas estas reacciones han puesto sobre la mesa un tema necesario e impostergable: la normalización de la cultura de la violencia contra las mujeres en todos los ámbitos de la vida pública.

Para mucha gente este acto marcó el resurgir del movimiento feminista en todo el mundo. Desde ese día, miles de mujeres de distintas partes del mundo se han atrevido a denunciar de forma abierta los múltiples actos de violencia machista que han sufrido en su vida laboral. #MeToo fue un clamor que se extendió por muchos lugares y al cabo de un tiempo no ha perdido vigencia: #Cuéntalo (en España), #MiraCómoNosPonemos (en Argentina), #NiUnaMenos (en varios países hispanoamericanos), #BalanceTonPorc («Delata a tu cerdo», en Francia), #MiPrimerAcoso (México) y muchos más.

El principal valor de los movimientos sociales de denuncia es que abren ventanas de posibilidades para quienes viven la discriminación en silencio, con temor y culpa. Las que no se atreven sienten el poder acompañador de la solidaridad para no callar más nunca; como una suerte de efecto dominó, comienzan a entender que eso que les pasó no era «normal» y que denunciar es su derecho.

Es lo que se llama *empatía empoderadora*: la posibilidad de contar tu historia, compartir tu vivencia y hablar de forma abierta sobre abusos sufridos, que además de efecto terapéutico tiene el enorme poder de cambiar la narrativa hegemónica que obliga a las víctimas, y a la sociedad cómplice del agresor, a guardar silencio, sobre todo cuando están comprometidas fi-

guras públicas, familiares o personalidades con poder político o económico. Es la conquista del derecho a ser escuchadas.

¿Ha cambiado en algo el acoso sexual tras el #MeToo? Además de desatar la paranoia masculina en torno a qué puede calificar como acoso hasta chistes que buscan banalizar la violación, la verdad es que este movimiento apuntó a lo que nadie quería admitir. Empresas, partidos políticos y organizaciones se tomaron en serio la elaboración de protocolos para detectar, prevenir y atender casos de acoso sexual, conscientes de que una denuncia pública afectaría la reputación de su marca. Gobernadores y legisladores de varios países se dedicaron a diseñar políticas y reglamentos para hacerse cargo del asunto. Gracias a este movimiento surgieron nuevas formas de reajustar las relaciones entre hombres y mujeres, basadas en la desigualdad de poder. Eso es fantástico.

Sin embargo, en términos estadísticos el hostigamiento sexual, las violaciones y los actos de violencia extrema (como el femicidio) siguen campando e incrementándose. Importante es visibilizar el delito, pero luego viene el necesario proceso de creerles a las víctimas e impartir justicia no patriarcal. Por sobre todas las cosas, educar para que los hombres aprendan a respetar un *no*, a no acosar, a no condicionar prebendas a cambio de sexo ni a violar a sus anchas como ocurre en nuestros días. La deuda histórica con las mujeres de todo el mundo en este ámbito es enorme.

Toda transformación cultural toma tiempo, pero al menos en esta oportunidad, de cara a las nuevas generaciones, ya se ha iniciado un cambio de mentalidad en torno al acoso sexual; ahora hay más información y mayores posibilidades de acción para poder vivir sin violencia. El #MeToo ayudó a abrir el debate para no cerrarlo más, por lo menos hasta que la cultura

de dominación expresada en agresiones contra las mujeres sea totalmente erradicada.

Pelo rulo

30 de octubre de 2019

Recientemente estuve en una peluquería especializada en cabellos rizados. Me sorprendió toda la tecnología asociada al cuidado, nutrición, humectación, forma y secado del pelo rulo natural. Productos especiales, artefactos para cortar, pintar o secar el pelo, diseñados especialmente para respetar la onda del cabello. Como me dijo la exitosa dueña del local, «al pelo hay que dejarlo hablar y que haga lo que quiera».

Fui a ese sitio por recomendación de amigas del trabajo que decidieron no plancharse, alisarse ni estirarse el pelo más nunca. Lo sentí como un acto de liberación personal, un «ya basta» a la imagen que por moda o tendencia se sentían obligadas a llevar, por costoso y tedioso que resultase. Un ritual semanal que te vacía el bolsillo y te ocupa por lo menos dos horas de cuasitortura por los jalones y las quemadas del cuero cabelludo al calor del secador.

El caso es que en el medio laboral convencional en que algunas nos desenvolvemos, el de las oficinas conservadoras y negocios «serios», la imagen de las ejecutivas y colaboradoras es un asunto muy ligado a la identidad corporativa. Vemos en los reglamentos y normativas que se prohíben los tatuajes, *piercings*, escotes, minifaldas, licras, sandalias que muestren dedos... Todo está armado para apoyar la imagen de empresa que respeta normas y no se sale de los moldes.

El pelo rizado no suele aparecer en esas normativas, pero

igual es rechazado en muchas organizaciones. Yo lo he experimentado muchas veces. Cuando voy con el pelo alisado la gente me dice que estoy bonita. Cuando lo llevo rulo al natural, me preguntan con sorna que quién me está «peinando» y mi jefe me mira con mala cara, como si fuera una descuidada.

El tema no es banal. Según un estudio de la conocida trasnacional Dove, 80% de mujeres negras reportan haber cambiado su cabello para encajar mejor en las oficinas donde son empleadas. Hay un 50% de probabilidades de que las despidan de sus lugares de trabajo a causa de su peinado. Y lo más asombroso: en muchos lugares de los Estados Unidos es legal negar el empleo o la admisión en un centro de estudios a una persona por su estilo de pelo, aunque sea inherente a su identidad cultural.

La mencionada empresa lanzó en los Estados Unidos, junto con la National Urban League, Color of Change y el Western Center on Law and Poverty, un movimiento llamado Crown Coalition para frenar la discriminación por el estilo de cabello, con el lema «tu pelo debe ser tan diverso como la fuerza laboral». Esta coalición está recopilando firmas para que se apruebe en California una enmienda que permita a toda la gente negra de ese estado llevar el estilo de cabello que mejor le parezca para trabajar o estudiar en sus escuelas (thecrownact.com).

La discriminación basada en la imagen es una realidad. Los estereotipos tienen fuerza. Continuamente hacemos juicios sobre la gente y la etiquetamos de manera inconsciente; asociamos rasgos de personalidad o la inteligencia con aspectos como imagen, forma de hablar, sexo, raza, credo, etc. Por eso es tan importante revisar los sesgos que nos hacen percibir a personas de ciertos colectivos o grupos como menos talentosas o profesionales por la forma como se visten, llevan el pelo, se adornan o hablan, y a discriminarlas en consecuencia.

La belleza definida desde el patriarcado, con reglas arma-

das en círculos del poder con predominio masculino, decide lo que está bien o mal centrándose en modelos de mujer blanca, rubia, anglosajona o europea, delgada, adinerada. Aprendemos temprano que para que se nos identifique como «gente con clase» tenemos que parecemos a ese modelo. Tener el pelo lacio refuerza la imagen de mujer limpia, arreglada, preocupada por su físico, porque además ayuda a suavizar los rasgos de negritud (cara y nariz ancha, pelo grueso y enredado).

Ya hemos dicho que la discriminación por género es interseccional: si eres mujer y negra llevas dos filtros para ser rechazada. El pelo oscuro y rizado se asocia a culturas africanas y a negritud. Por eso patriarcado y racismo son dos caras de una misma moneda que obliga al feminismo a pelear por los derechos de todo tipo de mujeres y asumir como propia la lucha antirracista, pero por sobre todas las cosas, a defender el derecho a que cada quien sea como quiera ser y a que el talento se distinga de las apariencias.

El reto de formar jóvenes feministas

6 de noviembre de 2019

Quizá era mi visión romántica de que las nuevas generaciones venían ya con mejores ideas sobre la sociedad y la política y que por ser jóvenes abrazaban con menos resistencia valores relacionados con la igualdad y los derechos humanos, pero no. Resulta que ser joven no es garantía de nada.

He conducido charlas y talleres con muchachos y muchachas de entre dieciocho y veinticinco años con la temática del feminismo como eje central y me he topado con reacciones que preocupan por lo vacío de sus argumentos y por la vehe-

mencia con que defienden consignas antifeministas.

Desde los típicos «las feministas quieren acabar con los hombres», «el feminismo es lo contrario al machismo», «feministas las de antes, las que lucharon por el sufragio», «el nombre está mal puesto porque debería llamarse humanismo»... hasta mensajes duros que ponen en cuestión el concepto mismo de libertad de las mujeres y su derecho a vivir en una sociedad de iguales: «pero en serio dígame, ¿cuál es el antojo de las mujeres por alcanzar el poder?», «en esencia las mujeres están hechas para atender a sus hijos», «genéticamente las mujeres están por debajo de la capacidad de los hombres, lo que tienen es que aceptarlo» y barrabasadas por el estilo.

Estas opiniones no están muy lejos de los hallazgos de la encuestadora IPSOS presentados en el reporte del Global Advisor sobre Feminismo e Igualdad de Género 2017. El estudio, realizado en veinticuatro países y en torno a varios temas, reporta que a la pregunta «¿son las mujeres inferiores a los hombres?», 18 % de los encuestados de todo el mundo creen que sí, con Rusia e India a la cabeza con 46 %. Cuando se preguntó si las mujeres deberían cuidar a sus hijos y familias o no trabajar fuera del hogar, 17 % de los participantes globales estuvieron de acuerdo con la premisa, a pesar de que, en el promedio mundial, nueve de cada diez (88 %) dicen creer en la igualdad de oportunidades para ambos sexos. Estos porcentajes alarman.

Muchos de los jóvenes de mis talleres calificaron de extrema al movimiento de mujeres, aduciendo acciones que para nada responden a la causa, pero alguien les dijo que eso era ser feminista... Por ejemplo, una novia que le pegó al novio o una mujer que cometió un crimen. Suponen que las feministas amparan todo lo que una mujer haga solo por el hecho de ser mujer. Uno llegó a decir que este movimiento va camino a

convertirse en un nuevo ISIS, un Estado Islámico de mujeres terroristas.

Pero dentro de esa misma categoría de extremismo mencionan el no depilarse como sello de identidad feminista. Me asombró que este tema consumiera tanto tiempo de las discusiones, centrado en el concepto de higiene, belleza o el deber ser de toda mujer: «ellas tienen que estar de punta en blanco», «feministas pero femeninas», «las feministas son descuidadas y sucias». Esto me hace pensar que para esta generación la imagen tiene un alto valor, pero una imagen estereotipada, dictada por el condicionamiento cultural patriarcal, amarrada a paradigmas muy conservadores para lograr aceptación y reconocimiento social.

Exploré el origen de esos juicios para saber si eran producto de sus análisis personales, si lo habían leído en algún libro serio o si era que alguien se lo había dicho. La conclusión fue que esto último: estos jóvenes están recibiendo de sus padres, maestros, amistades y redes sociales, mensajes que reproducen todos los estereotipos sexistas que tanto hemos querido combatir.

Son maquinitas repetidoras de consignas tomadas acríticamente de quienes supuestamente tienen el deber de educarlos. El problema es que el devenir del feminismo y sus luchas desde el siglo XVIII, son capítulo mudo en las clases de historia. En los salones de clases no se habla de las desigualdades de género; no se menciona el terrible flagelo de la violencia contra las mujeres como expresión del desequilibrio en las relaciones de poder. La misoginia no se estudia como hecho político real: parecería haber un pacto para mantener el hecho palpable de la discriminación fuera de radar. Es difícil entonces que los estudiantes cuenten con referencias fundamentadas para combatir la mala prensa que el propio patriarcado —que, sí, controla los medios de comunicación masiva y los centros

de formación— le hace al feminismo, vendiéndolo como un amenazante fenómeno desestabilizador.

Mi mensaje para estos jóvenes fue que aprendieran a cuestionar todo lo que les llegue, escuchen y observen. Los invité a salir del enfoque único, que defiende la versión patriarcal como verdad irrefutable, y considerar otros enfoques adoptando una mirada inclusiva y tolerante. Que se preguntaran el porqué de cada norma social con que se toparan, sobre todo de las que permiten o prohíben ciertas conductas según el sexo de la persona. Que construyeran sus propios juicios para no estar repitiendo lemas ajenos, vacíos de toda evidencia y argumentación.

Es necesario incidir desde las políticas públicas en el desarrollo de programas educativos que combatan sesgos y estereotipos de género. Es urgente que docentes, madres y padres, influenciadores en general, transmitan mensajes que valoren el respeto a las diferencias y la libertad de elección, y defiendan los derechos humanos de las mujeres, incluso esos que históricamente se han reservado para los hombres.

Las feministas tenemos que ponernos a la tarea de conversar con diversos grupos, mientras más jóvenes mejor, para desmitificar todo el entramado de mentiras que se ha tejido en torno al movimiento, y así colocar cada concepto donde va. Sobre todo, tenemos que seguir con el trabajo de empoderar a las niñas. Cabe mencionar, como dato curioso, que en mis talleres los ataques más virulentos vienen de los chicos, mientras ellas permanecen calladas. Las chicas no se atreven a hablar delante de ellos, a menos que sea para darles la razón. Su silencio, eso sí, se acompaña de movimientos de cabeza que me transmiten descubrimiento, apoyo y acuerdo.

Después de tres horas de discusión, estos jóvenes salen de los encuentros con otra cara, nuevos argumentos, y un poco más dispuestos a considerar otras visiones sobre la necesaria

revisión de la desigualdad entre hombres y mujeres. Me quedo con la esperanza de que no haya un retroceso generacional en todo lo que tanto ha costado alcanzar en favor de las mujeres. También con la ansiedad de que urge una reforma educativa y cultural profunda que aborde este tema transversalmente en todos los ejes de formación y divulgación.

Pregunta cruel

13 de noviembre de 2019

Hay una pregunta muy cruel que se hace a las mujeres desde jovencitas: «¿qué prefieres: tu carrera o tu familia?». Es cruel por varias razones:

1. Te pone en la disyuntiva de elegir entre tus aspiraciones profesionales y un rol de género obligatorio que ha delegado en las mujeres la labor de cuidar y ser responsables de casa, marido, familia extendida e hijos.

2. Es una pregunta que a los hombres no se les hace. Ellos saben que lo primero es su carrera, por aquello del mandato machista de ser hombre proveedor y productor y además porque entienden que alguien (por lo general una mujer esposa o mujer madre) se encargará de todo lo demás.

3. Si acaso responde «los dos» (como cuando a un crío le preguntan «¿a quién quieres más: a tu papá o a tu mamá?»), pretender abarcarlo todo al mismo tiempo es fuente de todo tipo de estrés, cansancio y agotamiento físico y mental. La publicidad que vende la imagen de la mujer empoderada-poderosa-4x4-todolopuede, obsesionada por encajar, se instala en el imaginario de muchas, llevándolas a hacer verdaderos malabarismos de vida, sin quejarse y por supuesto sin ufanarse de sus hazañas multitareas.

Pero aun pudiendo con todo, la situación en que te pone

la pregunta no es justa. Las que en su momento respondimos «prefiero mi carrera» tuvimos que pasar por el largo camino de las miradas desaprobatorias, los mensajes culpabilizantes, el temor a que los hijos nos salieran delincuentes por no estar veinticuatro horas a su lado, el divorcio, las etiquetas de *mala madre* y similares. Y a pesar de todo caminamos erguidas, construyendo una infraestructura de apoyo que nos ayudase con los niños y la casa (otras mujeres pobres, más pobres que nosotras, a quienes contratamos si las encontramos y tenemos cómo pagarles) y tratando de ignorar juicios que nos quitaran las ganas y el entusiasmo.

Antes, las mujeres aceptaban con sumisión «su lugar». Luego, cuando salieron a las calles a luchar por su derecho a tener voz y voto, lo consiguieron a pesar de obstáculos y críticas. Ahora, cuando a todo este movimiento de liberación parece que nada lo detiene, el mensaje patriarcal te hace saber que si quieres salirte con la tuya te va a costar enormes sacrificios y fuerte cuestionamiento social.

Estamos en transición: vivimos una ilusión de igualdad de género —unas sociedades más que otras—, pero aún se viven con mucha culpa los empeños de demostrar independencia y apropiamiento de cuerpo y acción. A las que pasan de los treinta y no se han casado o a las que deciden no tener hijos pregúntales cómo les va con los apremios inquisidores para que se metan pronto en el carril.

Venimos de un sistema educativo que nos condiciona para que valores como la ambición, la aspiración al poder y el dinero, la fuerza y la independencia, se correlacionen negativamente con ser mujer. Toda mujer que expone con firmeza sus deseos personales, al margen de su familia, se enfrenta a la norma patriarcal que la sujeta al espacio de lo privado, lo doméstico, lo reproductivo. Al silencio y la resignación como

virtudes. Mujer que habla, pide y reclama, pronto encuentra resistencia.

Pero precisamente esos son los valores que se precisan para triunfar en el mundo de los negocios. Si no estamos en las posiciones de poder político ni económico, ni en los foros o paneles de expertos, ni en las roscas o anillos de cooptación de poder, es en gran medida por esta razón. Suelen ser espacios exclusivamente masculinos, que viven una suerte de compadrazgo que termina por expulsar a las mujeres, como ha denunciado Jessica Bennett, periodista de *The New York Times*, en su libro *Feminist Fight Club*.

La percepción de todo lo que hay que hacer para penetrar, mantenerse y ascender en esas culturas es tan fuerte que muchas desisten y se marchan a casa o se estancan en posiciones laborales de base muy precarias.

Ojalá muchas jóvenes sepan responder a tan cruel elección y decidan lo que consideren mejor para sí mismas, sin presiones ni culpas, sin hacer lo que el sistema de estereotipos sexistas espera de ellas, y que tengan la fuerza para buscar la vida que verdaderamente deseen. Sobre todo, ojalá las feministas podamos construir una sociedad donde esa pregunta cruel no se le haga más nunca a ninguna mujer... o por lo menos se les haga en igualdad de condiciones a los hombres también.

Menstruar con libertad

20 de noviembre de 2019

En este momento en Maracaibo está realizándose una acción que puede transformar la situación educativa de muchas niñas venezolanas. Las amigas de la Fundación Proyecto Mujeres

se dieron cuenta de que alumnas de escuelas populares de la ciudad pierden de dos a tres días de clases al mes por tener la menstruación. Esa dolorosa cifra es una barbaridad: a cuenta de un proceso fisiológico completamente normal, propio de su sexo, las niñas se están quedando atrás en su desarrollo formativo.

Que durante la menstruación no vayan a clases se explica por varios factores: no hay agua en el plantel educativo, no hay baños que funcionen, no tienen toallas sanitarias o tampones, no hay detergente para lavar la ropa manchada, no hay analgésicos para los malestares. Lo que sí hay, y de sobra, son mitos asociados a la menstruación, vergüenza y temor de hablar sobre el tema y sobre todo desconocimiento de cómo funciona el cuerpo.

El proyecto Niñas Visibles se armó con fondos internacionales para diagnosticar toda esta calamidad en escuelas de la zona oeste de Maracaibo, proveer a las chicas y a sus madres de instrucción sobre el tema y, como medida de acción inmediata, darles a las niñas una pulsera, para que sepan contar los días del ciclo ovulatorio, y una copa menstrual, que tiene la ventaja de ser reutilizable y mucho más higiénica que las compresas. Con apoyo de otras ONG de varios países, están recibiendo este kit menstrual, que busca acortar los días de ausencia para que las niñas no tengan que faltar a clases por la regla.

Casualmente el mes pasado los premios Oscar otorgaron el máximo reconocimiento cinematográfico a un documental que visibiliza el tema: *Period. End of Sentence*. Filmado en Delhi, recoge la lucha de unas mujeres indias que, contra la oposición patriarcal, montan una fábrica de compresas asequibles y biodegradables, conscientes de que su impacto podría cambiarles la vida a las mujeres del pueblo. Como en Venezuela, casi un tercio de las niñas de la India faltan a la escuela durante el pe-

riodo debido a la falta de recursos adecuados.

Al recibir la estatuilla, la directora iraní-estadounidense, de veinticinco años, bromeó diciendo: «no estoy llorando porque tenga la regla ni nada de eso... es que no me puedo creer que una película sobre la menstruación haya ganado un Oscar». Melissa Berton, la productora, aludiendo al juego de palabras que hace el título del film (*period* en inglés significa *periodo* pero también *punto*), expresó: «“Tengo el periodo” puede que marque el final de una frase, pero nunca el final de la educación de una niña».

El tema de la menstruación se ha convertido en una tendencia cada vez más importante en la lucha por los derechos sexuales y reproductivos de niñas y mujeres. Muchas famosas, como Meghan Markle, ya están pronunciándose para exigir el fin de la «pobreza menstrual», con *hashtags* como:

#MenstrualEquity #FreePeriods o #ManchoYNoEstoyEnferma.

Basta ver cómo a lo largo de la historia muchas han vivido la menstruación como un estigma, con vergüenza y sin el mínimo acceso a la protección necesaria para el proceso normal que las mujeres en edad fértil viven mes a mes. Nuestra biología, silenciada; nuestra sangre, mirada con asco y repulsión; nuestro derecho a apropiarnos de nuestro propio cuerpo, negado.

Y es que la construcción social y cultural que se ha hecho de un fenómeno fisiológico natural busca instalar la creencia de que menstruar nos hace débiles e inadecuadas; se introduce así un factor de desigualdad de género, sin entrar al tema del impuesto que representa mes a mes pagar por toallas y otros productos necesarios para atender el sangrado con un mínimo de higiene.

Por eso son de aplaudir esta clase de iniciativas señaladoras de costumbres culturales arraigadas que obstaculizan el desarrollo personal, educativo y profesional de tantas niñas y mujeres. Además, proyectos así inciden en la provisión de un

entorno que entiende y ofrece el soporte necesario para que la menstruación se viva con libertad.

El documental está disponible en Netflix, y a las colegas marabinas las encuentras en las redes como @proyectomujeres. Apoyémoslas con donativos a su cuenta PayPal para que puedan extender este trabajo a muchas más escuelas y lograr que ninguna niña venezolana se quede atrás.

Que el menstruar, con toda la connotación de censura, tabú, incomodidad, suciedad o sufrimiento que el patriarcado nos ha vendido, deje de ser una excusa para marginarnos y negar a las mujeres la oportunidad de acceder a posiciones de poder en un futuro.

Autonomía y violencia matrimonial

27 de noviembre de 2019

El matrimonio es una institución con profundo arraigo patriarcal. En él las mujeres desempeñamos múltiples roles que se nos instalan como *software* en la psique desde la infancia. Casarnos será acceder a la maternidad; la maternidad nos realiza como mujeres. Además, casarnos nos permite gobernar... nuestra casa. Casarnos nos permite cuidar y mimar al que merece cuidados y mimos, nuestro hombre, nuestro príncipe, porque afuera la vida es muy dura y él, con su escudo y espada, pelea a diario para que su mujer no tenga que salir a la dura realidad sin protección. Para nuestra suerte, con el matrimonio tendremos «alguien que nos represente».

Estos mensajes no solo nos llegan por la vía familiar; están por doquier: en la literatura, el cine, la escuela... Llegamos a creer que si nuestros padres no viven este idilio es por alguna disfuncionalidad propia de la familia. Algunas llegamos a la adolescencia y hasta la edad adulta sin siquiera notar las in-

justicias implícitas en la relación de pareja de papá y mamá. Mucha gente se sorprende del divorcio de sus padres; otra se acostumbra a una relación en la que ambos parecen no quererse y se mantienen alejados y sin mucho que compartir. A veces detrás de estas relaciones hay acuerdos de convivencia que incluyen la dependencia económica de la mujer. Con todo, nuestro subconsciente nos hace creer que ese ideal debe ser también nuestra meta.

Si le añadimos que, llegadas al matrimonio, accederemos a los placeres carnales (los que el varón del mismo grupo familiar disfruta sin demasiadas restricciones y sin que casarse sea requisito, mientras que a las mujeres les toca esperar al príncipe y reservar el albergue para su semilla), se obtiene una mezcla tan potente que, cual ganado lanar que avanza al trasquilado, accedemos una tras otra con gran ilusión al proceso.

Sigo viendo en las redes sociales a veinteañeras o treintaerías que asisten a las bodas de sus amigas y se preguntan cuándo se producirá su propio «día mágico», a veces a pesar de observar que algunas mujeres se desencantan muy pronto del matrimonio y otras se separan al poco tiempo. En cambio, no es nada común que un hombre se pregunte cuándo le tocará a él.

En nuestra cultura ninguna mujer se plantea la posibilidad de pedirle matrimonio a un hombre, por temor a que la tachen de desesperada. Es más, tampoco es común que una viva sin emparejarse, por aquello del terror a la soledad en la vejez. Nos venden la soltería como el peor de los estados civiles y hay que evitarlo a toda costa. Para esto ayuda mucho tener juventud y algo de colágeno.

De darse el ansiado contrato, este viene con la expectativa de maternidad. Rara vez la chica pregunta «¿qué pondrás tú, aparte de semilla?». La respuesta obvia es «suministros», y es

muy cierto que harán falta. Pero si los suministros los pone ella, el hombre sufre. Este sufrimiento puede llegar a la depresión y hasta la disfunción eréctil, pues si no se puede ser el proveedor, según dicta el mandato patriarcal, no se es un hombre de verdad.

Las rupturas de roles de género en la relación matrimonial disparan no pocos casos de violencia. Como dice António Guterres, secretario general de la ONU: «la violencia contra las mujeres y las niñas tiene sus raíces en siglos de dominación masculina. No olvidemos que las desigualdades de género que alimentan la cultura de la violación son esencialmente una cuestión de desequilibrio de poder».

Los modelos cambian y cambia el *software*. Estamos en medio de una profunda transformación del espacio familiar. Debemos trabajar por ampliar el concepto de familia y reconocer múltiples posibilidades social y emocionalmente saludables, sin necesidad de reproducir estereotipos. Y no me refiero necesariamente a nuevas formas de pareja sexual; esto bien puede hacerse en matrimonios heterosexuales: un varón que asuma funciones que no corresponden al tradicional rol masculino, que pueda ser el encargado del funcionamiento interno en el hogar, por ejemplo. Vaya que si sería un nuevo modelo de familia aquel en el que los hijos pudieran crecer felices con figuras protectoras, sin un padre agresor o irresponsable.

Es prioritario incluir en la educación de nuestras niñas la posibilidad de adueñarse de su futuro a través de sus propias capacidades productivas. Celebro observar a cada vez más chicas dispuestas a vivir su mismidad, como nos enseña la maestra Marcela Lagarde. Sin autonomía de las mujeres es imposible esquivar las desiguales relaciones de poder en la pareja.

Trabajar, producir, emprender, invertir, innovar, no son me-

ros verbos para superar la pobreza. Conjugados por mujeres, ayudan enormemente a no salir trasquiladas de un mal matrimonio. Si después conseguimos una pareja que nos reconoce como los seres íntegros que somos, fantástico: más riqueza y crecimiento para ambos.

Misoginia *online*

18 de diciembre de 2019

Los desacuerdos deben expresarse. Son parte fundamental del intercambio que nutre toda relación humana. Como los seres únicos que somos, tenemos derecho a disentir, incluso a disentir de la autoridad, cualquiera que esta sea. Mi maestro en *coaching* ontológico empresarial, Rafael Echeverría, nos decía: «el juicio vive en la cabeza de quien lo formula». Uno tiene desde su cabeza el derecho a discrepar de las creencias de cabezas ajenas.

Pero para que los juicios que emito sean válidos, lo apropiado es sustentarlos en hechos, en datos confirmados, verificables o consensuados. Tú tienes derecho a hacerte tus propios juicios, pero si no los fundamentas, nadie tiene que aceptarlos como válidos.

Esta distinción entre juicios y hechos es fundamental para la convivencia. Dar a un juicio personal, por más que muchos concuerden con él, el valor de hecho real es la base del totalitarismo, de la intolerancia y del enfoque único de pensamiento que tanto daño ha hecho a la sociedad a lo largo de la historia. Confundir juicios con hechos puede llevarnos a decisiones inválidas, injustas o desligadas de un marco de realidad que las legitime.

En una discusión sana, un lado emite su juicio y el otro

indaga lo que no queda claro, expone su punto de vista respetuosamente y continúa el diálogo hasta que lo consideren las partes involucradas. Lo bonito de esta manera de conversar es que se puede escuchar el planteamiento adverso sin que eso necesariamente signifique estar de acuerdo, por lo que al final del debate, cada uno puede mantener sus juicios originales o transformarlos como producto del intercambio. Es una decisión personal elegir los juicios con los que se quiere vivir, sin que te los impongan. Eso es emancipación.

¿Por qué explico esto? Ya se ha vuelto costumbre que cuando se aborda algún tema de la agenda feminista se dispara un tsunami de juicios entre quienes participan de la conversación. Usualmente, la gente no fundamenta sus posiciones, ni hace el ejercicio de aterrizarlas en el mundo fáctico. Aun cuando se exponen los hechos, muchas veces se reinterpretan para que quepan en los juicios previos, sin hacer la necesaria distinción que permita una real escucha de parte y parte.

Pero lo que más llama la atención es la desmedida carga emocional de la respuesta a los juicios y hechos feministas que se exponen en espacios de discusión, físicos o virtuales, dondequiera que se den: foros, reuniones sociales, el trabajo, la calle, el bus o la sala familiar.

En las redes sociales es aún más intenso este enfrentamiento. Escondidos tras el anonimato, con nombre y apellido o bien famosos con la marquita azul certificadora, los que no coinciden con el juicio que una emite disparan a mansalva, sabedores de que sus seguidores se sumarán a su consigna sin pararse a procesar, digerir o tan siquiera leer bien lo que se ha expresado.

La carga de agresividad proveniente tanto de hombres como de mujeres contra las feministas es notable: sarcasmos, insultos, ofensas personales, burlas, memes, groserías, menti-

ras, amenazas, deseos de muerte y desaparición.

No es un mero desacuerdo: es rabia contenida. Es la idea de que quien difiera de las concepciones tradicionales acerca de lo masculino y lo femenino, o de las «naturales» relaciones de poder entre sexos, es un enemigo a quien hay que ridiculizar, minimizar, descalificar por todos los medios posibles. Esto es lo más parecido que he visto a la caza de brujas, ajusticiamiento y aniquilamiento de mujeres que se dio en el siglo XVIII. Ahora las hogueras son distintas, pero la misoginia es la misma.

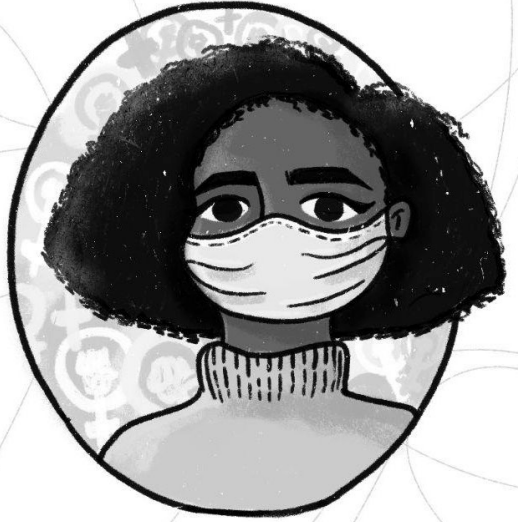
El objetivo está claro: nos quieren calladas, sumisas, aquiescentes, disgregadas. Reaccionan así porque están intentando proteger y mantener al margen de todo cuestionamiento nada menos que el poder y los privilegios que este trae consigo. Si elevas la voz para crear conciencia, alertar, señalar o denunciar lo que atenta contra nuestras libertades o decir algo que ataque la estructura, las reglas, el cómo se hacen las cosas aquí porque así lo dispuso dios-padre-jefe-juez-presidente, recibirás tu escarmiento aleccionador.

En este escenario no hay espacio para la escucha, para disentir con base en argumentos, para preguntar lo que no se sabe, para leer lo que no se conoce, para exponer racionalmente lo que se piensa. No. Solo para disparar con el cerebro reptiliano y escupir odio, expresando consignas desde de la ignorancia y la incapacidad de asociar esa manera de entender las relaciones humanas con el caos en que se ha transformado nuestro país: la Venezuela en declive que sufrimos hoy no surgió de la nada. Este «bicho» nació, creció y se desarrolló en este «nicho» por cómo somos, por nuestro pésimo sistema educativo, por este machismo incrustado en el ADN nacional que entiende la igualdad de género como una amenaza y no como una oportunidad de inclusión y avance social.

En palabras de la internacionalista Cynthia Enloe, «para po-

der explicarnos por qué determinado país tiene determinado tipo de política, tendríamos que indagar en cómo se construye la vida pública en función de las luchas que van definiendo la masculinidad y la feminidad». En las empresas, la Iglesia y los medios de comunicación masiva, tal y como los conocemos hoy, anida el patriarcado. Es importante que lo veamos, sobre todo las mujeres que, instaladas en su individualidad, creen que exageramos. Esto explica en gran medida la furiosa reacción contra los planteamientos básicos del feminismo.

2



200

@vameisoi

Así se vive la discriminación callejera

8 de enero de 2020

«Me incomoda que los hombres, específicamente mis amigos, crean que no puedo beber con ellos en la calle.»

«Me siento casi permanentemente cosificada, acosada en los espacios públicos por los hombres, independientemente de la ropa que use o los espacios que recorra.»

«Siento que no puedo ocupar el espacio público sin ser acosada. Han llegado a perseguirme, amenazarme, gritarme, pegarme nalgadas, lanzarme carros.»

«No salgo a caminar ni correr porque me siento insegura.

«Me siento vulnerada cuando dicen que salgo sola para ir a buscar hombres.»

«Me molesta que digan que se ve feo si una mujer fuma en la calle.»

Estos son algunos de los testimonios expresados por un grupo de aproximadamente treinta mujeres jóvenes de Caracas en un taller sobre activismos feministas que realizamos el año pasado con la gente de la ONG Argentina Asuntos del Sur. Son reflejo de la inquietud con que las mujeres experimentan la discriminación en espacios públicos de nuestra capital, pero básicamente en todas las ciudades del mundo.

Estoy segura de que un hombre ni se imagina el temor que representa para una mujer transitar el espacio público. Obviamente la inseguridad no nos afecta nada más a nosotras, pero hay un impacto diferenciado por sexo que no podemos soslayar: siendo mujer hay el doble de probabilidades de que se abuse de ti. Es como siempre vivir en una casa ajena donde te hacen sentir amenazada cada vez que te mueves de tu zona segura. No exageramos, es real. Si no lo ves es porque tienes

privilegios que te ahorran pasar por todo esto o porque, sabiéndolo, volteas la cara para no tener que ocuparte del tema.

Cuando tienes que restringir tus libertades, imponerte un toque de queda particular de horarios y lugares menos peligrosos, tomar cursos de autodefensa, andar con una suerte de anillo defensor con púas (aunque no es legal, muchas chicas lo usan), reportarte cada dos por tres con amigas o vecinas para que sepan que estás bien, evitar vestirse de tal o cual forma, callarte lo que piensas y dejar de hacer lo que te place en la calle para proteger tu reputación, solo por el hecho de ser mujer, es que estás condenada a vivir en una dictadura patriarcal.

Nada de esto es casual, y tampoco que los organismos de seguridad o el aparato estatal hagan tan poco para acabar con el acoso callejero, el asedio, el hostigamiento, la violencia machista y el femicidio. El mensaje es claro: si sales de tu espacio «natural» doméstico y privado y quieres ocupar el rol tradicionalmente reservado a los hombres, atente a las consecuencias. Las mayores nos dan consejos: la calle es dura; la vida es cruel; las mujeres estamos mejor protegidas por un hombre que nos quiera y represente; si te quedas sola y tienes que trabajar para mantenerte tendrás que enfrentarte a la competencia, al descrédito, a los rumores que ensombrecen tu prestigio; el lugar de una mujer es... etc., etc., etc.

Conozco a muchas mujeres que supuestamente «optan» por no hacer vida pública. En realidad no es una decisión libre: las agresiones que reciben, acompañadas de una enorme sensación de indefensión y culpa y la presión social para que no se salgan de su papel, nublan cualquier aspiración personal legítima. Por eso tan pocas nos atrevimos, y logramos alcanzar cierto poder no por ser mejores, sino porque contamos con la base de apoyo que fue haber tenido una familia liberal o progresista, elegido pareja feminista, decidido si tener hijos o no

y cuándo, estudiado lo que quisimos, viajado y conocido otras culturas, no haber estado amarradas a una religión culpabilizante y señaladora de pecados, en fin, haber tenido privilegios que nos ayudaran a ver la discriminación a la cara y pararnos por nuestro propio pie. Esa plataforma no está, lamentablemente, al alcance de la mayoría.

El feminismo busca generar espacios donde estos testimonios de discriminación puedan señalarse, visibilizarse y exponerse colectivamente y no vivirse como una especie de falla personal, mala suerte o una especie de marca de mujer defectuosa. Es terapéutico expresarlos desde el hastío y el cansancio, pero conectadas con la ambición del cambio posible, como parte de un paso importantísimo para que nuestro entorno cambie.

Importante además que se entienda esta situación como parte de un entramado social montado para que muchas dejen de aspirar e intentar, aun cuando los mensajes de los grandes medios inviten a la realización personal sin límites, dibujando un camino de rosas que lo hace al mismo tiempo más frustrante.

A las nuevas generaciones les toca hacer un pacto por la convivencia para erradicar el acoso y abolir los estereotipos; para que la presencia de mujeres en la calle haciendo lo que quieren y pueden no sea una rareza, ni duramente criticado por nadie. Para que esto suceda debemos invertir mucho en educación por la igualdad, hasta que ningún hombre se sienta amenazado por la presencia de más mujeres en los espacios de poder y para que ninguna mujer sienta que peca, incumple normas u ofende a alguien, por hacer lo que le dé la gana con su cuerpo y con su vida en cualquier plano que se lo plantee.

Así se vive la discriminación en el trabajo

15 de enero de 2020

«Me molesta que mis compañeros de trabajo le den más peso a mi aspecto físico que a mis conocimientos.»

«Siento que debo esforzarme para demostrar mis capacidades, más que los varones.»

«Los responsables de área en mi oficina creen que para ganarte un espacio necesitas dejarte tocar y escuchar cosas vulgares.»

«Siento temor de ascender en cargo y rol dentro de mi organización porque no quiero que se piense que lo logro porque soy amante del jefe.»

«Temo que al salir con mi jefe piensen que soy su amante o secretaria.»

«Me siento silenciada en mi trabajo por jefes hombres.»

«A diferencia de los hombres, las mujeres siempre tenemos que validar, demostrar y comprobar nuestros conocimientos.»

«Siento que mis compañeros en el trabajo no valoran mis ideas y aportes y debo elevar la voz para ser escuchada.»

«Tengo miedo de tener hijos y ser excluida de las opciones de promoción.»

«En mi casa no me hablaban por haber elegido estudiar una carrera para hombres.»

«Mis compañeros me subestiman por ser chama.»

Así se siente la discriminación contra las mujeres en el trabajo. Son historias reales de un grupo de jóvenes de Caracas, contadas en un taller de metodología para activistas que realizamos con la gente de Asuntos del Sur el año pasado. Todas son expresiones de la forma como operan las relaciones de poder entre los sexos y que explican en gran medida por qué aún somos tan pocas en las posiciones de poder empresarial.

Si lees esos testimonios y piensas que exageran, son unas pusilánimes o se están victimizando, probablemente no estés escuchando bien. Es más, si crees que «quien no quiera quemarse que no se arrime a la candela», porque así son las reglas de juego del poder en las organizaciones, probablemente tengas una alta dosis de machismo. Y antes de que digas que a los hombres también los acosan en el trabajo, el tema es que el 90 % de las víctimas de estas conductas son mujeres, según la Agencia de Derechos Fundamentales de la Unión Europea.

Todas esas expresiones son reflejo de lo que, si quien lo ejerce tiene una posición de poder, se llama acoso laboral u hostigamiento. Es violencia y no puede ser permitida. Subliminal, invisible, incuestionable, la violencia laboral generalmente se solapa con un trasfondo de normalidad que hace muy difícil señalar, ya no digamos denunciar o siquiera mencionar, la incomodidad de tener que oír chistes obscenos o fantasías sexuales, tolerar gestos o miradas insinuantes o dejar que te pongan la mano en el hombro o en la rodilla para que no te tilden de mojigata o puritana.

Reclamar cuando roban tus ideas para presentarlas como propias, cuando te niegan un ascenso porque eres madre, descartan tu participación en un proyecto o desestiman tus ideas porque eres mujer (o gorda o negra o vieja) requiere valor y mucha seguridad en ti misma, pues el entorno te dirá que exageras, que no es para tanto, que no seas conflictiva, que mejor te adaptes o te vas.

Diversas asociaciones explican que más del 65 % de las víctimas de violencia laboral no se atreven a denunciar porque hay represalias y, por falta de pruebas, pocos acosadores llegan a juicio. Despidos, cambio de departamento, culpabilización y rechazo a quien se queja son algunas de las consecuencias a que se enfrenta la que hace visible su discriminación.

Pero más allá de los trastornos personales que acarrea un clima organizacional así, las empresas deben saber que numerosas investigaciones han establecido que el acoso en el trabajo tiene un impacto significativo en los resultados económicos: mayor rotación de empleados, menor productividad, mayor ausentismo e incremento en los costos de licencia por enfermedad asociada a depresión y ansiedad o pánico. Todos perdemos en este juego suma cero que nos pone a jugar el patriarcado.

Aún es necesaria mucha legislación, educación y planes eficaces para combatir y erradicar estas viejas prácticas que impiden aprovechar los talentos de las mujeres en el desarrollo empresarial.

Las empresas deben estar conscientes y preparadas para prevenir y abordar casos internos de discriminación por sexo. Algunas recomendaciones: brindar charlas sobre acoso a todo el personal, contar con un reglamento interno que prohíba de forma clara el acoso sexual y laboral, diseñar protocolos de actuación para recibir denuncias, fortalecer capacidades emocionales para enfrentar situaciones de violencia, constituir servicios de atención psicológica, tener un comité de ética que atienda casos, impartir capacitación obligatoria sobre la prevención y denuncia para empleados, socios y contratistas.

Identificar las discriminaciones que sufrimos, y también las que causamos, es un ejercicio necesario para saber cómo opera el sistema y dejar de pensar en la violencia como un fenómeno abstracto que les ocurre a los demás. Es más bien algo que está tan delante de nuestras narices que se nos hace difícil verlo... hasta que nos sucede.

Así se vive la discriminación emocional

22 de enero de 2020

«Me siento rechazada cuando demuestro mis emociones en espacios de debate y decisión.»

«Me mandan el mensaje de que controle mi ansiedad, mis expectativas, mis inseguridades...»

«Me dicen que mi carácter y discurso no deberían ser tan fuertes.»

«Siento que mi voz es subestimada e invisibilizada y mis habilidades subvaloradas.»

«Cuando muestro mis emociones me tildan de intensa.»

«A veces me da miedo tener voz y asumir liderazgo por la forma como reaccionan los demás.»

«Siento que tengo que ser agresiva para que me escuchen y me tomen en serio.»

«Para mucha gente mis lágrimas son señal de debilidad.»

Estas son expresiones de un grupo de jóvenes caraqueñas en un taller de activismo feminista que realizamos en alianza con la ONG Asuntos del Sur el año pasado. El mundo emocional y su impacto en la inteligencia es un descubrimiento relativamente reciente. Educarnos en el dualismo mente / emoción, sumado a la idea de que la lógica y la razón son masculinas y lo irracional y lo emocional son femeninos, ha sido factor condicionante de desigualdad.

Expresar emociones ha dejado a muchas mujeres fuera de la posibilidad de liderar. Por un lado, te educan para que abras las emociones como constitutivas de tu manera de, como mujer, ser y estar en el mundo, y por otro, cuando las expresas te rechazan o te califican de histérica o conflictiva, sobre todo si son emociones que demuestran carácter, malestar o fuerza, justamente las que se esperan de un líder. Si se trata de emo-

ciones asociadas a dulzura, ternura, cariño y amor, eres aceptada porque no rompes con el molde del deber ser de la mujer como lo define el mandato patriarcal (bien alejada del poder).

La emotividad de las mujeres es un signo de salud, no de enfermedad, pero no se le entiende así; por eso estamos continuamente sometidas a una enorme presión para ocultar nuestras vidas emocionales. Muchas aprenden a disculparse por sus lágrimas, a contener su enojo y a disfrazar la depresión.

Según la psiquiatra Julie Holland, en Estados Unidos al menos una de cada cuatro mujeres toma medicamentos psiquiátricos, en comparación con uno de cada siete hombres, y ellas son dos veces más proclives que ellos a que se les diagnostique depresión o trastorno de ansiedad. Esto es básicamente el reflejo del estereotipo de que las mujeres son menos lógicas por naturaleza y todo lo que les pasa tiene que ver con sus emociones.

Otra investigadora neurocientífica, Gina Rippon, advierte que, si bien tanto hombres como mujeres tenemos hormonas sexuales, en el caso de nosotras se alude a ellas para subestimar nuestras habilidades: «el concepto de síndrome premenstrual, por ejemplo, surgió por primera vez en la década de 1930 y se convirtió en una razón para que las mujeres no asumieran puestos de poder». Como señala esta científica, inicialmente las mujeres llegaron incluso a ser excluidas del programa espacial de Estados Unidos. Había temores de que tuvieran «arrebatos psicofisiológicos temperamentales» a bordo de la nave.

Hay muchas más pruebas de que las mujeres han sido excluidas de espacios de decisión a causa de la biología de las emociones. A todo esto se le dice *neurosexismo*. Aun cuando en diversos espacios científicos y académicos se ha superado en gran medida, sigue en la imaginación popular la asociación mujer-inestabilidad emocional. Es importante divulgar correc-

tamente los hallazgos de las neurociencias y dejar de repetir consignas sin fundamento, como el mito de la diferencia cerebral entre hombres y mujeres.

Decirle a una mujer en tono de insulto que es «muy emocional» es muy común, sobre todo en entornos laborales, aun cuando sabemos que para ser líder tienes que manejar tus propias emociones y las de aquellos a quienes diriges. Eso ya lo descubrió Goleman hace unos veinte años y lo llamó *inteligencia emocional*. Los gerentes del siglo XXI, sin embargo, siguen descartando a mujeres para ocupar posiciones importantes porque son «muy emocionales».

A los hombres, el modelo aceptado de liderazgo y de poder, se les ha enseñado a vivir su masculinidad convencional escondiendo las emociones, salvo la rabia. No se les permite llorar ni demostrar ningún tipo de expresión que ponga en duda su virilidad porque se considera que eso erosiona su poder. Si llegan a expresar emociones que muestren sensibilidad o vulnerabilidad se pone en duda su autoridad o capacidad para liderar.

El caso es que todos los humanos somos seres emocionales. No hay nada más racional que una emoción bien expresada y bien sentida. Es parte de nosotros, de nuestra personalidad, de nuestro cuerpo. Negarnos a vivir las emociones es negarnos a ser como somos y lo que somos. Tenemos que enseñar a las nuevas generaciones, sobre todo a los varones, a dar la bienvenida a esa fuerza que son las emociones.

Así se vive la discriminación doméstica

29 de enero de 2020

«Me molesta explicar todo el tiempo que el trabajo de la casa no es solo mío».

«Siento culpa por disfrutar espacios de crecimiento, formación y disfrute como mujer porque soy mamá y no quiero ser egoísta porque las madres se sacrifican.»

«Me siento presionada a cumplir el rol o equilibrio carrera-familia y a tener esposo e hijos ya.»

«Los demás no me tienen que decir cochina solo porque no me gusta hacer los oficios de mi casa; a mi hermano no se lo dicen y él no limpia.»

«Siento que debo cumplir con lo que se espera de mi rol como madre y al mismo tiempo estoy en lucha con la construcción de la maternidad.»

«En las reuniones familiares siempre suponen que por ser mujer debo ayudar en la cocina mientras los hombres descansan.»

«Me juzgan de inmadura o egoísta por no querer tener hijos.»

«Me incomoda profundamente cada vez que me preguntan cuándo me caso o cuándo tendré hijos.»

«Ya tengo treinta y dicen que se me va a pasar el tren.»

«Estoy fastidiada de tener que atender a mis hijos y a mi pareja aunque esté cansada.»

«Me siento juzgada por haber decidido no ser madre.»

«Siento que en mi propio hogar mis derechos, deseos y necesidades son secundarios.»

Si algo tienen en común estas declaraciones es que intentan quebrantar el «orden natural de las cosas», cuestionan los roles de género con los que nos formaron y ponen en duda los mandatos sociales tradicionales que definen nuestra misión en la vida por nuestra condición de mujeres. Son expresiones de jóvenes de Caracas en un taller de activismo feminista realizado en alianza con la ONG Asuntos del Sur.

A pesar de todos los avances que trajeron consigo las luchas feministas en términos de autonomía e independencia económica, todavía es usual asociar el ser mujer con ser madre, responsable del hogar y cuidadora natural. Socialmente se espera que al llegar a cierta edad tengas novio, te cases, tengas hijos y te dediques a trabajar tanto fuera como dentro de la casa. Ninguna está exenta de la presión por hacer lo que se espera de ella, aunque entre en contradicción con lo que cada mujer necesita, desea o le interesa.

De las mujeres se sigue esperando que estemos más para los demás que para nosotras mismas, todo ello revestido de amor incondicional, de manera que la que sienta y manifieste estar en contra de esa «innata aspiración de vida» tendrá su dosis de culpa en torno a un mensaje de egoísmo sutilmente inoculado.

Autoras feministas como Orna Donath, Betty Friedan o Elisabeth Badinter nos advirtieron de que la maternidad es «una construcción cultural, un mandato de género de obligado cumplimiento por parte de las mujeres, entendido como sublime realización personal, pudiendo ser visto incluso como una forma de esclavitud y de pérdida de independencia». Este discurso de revalorización del amor maternal, nos dicen ellas, fue construido en el siglo XVIII como respuesta a los intereses demográficos y económicos del momento, sin tener en cuenta los intereses y elecciones de las mujeres.

El arquetipo de la bruja realmente está dirigido a atacar a las mujeres solteras, mayores, viudas o jóvenes independientes y firmes en sus creencias, a las no madres, a las que tienen parejas menores que ellas, a las que rechazan encargarse de labores «propias de su sexo», como dice la categoría de *amas de casa o labores del hogar* en las encuestas que hacía el Instituto Nacional de Estadística en mi país. Genera rechazo social

encontrarse con mujeres que no quieren asumir el rol patriarcal de esposas y madres y eso las convierte en sospechosas.

Somos brujas también las que denunciarnos la trampa de tener que casarse o tener hijos para ser «normales» y luego encontrarse con muy poco apoyo para educarlos y sostener la carga doméstica, tareas que muchas hacen en absoluta soledad. Las mujeres trabajan en promedio más horas que los hombres si se cuentan, además de las actividades remuneradas, las no remuneradas, como los quehaceres del hogar. Según el estudio *State of the World's Fathers: Time for Action*, esta situación acontece en todas las grandes regiones del mundo sin excepción. A nivel global, las mujeres latinoamericanas son las que están ocupadas más horas al día, con 8,3 horas de media, frente a las 6,7 horas de los hombres.

Por un lado, te venden que ser madre-esposa-cuidadora es lo mejor que te puede pasar en la vida, y después tienes que echarte la casa-trabajo-hijos encima, con nulo apoyo gubernamental, conyugal o empresarial. Todo ello ganando menos dinero que los hombres y en silencio, porque si te quejas, algo malo debe haber en ti. Además, ser madre o estar en edad de serlo es la principal causa por la que no te contratan o no te promueven o no te dan un aumento salarial, pues tienes que ausentarte para parir, ir al pediatra o al colegio, o simplemente, después de un enorme agotamiento, abandonas la carrera gerencial porque no puedes con todo. Si eliges abandonar el rol de madre eres bruja. ¿Está claro el juego?

Brujos son ellos, que hicieron que nos tragásemos ese sapo sonriendo, al mismo tiempo que expresamos sentirnos «agradecidas y bendecidas».

Apostamos a las nuevas generaciones de mujeres que deciden ser emprendedoras, que defienden con valentía sus sueños y ambiciones, que luchan por su reconocimiento profesional

y se mantienen firmes en la defensa por su derecho a elegir cómo vivir su vida. Aquí estamos las feministas para ayudarlas a transitar ese difícil camino de la verdadera autonomía y para trabajar en la construcción de una sociedad que deconstruya la nociva creencia de que las mujeres nacimos para una cosa y los hombres para otra.

Rompamos con el estereotipo de la mujer perfecta, la madre abnegada, la esposa dispuesta, la hija amantísima y la trabajadora insigne, por encima de las verdaderas aspiraciones. Ser lo que quieras ser, sin culpas ni sospechas. Queremos una sociedad de iguales donde se pueda vivir sin juicios que pongan en duda nuestra valía e identidad personal.

Menopausia e incontinencia: cambio de enfoque

5 de febrero de 2020

Cuando me llegó la menopausia decidí celebrarlo. Hice un «menopausia *shower*» para dar la bienvenida a esta nueva etapa de mi vida. Busqué todas las toallas sanitarias y tampones que me quedaban, reuní a un grupo de amigas y compañeras del trabajo y se los regalé. Puse sangría de bebida y panquecitos de *red velvet*, por el color alegórico del motivo de la fiesta. Brindamos y nos reímos mucho, pero sobre todo celebramos un ritual que no es nada común: asumir la ausencia de la regla como algo bueno en la vida, una liberación del yugo mensual de los calambres, las compresas, las manchas, los trastornos (leves o severos según cómo cada una lo viva) y sobre todo, del eterno temor a salir embarazada en cada relación sexual.

A las mujeres se nos define básicamente a través de hitos biológicos que nos acontecen: te vino la regla por primera vez

significa que «te desarrollaste»; tuviste tu primera relación sexual significa que ahora «eres una mujer»; te embarazaste y tuviste un hijo significa que ahora sí te realizaste. Toda una caracterización identitaria a causa de procesos anatómicos y hormonales. No pretendemos decir que el cuerpo no sea importante (somos mujeres y esos ciclos son parte crucial de la vida), pero sí nos oponemos a que nuestra existencia entera dependa de nuestra biología.

Cuando se trata de la menopausia, la reacción no es de gozo y celebración sino de angustia y depresión. Es como la confirmación de que ya no eres una mujer en edad reproductiva, sin estrógenos ni progesterona disponibles, por lo que te toca sentarte a ver tu declive y poco menos que conformarte con vivir en tu nido vacío.

Anna Freixas encuestó a treinta y cinco mujeres para su libro *Nuestra menopausia, una versión no oficial*. Ellas destacaron que con la edad disfrutaban de la sexualidad de una manera más rica, madura, equilibrada, despreocupada, hedonista y juguetona, libres del miedo a un embarazo no deseado: «la menopausia se ha tratado siempre como una condena; dejas de ser mujer porque dejas de servir para el sexo y para la reproducción».

Hace unos días, charlando, una amiga nos confiaba que había tenido que empezar a usar pañales cuando viajaba largas distancias porque no aguantaba las ganas de hacer pipí y siempre se mojaba. Describe la situación con mucha angustia porque la entiende como un déficit que le señala la vejez en puerta y eso le asusta. El médico le dijo que tenía incontinencia por alguna afección no operable y que era necesario usar pañales de adulto. Enseguida pensé cuán sabroso sería estar sentada conversando con alguien, volando en un avión o trabajando en tu silla, y orinar encima del pañal sin tener que salir a buscar

un baño, sentarte en pocetas no higiénicas donde tienes que hacer malabarismos para mear sin sentarte y todas las complicaciones que supone para las mujeres hacer pipí en espacios públicos. Se lo dije y todas rieron enseguida.

Para probar la sensación, compré unos pañales para mujeres (las empresas, siempre aprovechando tendencias, han sacado una gama de productos que parecen pantaletas perfectas con diseños de encajes y todo, que no hacen bulto como los pañales antiguos y tienen gran capacidad de absorción). Me los puse y salí a la calle. No saben qué maravilla de experiencia. No más avergonzarse por llegar a «cierta edad». La tecnología está de nuestro lado: ¡a usarla sin prejuicios!

En la vida todo depende de cómo enfoquemos lo que nos pasa. Martin Seligman, conocido psicólogo experto en optimismo, asegura que la clave está en las explicaciones que damos a las cosas buenas o malas que nos ocurren, y que esa etiqueta de *positiva* o *negativa* se la ponemos nosotros, anticipando con ello satisfacciones o insatisfacciones que están en nuestra mente y, por lo tanto, bajo nuestro control.

Las mujeres tenemos que darnos cuenta de que el patriarcado definió lo que estaba bien o mal con nuestros cuerpos, pero que eso no tiene que ver con cómo lo vivimos o queremos vivir nosotras. La liberación que el feminismo te ofrece es poder reenfocar tu vida, tu cuerpo, tus emociones, tus pensamientos, en la dirección que te dé la gana.

Nos dijeron que menstruar, casarse, tener hijos, amamantar y volver a tener hijos hasta que Dios quiera era lo normal, lo natural, lo apropiado. Nos dijeron que la soltería, la vejez con sus trastornos biológicos, no ser madre y la menopausia eran anomalías no deseadas, casi enfermedades, que debían evitarse a toda costa. Si no, fíjense cuánto dinero se gasta en hormonas, medicinas, cosméticos, cirugías reconstructivas, todas

hechas para encajar, cumplir con el rol, retrasar el momento en que ya no seas, según esa definición, una mujer.

Ambas situaciones, incontinencia y menopausia, son muestra de que tenemos que darle la vuelta a todo lo que pasa desde nuestros cuerpos y empezar a valorar positivamente lo que nos vendieron como anormalidad, pecado o trastorno indeseable.

Mutiladas

12 de febrero de 2020

La ONU fijó el 6 de febrero como el Día Internacional de Tolerancia Cero con la Mutilación Genital Femenina (MGF). Basta con leer *mutilación* al lado de *genital* para imaginar la tortura que eso debe significar para cualquier ser humano, pero es un acto que se comete únicamente contra las mujeres, mientras más pequeñas mejor. Es una discriminación evidentemente basada en el sexo: no se mutilan penes sino clítoris y a veces también labios menores y mayores.

Las niñas y jóvenes son intervenidas bajo engaño, en condiciones antihigiénicas, con hojillas o cuchillas oxidadas e infectadas (con una misma cuchilla pueden cortar a varias, con el riesgo de transmisión de VIH-sida y otras enfermedades que esto implica). Muchas mueren del dolor, de la hemorragia por el corte o por una sutura mal practicada y sin anestesia, o bien tiempo después, cuando tienen su primera relación sexual (algunas requieren un segundo corte para que el marido pueda penetrarlas) o durante el parto (si es que se embarazan, porque algunas, por la profundidad del corte, quedan estériles o tienen dificultad para retener el semen... con lo que después les dicen «calabazas secas»).

Es una aberración que se realiza en aproximadamente treinta países de África y de Oriente Medio, en algunos de Asia (India, Indonesia, Iraq y Paquistán) y pequeñas comunidades de América Latina. Persiste en las poblaciones emigrantes que viven en Europa Occidental, en Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, a pesar de que internacionalmente se reconoce como una violación de los derechos humanos de mujeres y niñas, desde que las Naciones Unidas en 2012 y la Unión Africana en 2016 emitieron sendas resoluciones contra tal práctica.

Según cifras de la Organización Mundial de la Salud, aproximadamente doscientos millones de mujeres en el mundo están expuestas a la ablación genital. Cerca de ocho mil doscientas cuarenta y siete niñas son mutiladas cada día, esto es, seis niñas cada minuto. A este ritmo se calcula que en 2030 habrá más de noventa millones de niñas cortadas.

Recomiendo ver el documental *La manzana de Eva*, del español José Manuel Colón, para escuchar testimonios de mujeres mutiladas y entender así la magnitud del problema. A ellas les cortaron el clítoris, pero también las posibilidades de parir sin violencia, de elegir a su pareja, de ir a la escuela. Después de la mutilación genital, la vida de una mujer nunca es normal: orinar, sangrar o parir se vuelven auténticos dramas. Hay daños colaterales como depresión, ansiedad, baja autoestima, miedo perenne...

Es curioso cómo otras mujeres son las que realizan la horripilante práctica. Las «mutiladoras» reciben una paga del gobierno, que así se asegura de que todas pasen por la cuchilla. Repiten lo que les hicieron a ellas, hasta que alguna toma conciencia o se informa de las graves consecuencias de sus acciones en la vida de su comunidad, y rompe el ciclo. Muchas de ellas, tras ser informadas y tomar conciencia, trabajan activamente en organizaciones internacionales para que sus hijas

y las hijas de sus hijas no se conviertan en víctimas de la MGF. *La generación salvada* la llaman: niñas que escapan de sus pueblos y de sus propias familias para evitar el horror de la mutilación.

Mucha gente no sabe que esto existe y al oír hablar de ello por primera vez piensa que es cosa de tribus salvajes o cosas ancestrales de indios de la selva profunda. Si bien en nuestro entorno inmediato no se practica la MGF, en el arquetipo colectivo está instalada la creencia de que la mujer nació para reproducirse y que si tiene sexo es para embarazarse, no para gozar. La reacción de rechazo a mujeres mayores con novios jóvenes responde a la ruptura del mandato de que el sexo femenino es solamente para la procreación... algo que al revés no pasa.

«Deberían cortarles el clítoris a muchas por aquí —me dijo una señora en una charla en Caracas—, para que se les acaben los brinquitos... porque están alborotadas por tener macho». No hay un llamado a los varones para que dejen de buscar sexo ávidamente o violar o acosar: la culpa sistemáticamente se les endilga a las mujeres, con la consecuente privación del ejercicio de una sexualidad libre. «Ella se lo buscó, por frasquitera» es una frase que resume las dinámicas con que pretende justificarse la mutilación.

A Morella, a Linda Loaiza y a tantas otras rehenes o asesinadas a manos de un macho violento les mutilaron la libertad, el derecho a la vida, el placer de disfrutar de su cuerpo. Pagaron caro el precio de caer en manos de hombres que las redujeron a ser sus propiedades y que nunca pudieron ser dueñas de sí mismas porque su valía la tasó otro. Esto, en alguna medida, pasa todos los días en otros ámbitos: mujeres que dependen psicológica, económica o políticamente de sus padres, herma-

nos, hijos o maridos, para tomar sus elecciones o decidir sobre sí mismas.

Simbólicamente, el clítoris (único órgano del cuerpo humano cuya sola finalidad es dar placer, y presente solo en las mujeres) te lo arrancan cada vez que te dicen que no puedes, que no sabes, que no aspiras, que no salgas, que no abras las piernas, que esa carrera no es para ti, que aquí no puedes entrar, que eso no es tuyo. Te mutilan cada vez que te echan la culpa por haber sido violada o acosada. Mutilan tus aspiraciones y esperanzas, tu derecho a vivir una vida placentera.

Si te preguntas cómo es posible una monstruosidad como la mutilación genital femenina, tengo una sola respuesta: es el patriarcado, en su demostración extrema de violencia contra las mujeres. Brutal respuesta a la posibilidad del disfrute sexual como derecho, disfrazado de ritual y tradición. Son los patriarcas asegurándose de que esa niña no asocie sexo con placer, llegue con el himen intacto al matrimonio (con señores mucho mayores no elegidos por ella y a cambio de una dote para la familia, normalmente animales) y tenga claro que su aparato genital es solo reproductor, que para eso nació.

El placer sexual es un coto reservado para los hombres. Como ejemplo de esto pienso en María Martín y su fantástico libro sobre lenguaje inclusivo, *Ni por favor ni por favora*. En él nos hace reparar en la forma diferenciada cómo define la Real Academia de la Lengua las palabras *cunnilingus* y *felación* (por cierto, la palabra *clitoridectomía*, extirpación del clítoris, no aparece en el diccionario). Para la primera dice «práctica sexual consistente en aplicar la boca a la vulva» y para la segunda «práctica sexual consistente en la estimulación bucal del pene». *Aplicar vs. estimular*. No se estimula a la mujer, solo a ellos: «la experiencia y el saber masculino se

sitúan como eje de la experiencia humana, es el androcentrismo», concluye esta autora.

Para la lógica patriarcal la mujer que disfruta del ejercicio de su sexualidad es prostituta, mientras que la que mantiene relaciones sexuales para tener los hijos que Dios le depare es santa. Para la inmensa mayoría de las mujeres no hay opción de una vida sexual abierta y sin juicios: solo control, basado en una inmensa desigualdad de género. Tenemos que hablar de esto; que todo el mundo lo sepa: la mutilación genital femenina es violencia extrema y toda forma de mutilación y coacción de libertades contra las mujeres debe parar ya.

Abolir la prostitución

26 de febrero de 2020

Todos los días en todos los rincones del planeta alguna mujer está siendo prostituida y tal fenómeno es tratado como si fuese una elección, y no producto de falta de oportunidades o única respuesta a situaciones críticas. Havoscope, página especializada en mercados negros, aseguró que el «trabajo sexual» estaba en segundo lugar con más ingresos, superado solo por la falsificación de dispositivos electrónicos.

Los países que más prostitución consumen son China, España y Japón. España es el tercero con mayor consumo no solo en Europa sino en todo el mundo, según cifras de la ONU. La creencia asociada al carácter comercial de las mujeres ha hecho que, de acuerdo con datos de la asociación Médicos del Mundo, cerca de cuarenta y cinco mil mujeres y niñas sean explotadas sexualmente en territorio español. Las autoridades se han pronunciado contra estos hechos, asegurando que tomarán

acciones «legales y contundentes» tanto para los proxenetas como para quienes visiten los prostíbulos, lugares que la Secretaría de Igualdad del PSOE califica como cárceles, aunque la opinión pública los siga llamando *clubes nocturnos* o *de entretenimiento*.

La esclavitud sexual y la prostitución forzada son una realidad en la Venezuela migrante de hoy; se estima que un 63 % de las víctimas son mujeres que, según explica la asociación civil Éxodo, en muchos casos son engañadas con ofertas laborales o estudios en el exterior.

En Suecia se penaliza a quien pague por tener relaciones sexuales. En 1999 este país fue el pionero en penalizar a los clientes de la prostitución, que pueden enfrentarse a hasta un año de cárcel. Su modelo se basa en el principio de que la prostitución es una forma de violencia contra las mujeres y una muestra de desigualdad de género. En los últimos tiempos este modelo, llamado nórdico, se está expandiendo. Se ha aprobado en Islandia, Canadá, Singapur, Sudáfrica, Corea del Sur, Irlanda del Norte y Francia. También en Noruega, con el añadido de que ese país también persigue a quienes hacen turismo sexual.

El Parlamento Europeo instó en 2014 a los Estados miembros a adoptar fórmulas similares y Bélgica, Irlanda y Escocia debaten actualmente proyectos de ley basados en el nuevo abolicionismo. Otros países, como Finlandia, han apostado por un sistema híbrido: castigan la compra de servicios sexuales, pero solo si la prostituta es víctima de las redes de trata.

¿Lo ven? Estos países desarrollados entienden que no puede haber bienestar si se ataca la dignidad de las mujeres y con ellas se alimenta a redes criminales.

En Suecia, diez años después de que la ley entrara en vigor, el número de compradores de sexo ha descendido del 13,6 % a menos del 8 % de la población, según datos del Instituto Sue-

co. «La norma tiene un objetivo disuasorio sobre los potenciales compradores de sexo. También ha servido para reducir el interés de diversos grupos o individuos de establecer actividades organizadas de prostitución en Suecia».

Conceptualicemos bien y usemos los términos correctos para politizar correctamente. No digamos más *trabajadoras sexuales*: eso no es un trabajo. Se dice *mujeres prostituidas*, no *prostitutas*. No son *mujeres de la vida fácil* ni es *el oficio más viejo del mundo*.

Además de no llamar a las cosas por su nombre, como cuando a los femicidios les dicen *crímenes pasionales*, tampoco funciona ocultar o ponerle brillo a la prostitución. Tenemos varios ejemplos a la mano. Desde la Asociación Mujeres Meretrices Argentina denuncian sitios que actúan bajo fachadas comerciales de masajes o terapias. En Colombia los anuncios e invitaciones camufladas llegan a universidades, tanto públicas como privadas, donde se oferta mucho dinero por «solo divertirse» con turistas. En muchas familias existe una doble moral respecto a la prostitución y que la primera relación sexual de los hijos varones sea en un prostíbulo se considera una tradición incuestionable.

En tiempos de apps no es de extrañar que a través de internet se promueva como en un catálogo lo que muchos denominan *prostitución 2.0*: sitios donde mujeres jóvenes (llamadas *sugar babies*) llegan a acuerdos con hombres mayores (*sugar daddies*) para que estos las apoyen financieramente a cambio de tiempo y atención, que según algunas de ellas no siempre termina en una relación sexual, aunque sí puede suponer el envío de fotos o videos de ellas desnudas. Otras páginas de prostitución 2.0 combinan el estilo de Amazon y TripAdvisor, con calificaciones y recomendaciones de los usuarios según los servicios de las mujeres en la plataforma. Según sus creadores,

alcanzan el medio millón de visitas al mes. Podemos hacernos una imagen de la industria en que se ha convertido esta forma moderna de esclavitud y de las múltiples máscaras que usa.

Las violaciones pagadas no pueden ser reguladas porque las mujeres, adolescentes y niñas no son un producto comercial. La prostitución, la pornografía, los vientres de alquiler son todos manifestación de un mismo sistema patriarcal opresor que cosifica y mercantiliza nuestros cuerpos para beneficios monetarios de unos pocos. Debería caer todo el peso de la ley sobre los proxenetas y consumidores de prostitución que pagan para violar, y a las mujeres que han recurrido a esas prácticas deberían ofrecérseles opciones de emancipación económica y productiva para no tener que volver a hacerlo.

No caigamos en la trampa de asociar prostitución con libertad sexual. Si en nuestro cuerpo de verdad reinara nuestra decisión, podríamos abortar tranquilamente solo con desearlo y eso aún no ocurre en la mayoría de los países. La prostitución es un negocio de proxenetas que se lucran haciendo creer a las mujeres que son libres y que las feministas somos mojigatas por pedir su abolición.

Conversa con mujeres que estén en el mundo de la prostitución o hayan salido de él para que conozcas sus vidas de sufrimiento. Toma nota de que la mayoría están entre las más pobres y tienen historias de terror. Ninguna mujer nace para *puta* como ideal de realización personal. Ningún padre o madre proyecta para sus hijas la prostitución como carrera o fuente de realización personal. No es un trabajo. La proporción de hombres que se dedican a la prostitución es mínima en comparación con las mujeres. Se ve claro que en este terreno se reproduce la misma jerarquía de poder entre los sexos que vemos en otros espacios. El problema es estructural y es sistémico.

Apoyemos a organizaciones que trabajan por denunciar malos tratos y esclavitud sexual de mujeres que se alquilan para no morir de hambre junto con sus hijos. Defendamos el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos en libertad... pero libertad de verdad, sin alimentar más un sistema prostitucional que tantos beneficios ha aportado al patriarcado a lo largo de la historia.

Mujeres no feministas y sororidad

11 de marzo de 2020

El machismo es reproducido por hombres y mujeres. Quizá la represión masculina en relaciones paterno-filiales, de pareja, de autoridad eclesiástica, de autoridad educativa, de supervisión laboral y en casi cualquier ámbito de conexión entre un hombre y una mujer tenga tanto arraigo, con ejemplos tan nítidos y vigentes, que resulte en comparación menos atractivo que valorar la represión machista y patriarcal que ejerce una madre sobre su hija, una maestra sobre sus alumnas, una jefa sobre una o varias empleadas, entre otras relaciones que reproducen valores alejados de una ética sensible al género.

Pero las mujeres tenemos un papel determinante en las transformaciones equitativas, por lo que ganar espacios de adhesión sobre el conjunto general de las mujeres, adolescentes y niñas del planeta resulta una tarea primaria y transversal a todo el movimiento feminista.

Esto me lleva a considerar dos elementos de costo-oportunidad derivados de esta decisión. *Uno*, los hombres no forman parte de los avances esperables en sororidad, más allá de que puedan o no ser feministas y trabajar junto a nosotras por un mundo igualitario. No es ninguna forma de rechazo: es una diferencia en torno a la sororidad. La sororidad es femenina o

no es. Bienvenida la sensibilidad, solidaridad y proactividad masculina en este proceso transformacional.

Dos, las mujeres, incluso las que no creen en el movimiento feminista y piensan que el mundo es mejor sin la igualdad de género (es decir, mujeres que se sienten cómodas en el espacio machista patriarcal y además creen que es su deber defenderlo), merecen una atención sistemática, innovadora y paciente por parte de las feministas.

No es razonable plantear este asunto como una simple lucha ideológica, como si mi deber de «socialdemócrata liberal» fuese convencer a los «socialistas» o mi deber «socialista-marxista» fuese convencer a los «socialcristianos». Muchos de los esclavos que fueron liberados tras los cambios institucionales que hicieron ilegal la esclavitud reaccionaron negativamente a la nueva legislación y defendieron su lugar en el régimen que los esclavizaba. Las gestiones para retrotraer la situación de estas personas a su condición natural de seres libres implicaron, en muchos casos, años de transformación educativa, con reminiscencias hasta la actualidad. Por ejemplo, la segregación racial fue legal hasta hace pocos años en países como Sudáfrica o Estados Unidos, y no es extraño que se sigan estudiando las repercusiones de esos procesos en la cotidianidad social actual en esos países.

Es necesario plantearse un ideario básico, un centro pivote flexible del diálogo, aun considerando los extremismos religiosos o ideológicos. Porque si creemos que hombres y mujeres, siendo diferentes, tenemos el derecho a ser tratados como humanamente iguales, entonces la vocación de las mujeres con ciertos roles y ciertos estereotipos tiene cabida en un mundo igualitario, siempre y cuando surja realmente de su voluntad. Como ese ejercicio de voluntad es hoy en día dudoso, la pelea incluirá por muchos años los cambios jurídico-institucionales que hagan inviables muchos de los roles que hoy se defienden,

por resultar inmorales desde el punto de vista de la sensibilidad de género (por ejemplo, la poligamia o el matrimonio infantil).

Pero nosotras, las mujeres feministas, nos debemos a un ejercicio de sororidad que va más allá del planteamiento ideológico o teológico. Necesitamos ampliar considerablemente y durante mucho más tiempo el plan de liberación mental (y el plan político institucional, cultural y social que lo respalde) que reciba a tantas mujeres estrechadas en el cerco machista y patriarcal, para que más y más niñas y mujeres puedan dar el paso adelante que haga de todas ellas centros autónomos de decisión personal, familiar y comunal, plenas de poder, libres para decidir.

Proximidad, más que distancia; centro común, más que extremo divergente; innovación, más que discurso único. Hagamos de la sororidad un acto compartido y global, sin limitaciones ni fronteras. Hablemos con todas.

La normalidad es machista

18 de marzo de 2020

La normalidad es machista, porque machista es nuestra cultura general y machistas son muchas costumbres generalizadas en los hogares y familias y muchas prácticas educativas habituales en las escuelas. Las conductas sociales, religiosas, vecinales, laborales, político-partidistas y de cooperación altruista más comunes suelen ser machistas y muchas veces la modernización de sus esquemas no pasa de un «retoque», más estético que ético.

Creo que los cambios culturales son difíciles de valorar en medio de las coyunturas que buscan alterar el *statu quo*. En

ocasiones hablo con gente involucrada en reivindicaciones feministas y no siempre resulta fácil acordar qué alcances y qué tipo de objetivos resulta razonable promover, gestionar y acordar (otras veces pelear) en la busca de la igualdad de género. Es un asunto muy difícil porque el feminismo no es un movimiento homogéneo.

En algunas redes de organizaciones feministas, repitiendo ciclos de foros, marchas, actos culturales y otras actividades relacionadas con la militancia se respira cierta complacencia, como si en verdad se hiciera todo lo posible. Otras veces lo que se respira es cierta frustración, por no poder avanzar al ritmo que a algunas nos gustaría.

Por otro lado, un grupo significativo de gente descrea abiertamente de la acción feminista y otro subgrupo de este se le opone abiertamente, ya sea desde la religión, desde perspectivas ideológicas conservadoras o simplemente desde clichés como «feminismo = progresismo = comunismo» o «feminismo = antihombres».

Para completar, en una suerte de espejismo de transformación cultural, el sistema de defensa patriarcal, aferrado a sus costumbres, asimila las conquistas del feminismo en un plano meramente formal, desde el discurso, como si la igualdad fuese una concesión graciosa, como diciendo «total, las mujeres lo merecen».

Hace falta ver las cosas en perspectiva, pero, más que celebrar los microcambios o logros graduales, urge afianzar e institucionalizar los logros a través de la reconstrucción de los idearios cotidianos de la normalidad. ¿Cuándo será normal la igualdad? Lo he dicho antes: la igualdad se logrará cuando resulte inconcebible usar el sexo como criterio para diferenciar funciones sociales.

Cuando no haga falta celebrar el Día Internacional de la Mujer porque deje de ser necesario que las mujeres, por su condición de mujeres, requieran reunirse para llamar la atención sobre las condiciones sociales que les impiden realizarse en igualdad. En fin, cuando no hagan falta las organizaciones feministas.

Normalizar es la gran tarea: luchar contra los hábitos discriminatorios actuales, pero no negándolos, como quien levanta un dedo contra el sol, sino reconociéndolos y trabajándolos, centímetro a centímetro, institución por institución, práctica social por práctica social, hasta que la nueva normalidad haga obsoleto, extraño y extraordinariamente minoritario cualquier esfuerzo por destacar los problemas del machismo y el patriarcado.

No aspiramos a una sociedad sin diferencias sexuales, aspiramos a una sociedad en la que el sexo deje de ser un eje crítico para establecer esas diferencias. Alteremos nuestra normalidad para normalizar costumbres más justas y potenciadoras del ser, más allá de las habituales limitaciones que nos imponen por nacer hombres o mujeres.

Esta puede ser la oportunidad

25 de marzo de 2020

Tiempos de cuarentena, recogimiento, aislamiento social. Lo que estamos viviendo es muy duro, sobre todo para una sociedad hiperconectada, construida con base en redes y relaciones. No cabe duda de que esa capacidad de relacionarnos nos permite avanzar en muchos terrenos, pero no deja de ser irónico que sea justamente lo contrario a su práctica lo que nos salve

de una amenaza planetaria como la que estamos viviendo. Al mismo tiempo, como todas las crisis, nos ofrece distintos panoramas que orienten cambios a futuro.

Ya muchos advirtieron que este modelo no era sostenible por diversas razones. La explotación ilimitada de los recursos naturales, el cambio climático, la transgresión de derechos humanos fundamentales, guerras de todo tipo, regímenes autoritarios, fundamentalismos religiosos, violencia machista, consumo irracional, individualismo, capitalismo duro sin foco en la gente. Todo ese cóctel de malas decisiones políticas, sociales y económicas acumuladas por años nos trajo hasta aquí.

En vista de estos resultados, no es descabellado afirmar que, estando el mundo dominado por esquemas patriarcales de conducción masculina y con una clara exclusión de las mujeres a lo largo de la historia conocida, una nueva forma de liderazgo tiene que emerger como alternativa a todo este desmadre (*despadre* quedaría mejor en el contexto de lo que quiero transmitir).

Por ello, y al margen de la tendencia ideológica de cada quien, emociona mucho leer el discurso pronunciado por Angela Merkel en Alemania sobre la pandemia de coronavirus, básicamente porque logra transmitir valores poco usuales en el lenguaje tradicional del poder político: transparencia en el manejo de la información, claridad de mensaje, opciones humanitarias, solidaridad mancomunada, consumo racional, defensa del derecho a la salud de toda la población.

Merkel habla de gente, no de estadísticas. Reconoce la labor del personal sanitario y de los empleados en sectores precarios, justamente quienes menos ganan, y que hoy son quienes mantienen la rueda girando. Garantiza abastecimiento y actividad económica en la medida en que sea posible. Habla de democracia, de sacrificio colectivo con sentido, de cono-

cimiento, de participación democrática. No disfraza la cruda realidad del desempleo y recesión que se avecina y para ello pide disciplina, medida, conciencia social, empatía, apoyo solidario, protección conjunta, consideración por los demás, auxilio mutuo.

Habla de emociones, de la necesidad de cercanía física, de abrazos y tacto, de compañía: «como familias y como sociedad, encontraremos otras formas de acompañarnos... Esta es una situación dinámica y seguiremos siendo capaces de aprender, para reconsiderar en cualquier momento las cosas y poder reaccionar con otros instrumentos. Apelo a ustedes: aténganse a las reglas que regirán el próximo tiempo...». ¡Qué básico y qué importante todo esto! ¿Un virus tuvo que venir a enseñarnos a vivir un nuevo orden social?

A grandes males, grandes remedios. Quizá esta sea la oportunidad para derrumbar las múltiples jerarquías de poder erigidas en torno al sexo, la clase, la raza. A lo mejor es el momento de adoptar valores feministas propulsores de igualdad y darnos cuenta de que ningún ser humano es mejor que otro, que no valen más quienes más tienen o que valen menos quienes no comulgan con ciertas prácticas sociales.

Es momento de revisar el concepto de poder y éxito, de dudar sobre lo que hasta hoy consideramos normal, de ensayar una nueva forma de entendimiento, de mirar con nuevos ojos los aportes de las mujeres, de no discriminar ni atribuir calificativos que quiten méritos a nadie en función de su sexo. De revisar la forma y conceptos en los que educamos a nuestra descendencia para que abracen la diversidad, el respeto a las diferencias, la conciencia comunitaria.

Es momento de que las mujeres surjamos de esta crisis con más poder y logremos equilibrar la balanza con los hombres para tomar decisiones más inclusivas y por ende más efectivas en términos de desarrollo humano a largo plazo.

Transformemos esta incertidumbre y ansiedad que sentimos ahora en energía creativa para repensar el futuro con perspectiva amplia. Hagamos de la vulnerabilidad compartida una fortaleza para ser más flexibles, más comprensivos, menos adeptos a la perfección o al dominio social sobre otros seres humanos. Como nunca antes, el feminismo tiene una enorme oportunidad de mover el tablero y sentar las bases de un mundo más vivible.

La cuarentena como privilegio

1 de abril de 2020

Valentina trabaja como *community manager* de una empresa en Madrid. A pesar de que este trabajo perfectamente puede hacerse de manera remota, su jefa no le permite faltar a la oficina, porque es su voluntad. Valentina es venezolana, con papeles a medio tramitar, y teme quedarse sin ingresos para pagar sus gastos en estos días si se niega a asistir. Sale de su casa con miedo de contagiarse, pero es mayor el miedo a quedarse desempleada.

Gloria limpia casas en Bogotá. Vive al día con lo que gana trabajando. En su casa viven hacinados sus cuatro hijos y seis nietos, que dependen del trabajo informal que todos realizan para poder comprar comida y pagar la renta. Si Gloria se queda en casa, colapsa el grupo familiar. A sus setenta años aún es la responsable de cuidar, cocinar y atender enfermos en su casa. Pero también en las casas donde ha servido toda la vida esperan que ella llegue a mantener la limpieza, justamente necesaria en medio de esta pandemia.

Amalia es mamá de tres niños, jefa del hogar, soltera. Vive en Maracaibo sin agua, sin transporte, con luz solo a veces. Es profesora de universidad, pero se redondea el sueldo vendiendo tortas porque lo que devenga dando clases no llega a los diez dólares mensuales. Ahora tiene a los hijos en casa sin escuela, sin nadie que los atienda cuando ella sale a buscar lo que necesita para mantener el negocio. Pero si no vende, no come. Además, tiene que ayudar a los niños con las tareas. No tener internet ni computadora decente puede provocarles rezagos educativos.

Valentina, Gloria y Amalia no pueden acogerse al #QuédateEnCasa que los gobiernos han decretado por razones sanitarias y epidemiológicas muy válidas para detener los contagios, básicamente porque carecen de las mínimas condiciones sociales y económicas para mantenerse a salvo de la pandemia.

Para entender esto vale la pena repasar lo que significa un privilegio. Privilegio es una ventaja especial o una exención de una obligación que disfruta alguien por la concesión de un superior o por su propia capacidad y circunstancia. Los privilegiados gozan de mejores condiciones que los ciudadanos comunes.

Pero hay varios tipos de privilegios, según leemos en el diccionario de la Real Academia. Privilegio local es el que se concede a un espacio determinado y que no existe fuera de sus fronteras. Privilegio personal es el que se otorga a un individuo en concreto y no se transmite a sus sucesores. Privilegio odioso es el que se define porque al otorgarse a una persona se perjudica a un tercero. Privilegio remuneratorio es el que se da como premio a alguien que ha llevado a cabo una acción que merece ser reconocida, alabada y recompensada.

Se conoce como clase privilegiada a aquella que dispone de mayor poder y riqueza y que, por lo tanto, constituye una

élite. Un grupo social privilegiado es el conjunto de personas que disponen de medios económicos y productivos, cuentan con acceso a todos los servicios, viven en casas confortables, disponen de ahorros, etc. Los menos privilegiados o los no privilegiados, en cambio, son pobres, no disponen de acceso a la salud y la educación, subsisten en viviendas precarias y sufren el desempleo.

Por regla general, siempre que un derecho humano, aunque en principio parezca universal, sea ejercido por un pequeño grupo de personas, puede que sea de fundamento un derecho, pero para los que lo disfrutan es un privilegio.

Por las redes leemos todos los días llamados furibundos a quedarse en casa, dando opciones para pasar el rato de forma creativa y productiva vía internet: emprendimientos, yoga, manualidades, conferencias en vivo, cursos, libros digitales, obras teatrales, recetas de cocina, conciertos de famosos por las redes, gratis y «accesibles». Se multiplican los llamados a reflexionar sobre el sentido de la vida y el necesario reenfoque de prioridades. Son momentos para bajar la marcha, meditar y estar en calma. Eso está muy bien para quien pueda darse el lujo de comer al final de la sesión de yoga o del concierto virtual.

Pero no todos tienen esos privilegios, porque para hacer la cuarentena (sin tiempo definido) debes contar con suficientes ahorros, subsidio o algún ingreso fijo, ya sea del Estado, de una empresa que asuma tu cesantía o de una renta que te permita seguir pagando las facturas. Debes tener capacidad para almacenar comida y provisiones, servicios básicos que funcionen, seguridad en las calles y en la casa, acceso a medicamentos, artículos para evitar contagios, mucha agua y jabón.

Sobre todo, debes tener un teléfono inteligente, internet con un ancho de banda respetable, equipos de computación,

conexión a redes para aprovechar opciones de comunicación, entretenimiento, teletrabajo y formación para tus hijos y para ti. Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, apenas 45 % de los hogares en América Latina tenían esas posibilidades en 2018; la brecha mayor se da en zonas rurales o en países subdesarrollados.

El cuadro se complica cuando hay niños, eres mujer y eres pobre. Por todo esto, una medida tan necesaria como la del confinamiento puede traer consecuencias negativas y ampliar aún más la brecha entre sexos y clases.

Hemos presenciado escenas de personas que desde sus balcones insultan a quien pasa por la calle y, en el absoluto desconocimiento de sus circunstancias, le tildan de inconsciente o ignorante. Puede ser una Valentina, una Gloria, una Amalia, que quisieran guardar la cuarentena, pero ni pueden ni tienen con qué. Los gobiernos están contabilizando las cifras de contagiados y muertos por el coronavirus, pero luego habrá que contar a los que mueran por desempleo o por enfermedades vinculadas con el hambre, la violencia y la pobreza que traerá todo esto.

Si eres del grupo de quienes se puedan quedar en casa, no te sientas culpable por tus privilegios, pero reconócelos. Y mientras los gobiernos no se ocupen de asegurar que los derechos no sean solo para el disfrute de unos pocos, intenta ayudar a otros desde tu posición, con más empatía y solidaridad.

Lo doméstico en tiempos de cuarentena

8 de abril de 2020

Los hombres empleados y con trabajo formal siguen siendo abrumadora mayoría en hogares en los que solo uno de los miembros de la pareja heterosexual trabaja. En los hogares

donde ambos trabajan, la sobrecarga de horas vinculadas a los cuidados del hogar y las atenciones a niños y adultos mayores suele recaer mayoritariamente en las mujeres. En las encuestas oficiales de uso del tiempo realizadas por los gobiernos de América Latina puede constatar que en la mayor parte de los países la proporción de tiempo dedicado a quehaceres domésticos y cuidados no remunerados de las mujeres triplica el de los varones.

El Banco Interamericano de Desarrollo registra un alto porcentaje de mujeres de la región con trabajo informal o a tiempo parcial para poder conciliar trabajo y familia, comparado con sus pares masculinos. En promedio, 73 % de las mujeres hacen labor doméstica sin paga. Estadísticas mundiales de todo el planeta confirman una y otra vez que las mujeres ganan menos que los varones, hacen más trabajo doméstico no remunerado, enfrentan tasas de desempleo más altas y son más pobres, ganan menos dinero, son dueñas de menos propiedades y poseen menos riqueza cuando se jubilan. Aunque tienen más estudios que los hombres, enfrentan más obstáculos para llegar a lugares de poder. Estos datos no los recogen gobernantes ni decisores de políticas públicas, a pesar del enorme impacto que tiene en la sostenibilidad del modelo económico a largo plazo.

Las grandes batallas feministas por incrementar el poder de las mujeres en el espacio público tienen como contracara batallas individuales y silentes por equilibrar la carga de trabajo en el hogar. Más allá de ejercicios puntuales de redistribución, el feminismo enfrenta la guerra cultural por resignificar estos cuidados para generalizarlos, es decir, desfemenizarlos, y también para destacar la enorme aportación de estas labores, realizadas por mujeres y sin retribución monetaria ni valoración social, al sistema productivo.

En tiempos de cuarentena por la COVID-19 parece que, allí donde es factible cumplir el “Quédate en casa” (en un artículo anterior ya comentamos que para media Latinoamérica era extremadamente difícil y en muchos casos imposible confinarse y seguir generando ingresos para comer), se abren oportunidades para redistribuir los cuidados a niños y adultos mayores y las tareas del hogar. ¿Habrá llegado el momento de corregir la distribución asimétrica de los cuidados?

En estos días hablaba con una amiga de esas nuevas interacciones que la cuarentena ha dibujado. Ella es una mujer acostumbrada al gobierno del espacio privado de su hogar, en una clase media sin grandes compromisos financieros, pero también sin grandes lujos. En su casa viven de los ingresos profesionales de su marido y del alquiler de un apartamento. Tiene dos hijos adolescentes y un tercero más pequeño que le ocupa mucho tiempo de su semana habitual. No tiene quejas, pero estaba completamente desacostumbrada a tener a su marido todo el día en la casa. Me decía que ni los domingos pasaban todo el día juntos, porque él solía visitar a su familia y ella sólo algunas veces lo acompañaba.

Aunque ambos eran muy dados a la familia, él casi todos los días trabajaba en su despacho de siete a siete y ella se organizaba para que cenaran juntos. Ahora él parece un león enjaulado y ella ansía que acabe esa situación. Le pregunté sobre las tareas de la casa y ella, ajena a los planteamientos feministas sobre este tema, ante la idea de que su marido lavara su propia ropa sólo se reía. Él a veces se anima a cocinar, pero el desastre que deja en la cocina les toca a ella y su hija mayor.

Las tareas domésticas son ejemplo cotidiano de una especialización del trabajo con marcados matices de género. Si el grueso de los hogares tiene al varón o a ambos trabajando en la calle y de repente ambos deben estar en casa, ¿se repartirán

homogéneamente las tareas de cuidados? ¿O será más común que la mujer siga recogiendo y sacudiendo la casa, lavando la ropa y haciendo la cena, además de ahora dar clases a los hijos y atender remotamente su trabajo? ¿Qué tan habitual será ver a señores “fastidiados» frente al televisor, incrédulos ante la ausencia de sus espectáculos deportivos favoritos, esperando que les sirvan el almuerzo?

La superación del matrimonio arreglado, la tutela masculina y la necesidad de pedir permiso para estudiar fueron parte de batallas esenciales del feminismo en el pasado y aún lo son en muchos lugares del mundo, sobre todo en medios rurales de países en vías de desarrollo. El acceso laboral también. El ejercicio pleno de funciones laborales directivas y en sectores medulares de operación e ingeniería, por ejemplo, son demandas en marcha. La lucha contra la cosificación de las mujeres en la publicidad y en los imaginarios culturales sigue siendo un punto de la agenda.

Pero media guerra del feminismo, cualquiera que esta sea, se libra cotidianamente en medio de la idealización del hogar con una mujer callada, sumisa, arregladita y feliz en espera de su marido proveedor. Las feministas no tenemos nada en contra de una mujer que desee parir y priorizar su condición de madre por encima de su desarrollo profesional o empresarial en lugar de compartir tareas con su pareja. El modelo es válido siempre que surja de la absoluta libertad de elección, en condiciones y proporciones semejantes a las que podrían llevar a un hombre a acompañar desde la casa la carrera profesional de una mujer mientras él se dedica a los cuidados de los pequeños y los mayores. Sin embargo, la conducta observada en la mayor parte de las sociedades del planeta demanda una gran cantidad de esfuerzos para reducir, reconocer y equilibrar las cargas domésticas y romper el estigma de las mujeres que no comulgan con el modelo tradicional, de base esencialista y religiosa.

En tiempos de coronavirus, quienes acceden a redes y quienes estén convencidos de que el mundo debe aprovechar la crisis para avanzar como sociedad, no solo para evitar el impacto de las nuevas morbilidades que trajo esta pandemia, sino para cuestionar seriamente la morbilidad emocional y social de raíz sexista, deberían movilizarse y practicar modelos más equitativos, inducirlos desde la comunicación familiar temprana, desde el sistema educativo formal (especialmente en preescolar y básica) y desde el espacio de la salud familiar con el que se inicia la seguridad social.

No permitamos que el confinamiento refuerce y amplíe las brechas de género. No cedamos a las presiones de considerar que esto no es prioritario porque hay gente muriendo. Mi experiencia es que, si no exigimos incorporar perspectiva de género en este y otros problemas sociales, no habrá transversalización y las respuestas siempre serán limitadas. Abramos espacios de asistencia social en línea para que todos, mujeres, hombres, adolescentes, niñas y niños, conversemos sobre el necesario equilibrio de la carga doméstica y los cuidados, como tarea prioritaria en medio de la cuarentena.

¿Y al machismo cuándo lo declararán pandemia?

11 de abril de 2020

A la fecha van ciento tres mil muertes por coronavirus y casi dos millones de infectados a nivel mundial. Sin duda alguna estamos viviendo una epidemia de altas proporciones por su carácter global y por los efectos negativos al sistema económico y social de los países afectados.

La Organización Mundial de la Salud declaró a la COVID-19 una pandemia y enseguida se tomaron las medidas necesarias

para contener el virus y aplanar la curva de infectados. Hoy en algunas ciudades puede pensarse que lo peor ya pasó, pero otras están en plena virulencia, tratando de aprovechar las lecciones aprendidas para disminuir la velocidad de contagio y la proporción de muertes.

El machismo, sistema basado en la suposición de que las capacidades de las mujeres están por debajo de las de los hombres y en virtud de eso les concede a estos una serie privilegios, ha matado a muchas más mujeres que la COVID-19 a lo largo de la historia de la humanidad, pero aún no lo declaran pandemia, a pesar de que afecta a todos los individuos de todos los países, razas y credos y que es de naturaleza congénita, ya que se adquiere desde el momento mismo del nacimiento.

Los femicidios (asesinatos intencionales a una mujer por el hecho de ser mujer) son la expresión extrema del odio, desprecio, discriminación y violencia contra las mujeres. Son la cara visible del sistema machista, de ese inmenso iceberg que muchas veces oculta otras expresiones de dominación difíciles de cuantificar. Si los mismos femicidios tienen complicaciones para ser identificados como lo que son, imagínese un insulto, una descalificación, un rechazo a un puesto laboral por ser mujer, un acoso en la calle, una violación, un golpe o tantas otras muertes simbólicas resultado de las manifestaciones machistas habituales, que expresan síntomas preexistentes al femicidio.

La recopilación de datos oficiales y firmes sobre casos de femicidio es un reto, sobre todo en nuestros países latinoamericanos, debido a fallas en la codificación de los casos, a la ausencia de información sobre la relación entre la víctima y el asesino o a la falta del entrenamiento necesario de los agentes policiales y judiciales para distinguir muertes por femicidio. Esto hace que se termine por categorizarlas como *violencia doméstica*, *robo*, *drogas*, *venganza* o *rencilla* o simplemente *motivo desconocido*. Así, pues, nos encontramos de frente con

problemas de subregistro crónico que impiden conocer la dimensión del problema.

De acuerdo con la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), los gobiernos comenzaron a cuantificar los casos de femicidios en los países de América Latina y el Caribe en 2009, «en un contexto en el que este crimen no estaba tipificado en la mayoría de los países de la región». Es decir, el conteo es reciente, pero quedaron atrás, sin contabilizarse, años de violencia por razón de género y de casos no reportados o siquiera denunciados.

A pesar de todas estas dificultades, organizaciones no gubernamentales y organismos internacionales hacen esfuerzos por contabilizar cifras reales. Gracias a eso hoy sabemos que los datos sobre la naturaleza y la prevalencia del femicidio están aumentando en todo el mundo y, de manera muy preocupante, en nuestra región, como revela el Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe. Sabemos que catorce de los veinticinco países con más femicidios se ubican en América Latina, que solamente en México se registró un crecimiento del 111 % en 2019 y que más de tres mil quinientas mujeres fueron asesinadas por razones de género en Latinoamérica en 2018, entre otros horrores. Vale la pena revisar el informe de AFP Factual para comprobar cómo en cada país estas cifras van en aumento, como si de un reporte de guerra se tratase.

Con todo, como aseguró Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, ni la tipificación del femicidio como delito ni su visibilización estadística han sido suficientes para detener esta expresión de violencia contra las mujeres.

Conteniendo a una pandemia, fortalecen la otra: mandan a todo mundo a quedarse en casa para frenar a la COVID-19 pero el lugar más peligroso para una mujer es su hogar, de

acuerdo con un informe de la ONU: «es una realidad en todo el mundo: el mayor peligro que pueden enfrentar las mujeres está en sus propios hogares. En 2017, más de la mitad de las mujeres víctimas de homicidio fueron asesinadas por su pareja o parientes cercanos».

Desde la Secretaría General de la ONU, la Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios y otras organizaciones que trabajan con casos de violencia de género alertan de que la medida del aislamiento social aumenta la violencia y los crímenes por femicidio. Según una nota de la periodista argentina Luciana Peker, en España dispusieron que las víctimas puedan ir a hoteles y que las trabajadoras de los centros de acogida estén protegidas; en México aumentaron en un 50 % las denuncias de violencia y piden fondos para sostener los refugios; en Paraguay piden que se abran centros para que las mujeres puedan pasar la cuarentena como cuando se abrieron hoteles para quienes llegaban de Europa. No sabemos si estas demandas se tomarán en cuenta, pues las afectadas son las mujeres.

Léanse, por no ir más lejos, las ofensivas declaraciones del presidente de Uruguay, Luis Lacalle Pou, ante los nuevos casos de femicidio cometidos en cuarentena en su país: «lamentablemente es un efecto colateral muy grave del confinamiento [...] pero hay que poner en la balanza. El bien tutelado siempre es la vida. Lamentablemente la vida no se nos va solo de una manera: se nos va de varias, y en ese sentido es que tenemos que ser equilibrados». Qué fácil es desdeñar el problema cuando la vida que se va es la de las mujeres, como si fuésemos un segmento «colateral» de la sociedad y no el 50 % de su población.

Todos en este planeta estamos contagiados de la pandemia machista. Las feministas contamos como casos en recupera-

ción, pero muchas mujeres han muerto en el camino y otras miles morirán, y ni llega la vacuna ni el tratamiento cuenta con los recursos suficientes para atender tantos casos. Ojalá se dediquen recursos para cambiar de raíz esta cultura que históricamente nos ha dejado fuera de todos los procesos de formulación de políticas públicas que impactan las vidas de las mayorías.

Para hacer visible una violencia que no cesa y para que la sociedad y los Estados pongan frenos más eficientes de una vez por todas, urge declarar pandemia al machismo.

Hogar, trabajo y poder compartido gracias a la COVID-19

22 de abril de 2020

El mundo está siendo trastocado por las nuevas dinámicas derivadas de la pandemia de coronavirus. Algunos comienzan a hablar de un retorno del confinamiento con más economía circular, aquello de que los recursos de producción estén más cerca de los consumidores, con transformaciones menos alienadas y más próximas a las necesidades particulares de cada economía o territorio. Se habla de un retorno más sostenible, en el que se redefinan nuestras relaciones con el medio natural, con el planeta, con todo nuestro entorno.

Yo quisiera que fuera también un retorno menos traumático, para generalizar de manera más vinculante la sensibilización sobre los roles vinculados al género y crear nuevas iniciativas privadas y estatales que activen modelos culturales con menos distancia entre hombres y mujeres. Básicamente porque estamos en tiempos difíciles, y cuando se habla de tiempos difi-

les para todos, suelen ser especialmente difíciles para las mujeres, sobre todo las que viven en países en vías de desarrollo.

Mucha gente ha tenido la suerte de continuar su actividad laboral desde su casa gracias a las tecnologías basadas en conexión digital. Este cambio de escenario trae consigo la inmensa oportunidad de mejorar la conciliación familiar y laboral, involucrando más a los hombres en las tareas del hogar. Pero salgamos por un momento del espacio doméstico para repensar la distribución tradicional de roles en el ámbito social, político y laboral.

¿También cambia el espacio del poder en lo público? Por un momento parecería que toda esta situación está reconfigurando los espacios de poder en términos de género, porque las mujeres manejan bastante bien algunos conflictos, pero se trata de los relacionados con servicios, cuidados, enfermería social... Esto no refleja un cambio en los modelos de administración del poder en función del género, porque se repiten los roles estereotípicamente asignados a las mujeres.

No por casualidad se le dio tanta difusión a la nota de una periodista de la revista *Forbes* que relacionaba el éxito en el control de la pandemia en algunos países con el hecho de que están encabezados por jefas de Estado, como si ser mujer en estas circunstancias fuese un plus (tengo la impresión de que informaciones que refuerzan creencias previas son mejor aceptadas, digeridas y retransmitidas que las que, por el contrario, las cuestionan).

Pero observando con detenimiento y con una mirada más amplia, parecerían estarse redefiniendo los modelos de competitividad en los que la presencia y el contexto sexualizados marcan la relación laboral. Ya esto ha sido estudiado anteriormente con el avance del trabajo remoto. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) incorpora desde hace años múlti-

ples elementos de evaluación y valoración de los sectores más digitalizados y reconoce las dificultades de administración y regulación para estas nuevas relaciones laborales, aportando la necesaria mirada de género para entenderlo mejor.

Como ya sabemos, un importante compromiso derivado de la adopción de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas es utilizar las tecnologías de la información y la comunicación para fomentar el empoderamiento de las mujeres. Sin embargo, según un reciente informe de la World Wide Web Foundation, las mujeres tienen 50 % menos probabilidades de estar conectadas a internet que los hombres del mismo grupo de edad y con niveles similares de educación e ingreso familiar.

En corporaciones como Facebook y Google, las mujeres constituyen alrededor de un tercio de la nómina de la empresa, pero solo el 16 % de los trabajos técnicos en Facebook y el 18 % en Google están a cargo de ingenieras. En Twitter este número es solo del 10 %. Estas cifras son la norma en toda la industria. En Europa solo el 7 % de los puestos de trabajo en ingeniería son realizados por mujeres, reporta el sitio techchange.org.

A pesar de la evidente brecha, en 2019 se reportaban algunos avances en el informe anual de la OIT, «Un paso decisivo hacia la igualdad de género: en pos de un mejor futuro del trabajo para todos». En palabras de su directora de Condiciones de Trabajo e Igualdad, Manuela Tomei, «un escenario laboral en el cual las mujeres ya no estén rezagadas con respecto a los hombres puede ser una realidad, pero es necesario dar un gran salto, no solo tímidos pasos graduales». Quizá la nueva normalidad impuesta por la COVID-19 y la recomposición del tablero global que supondrá esta gran crisis traigan consigo ese gran impulso para cerrar la brecha digital y todas las otras

brechas que han dejado a las mujeres fuera de la toma de decisiones.

No quiero restar importancia al hecho de que muchas familias, muchos padres y madres, hijos e hijas, muchísima gente está quedándose sin trabajo remunerado. Así de sencillo y así de triste. No cabe la comparación entre «muertes por coronavirus» y «recesión económica y pérdida de empleo» porque la vida es un bien inconmensurable, pero lo cierto es que la disyuntiva entre actividad económica y política pública sanitaria comienza a «arder» en el discurso político (no es solo un asunto de los estadounidenses y su postura más liberal sobre la vida en sociedad).

Pero hacer de este episodio histórico una ventana de oportunidad supone que sepamos concebir, desde el feminismo, sencillos modelos culturales de interacción y relación que mejoren la distribución de la carga doméstica en el hogar y en los espacios más privados de la vida en comunidad (servicios, atención, cuidados...), así como nuevas normas de funcionamiento de las corporaciones, los gobiernos, los espacios judiciales, legislativos y, en general, el poder de lo público.

Si el feminismo es la principal revolución del siglo XXI, este coronavirus parece ser un acicate para transformar la manera como las sociedades humanas se organizan e interactúan para poder sobrevivir.

La lucha feminista no está en cuarentena

29 de abril de 2020

A mediados del siglo pasado Simone de Beauvoir sabiamente advirtió: «no olviden jamás que bastará una crisis política,

económica o religiosa para que los derechos de las mujeres vuelvan a ser cuestionados. Estos derechos nunca se dan por adquiridos, deberán permanecer vigilantes toda su vida». Esta frase de la autora de *El segundo sexo* viene a colación durante la gran crisis de la COVID-19, al observar, a la luz de algunos acontecimientos en diversos lugares del mundo, que parecemos estar ante una real amenaza que puede poner en jaque años de lucha del movimiento feminista.

Restricciones al aborto, violencia contra las mujeres, autorización para alquilar vientres de mujeres y comprar niños, leyes que avalan los roles sexuales con el nombre de «identidad de género», acoso sexual, entre otros temas, transcurren tras los bastidores del coronavirus, guiados por *lobbistas* del patriarcado (proxenetas, decisores públicos ultraconservadores, comerciantes de trata, machos disfrazados de feministas) que, aprovechando que el foco de todo el mundo está en controlar la pandemia, buscan dar un zarpazo a las conquistas alcanzadas para posponer, obstruir y retroceder en caminos avanzados por activistas y defensoras de los derechos de las mujeres.

Veamos algunos ejemplos:

Texas, Estados Unidos. Durante más de cuatro semanas, desde que se declaró la pandemia de la COVID-19, los servicios de aborto no habían estado disponibles, con el pretexto de la suspensión de los procedimientos médicos considerados no urgentes. Después de un intenso cabildeo y enfrentamientos de la organización Planned Parenthood con el gobernador, esta semana entró la nueva orden ejecutiva que considera esencial el derecho al aborto. Sin embargo, siete estados del país enfrentan batallas legales en su intento de restringir el acceso al aborto durante la pandemia.

Londres, Reino Unido. Se reportan cuatro mil arrestos por violencia doméstica en solo seis semanas, según la policía.

Los cargos aumentaron un 24 % en comparación con el año anterior cuando se pidió a las personas con síntomas de coronavirus que se aislaran. Esto equivale a casi cien arrestos por día en promedio, mientras que las llamadas por maltrato en el hogar han aumentado en aproximadamente un tercio en el mismo período. Este incremento en los casos de violencia contra las mujeres en situación de confinamiento se ha visto en todo el mundo, pero ya algunos dirigentes han opinado que la prioridad es mantener a la población libre de contagio y que esto es un «efecto colateral». Las ONG difunden sin cesar líneas de ayuda a víctimas y exigen a sus gobiernos activar los servicios de refugio y celeridad procesal para emitir órdenes de caución que las protejan de sus victimarios.

Varsovia, Polonia. En una semana se debatieron en el parlamento dos proyectos legislativos con los que se buscaba, por un lado, acotar todavía más los casos bajo los que se puede interrumpir legalmente un embarazo suprimiendo la causal de anomalía fetal severa e irreversible y, por otro, prohibir la educación sexual dirigida a menores de edad. «Este proyecto de ley resultaría en una prohibición total del aborto y, con el pretexto de prevenir la pederastia, pondría presos a quienes impartan educación sexual a los niños», advierte la Federación Internacional de Planificación Familiar. Reporta un vocero: «las propuestas —polémicas en muchos aspectos, pero también por ser votadas en plena pandemia— han sido finalmente enviadas a comisión parlamentaria, pero su aprobación queda estancada». Varias organizaciones internacionales elevaron su voz para alertar a la comunidad sobre esta alevosa intentona.

Madrid, España. Asociaciones y mujeres feministas están reaccionando a algunos de los contenidos de la polémica ley de libertad sexual anunciada por el Ministerio de Igualdad. El movimiento feminista, con gran fuerza en ese país, considera

que el borrador de esta ley incluye artículos que «atentan gravemente contra los derechos de las mujeres», «ponen en peligro las políticas públicas a favor de la igualdad» y «socavan los derechos basados en el sexo». Introduce un concepto que define el sexo como un «constructo», lo que desdibuja la base de la lucha histórica de las mujeres: «nacer con sexo hombre o mujer determina la posición estructural en el mundo y no es un dato indiferente respecto a las agresiones sexuales», explican sus detractoras. La Alianza Contra el Borrado de las Mujeres lanzó un manifiesto que denuncia «maniobras intolerables» para colar esta ley con la intención de negar que las mujeres sean el sujeto político del feminismo, con consecuencias negativas en términos de acceso a la justicia.

Granada, España. La Universidad de Granada aprobó su segundo plan de igualdad para el periodo 2020-2024. En opinión de muchas, este supone un retroceso para las mujeres: casi no las nombra y presenta un concepto de igualdad «más amplio» que el centrado en su emancipación, desconociendo con esto que somos la mitad de la población. Así, bajo el pretexto de la diversidad, los recursos que debían destinarse exclusivamente a las mujeres se asignan también a hombres para un programa de «nuevas masculinidades y comunidad LGTBQ». Es sin duda una forma peligrosa de perder espacios en nombre de la inclusión, que por cierto ya se está registrando en varias instituciones, reflejando lo que desde el feminismo radical se considera una jugada maestra del patriarcado.

Puerto Ordaz, Venezuela. Una exestudiante de UCAB Guayana denunció por redes haber sido víctima de acoso sexual por un profesor y la confesión viral de muchas otras estudiantes puso en evidencia que las universidades del país no cuentan con protocolos de prevención y atención para este tipo de casos, más frecuentes de lo esperado y aun así invisibles para las

autoridades. Organizaciones feministas lanzaron la campaña #UniSinAcoso y lograron que la UCAB prometiera investigar los casos señalados. Más de uno se aventuró a comentar agresivamente por Twitter que «no es el momento de atender estos casos», pues lo que importa es el coronavirus.

Nueva York, Estados Unidos. El estado de Nueva York aprobó, en plena pandemia, la legalización de los vientres de alquiler, «ignorando el clamor feminista que considera que esta ley mercantiliza el cuerpo de las mujeres, oprime a las que padecen falta de recursos y abre la vía de la trata para la explotación reproductiva», leemos en el *New York Times*. La nueva ley supone también una marcha atrás en la declaración que este mismo estado formuló en 1988, cuando prohibió explícitamente la subrogación comercial como «potencialmente degradante». Aunque la medida se presenta como una iniciativa progresista en favor de los derechos de las mujeres, las personas gays y la autonomía corporal, la asambleísta Deborah Glick, primera legisladora abiertamente lesbiana, puso en duda que la subrogación comercial fomente la igualdad de derechos: «esto es claramente un beneficio para los adinerados». Asombra la celeridad dada a esta ley y el momento elegido para aprobarla.

Kiev, Ucrania. Rápidamente, las empresas que comercializan vientres en la mayor granja del mundo de mujeres gestantes y bebés por encargo, adaptaron sus políticas comerciales para no perder mercado ante las medidas de confinamiento, tanto de los padres compradores como de las mujeres que les paren por encargo. La clínica ucraniana de «gestación subrogada» BioTexCom situó una cámara sobre un trípode que enfoca cada cuna para que sus clientes puedan ver a los bebés que ya nacieron, pero a los que por el cierre de fronteras no han podido pasar a recoger. Si se alarga mucho la cuarentena, ¿los

querrán grandes o los devolverán? Las comunicaciones con las madres embarazadas se hacen en línea: «antes venían directamente a nuestra clínica para ser examinadas. Ahora nuestros gerentes trabajan *online*, no hablan directamente con las madres, no permiten el contacto directo [...]. El momento crítico es el parto [...]. Si les es imposible llegar a Kiev para dar a luz, lo harán en su lugar de residencia», dice el propietario de la clínica. Imagino que la medida será para que no se contaminen y dañen la mercancía, como establecen en los contratos de «subrogación», a riesgo de poner en peligro su propia vida.

Buenos Aires, Argentina. Postergado el envío al Congreso de la ley de aborto prometido por el presidente Alberto Fernández, por el «efecto coronavirus». En la Casa Rosada no se habla de fecha concreta en la que la ley pase a discusión. Mientras tanto, la Cámara de Diputados, con parlamentarias prolegalización al frente, armó las comisiones para que se pueda empezar a debatir apenas ingrese. No pocos «provida» celebran el hecho, asociando la llegada del virus a una señal de Dios para detener el proyecto.

Como vemos en cada caso, gracias a la rápida y efectiva reacción de organizaciones de la sociedad civil actuando como red y a la difusión de los medios de comunicación social, en la mayoría de los casos relatados se ha logrado hacer visible el problema, denunciarlo, presionar y actuar a tiempo para plantarse y no dar un paso atrás en todo lo que ha costado más de trescientos años conseguir en favor de las mujeres.

Es vergonzoso que muchas de estas situaciones absurdas y retrógradas se estén dando en medio de la crisis sanitaria. Es hasta cruel e inhumano impedir que las mujeres hagamos uso de nuestros derechos para atender nuestra propia salud sexual y reproductiva y evitar el acoso y la violencia, sin que ortodoxos, religiosos, proxenetas o decisores públicos sin formación

en perspectiva de género nos digan que nuestros asuntos tienen que esperar.

Curiosamente, sin embargo, al mismo tiempo se impulsan proyectos de quienes lucran con la explotación de nuestros cuerpos y restringen libertades a las mujeres. Es más, están aprovechando la prohibición de aglomeraciones como medida de contención de la enfermedad, que impide el derecho a la protesta en las calles y con ello la capacidad de las organizaciones para manifestar públicamente su desacuerdo ante estas tropelías.

Con todo y esto, el feminismo no va a parar. No ha parado en cuarentena. Con la misma creatividad de las polacas, que convocaron a una manifestación en Varsovia consistente en mostrar paraguas amarillos desde sus vehículos para detener el avance de los ultraconservadores, y de las venezolanas, que con su activismo en redes lograron que las universidades se comprometieran a atender el acoso sexual en sus campus, las organizaciones feministas seguiremos alertando por todas las vías cualquier intento por detener o revertir las reivindicaciones y logros alcanzados. Vigilantes siempre, como nos pidió Simone.

Confinamiento y economía de género

6 de mayo de 2020

El tema ahora con la COVID-19 es que esta jornada doble ya va por triple y cuádruple. Según la Organización Internacional del Trabajo, en situación normal pre-coronavirus las mujeres realizaban el 76,2 % del total de horas/día de trabajo de cuidados no remunerado en todo el mundo. En algunos países eso significa que las mujeres les dedican el triple de tiempo que los

hombres a las labores de limpieza, comida y tareas domésticas en general, trabajo que les toca a ellas incluso cuando el hombre se encuentra desempleado y es ella la que trabaja afuera.

Pero con el confinamiento, para las mujeres se suman a sus roles habituales el de ser educadoras y cuidadoras de niños, si los tienen, o enfermeras de adultos mayores, sin soportes institucionales externos (con las escuelas, ancianatos y guarderías cerradas). Muchas son jefas de hogares monoparentales, lo que les exige proveer y generar ingresos para que la familia pueda sobrevivir. En el caso latinoamericano, esta fotografía retrata a una proporción de mujeres bastante alta.

Algunas encuestas iniciales, realizadas por varias organizaciones con ocasión de la pandemia, dejan ver el efecto sobre la salud mental y física en muchas mujeres. En algunas el estrés alcanza niveles de verdadero agotamiento, lo que aumenta sus niveles de vulnerabilidad y reduce su capacidad de afrontar la crisis.

Esas mismas encuestas, según Ana Requena Aguilar, redactora jefa de Género del diario *El Mundo* de España, muestran que los hombres están participando más, pero que la carga principal sigue recayendo en las mujeres, que son también quienes más flexibilizan sus empleos para cuidar a los demás: «aunque sí hay más contribución masculina, especialmente en lo que tiene que ver con la ropa y la compra de comida, su implicación parece mayor en las tareas domésticas físicas que en las tareas de cuidado. La igualdad queda lejos», sobre todo cuando salir a la calle a comprar alimentos es una de las pocas maneras de estar fuera del hogar. De nuevo, los privilegios como parte de un esquema de repartición que favorece más a los hombres y los exime de las labores más duras de la casa.

Dado que la cuarentena y las otras medidas de confinamiento se están prolongando en muchas ciudades del mundo, habrá

que repensar seriamente esta redistribución de roles para que las jornadas laborales —tanto las productivas como las reproductivas— sean consideradas trabajo y se compensen de alguna forma, y desde la más temprana infancia se promueva un ejercicio de renovación cultural que deje atrás la idea de que los cuidados y el hogar son responsabilidad exclusivamente de las mujeres.

La humanidad ha demostrado, en esta crisis como en anteriores, que se puede adaptar bien a los cambios. No perdamos la esperanza de que este virus nos lleve a reconfigurar el concepto de poder, a reorganizarnos socialmente y a acelerar la igualdad de género por la vía de los hechos.

La doble jornada femenina en confinamiento

10 de mayo de 2020

Pongamos sobre el tapete el fenómeno de la «doble jornada», que consiste en superponer las actividades domésticas al trabajo formal o informal que se realiza fuera de casa. Es una situación que viven mayoritariamente las mujeres, producto de la vieja división sexual del trabajo, que da por descontado que ellas se encargan de la casa y los cuidados familiares y personales, mientras los hombres salen a ganar dinero y asumen las decisiones públicas.

Este modelo cargado de estereotipos sexistas no ha cambiado a pesar de la masiva incorporación de las mujeres al trabajo fuera del hogar. Y remarco *fuera del hogar*, porque mucho de lo que se hace en el hogar es también trabajo, aunque no figure como tal en las estadísticas. Es un trabajo que no se remunera ni acumula derechos o prestaciones y se disfraza de vocación

de servicio, de amor a la familia, de deber natural, por comprender labores «propias del sexo femenino». Este trabajo no reconocido mantiene rodando la rueda de la economía, aunque su enorme contribución a la productividad no se integre a las cuentas de los países ni de las corporativas privadas.

La economía de los cuidados, reciente disciplina que alerta sobre este fenómeno, busca hacer visible y demostrar con resultados cómo las labores domésticas realizadas por mujeres sustentan las labores productivas y pone el acento en la necesaria compensación monetaria a esta labor predominantemente ejercida por mujeres.

Es común escuchar que las mujeres son las que mandan porque toman decisiones que permiten organizar el espacio doméstico y los cuidados a niños, ancianos y esposos (algunos incluso llegan a confundir esta situación con un «matriarcado»), pero la verdad es que este supuesto poder está confinado al estricto ámbito de lo privado, que repite esquemas de subordinación porque, aunque esa labor fuese remunerada, abarca tareas que son muy poco valoradas socialmente, son grandes consumidoras de tiempo y restringen a las mujeres el acceso a otras oportunidades de participación laboral que pudieran representar para ellas mayores ingresos y proyección profesional.

Para intentar conseguir una verdadera emancipación, en los años noventa surgieron las llamadas estrategias de empoderamiento, que buscaban mejorar el acceso de las mujeres a la educación y la participación política y económica, de manera que fueran conscientes de esta manipulación y aprendieran a negociar y conciliar la carga doméstica para que no recayera completamente sobre ellas solo por ser mujeres. Ha habido avances, sin duda, pero muy lentos y limitados.

Con la metáfora del «suelo pegajoso» las feministas caracterizamos la presión que ocurre dentro de la pareja, en la familia y en la sociedad para hacer creer a las mujeres que son las principales responsables de los cuidados. Algunos se basan en argumentos en favor de la maternidad y de la «maravillosa oportunidad personal» que representa para las mujeres tener un esposo y parir hijos.

Intentar salir de ese «espacio natural» representa un obstáculo fuerte para el desarrollo profesional de una mujer, por empoderada que se sienta. Para quienes intentan «despegarse», el sentimiento de culpa y las dobles jornadas dificultan la promoción profesional, tal y como está configurado en el mundo empresarial masculino.

Es un mecanismo de exclusión, porque deja a la mitad de la población fuera de los puestos de alto impacto público y del esquema de incentivos que conduce al mayor bienestar posible para todos. Está institucionalizado porque se asume como un «acuerdo social», en cuya definición, por cierto, las mujeres no participaron; nunca se les pidió su opinión para decidir un reparto tan desigual. Está institucionalizado, también, porque cualquier mujer que, desde un ejercicio de empoderamiento individual, decida prosperar profesional, empresarial o políticamente, se enfrenta al reto de la doble jornada o al rechazo del entorno familiar y social por semejante «egoísmo».

El mejor regalo para nuestras madres

13 de mayo de 2020

Me llega por WhatsApp este mensaje del administrador del condominio: «por ser un día especial, mañana domingo 10 de mayo se abrirán las llaves del agua a las 9 a. m. por treinta

minutos, como una excepción al horario habitual, con el propósito de que las mamás del edificio culminen más temprano las actividades de la casa y tengan más tiempo para disfrutar de su día».

No sé por dónde atacar este supuesto regalo a las madres de mi vecindario. ¿Destaco el racionamiento del agua en horario *premium* como bono especial por su día o la implícita aceptación de que es a ellas a quienes les toca encargarse de la limpieza o lavado de ropa o lo que sea que hagan cuando llega el agua y encima prepararse para tener un día de disfrute? Me recuerda la imagen de celebraciones del día de las madres en las que ellas cocinan, atienden a hijos y nietos y después les quedan sucios el perolero y la casa cuando se va la visita. Quizá al terminar de lavar todo aún haya agua disponible y se puedan poner «bellas» para sus maridos.

No es un chiste. Toda esta estampa criolla deriva de un protocolo patriarcal que supone que los cuidados y el sostenimiento de una casa reposan en las mujeres. Nos presentan la abnegación hogareña como virtud, la entrega a la familia como valor, el trabajo doméstico como demostración de amor y vocación de servicio. En realidad, es un papel que nos quieren obligar a representar; todos los mensajes nos lo hacen saber sin importar si somos trabajadoras además de madres dedicadas a los oficios del hogar.

Está bien documentado que en la mayoría de las empresas que no tienen perspectiva de género, a las madres se les aplica penalidad maternal (no hay aumento de sueldo mientras dure su reposo pre y post natal, ni promociones ni horario flexible), mientras que a los padres se les aumenta el sueldo por tener hijos para que sostengan mejor a sus familias. Para completar el cuadro, según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), casi la mitad de las

empresas no contrata a mujeres que retornan al mercado de trabajo después de la gravidez, por considerar que están «des-actualizadas».

En mi práctica laboral desde Recursos Humanos en una empresa con más de mil trabajadores, pudimos medir que las empleadas con un hijo tenían un 30 % de probabilidades de abandonar el trabajo para dedicarse a la crianza. La llegada de un segundo hijo subía ese indicador a 60 %. Esto no ocurría con los hombres en ningún caso.

En el estudio *The Production of Inequality: The Gender Division of Labor Across the Transition to Parenthood*, las investigadoras Jill Yavorsky, Claire Dush y Sarah Schoppe-Sullivan examinaron el uso del tiempo en una muestra de progenitores. Concluyeron que las madres llevaban la mayor parte del cuidado infantil y no disminuían sus horas de trabajo formal remuneradas. Lo interesante es que la brecha de género no estaba presente antes del parto, sino que surgía después, llevándolas a hacer más de dos horas de trabajo no remunerado adicional por día, en comparación con cuarenta minutos adicionales para los hombres.

Si bien esa ha sido la realidad que muchas madres trabajadoras han vivido desde mediados del siglo pasado, con la pandemia el cuadro se agrava, básicamente porque al rol de madre se le ha unido el de docente, enfermera, cocinera, limpiadora y sostén del hogar. Muchas dejan la vida en el afán de ejecutar todas las tareas a la perfección, lidiando con la estresante cuarentena, a veces sin ningún tipo de apoyo adicional.

Conozco a muchísimas madres que, teniendo que lidiar con todo esto, hacen malabares para poder rendir a la perfección y terminan quemadas, fatigadas e impactadas negativamente a causa de una sensación de culpa que las acompaña siempre: la culpa de no ser la «buena madre» y la perfecta ama de casa, de

no dar el 100 % de su tiempo a sus hijos, de que se traumatizen, de que se enfermen o se desvíen y mil temores más.

Basta mirar la publicidad y avisos que han surgido con la crisis del coronavirus en los que se proponen medidas preventivas de limpieza doméstica extrema, cuidados, desinfección, mantenimiento de zonas asépticas y otros trabajos para evitar los contagios: siempre muestran a una mujer como la responsable de que esto se cumpla.

En situaciones de emergencia sanitaria las madres están en primera línea de combate previniendo posibles contagios de hijos y demás miembros de la familia, cuidando a quienes se enferman, temiendo que no se abran las escuelas o guarderías o geriátricos, extremando las medidas de precaución veinticuatro horas al día, al mismo tiempo que realizan teletrabajo o salen a la calle a cumplir con su jornada laboral o a buscar dinero desde la informalidad. Es una carga exigente generadora de mucha ansiedad.

Por todo esto, el mejor regalo que podemos obsequiarle a una madre en estas fechas de confinamiento es desmontar uno por uno los argumentos culposos y consumidores de energía para sustituirlos por juicios más sanos para ella y su descendencia. No es fácil, porque de madres pasamos a abuelas y muchas veces, casi sin darnos cuenta, les transmitimos a nuestras hijas cierta carga de culpa.

Vale la pena aprovechar este día de la madre como momento para hacerles saber a todos que la limpieza de una casa y los cuidados son responsabilidad compartida entre hombres y mujeres, que la carga debe negociarse y redistribuirse, y que la educación de los hijos depende de ambos padres, de la escuela y del ejemplo que pongan todas las personas de su entorno, no solo ella.

Transmitamos que las aspiraciones de una madre son importantes y que deben proporcionarse espacios laborales flexibles sin muros maternos para que ellas no tengan que abandonar su carrera. Que cada mamá sepa que cuando llegue el agua no solo ella tiene que salir corriendo a aprovechar la media hora de suministro y que no tiene que ajustarse a la imagen de la madre-perfecta-que-puede-con-todo, de manera que viva su maternidad libre de culpas.

Desamarrarse de todos esos juicios para ser felices es lo que deseamos a las madres en su día. Mis respetos y admiración a las jefas de hogar, especialmente a las que les ha tocado vivir todo esto con niños pequeños en casa.

Las enfermeras como grupo de alto riesgo ante la COVID-19

20 de mayo de 2020

Este 12 de mayo se celebró el Día Mundial de la Enfermería, por la fecha de nacimiento de Florence Nightingale (1820-1910), notable enfermera británica y precursora del modelo de atención como hoy lo conocemos. Desde 1965 se destaca esta fecha como día para rendir homenaje a quienes aportan sus conocimientos y su trabajo para salvar vidas. Específicamente 2020 fue declarado el Año Internacional del Personal de Enfermería y de Partería.

La Organización Mundial de la Salud (OMS), la Confederación Internacional de Matronas, el Consejo Internacional de Enfermeras y el Fondo de Población de las Naciones Unidas, líderes en el ámbito de la salud, lanzaron la campaña mundial «Nursing Now» para pedir a los gobiernos, los profesionales

sanitarios y los usuarios de los servicios, que valoren a las enfermeras para que ellas mismas tengan cuidados de la mejor calidad, ya que ellas son el eje de los sistemas sanitarios al desempeñar un papel crucial en la promoción y prevención de la salud, el tratamiento y los cuidados.

También hay enfermeros. Todo el mundo relaciona la enfermería con mujeres. Curioso que hasta quienes más se oponen al uso del lenguaje inclusivo se refieren al «genérico» *enfermeras* para aludir a todas las personas que se dedican a esta rama del sector salud. Al citado día lo llaman Día de la Enfermera y no, como corresponde, Día de la Enfermería.

Incluso la OMS, organismo que debería velar por la aplicación de perspectiva de género en sus publicaciones, lo expresa en estos términos: «el personal sanitario consta de todas las personas que participan en acciones cuya intención primaria consiste en mejorar la salud. Esto incluye a los prestadores de servicios de salud, como los médicos, enfermeras, parteras, farmacéuticos y trabajadores sanitarios de la comunidad, así como al personal de gestión y auxiliar, como los administradores de los hospitales, los gestores de los distritos sanitarios o los trabajadores sociales, que dedican la totalidad o parte de su tiempo a mejorar la salud».

Las mujeres son enfermeras y parteras; los hombres son médicos, farmacéuticos, gestores y administradores. Las mujeres asisten y auxilian; los hombres deciden y lideran. Tanto estereotipo sexista en un solo párrafo y por un organismo de tal envergadura es preocupante. El problema es que, como ya sabemos, el lenguaje es generativo: confecciona realidades, preconfigura mandatos culturales. Hasta que esto no cambie radicalmente, seguiremos teniendo la balanza social mal equilibrada.

Lo cierto es que el grueso de la atención sanitaria está a cargo de mujeres. Ellas representan el 70 % mundial de quienes trabajan en labores de cuidado y atención en los sectores de salud y sociales, como enfermeras, parteras, personal de limpieza y lavandería. Qué mejor reflejo de la división sexual del trabajo que este. Nuevamente los trabajos de cuidados recaen en las mujeres, muchas veces de forma precaria, mal remunerada, infravalorada y poco reconocida.

El pasado martes 7 de abril, la misma OMS presentó el informe *Situación de la enfermería en el mundo 2020. Invertir en educación, empleo y liderazgo*, que presenta un análisis exhaustivo de la enfermería en nuestros días. Entre otros hallazgos, indica que enfermeras y enfermeros son el grupo ocupacional más numeroso del sector de la salud, ya que representan aproximadamente 59 % de las profesiones sanitarias, y recomiendan a los gobiernos generar al menos seis millones de nuevos empleos en enfermería para 2030, en particular en los países de ingresos bajos y medianos, con objeto de contrarrestar la escasez prevista y corregir la inequidad en la distribución de los profesionales de enfermería en todo el mundo.

Como las enfermeras son la mayoría de quienes realizan labores sanitarias en la primera línea de emergencia frente a la COVID-19, su riesgo de infección es más elevado. A pesar de que prodigan un enorme cuidado a los enfermos por coronavirus, ellas mismas pocas veces reciben la atención que necesitan. Las mujeres sobreviven más que los hombres a esta enfermedad por razones que aún se están investigando, pero esa ventaja diferencial en tiempo de vida no siempre se acompaña de buena salud.

Según ONU Mujeres, ante la pandemia, «si bien debe prestarse atención para garantizar las condiciones de seguridad para todas las personas que prestan cuidados, las enfermeras y

cuidadoras requieren especial atención —no solo en el acceso al equipo de protección personal, como máscaras, sino también a otras necesidades, como productos de higiene menstrual—. Estas necesidades, que pueden obviarse fácil e involuntariamente, son esenciales para garantizar el buen desempeño de las mujeres».

Si ellas son las más expuestas, es imprescindible contar con estrategias de protección especial para mitigar el alto riesgo que confrontan, no solo por las probabilidades de contagio, sino por el estrés, el miedo y demás traumas emocionales que trae consigo una emergencia de tal magnitud. Sobre todo, pensemos en las enfermeras que salen de su turno cargado de trabajo duro y se dirigen a sus casas a atender hijos e hijas, adultos mayores, hacer comida, lavar ropa, resolver tareas, a seguir cuidando.

A largo plazo, tendrán que diseñarse políticas para alentar a más varones a considerar la enfermería como una profesión que puedan elegir por ser apta para sus intereses y no como una debilidad. El equilibrio en profesiones de ciencia, ingeniería y matemáticas, con la necesidad de promover más participación femenina, también debería considerar equilibrar las áreas en las que los hombres están subrepresentados.

Los cuidados dentro y fuera del hogar deben dejar de ser asunto exclusivo de mujeres y pasar a ser asunto de personas atendiendo personas. Las organizaciones del gobierno, organismos multilaterales y medios de comunicación social deben tener doble cuidado con el uso del lenguaje que nos condena a reproducir esos estereotipos. Ojalá esta crisis sanitaria abra todas esas posibilidades.

Te empoderarás con dolor

27 de mayo de 2020

A veces me invitan a eventos a hablar de empoderamiento femenino pensando que, como soy psicóloga, voy a decir un montón de frases motivacionales, a subirles la autoestima a las mujeres presentes o que infundiré esperanza y ánimo mostrando el cielo sin límites de nuestras fantasías.

En cuanto empiezo a hablar se dan cuenta de que no va por ahí la cosa. Y es que empoderar mujeres no tiene nada que ver con dar pruebas de autosuficiencia, con negar obstáculos muchas veces invisibles ni con ocultar la discriminación de la que —unas más y otras menos— somos objeto, ni con pensar que el propio mérito y esfuerzo serán nuestras únicas palancas para avanzar.

Las arengas que llaman a las mujeres a ser guerreras, independientes, valientes, fuertes, luchadoras, invencibles, emprendedoras y similares, sin tomar en cuenta las limitaciones, procedencias y posibilidades reales de las que asisten a esos actos, lejos de motivar, desempoderan, porque del dicho a la acción hay una brecha enorme y si no la vemos, nos traga. Se vuelven consignas vacías.

Según ONU Mujeres, el empoderamiento es una estrategia de capacitación a un grupo social desfavorecido para su emancipación y para que adquiera poder e independencia a fin de mejorar su situación. No todas tenemos los mismos privilegios ni condiciones de partida para lograr nuestros sueños. Esto es una realidad innegable.

Estudiar en la universidad, espaciar los embarazos o decidir si ser madre o no, tener un fondo de ahorro, contar con una pareja o una familia que dé soporte, comer por lo menos tres ve-

ces al día, estar saludables y tomar nuestras propias decisiones financieras, jurídicas, personales y de toda índole configura una posición en la vida muy distinta a la de las que no pueden darse esas libertades, que son la gran mayoría en nuestros países. Esas son las mujeres que encuentro en mis talleres.

Además, no es cierto que aun teniendo toda esa lista de privilegios y estando en la mejor de las posiciones, esa motivación para salir adelante contra todas las adversidades sea innata y lo que tengas que hacer sea creértelo con mucha fe. Tampoco es verdad que aun estando cansada tengas que levantarte y seguir sin perder la sonrisa, y mucho menos que tu misión en la vida sea cargar a toda tu familia, tu comunidad y el país entero sobre tus hombros para luchar incansablemente con vocación de servicio por encima de tus propias posibilidades y capacidades. Esa imagen está lejos de lo que significa ser una mujer empoderada.

Hace unos meses, en un acto de emprendedoras de bajos recursos económicos convocado por una ONG, escuché a una conferencista invitada, toda emprendedora-exitosa-entaconada-empoderada ella, contar cómo empezó «de la nada» en la cocina de su mamá a hacer comida para la venta y cómo en el experimento dañó un montón de licuadoras y ollas aprendiendo. Esto era una muestra de que si ella pudo, las demás también podían. La cara del casi centenar de mujeres presentes era de angustia. Una me dijo: «yo no tengo ni gas ni luz, imagínate licuadoras y ollas para dañar». No dudo de la buena intención de la expositora, pero invitar a pintar de colores un cuadro para quien no tienes pinceles es llamar a engaño.

Muchas mujeres me critican este enfoque pensando que es tóxico. Me invitan a conectarme con la psicología positiva para ver siempre las posibilidades y no las debilidades. Quizá piensen que, como toda feminista, tengo algún trauma que me

generó resentimiento (como los amigos de mi asistente, que al saber que ahora trabaja en una organización feminista le preguntaron si la habían violado para tener que meterse a hacer una cosa así; lo que hay que oír...).

El asunto es que, si todo fuera asunto de querer-es-poder, ya seríamos mayoría en jefaturas de Estado, juntas directivas, dueñas de empresas; apareceríamos en las listas de los más millonarios del mundo y estaríamos copando todas las posiciones de poder; no enfermaríamos de estrés acumulado ni tendríamos tanta necesidad de ir a talleres para que nos revelaran la fórmula instantánea de la felicidad. Vivo asombrada por la cantidad de mujeres que van a este tipo de seminarios, señal de que la búsqueda no se ha saciado. Quizá las consignas habituales llenas de lugares comunes despierten en muchas la sospecha de que no les han dicho todo lo que hay que saber.

No obstante, sigue pareciéndome que el mensaje que doy es optimista. Siendo cultural y no natural la manera como aprendemos a actuar en la vida, se puede desaprender, modificar, deconstruir lo que te dijeron, para volver a aprender pautas de acción más eficaces en la relación con los demás y en la consecución de metas personales, cualesquiera que sean. Pero no puedes taparlo o negarlo con cantos florales y mantras positivistas, porque lo que no se analiza, no se transforma. Mejor estar fortalecidas desde el conocimiento de las amenazas reales que engañadas por el espejismo de un camino abierto y sin tropiezos.

Repensar lo femenino, no en plan «esencia de mujer», sino como un cuento que nos echaron los patriarcas y que puede ser escuchado con dolor, pero modificado en su final, es un hermoso acto de liberación. Por ello hay que recibirlo con todo y sus malos capítulos para tomar conciencia de que pertenecemos a un sexo al que mucho se le ha negado, para desde ahí activarse y, entonces sí, cambiarlo todo.

Nosotras también queremos respirar

10 de junio de 2020

¿Cuántas veces un macho le ha puesto la rodilla en el cuello hasta asfixiar, literal o simbólicamente, a una mujer sin que pase nada? ¿Cuántas mujeres más tendrán que morir a manos de un hombre (su marido, novio, exnovio, un policía) para que las calles ardan y se pronuncie toda la colectividad con la misma rabia e indignación que hemos visto por el asesinato del estadounidense George Floyd? ¿Por qué hay tanta más conciencia del racismo que de la misoginia, cuando además las mujeres no somos una minoría sino la mitad de la población?

Una seguidora de FeminismoINC me escribió en días pasados: «creo que en esta cuenta me entenderán. Estoy totalmente de acuerdo con estas luchas. Tanto el racismo como el machismo son construcciones sociales que no tienen ni pies ni cabeza, pero su entendimiento es distinto. A veces hablo de feminismo en mi perfil y recibo críticas. Estos días he hablado de racismo y no solo no me he sentido criticada, sino que he tenido apoyo. Me alegra, por una parte, pero me entristece, por otra. Como suelo decir, mira si las mujeres estamos mal consideradas que un hombre negro llegó primero a la Casa Blanca que una mujer». No puedo estar más de acuerdo con ella.

Quienes critican el feminismo como una teoría y un movimiento de liberación, pero se solidarizan con las manifestaciones antirracistas desconocen que, en su raíz, ambos son parte de un mismo reclamo, y de forma consciente o inconsciente entran en contradicción consigo mismos.

Estar oprimidas, como dice la escritora bell hooks, es no tener oportunidades por tu género, tu raza o tu clase. Cuando estas categorías sociales se cruzan, se viven discriminaciones

múltiples. Es lo que se llama interseccionalidad, término acuñado por Kimberlé Crenshaw en 1989 para examinar la interacción de los distintos sistemas de opresión y sus consecuencias para los derechos humanos de las mujeres.

Desde el feminismo pensamos que la interseccionalidad es una categoría de análisis fundamental para entender la manera multidimensional, estructural y sistemática como operan las injusticias y para señalar la coexistencia de distintos factores en las relaciones de poder. Basado en este concepto, el feminismo es la lucha contra toda forma de opresión, dominación o discriminación.

Machismo, sexismo, clasismo, xenofobia y racismo están conectados entre sí, de modo que luchar contra uno exige luchar contra todos. En términos generales, las mujeres a las que peor les va son las lesbianas, las negras, las migrantes y las pobres, porque a una fuente de discriminación se le superpone la otra.

No hay una desigualdad más importante que otra, ni creo que haya que jerarquizar los movimientos de acuerdo con algún tipo de escala. En palabras de la afrofeminista Audre Lorde, «no puede haber jerarquías de opresión» porque enfrentar solo un aspecto de la estructura opresora es ineficaz, pero me llama la atención el empeño en subestimar la terrible realidad que viven la inmensa mayoría de las mujeres como si fueran vivencias al margen, en gran contraste con las manifestaciones de inconformidad y disidencia de otros grupos, incluso minoritarios.

Si nos circunscribimos a los Estados Unidos, sitio donde ocurrió el lamentable asesinato de George Floyd a manos de un policía, acto que generó una airada y violenta reacción de varios días, así como manifestaciones públicas y virtuales en todo el mundo en protesta por los asesinatos de negros (#Blac-

kLivesMatter), algunas cifras muestran la disparidad con la que se presta atención a un problema sobre otro.

El diario *The Washington Post* divulgó que, por cada millón de habitantes de ese país, treinta afroamericanos mueren por disparos de la policía, sin distinción de sexo. Es una cifra mucho menor a la que se registra por asesinatos de mujeres a manos de hombres.

Curiosamente, en Estados Unidos las estadísticas oficiales no usan la categoría de femicidio, lo que provoca un subregistro de casos y dificultad para hacer evidente el problema. Sin embargo, la organización Violence Policy Center publica anualmente su informe *When Men Murder Women*, sobre mujeres víctimas de homicidios, que elabora a partir de datos del FBI. Según el último disponible, de septiembre de 2019 y con datos de 2017, ese año 1948 mujeres fueron asesinadas por hombres. Desde que alcanzó su mínimo de 1,08 por 100.000 mujeres en 2014, la tasa ha aumentado en cada uno de los últimos tres años, hasta llegar a un 19 %.

El mismo informe indica que las mujeres negras se ven desproporcionadamente afectadas por la violencia machista. En 2017 ellas fueron asesinadas por hombres a una tasa de 2,55 por 100.000, más del doble del promedio general de mujeres asesinadas por hombres.

Quizás por eso en 2019 la Fundación Thomson Reuters, incluyó a los Estados Unidos entre los diez países más peligrosos para las mujeres: 1. India, 2. Afganistán, 3. Siria, 4. Somalia, 5. Arabia Saudita, 6. Pakistán, 7. República Democrática del Congo, 8. Yemen, 9. Nigeria, 10. Estados Unidos. Sorprendente, ¿verdad? Las alarmas parece que no se están prendiendo donde realmente corresponde.

¿Por qué estas cifras pasan por debajo de la mesa y los hechos emblemáticos de otros grupos oprimidos tienen más no-

toriedad que las noticias que reflejan la opresión que sufren las mujeres? ¿Qué hará falta para reaccionar con la fuerza que amerita?

Silenciar, asfixiar, acallar, invisibilizar a las mujeres parece ser la consigna, y mientras situaciones así pasan, más tenemos que abrir los ojos y todos los sentidos, porque esa rodilla en nuestro cuello es la prueba de que el feminismo es mucho más amenazante para los privilegios económicos y sociales que cualquier otro movimiento de lucha. Tomemos nota y sigamos.

Una agenda feminista por y para las niñas post COVID-19

24 de junio de 2020

¡Malala se graduó en Oxford! Ella misma dio la noticia en sus redes acompañándola de una foto muy graciosa, toda embadurnada de pastel, celebrando el acontecimiento con su familia. Obtuvo un grado en Filosofía, Política y Economía en esa prestigiosa universidad del Reino Unido. Es un fantástico logro, lógicamente esperable por sus capacidades intelectuales, pero asombroso por la historia que lo antecede.

A Malala Yousafzai la conocemos por ser la persona más joven en la historia en recibir el Premio Nobel de la Paz. Activista defensora del derecho a la educación de niñas y mujeres, a los quince años fue víctima de un atentado talibán que casi le cuesta la vida y por el que recibió disparos en la cara cuando se trasladaba a su escuela. Según reporta Human Right Watch, esos actos siguen ocurriendo al día de hoy: las niñas que van a clases en Afganistán se arriesgan a ser atacadas con ácido para desfigurarlas. Al recuperar la salud, ella creó el Malala

Fund, una fundación que ayuda a muchas niñas a educarse en libertad. Por eso su graduación alegra de manera muy especial.

Es intolerable e injusto negar a las niñas su derecho a la educación. Sobre todo, refleja la ignorancia o negligencia de líderes y organizaciones que no revierten estas tendencias ni toman acciones concretas para superar la desigualdad, como si ignoraran que los déficits educativos y la pobreza están directamente relacionados. Según la UNESCO hay setecientos setenta y cinco millones de adultos analfabetos en el mundo; de ellos, casi el setenta por ciento son mujeres. Ciento treinta millones de niñas no van a la escuela. Estas cifras vergonzosas no han mejorado desde 1990.

Las niñas son más vulnerables que los niños al abandono escolar a nivel mundial por varios factores, entre ellos acoso sexual, falta de baños adecuados y condiciones para la higiene menstrual, matrimonio infantil o embarazo adolescente. Todo ello es consecuencia de no poner los problemas de las mujeres y las niñas (jerárquicamente inferiores en la escala patriarcal) entre las prioridades de las políticas públicas.

Dudar de la capacidad de las niñas es una de las creencias machistas más comunes. «Corre como niña», «pelea como niña», «llora como niña»... expresiones que se profieren a modo de insulto para acusar a otros de débiles, pusilánimes, frágiles y medio tontos. Ser mujer como expresión de torpeza y vulnerabilidad extrema, porque el poder, la fuerza y la competencia corresponden al lado varonil.

No son expresiones inocentes. Sirven para mantener el poder económico y político en manos de los hombres, bajo el supuesto de que las mujeres no pueden, no saben, no tienen lo que se necesita para liderar. El estereotipado rol sexual que se resume en «mujeres a parir, hombres a trabajar» se perpetúa de generación en generación y deja a las niñas por fuera del

sistema educativo, porque para qué va a estudiar si lo que va a hacer es cuidar. Por consiguiente, se las aleja de una vida productiva que les asegure igualdad plena de derechos.

Mientras más temprano se les inocular, con más fuerza se instala la creencia. Por eso cuesta tanto romper los techos que sabotean las ambiciones femeninas. Convencerlas a ellas de que educarse y liderar es su derecho y animarlas a dar el paso es una tarea ardua que forma parte central de las estrategias de empoderamiento para la emancipación.

La COVID-19 está trayendo nuevas dificultades a la revisión de paradigmas educativos, tecnológicos, científicos, sanitarios, económicos y de toda índole. Líderes mundiales, reunidos en grandes *think tanks*, se están reuniendo en este momento en los países desarrollados para vislumbrar tendencias, hacer prospectiva y mirar más allá de la curva del virus para reorientar el desarrollo humano futuro.

A propósito de ello vi por YouTube la campaña de la serie *Women's Europe: Voices in Times of Covid*, lanzada el 19 de junio. Veinte mujeres y hombres de distintos ámbitos y organizaciones piden a las instituciones europeas que esta crisis, como las anteriores, no se cebe contra las mujeres; que, por el contrario, se aproveche para sentar las bases de un nuevo continente en base a una agenda verdaderamente feminista.

Stefania Giannini, alta funcionaria de la UNESCO, alerta sobre el peligro en que se encuentran las niñas por el cierre masivo de las escuelas en ciento noventa países durante la pandemia: «muchas niñas, que ya se han visto afectadas por la brecha digital y el ciberacoso, probablemente no regresen nunca a las escuelas».

En esa misma alocución, la eurodiputada Frances Fitzgerald pide invertir en educación para niñas y mujeres en los campos digitales, inteligencia artificial y en las disciplinas

STEM (ciencias, tecnología, ingeniería y matemáticas, por sus siglas en inglés), como estrategia para desarrollar y aprovechar talentos al servicio de todos.

La pandemia puede ser la oportunidad idónea para poner la brecha educativa en el centro de los esfuerzos por superar la crisis global, plantear la lucha contra la desigualdad con verdadera vocación inclusiva y conformar una agenda dirigida expresamente a eliminar de manera responsable las barreras discriminatorias de género contra el derecho a la educación, evitando con ello que más niñas inteligentes, como Malala, se sigan quedando atrás.

Miedo al éxito y brecha de género laboral

15 de julio de 2020

Es un lugar común culpar a las mujeres de su propia pobreza y de no llegar a posiciones gerenciales altas o a ser las dueñas de sus propias empresas (en el mundo solo 5 % de las mujeres son presidentas de juntas directivas; en Venezuela no superan el 1 %). Pero esta enorme brecha no puede explicarse a partir de las capacidades o motivaciones de las mujeres. Ellas llevan mucho tiempo ocupando espacios universitarios y formativos y demostrando que la inteligencia no hace distinciones sexuales.

Como buena estructuralista y feminista radical que soy, prefiero mirar las reglas de juego que organizan los espacios sociales, diseñadas siempre desde la lógica y la mirada masculina, para explicar las razones que mantienen el poder como un coto cerrado y exclusivo del *boy's club* y el compadrazgo.

Las dobles jornadas no remuneradas para atender el trabajo doméstico, los cuidados, la maternidad, la falta de programas

de apoyo a madres trabajadoras por el Estado y por las empresas, los horarios no flexibles, las licencias paternales menores en tiempo a las maternales son algunas de las principales razones por las que muchas mujeres no se mantienen activas laboralmente y les cuesta tanto llegar a las altas posiciones en la pirámide organizacional o hacer crecer sus emprendimientos.

Pero quizá uno de los factores más insidiosos y difíciles de cambiar sea la concepción masculina del éxito, llena de estereotipos sexistas, que obliga a algunas mujeres a masculinizarse para acceder al poder y obtener el reconocimiento que les haga subsistir en la dinámica empresarial. Esta forma de «hacer travesti», como decía mi maestra Evangelina García Prince, explica síndromes como el de la «abeja reina», una suerte de dama de hierro que es cruel y dura con otras mujeres para evitar que le hagan sombra.

Una amiga mencionó que en una oportunidad le negaron una promoción en su empresa porque ese movimiento hubiese dejado fuera a su jefe inmediato, alguien con menos credenciales que ella. Reclamó, pero recibió el mensaje de que su insistencia no sería bien vista, por lo que a falta de otra opción laboral no le quedó más remedio que mantenerse quieta, callar y aguantar.

Es más frecuente de lo que se cree, pero algunas mujeres aparentan no saber mucho para no ser descartadas por «ambiciosas, conflictivas, demasiado autosuficientes, arribistas». Parecería que la estrategia para sobrevivir es seguir las reglas no escritas del juego, que van por la vía del «no destaques mucho, no plantees las cosas tan asertivamente, no reclames, no hables tanto, no pidas, que no se note que quieres esa posición»: de lo contrario te conviertes en amenaza y serás socialmente rechazada.

Fue la psicóloga Matina Horner, en la década de 1970, quien por primera vez habló del miedo al éxito y puso de relieve que las mujeres experimentan más miedo al éxito que los hombres. Pero esto no ocurre por alguna condición innata en ellas: para las mujeres el éxito viene acompañado de ciertas consecuencias que no son gratificantes: la pérdida de amistades, no ser percibidas como femeninas o siempre tener que desempeñarse mejor que sus compañeros varones para demostrar que son merecedoras de la nueva posición. Según Horner, las mujeres tienen miedo a sentirse socialmente excluidas, y es este miedo lo que inhibe la motivación al logro.

No es un problema de autoestima o de confianza en sí mismas, no es un techo autoimpuesto, no es un sabotaje personal. No es que «ellas no quieran participar cuando las invitamos porque les da pena». Abstenerse de participar o de optar es muchas veces la respuesta inteligente ante un entorno que no acepta a una mujer en una posición poderosa y la obliga a adoptar conductas contrarias al ejercicio de un liderazgo tenaz que solo en los hombres se valora.

Las que logramos mantenernos y ascender en la carrera gerencial rompimos muchas normas en el camino, y con una alta cuota de sufrimiento. No tiene por qué seguir siendo así para las futuras generaciones de mujeres. Un empleador consciente y sensibilizado acerca del enorme beneficio e impacto en la inversión que provoca la incorporación de más mujeres en espacios directivos podrá transformar la cultura de su organización para hacerla permeable a valores de inclusión y progreso.

La hipótesis del supuesto miedo al éxito de las mujeres cambiará en la medida en que detentar el poder deje de ser un asunto de competencia para machos y más un espacio compartido para conducir organizaciones o países con un sentido amplio. Para que esto sea posible, empecemos por dejar de re-

victimizar a las mujeres en los espacios productivos y de educar la situación con espejismos de falso empoderamiento.

Mujeres migrantes y empleabilidad en pandemia

22 de julio de 2020

La cuarentena con motivo de la pandemia ha sido una medida necesaria que tomaron los gobiernos de muchos países, pero también ha causado una recesión con estragos económicos y sociales. Uno de sus efectos negativos más extendidos en todo el mundo es la pérdida del empleo.

Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la crisis económica y laboral provocada por la COVID-19 podría aumentar el desempleo mundial en casi veinticinco millones de personas, un 15 % adicional a la cifra de desempleados registrada por otras razones diferentes a la pandemia. Se prevé además un aumento exponencial del subempleo, ya que las consecuencias económicas del brote del virus se traducen en reducciones de horas de trabajo y salarios, de empresas y empleos formales y de medios de vida para las familias.

En la mayoría de los casos, con o sin crisis sanitaria, la población migrante es reclutada para realizar trabajos precarios sin protección ni apoyo socioeconómico. Muchos profesionales que migran se ven en la necesidad de aceptar trabajos que están por debajo de su calificación para poder subsistir; el país de acogida desperdicia así talentos importantes para su desarrollo. Esto para ellos conlleva conflictos emocionales y cognitivos, sumados al trabajo de adaptación cultural que deben hacer los migrantes, muchas veces en ambientes cargados de

xenofobia, y que les exigen competencias extraordinarias con las que no siempre cuentan.

Si esta pandemia se vive siendo migrante, el riesgo de perder el empleo crece exponencialmente; si además se es mujer, las probabilidades de mantenerlo o de encontrar uno nuevo disminuyen sensiblemente. En comparación con el 93 % de los hombres, solo el 67 % de las mujeres de América Latina y el Caribe participan en la fuerza de trabajo formal y más de ciento veintiséis millones trabajan en el sector informal.

La OIT alerta sobre la afectación desproporcionada que la pobreza y la precariedad laboral tienen sobre las mujeres, ya que los sectores donde se desempeñan generalmente (salud, cuidados, comercio, servicios) son los más afectados por las bajas remuneraciones y por el riesgo de exposición al coronavirus y son también en los que se espera la más lenta recuperación postpandemia. Ya antes de la emergencia, este organismo registraba treinta millones de mujeres desempleadas en América Latina.

Por otro lado, destaca OIT, el escenario de interrupción laboral debido a la COVID-19 provoca que las mujeres y niñas tengan más probabilidades de perder su fuente de ingresos que los hombres y los niños y menos acceso a los mecanismos de protección social. Al mismo tiempo, sufren más complicaciones para acceder a las opciones de teletrabajo o generar ingresos a través del trabajo fuera del hogar. Todo indica que en los próximos meses aumentará la desocupación laboral y se ensanchará la brecha de desigualdad ya existente entre hombres y mujeres.

Por ello no me es fácil abordar una situación así, en charlas y talleres con mujeres pasando por esta situación, sin sentirme como una vendedora de espejitos, pero aun en este terrible escenario, echar mano de los recursos emocionales puede ser

un gran acierto. Aprender a manejar la frustración, confiar en la propia eficacia, explicar con optimismo lo que nos pasa, regular patrones de ansiedad, fortalecer el cuerpo para tener la energía y la salud que se requieren en momentos de tanta incertidumbre y confusión, son destrezas que se aprenden y funcionan. Lograr eso sí está en nuestras manos. Organizaciones como la Fundación Mujeres Migrantes, entre muchas otras, hacen de todo por tejer las redes que lo posibilitan.

Es necesario proteger el empleo de las mujeres. Las feministas seguiremos insistiendo y pidiendo a los gobiernos, sobre todo a los receptores de migrantes, que para enfrentar las crisis se tomen medidas económicas basadas en datos desagregados por sexo y se promueva la reinserción laboral femenina en empleos de calidad, de forma que se asegure su autonomía real en términos más justos y equitativos. Tenemos una oportunidad única para revisar todo este andamiaje social que excluye a las mujeres de la economía formal, para así progresar y desarrollarnos.

Discurso, poder y género

5 de agosto de 2020

Observo en algunos foros que los hombres panelistas hablan y la reacción de algunas mujeres parece ir más allá de la simple afinidad racional por el argumento planteado. Hace poco vi en un *webinar* a una moderadora anunciarles a dos mujeres panelistas que les quedaban cinco minutos de exposición, quizá un gesto previamente acordado, pero al siguiente expositor, un varón, dejarle consumir catorce minutos extra sin interrumpirlo, para luego expresarle total admiración por lo expuesto.

En otro foro al que asistí, un expositor anunció con tono condescendiente que los cambios feministas habrían de llegar, quizá no al ritmo que esperábamos, pero que este no era el momento para nuestra agenda. Más adelante, en la misma jornada, una expositora aclaró por qué creía ella que parte de lo dicho por él no era razonable y este señor interrumpió la intervención para imponer nuevamente su punto, sin que la panelista interrumpida defendiera su uso de palabra.

Esto me lleva a pensar que las mujeres estamos entrenadas para escuchar y reaccionar de manera diferente al liderazgo masculino y al femenino. Las feministas sabemos que una de las herramientas para provocar el cambio social al que aspiramos, el que permita a todas las mujeres del mundo desenvolverse sin las ataduras y limitaciones impuestas por el patriarcado y sus roles sexuales preconcebidos, pasa por el lenguaje y por su uso extendido más allá del ámbito privado, donde resulta más habitual escuchar la voz de las mujeres, aunque también sabemos en múltiples hogares sus voces están extraordinariamente restringidas. Y ya sabemos que lenguaje es poder.

Nuestra configuración como especie social tuvo en el lenguaje una de sus herramientas biológicas fundamentales. Somos seres sociales que configuran y modulan sus sensaciones y su apreciación del mundo a través del lenguaje. Además, usamos el lenguaje no solo para nombrar lo tangible y sensorial: con él nos adentramos en la representación simbólica e intentamos expresar lo que imaginamos.

Nuestro sistema nervioso central se reconfigura a partir del lenguaje. Nuestra manera de sentir lo que nos sucede, es decir, la emocionalidad y la conexión de todo nuestro cuerpo con las emociones y con nuestro lenguaje, constituye una tríada potente para la maquinaria social que constituimos y alimentamos las personas. En *coaching* ontológico decimos que el lenguaje

no es inocente: las palabras crean realidades, nos modifican y modifican a otros. Se abren así innumerables potencialidades, positivas y negativas.

Gracias a la tríada lenguaje-cuerpo-emoción sabemos que muchas de estas potencialidades no necesariamente se activan solo desde la palabra. Al mover el cuerpo también cambiamos: cambia lo que sentimos y lo que decimos. Al engancharnos con una emoción diferente de la que estamos experimentando, es probable que nuestro cuerpo reaccione a dicha emoción y también que nuestra voz y las palabras que nos llegan sean también diferentes de las que surgirían sin esta nueva emocionalidad.

En la sociedad, el lenguaje está atado a ejercicios y estructuras de poder. Así, por ejemplo, los adultos utilizan las palabras para hacer llegar su experiencia de vida a los más jóvenes e inexpertos. Dicha experiencia se percibe como ventaja, genera cambios en el grupo social y fortalece la relación entre experiencia y poder. Mezclado con el liderazgo puede constituir auténticos anclajes sociales y culturales con importantes implicaciones espaciales y temporales.

He pensado en esta conexión histórico-biológica entre el ejercicio de la autoridad y el poder que el mundo masculino ha ejercido sobre el femenino, lo cual lleva a múltiples situaciones que cada vez resultan más evidentes y chocantes gracias a la denuncia feminista: el hombre explica, interrumpe la voz de la mujer para «aclararle», «corregirle», «ayudarla», y la mujer muchas veces siente que eso es lo normal.

Hay quien piensa que este paciente ejercicio de tolerancia femenina sobre las formas avasallantes de intervención dialógica masculina, forman parte de una suerte de empoderamiento basado en cualidades que aparentemente nos hacen a nosotras más «cooperativas», «diplomáticas», «pacientes»... De aquí a

«gráciles», «delicadas», «lo más bello que existe en la Tierra» y otras pendejadas micromachistas, hay poca distancia.

Estoy convencida de que, si queremos trastocar los sistemas que perpetúan estructuras injustas de poder y promover más autoridad e influencia para las mujeres en todos los ámbitos de la vida, especialmente en aquellos donde se decide lo común y lo público, es imprescindible que nos apropiemos de la palabra y que le imprimamos a esta adquisición nuestro propio carácter, nuestro ritmo, nuestra personalidad.

Pero tal vez esto no sea suficiente. Quizá sea necesario que el aporte solidario masculino incluya, de una vez por todas, ensayar mucho más la autocorrección y la escucha. Lo que a ellos les urge son ejercicios de desempoderamiento.

El poder mediático de las organizaciones de mujeres

9 de agosto de 2020

No soy experta en el tema del poder y su importancia para el entramado social humano, pero he aprendido a identificarlo, he sido entrenada en los comportamientos que facilitan mi propia inserción en espacios de poder y he reflexionado e interactuado con otras personas para gestionar su acceso a esos mismos lugares.

El poder está lleno de elementos perceptivos, es decir, se desenvuelve en el ámbito de lo que creemos que otros pueden hacer, más que en la capacidad misma de hacerlo. Desde cualquier espacio de interacción y comunicación se extienden los hilos del poder: los hermanos, la familia, la sala de clases de una escuela, la relación de pareja, la vecindad, los trabajos, las empresas...

El liderazgo tiene una estrecha relación con el poder y muchas organizaciones con capacidades consolidadas (de índole económica empresarial, por ejemplo) extienden su ambición al entorno político para ejercer su liderazgo sobre grandes comunidades en ámbitos públicos.

Aparte del liderazgo, si el poder y sus relaciones se dan en un tejido perceptivo, entonces los medios que las personas utilizamos para comunicarnos cobran especial importancia en ese terreno. Desde que las comunidades humanas se fueron haciendo más populosas, densas y complejas, y las percepciones sobre lo público no salían únicamente de asambleas comunitarias, se han elaborado mensajes y desarrollado canales para esta comunicación. Cada acto de comunicación depende de una profunda red de percepciones.

Muchas organizaciones sin fines de lucro con un gran perfil de desempeño que idean y producen bienes y servicios de gran valor para quienes acceden a ellos, por alguna razón no tienen grandes repercusiones, mientras que otras, que quizá hacen menos, logran excelentes posicionamientos. No es difícil deducir que tiene que ver con su plan comunicacional, hoy en día tan importante como la gestión de nuestra producción o de nuestras finanzas.

Para algunos se trata de tener en propiedad canales o empresas que administren redes; para otros es algo mucho más concreto y disponen de algún tipo de vocería privilegiada que permite que cincuenta, cincuenta mil o cinco millones de personas reciban sus mensajes sin necesidad de mucha coordinación. La función social del *influencer* ha existido siempre, pero que hoy se agiliza y rentabiliza por la proliferación y globalización de canales.

Los medios son vitales para generar transformaciones que les faciliten el acceso a condiciones básicas de poder a millo-

nes de mujeres que, por unas razones u otras, viven oprimidas, desprovistas del control de su propio cuerpo, de las oportunidades mínimas para desarrollarse y para buscar su propio espacio de realización en la vida.

Todos debemos ser conscientes de estas relaciones, pues el futuro de nuestras organizaciones depende un poco de qué tan inteligentes seamos al plantearnos nuestras interacciones en esos espacios. A veces creemos que necesitamos hacer uso del poder de los medios y queremos ser convocadas y escuchadas, pero casi siempre es un asunto bidireccional. Los medios también suelen estar ávidos de mejores mensajes, porque esa es la base de sustentación de su convocatoria. Se trata de un flujo horizontal y vertical que resulta más dinámico que nunca.

Vivimos en sociedad, y el poder y sus relaciones son parte de lo que somos. En ocasiones se habla de «los círculos de poder», porque el círculo, supongo, se asocia con un agrupamiento cerrado. Los círculos de poder son concéntricos, es decir, mientras más cercanos al centro, más íntimos, menos abiertos. Leer con inteligencia estas relaciones, interpretarlas y, en la medida de lo posible, aprovecharlas (considerando limitaciones éticas de acuerdo con el perfil de cada persona y organización) representa un área de desempeño organizacional tan importante como las ventas, la producción, las finanzas o la gestión de personal.

Yo me siento orgullosa del perfil de relacionamiento público que han logrado muchas organizaciones feministas, pero sospecho que, por entender el poder como algo inasible, ajeno o externo a nosotras mismas, hemos perdido oportunidades y dejado de acceder a espacios de poder donde hubiésemos podido agregar más valor.

Creo en la motivación individual por construir un mundo mejor desde los actos más cotidianos. Cierto que en ocasiones

las interacciones traen consigo una dura competencia y conflictos por intereses contrapuestos, pero confío en el diálogo y en la vocación mayoritaria por sostener interacciones productivas.

Desde mi postura feminista aspiro a revertir y transformar relaciones de poder, incluso algunas no muy flexibles. Mi lucha y la de muchas mujeres en pos de estas transformaciones no puede mantenerse ajena a las mismas estructuras y relaciones de poder en las que nos desenvolvemos.

Un consejo genérico para organizaciones feministas que no logran el posicionamiento que necesitan: canalicen más esfuerzos en comprender y asimilar el tejido comunicacional y sus propios intereses. Solo si ofreces lo que otras personas necesitan podrán mezclarte en sus iniciativas y ofrecerte sus plataformas. Es algo que requiere trabajo de hormiguita, construyendo una interacción en redes sociales mucho más asertiva, tomando nota de los perfiles y trabajando cada mensaje con cuidado, responsabilidad y creatividad. Alcanzarlo, con todo, es posible y necesario.

La prostitución no empodera

12 de agosto de 2020

La agenda antifeminista es hábil para confundir. Toma conceptos propios del movimiento para devolvernos la opresión tradicional, pero disfrazada de libertad o elecciones individuales. Es fácil caer en la trampa para quien no sepa de dónde surgió la estrategia de empoderamiento, para qué aplica y cómo opera. Siguiendo a la feminista española Carmen Alborch: «aunque una expresión suene bien, debemos siempre asegurarnos de

qué significa y qué contiene». Porque la manipulación que se hace sobre nuestros derechos puede acabar con todas nuestras libertades si no estamos atentas.

No hay nada más antiguo y machista que usar el cuerpo de las mujeres al servicio de los hombres, bien como botín de guerra en conflictos armados o como transacción mercantil que deja ingentes recursos para beneficio de la industria del sexo, de la que son ejemplos patentes el alquiler de vientres, la pornografía, la trata y la prostitución.

A pesar de los innegables avances que las mujeres hemos alcanzado en el largo camino del empoderamiento, hay cifras que dan vergüenza. La Organización Internacional del Trabajo calcula que hay en el mundo 4,5 millones de víctimas de explotación sexual forzada. La mayoría (90 %) son mujeres y niñas. En la región latinoamericana, según estimaciones de ONU-SIDA, entre 1 y 5 % de las mujeres adultas se dedican a la prostitución.

En el caso de Venezuela, el informe realizado en 2019 por la alta comisionada de los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, puso de relieve las vejaciones que sufren las mujeres en prisión: por ejemplo, los guardias las presionan para intercambiar relaciones sexuales por privilegios y protección. También tomando como referencia 2019, la ONG Cáritas Venezuela asegura que en las zonas rurales o urbanas del país algunas personas en situación de pobreza recurren al intercambio de relaciones sexuales por dinero o comida.

Lo peor de todo es que, en medio de la crisis, agravada por la recesión económica producto de la pandemia, se han multiplicado los reportes de prostitución, especialmente entre niñas y jóvenes, de acuerdo con evaluaciones de Naciones Unidas, estudios de campo y denuncias recibidas por organizaciones humanitarias. ¿No es esto discriminación de género y de clase? ¿Cómo cabe pensar que esto es empoderamiento femenino?

Cuando las feministas criticamos a quienes defienden la prostitución como si fuera un trabajo aceptable, los machistas aprovechan y nos tildan de inconsistentes porque, por un lado, abogamos por la libertad de las mujeres a decidir qué hacer con sus cuerpos y con sus vidas, pero cuando se trata de cobrar por relaciones sexuales nos oponemos. Aclaremos: no es igual. Prostitución no es un ejemplo de libertad sexual para las mujeres, pues en ella está ausente el consentimiento y hay una relación de poder muy asimétrica. El que paga decide sobre lo que compra.

Los prostíbulos o, como eufemísticamente se les llama, *clubes de entretenimiento*, son verdaderas cárceles donde proxenetas que se lucran con los cuerpos de las mujeres y puteros que los consumen ejercen múltiples formas de violencia. En este medio, el mundo del narcotráfico, la trata de personas y el secuestro son el día a día de millones de mujeres atrapadas en esta forma de crimen organizado. Después del narcotráfico y la venta de armas, el proxenetismo es el tercer negocio ilícito con mayores beneficios económicos.

Estamos lejos de vivir en un sistema que otorgue plenas condiciones para que las mujeres seamos verdaderamente libres, porque cuando lo que media para tomar tamaña decisión es el dinero, la manipulación, la obligación o la culpa, se perpetúa la histórica explotación sexual y reproductiva de los hombres sobre las mujeres. Ocho de cada diez mujeres que ejercen la prostitución lo hacen contra su voluntad, según la ONG europea ANESVAD. En este sistema prostituyente no hay verdadera autonomía femenina.

Las feministas nos oponemos a cualquier intento de formalizar, legalizar o regular la prostitución, pues la entendemos como una práctica de opresión sobre mujeres vulneradas que recurren a ella desesperadas por no tener otros modos de su-

pervivencia. Siempre que sean las necesidades de subsistencia las que lleven a una mujer a transar con su cuerpo tenemos que oponernos. Prostituirse es una forma de sometimiento o humillación inadmisibles en una sociedad moderna.

Nadie que viva libremente elige venderse a sí misma como una forma de trabajo. Eso es explotación y todo el que la paga es un explotador. Es violación pagada, y el que la paga es un violador. Las mujeres no somos bienes de consumo ni objetos que se puedan comprar. Ninguna mujer en el mundo debería ser prostituida o manipulada para poner su cuerpo a disposición de otros.

Los gobiernos deben crear políticas que castiguen a los intermediarios y consumidores de prostitución, que ayuden a las mujeres prostituidas a salir de las redes que las esclavizan y diseñar acciones que procuren verdadero empoderamiento económico, para que las más pobres no tengan que poner sus cuerpos al servicio de sistemas productivos de explotación.

Hasta el mercado más liberal debe tener una ética humana que le sirva de techo y límite a tanto atropello. Nadie que abogue por el bien social general podría estar de acuerdo en que una mujer tenga que usar su cuerpo para sobrevivir y mucho menos disfrazarlo cínicamente de empoderamiento y libertad de elección.

Los hombres administran concesiones

26 de agosto de 2020

Durante las primeras luchas de reivindicación femenina, las interacciones entre mujeres líderes que superaban sus propias limitaciones familiares para activarse y reunirse (a veces a costa de conflictos con sus padres, esposos o hermanos) supusie-

ron un cambio de actitud mental, corporal y emocional, que condujo a conversaciones quizá hasta entonces inéditas en la historia humana.

Después del primer arranque tuvieron que enfrentar otro tipo de interacciones y conversaciones, ahora con los hombres que dominaban casi todos los espectros del poder económico, político-institucional, ideológico y cultural. Este enfrentamiento derivó en conquistas importantes para las mujeres, pero también trajo consigo una metodología de interacción que aún hoy sigue afectando las relaciones sociales humanas y, como no podía ser de otro modo, las relaciones laborales y corporativas.

Me refiero a que las mujeres podrán reclamar sus derechos, pero siguen siendo mayoritariamente los hombres quienes están al frente de los espacios de dirección institucional, política y empresarial, y son ellos quienes terminan rediseñando las reglas y sus incentivos para dar espacio a estos reclamos. En otras palabras, los hombres administran concesiones a las mujeres.

Esta puede ser una de las explicaciones de que cueste tanto superar el déficit diferencial de remuneraciones salariales y no salariales entre mujeres y hombres. Según la Organización Internacional del Trabajo, al ritmo actual pueden pasar más de cien años sin que se produzca la convergencia total en esta materia y las compensaciones dejen de tener una correlación de género negativa para la mujer.

Desde una bolsa básica de empleo, que casi siempre sigue teniendo un administrador masculino, debería poder apuntarse a una mejora continua de la composición de género que compense la baja presencia de mujeres en cargos tradicionalmente asignados a hombres (por ejemplo, bomberas, conductoras de camiones o en cargos de supervisión, gerencia y dirección) y que conduzca a un equilibrio salarial para ellas en los mismos cargos y desempeños que ellos.

Pero ¿por qué lo harían? ¿Por qué un directivo varón decidiría trastocar la composición de género en sus equipos y comenzar a limitar, opacar o ralentizar la evolución de sus ejecutivos varones, siendo buenos, para dar cabida a perfiles femeninos que podrían ser para él de dudosa ventaja con respecto al primero? ¿Qué incentivo podría tener un hombre para hacerse a un lado y cederle a una mujer su puesto en una junta directiva?

Aun si una mujer administrara esa bolsa, estamos suponiendo que está decidida a tomar un papel activo para corregir este despropósito histórico que afecta a toda la sociedad; sin embargo, no necesariamente es así. Es probable que la mujer decisora, actuando en defensa de los intereses corporativos que representa, haciendo alarde de su inteligencia y competitividad, escoja solo a los mejores entre los que tiene disponibles, lo que implica en realidad un sesgo positivo de elección marcado por el género de manera inevitable.

Como herramienta para contribuir efectivamente a la homogeneización de las condiciones y oportunidades laborales para mujeres y hombres tendría que discriminar buenos perfiles masculinos para favorecer a perfiles femeninos igual de buenos o incluso no tan buenos.

Pues eso es lo que ha sucedido todos estos siglos: que hombres con capacidades y desempeño iguales o inferiores a los de unas mujeres fueron seleccionados y promovidos en contra de sus potenciales competidoras, muchas de las cuales ni siquiera pudieron estar ahí, en ese momento y lugar, para competir.

Es decir, lo que la mujer plantea como derecho tiene como principal obstáculo operativo que las elecciones que hacen los decisores guardan relación con el *statu quo*, en el que abrir ese espacio (supongamos, por conciencia y activismo) supone alguna forma de concesión hacia la mujer en disputa.

Contamos con los dedos de una mano a las mujeres que se muestran como ejemplo de superación de pobreza y triunfo empresarial, pero no omitimos mencionar todo lo que tuvieron que superar para llegar adonde están, que por lo general representa un esfuerzo dos o tres veces mayor al que tiene que hacer un hombre para conseguir mismo resultado. No me refiero a los retos propios de una competencia: hablo de barreras reales que se atraviesan exclusivamente en el camino de las mujeres: costumbres y prácticas culturales cargadas de sexismo, discriminación o exclusión.

Cuando las condiciones de partida y los obstáculos a superar son diferentes entre hombres y mujeres no puedes apelar a la consigna «que gane el mejor». Si no tienes espacios donde demostrar o desarrollar tus capacidades y luego te son exigidas, no se puede hablar de equidad ni trato igualitario.

No toda la que no llega es porque no quiere o porque no tiene con qué. Aquí no aplica la literatura barata de autoayuda por la línea de «el cielo es el límite», «contra viento y marea», la «resiliencia», ni el típico llamado a «echarle bolas» (nótese la mención del órgano que te conduce al poder) y otros espejitos que nos venden para echarnos la culpa de lo que no logramos y que además apelan a salidas individuales de superación, generando como consecuencia mayor frustración.

Todo esto se gestionará con más eficiencia si aplicamos aquello de «cambiar lo que verdaderamente debe ser cambiado» al sistema y a los privilegios masculinos, no a las motivaciones y capacidades de las mujeres.

En virtud de este bagaje cultural de estereotipos, juicios, sesgos y clasificación sexista del trabajo, oportunidades y salarios tardan tanto en homogeneizarse. Solo las políticas de discriminación positiva activa —impulsar cuotas femeninas más allá de la justa y normal elección entre competidores—

pueden incorporar los cambios que conduzcan a más mujeres, más rápidamente, a posiciones de poder y remuneraciones sin distinción de género.

Son medidas transitorias que donde se han aplicado han cambiado las cifras, tanto en el ámbito político como económico. Cada vez más países se suman a estas disposiciones a pesar del rechazo inicial que despiertan, como herramienta eficaz para superar los efectos de los prejuicios de género y lograr de una vez por todas una mayor participación femenina en las distintas esferas de liderazgo.

Eso, y seguir trabajando para reconducir las prácticas educativas familiares y sociales que condicionan a la mujer a esperar y al hombre a avanzar.

Ni socialista ni liberal

21 de octubre de 2020

Las dudas y rechazos que despierta en Venezuela el feminismo como concepto aglutinador pasa por el uso que algunos grupos político-ideológicos hacen del movimiento. Por ejemplo, feministas de izquierda consideran que no es posible alcanzar igualdad de derechos si no se acaba con el capitalismo; incluso, algunas consideran que solo la revolución marxista acabará con el dominio patriarcal. Creo que la humanidad ya acumula unas cuantas experiencias nacionales de revolución que han puesto de manifiesto que el tránsito hacia la «nueva sociedad», hacia la sociedad que además llaman «del hombre nuevo», no ha tenido especial trascendencia en términos de poder femenino. La sociedad-Estado que se arma en los países

con regímenes marxistas, rara vez da paso a sistemas de igual representación e igual poder. En setenta años de Revolución soviética no hubo una sola mujer presidenta, ni nada parecido a la igualdad en la composición de género de los soviets. Tampoco en Yugoslavia, Cuba, China o Albania.

Por otro lado, conozco mujeres que no aceptan ser feministas porque sus ambientes familiares y culturales son de índole más liberal y asocian feminismo con socialismo o revolución. Para algunas es conflictivo el término de *igualdad*; no les gusta: les suena a socialismo. Confundidas, aseguran que el feminismo pretende construir una sociedad en la que todos seamos la misma cosa, en la que no podamos diferenciarnos. Esto es fácil de rebatir. El feminismo busca la igualdad de derechos; aspira a que ninguna niña sea educada sin los derechos de que goza su hermano varón y limitada en el ejercicio de su libertad, sea el que sea. A veces pasa que son de cultura cristiana y sabemos que tanto católicos como protestantes, al igual que los fieles de otras religiones, protegen una «verdad milenaria» que muchas veces pone a la zaga a las mujeres y obstaculiza la conquista de sus derechos.

El feminismo en el que yo creo considera los cambios posibles de las sociedades liberales y democráticas occidentales como eje de los avances deseables en el campo de la igualdad de derechos. Estoy convencida de que, a pesar de las resistencias, la asunción feminista es impostergable. Si la humanidad tiene un futuro de mejoras y progreso es porque las mujeres lo construimos con nuestra participación en condiciones igualitarias en todos los espacios, públicos y privados.

No me importa si tengo más espacio de coincidencia con izquierdas o con derechas. Con ninguno de esos sistemas nos ha ido bien a las mujeres, porque por encima de todos ellos está

el sistema patriarcal, que marca el juego de las relaciones de poder entre los sexos. No caigamos en la trampa de anteponer la diatriba política polarizada a la lucha por nuestros derechos.

Explicame por qué es transfobia

24 de octubre de 2020

¿Cuánto arriesga una mujer al hablar con libertad? ¿Cuánto le cuesta? Burlas, amenazas, peleas y hasta el riesgo de perder todo por lo que ha trabajado. La voz, la opinión y las ideas de las mujeres siempre han sido incómodas para la sociedad. Tal como dice Virginia Woolf, a lo largo de la historia se nos ha querido callar u obligar a cambiar de opinión.

Recientemente la escritora, guionista y productora británica J. K. Rowling, autora de la famosa saga de Harry Potter, fue víctima de toda clase de ataques misóginos en redes sociales tras expresar su opinión sobre el sexo y el género. Todo inició cuando la escritora dio retuit a un artículo de opinión de título «Creando un mundo post-COVID-19 más igualitario para la gente que menstrúa», acompañándolo del comentario «esa gente que menstrúa solía tener un nombre». Claro: mujeres.

Luego en una serie de tuits amplió la explicación de su postura, compartida por miles y miles de feministas de todo el mundo: «si el sexo no existe, no hay atracción entre dos personas del mismo sexo. Si el sexo no existe, se borra la realidad vivida por las mujeres globalmente. Yo conozco y amo a personas trans, pero borrar el concepto de sexo elimina la capacidad de muchas personas de discutir sus vidas de manera significativa. Decir la verdad no es odio. [...] La idea de que mujeres como yo, que hemos sido empáticas con las personas

trans durante décadas, emparentándonos porque son vulnerables de la misma manera que las mujeres, es decir, ante la violencia masculina, “odiamos” a las personas trans porque creemos que el sexo es real y hemos vivido sus consecuencias es una tontería. Respeto el derecho de toda persona trans a vivir de cualquier manera en la que se sienta auténtica y sea cómoda para ella. Marcharía con ustedes si fueran discriminadas por ser trans. Al mismo tiempo, mi vida ha sido moldeada por el hecho de ser mujer. No creo que sea una manifestación de odio decirlo».

Además de tildarla de «tránsfoba», algunos medios reaccionaron con tal falta de respeto que reprodujeron en su portada declaraciones del exesposo de Rowling, en las que admitía haberla golpeado, pero no arrepentirse del hecho. Por otra parte, un grupo de trabajadores de su editorial expresó su rechazo negándose a seguir trabajando en su próximo libro.

Además de *brujas*, *histéricas*, *feminazis* y todos los calificativos negativos que usan para describir a las mujeres que luchan por sus derechos, ahora se le suma el acrónimo inglés *TERF* (por «feminista radical trans excluyente»), con el que se busca silenciar, señalar y asustar al colectivo de lucha por las mujeres.

La libertad de expresión es uno de los derechos fundamentales que tenemos como seres humanos y debemos defenderla, especialmente cuando nuestra opinión no tiene como finalidad lastimar a nadie. Manifestarse a favor de las mujeres no es transfobia: es aceptar y defender que el sexo es real, mientras que el género es una construcción social y cultural que pretende separar por sexo rasgos de comportamiento humano. El sexo biológico corresponde a los cromosomas, genitales, hormonas. El género es el conjunto de características diferenciadas que cada sociedad asigna a hombres y mujeres.

Tener esto claro es fundamental para el feminismo porque creer y afirmar que el sexo biológico no existe afecta a toda la sociedad. Como dicen los biólogos Colin M. Wright y Emma N. Hilton en su ensayo *La peligrosa negación del sexo*: «las mujeres han luchado mucho por las protecciones legales basadas en el sexo. Los espacios solo para mujeres son necesarios debido a la amenaza generalizada de violencia masculina y agresión sexual. La negación del sexo biológico también borra la homosexualidad, ya que la atracción hacia el mismo sexo no tiene sentido sin la distinción entre los sexos».

El género no puede reconocerse como identidad porque es la manifestación evidente de la opresión patriarcal y la herramienta para reproducir los valores patriarcales que marcan la vida de las mujeres por el hecho de ser mujeres. Negar la realidad biológica es una forma de borrar a las mujeres del discurso sociopolítico con supuestos sinónimos que no nos nombran.

Decir «persona que menstrúa», «alguien que tiene vagina», «mujer cis», es otra forma de misoginia. El hecho de que hasta la cuenta de ONU Mujeres haya publicado el tuit «las personas que menstrúan tienen derecho a periodos sanos y en condiciones dignas en todo momento» (aunque después lo haya borrado) habla de lo lejos que está llegando la teoría queer gracias a un *lobby* poderoso y sin duda adinerado.

Antes de atacar despiadadamente, hostigar o acosar a feministas radicales y abolicionistas que denuncian estos hechos, recomiendo leer, revisar, estudiar a fondo todo lo que plantea la teoría queer para no confundir su rechazo con transfobia.

Decir que existen dos sexos y que la biología es un hecho material no compromete la dignidad y libertad de las personas transexuales. Estas sufren varias formas de discriminación y somos solidarias con ellas. Ninguna feminista llama a vulne-

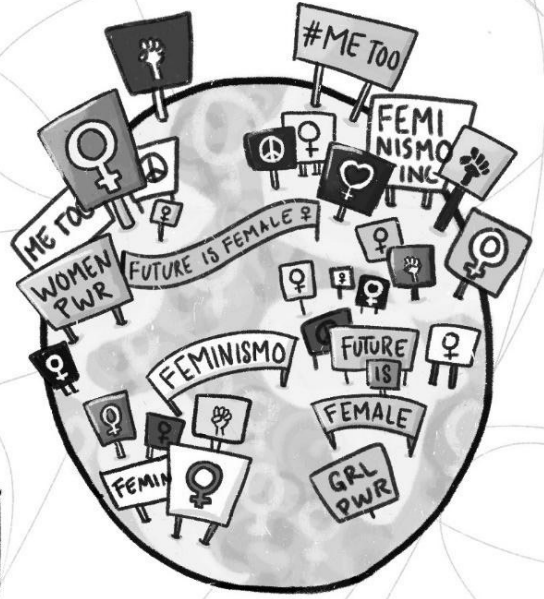
rar sus derechos humanos, que son compatibles con nuestras propias reivindicaciones. Por ello no es justo ni lógico recibir insultos o ser agredidas por defender nuestra existencia como mujeres sin que se nos defina en función de un otro.

Las feministas queremos abolir el género, no multiplicarlo. Mantente alerta a las implicaciones que tendría entender el género como definición identitaria y no como lo que es, una categoría de análisis que explica la opresión que se nos hace en base a nuestro sexo.

2

2

1



@vameisoi

Trumpismo es patriarcado

13 de enero de 2021

«Las mujeres son en esencia objetos estéticamente agradables»; «la mejor parte de cualquier película es cuando hacen callar a las mujeres»; «las noticias malas sobre ti no importan mientras tengas una novia sexy»; «todas las mujeres odian los acuerdos antes del matrimonio porque quieren cazar fortunas»; «tiene que haber algún tipo de castigo para las mujeres que abortan»; «si eres famoso puedes coger a las mujeres por el coño»; «si Hillary no puede satisfacer a su esposo, ¿cómo pretende satisfacer a Estados Unidos?»; «las mujeres embarazadas son un inconveniente para las empresas». Estas frases las pronunció Donald Trump, ya fuera antes de ser presidente o durante su mandato.

Quizás muchas de ellas pueden sonarles lógicas y hasta chistosas a algunas personas que las lean, porque son expresiones machistas. Si mujeres y hombres han sido criados bajo los mandatos sociales del sistema patriarcal, no es de extrañar que llevemos nuestra cuota de comportamiento y pensamiento machista, moderado en algunos, exacerbado en muchos y muchas, inadvertido para la mayoría.

Son expresiones que incitan a la violencia, pero una violencia no visible para los medios y para la sociedad en general. Una violencia que muchas veces deriva en finales fatales, que se parece mucho al asalto al Capitolio de los Estados Unidos del pasado 6 de enero, pero que no despierta tantas alarmas porque forman parte del paisaje social: las mujeres como ciudadanas de segunda que se merecen ese desprecio «porque se lo han buscado». Ya sabemos dónde están las prioridades cuando de problemas sociales se trata.

El machismo es la expresión de una forma de entender el mundo estructurado en jerarquías basadas en el sexo, donde, claro está, mandan los machos. Pero esto no cursa solo: va de la mano con el clasismo, el racismo, la xenofobia, la misoginia, el sexismo, la explotación sexual, el autoritarismo, el populismo, la incitación a la violencia y otras formas de opresión.

Trump, al igual que Chávez, Bolsonaro, Putin y otros dictadores contemporáneos, han ejercido sus mandatos a través de consignas opresoras, ofendiendo, violentando, insultando a las minorías, al poder político constituido, disfrazando sus acciones de revolucionarias, al mismo tiempo que protegen a grupos conservadores o extremadamente radicales. La polarización como arma para dividir y reinar.

En un estudio realizado por el periódico *New York Times* en 2019 titulado *Cómo Trump reformó la presidencia en más de once mil tweets* se destaca que «en la mañana del Día de la Inauguración de 2017, Donald J. Trump tuiteó un mensaje de apertura a Estados Unidos. Lo que siguió fue un aluvión de ataques personales, indignación y jactancia, en un flujo casi constante de más de once mil tweets durante treinta y tres meses». Y eso que esta cifra no recoge los del año 2020 y lo que va de 2021, cuya virulencia y teoría conspirativa sin pruebas en contra de las elecciones americanas llevó a Twitter a cancelar la cuenta.

Ninguno de todos esos comentarios en contra de las mujeres, que Trump ha pronunciado en discursos o publicado en redes, son inocentes. Son la expresión de una forma de usar el poder para satisfacer los intereses propios y de sus *fratres*, buscando imponer un modelo social basado en la supremacía blanca, masculina, poderosa y pudiente, por encima de todos y decidiendo por todos.

Basta ver el lenguaje corporal y vestimenta que usaron los atacantes al Capitolio, a los *proud boys*, al chamán del culto Q Anon y a todos los que defienden con furia al presidente saliente, para entender cuál es el modelo que buscan defender: se llama patriarcado. Por eso no me extraña en absoluto leer a compatriotas venezolanos aupando a este señor, aun llamándose antichavistas. No es la tendencia política lo que los une en alma, vida y corazón: es el machismo.

Ojalá este asombroso ataque a una de las democracias más estables del mundo, incentivado por el verbo encendido de Trump, sirva para que no tomemos las expresiones machistas de los supuestos líderes políticos como un chiste al margen. Que a las feministas no se nos califique de exageradas e histéricas cuando advertimos que descalificar a las mujeres es discriminación. Que se entienda que un aspirante a un cargo público debe ser evaluado integralmente, porque, así como un marido maltratador no puede ser un buen padre, un dirigente machista jamás podrá ser un buen líder.

Wikipedia y las mujeres

20 de enero de 2021

El pasado 15 de enero el portal Wikipedia cumplió veinte años creando contenido. En 2001, Jimmy Wales y Larry Sanger fundaron una suerte de enciclopedia digital libre, escrita y editada por voluntarios, con la finalidad de sumar conocimiento universal y con el propósito de escribir la historia entre todos los que hacemos parte de ella.

Según los reportes que encuentro en internet, es el quinto sitio web más visitado del mundo y el primero sin ánimo de lucro; está presente en trescientos quince idiomas —cerca del

89 % de los escritos en esta plataforma está en lenguas diferentes del inglés—; registra más de quince billones de consultas al mes, consta de más de cincuenta y cinco millones y medio de artículos publicados y se acerca a los tres billones de ediciones realizadas por una comunidad más de doscientos ochenta mil *wikipedistas*. La «enciclopedia» es editada trescientas cincuenta veces por minuto y es leída más de ocho mil veces por segundo. Sin duda alguna es una gran biblioteca de referencia para consulta frecuente y accesible a todas las generaciones que habitamos el planeta.

Como quiera que toda creación, por muy automatizada que sea, es creación de algún humano, es inevitable repetir los esquemas relacionales y jerárquicos sobre los cuales descansa el poder, en este caso, el poder del conocimiento.

La brecha de género en Wikipedia está más que demostrada: ocho de cada diez editores de la enciclopedia son hombres y hay cuatro veces más biografías de hombres que de mujeres. De estas, según Wikipedia España, 47 % son de mujeres cantantes, de 43 % actrices y 10 % de políticas, lo cual es una radiografía de la forma como se asignan roles estereotipados de desempeño en el ámbito público.

Se han identificado varias barreras para que esto ocurra: la falta de formación digital de mujeres en competencias tecnológicas y códigos informáticos, el acoso de los bibliotecarios (los encargados de tomar decisiones en torno a lo que se publica o no, 90 % hombres) en la forma de cuestionamiento intenso que sufren algunas editoras o personas del colectivo LGTB cuando intentan publicar sus aportes, y por último, la ausencia de referencias académicas y periodísticas sobre conocimiento y actividades generadas por mujeres, lo cual impide que lo posteo sea validado por la comunidad *wikipedista*. Esto sin entrar en el tema de que las mujeres tienen menos tiempo para dedicarse

a labores voluntarias que no estén enmarcadas en los cuidados de otros, por aquello de la división sexista del trabajo.

Con el fin de cerrar esta brecha se han impulsado varias iniciativas, como las «editatonas» o maratones de edición conformados por mujeres que postean información relativa a mujeres. En 2015 se creó el grupo de usuarias Wikimujeres en España, Argentina, México y Bolivia con el fin de incentivar la participación de mujeres editoras y así garantizar diversidad de contenidos. Habrá que revisar el impacto que estas acciones han tenido hasta la fecha. Hay que apoyar todo lo que busque cerrar brechas, pero estas iniciativas me recuerdan esos comités de damas que se crean para que ellas hablen entre ellas, reforzando así la exclusión.

Creo que hay que ir más allá, porque si el principal fin de la Wikipedia es documentar científicamente los acontecimientos de toda índole que ocurren en todas partes del mundo, me pregunto: ¿quién narra la historia?; ¿desde qué espacio y con qué fuerza?; ¿es una historia o son muchas?; ¿es una sola voz o son varias?; ¿son los mismos de siempre o hay espacio para las voces habitualmente silenciadas?

Ya sabemos que las élites siempre cuentan el cuento oficial y que a lo largo de la historia de la humanidad el papel que hemos desempeñado las mujeres ha sido invisibilizado, descalificado y apartado. Esto sigue siendo realidad hoy, a pesar de todos los avances tecnológicos. Lo peor es que, con este tipo de plataforma, las desigualdades se propagan con mayor rapidez y alcance.

Los algoritmos reproducen sesgos sociales, distorsiones de la percepción de la realidad, formas de entender el mundo y códigos de un deber ser bajo el cual nos educan. Por ello, apostar a fórmulas de composición paritaria por género en los espacios de toma de decisiones, en este caso en la égida de

bibliotecarios de la wiki, sigue siendo una recomendación fundamental para garantizar que todo mundo sea escuchado. Educar a los editores de contenido para que sepan identificar sus propios sesgos de género, usar técnicas de posteo ciego para que no se detecte si es una mujer o un hombre quien aporta información... todo eso puede ayudar.

Diversidad e inclusión deben ser principios fundamentales en todos los desarrollos impulsados desde y por una sociedad realmente moderna. Ojalá la Wikipedia, en su afán de ser la suma del conocimiento humano, rescate los propósitos que se formularon desde su fundación: «ser una herramienta lo más inclusiva y accesible posible en la que cualquier persona pueda participar en igualdad de condiciones». Si de veras esa es su visión, entonces no puede seguir ignorando a las mujeres.

El feminismo de la postpandemia

3 de marzo de 2021

En este mes de marzo estamos cumpliendo un año de la declaración de pandemia por coronavirus y el inicio de cierre de fronteras, confinamiento, cuarentenas, toques de queda, paralización de la economía y el desafiante *home office*, que aún hoy nos acompaña.

A lo largo de este periodo hemos experimentado una dura vivencia de incertidumbre, de alta vulnerabilidad al riesgo, de descontrol por no saber cuándo va a tener punto final tamaña interrupción a la vida como la conocíamos.

Todos los informes de organismos oficiales que abordan el tema del desarrollo humano destacan que este es un punto de inflexión que está marcando un antes y un después en

la economía, la política, la educación, la seguridad sanitaria y la sociedad en su conjunto. Destacan además que el mayor impacto lo están recibiendo las mujeres y las niñas de manera diferenciada, al punto de proyectar un retraso de por lo menos diez años en los ya lentos avances que se estaban registrando en materia de participación femenina en todos esos ámbitos.

En las crisis, las desigualdades se intensifican y las brechas se amplían más. Es lo que está pasando: los más ricos, los decisores, los poderosos, son los que tienen acceso a las nuevas vacunas que salvan vidas y también al internet que se necesita para hacer teletrabajo, al tiempo valioso para sostener un trabajo bien recompensado, al refugio seguro para el «quédate en casa» y todas las protecciones requeridas en momentos de emergencia. Los derechos pasan a ser privilegios cuando los recursos son escasos y fallan las instituciones que tienen el deber de velar por el bienestar colectivo.

La histórica discriminación y exclusión de las mujeres de los espacios de poder las pone ahora aún más lejos de gozar de todos sus derechos. Los datos a nivel mundial que aportan la Organización Internacional del Trabajo y ONU Mujeres, entre otros, son más que elocuentes: en 2021 la pandemia sumirá a noventa y seis millones de personas en la pobreza extrema, de las cuales cuarenta y siete millones son mujeres y niñas; por consiguiente, el número total de mujeres y niñas que viven con 1,90 dólares o menos ascenderá a cuatrocientos treinta y cinco millones.

Se calcula que más de once millones de niñas podrían no volver a la escuela después de la crisis de COVID-19. Por lo que se sabe de crisis anteriores, muchas no retomarán sus estudios. Las mujeres son mayoría en muchas de las industrias más golpeadas por este virus, como las de servicios de alimentación, las minoristas y hostelería.

Ellas ganan menos y ahorran menos, representan la mayor parte de los hogares monoparentales y ocupan de manera desproporcionada puestos de trabajo precarios en la economía informal o el sector de servicios, con menos acceso a protección social. Esto se traduce en menor capacidad que los hombres para hacer frente a desastres económicos. No por casualidad las mujeres son el sector de la población que más depresión, soledad y ansiedad está sufriendo en esta pandemia, atribuible a la combinación de trabajo o teletrabajo, sumado al cuidado de hijos y el ejercicio de otros roles impuestos por su género.

Si algo puso al descubierto esta crisis por la COVID-19 fue la importancia de los cuidados para el sostenimiento de la vida productiva. Increíble que no se remunere ni se considere trabajo atender a niños o ancianos, hacer comida, limpiar la casa y encargarse de la dura carga doméstica en general. En la agenda de luchas este tiene que ser el primer punto: una nueva economía donde la corresponsabilidad en las labores reproductivas esté garantizada por los gobiernos y las empresas.

Ahora más que nunca debe ser impulsado el estímulo a la participación política de las mujeres bajo leyes de paridad. Cuotas en las juntas directivas, cuotas en los partidos políticos, cuotas en los parlamentos. Si no estamos en donde las decisiones se toman, las soluciones ofrecidas seguirán siendo parciales y limitadas por no considerar las voces y necesidades de la mitad de la población.

Permisos natales paternales en igualdad de tiempo que a las madres; inversión financiera para fortalecer emprendimientos empresariales femeninos; mejor remuneración y valoración social a maestras, trabajadoras domésticas y enfermeras; seguridad social para quienes desempeñan oficios de sostenimiento, y todas las medidas que, bajo principios de equidad, contribuyan a corregir este fatal desbalance.

Para darle un sentido positivo a esta calamidad, tengamos la ambición de cambiar de raíz el escenario previo a la pandemia que originó tanta desigualdad y hagamos acuerdos para incorporar otra mirada social y cultural al rol que mujeres y hombres debemos tener en una sociedad resiliente y sostenible. Este 8 de marzo de 2021, Día Internacional de la Mujer en pandemia, será una buena fecha para exigir que la defensa de nuestros derechos tenga máxima prioridad en la agenda global.

No olvidemos a las que sufren

10 de marzo de 2021

Estos días de conmemoración por el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, abundan actividades para resaltar una fecha que, por cierto, no tiene un origen precisamente celebratorio sino más bien trágico: la muerte de casi cien obreras en una fábrica en Nueva York que protestaban por sus derechos laborales y que al producirse un incendio no pudieron escapar porque habían sido encerradas. Naciones Unidas lo tomó como hito histórico y desde 1975 aparece en la efeméride feminista.

El collage de eventos que veo promocionado en las redes sociales refleja de alguna manera lo diversas que somos las mujeres y la multiplicidad de temas que entran en la agenda de lucha por nuestros derechos. Representan un abanico de espacios convocados con la creatividad de las ilustradoras de organizaciones juveniles emergentes o de las académicas, que disertan datos en mano sobre los problemas que más nos aquejan en nuestra condición de mujeres, pero también reflejan la seriedad gerencial de las empresas y organizaciones de mujeres trabajadoras o de los organismos de cooperación internacional.

Celebro que esta convocatoria sea mayor cada año, que los espacios virtuales o físicos se copen de gente interesada en la problemática femenina, que se mantenga vivo el interés por conversar, debatir, pensar, reflexionar, discutir. Por eso tenemos que asistir, apoyar y también organizar nuestros propios espacios, más íntimos y cercanos, donde el cambio tiene quizá más posibilidades de ocurrir.

Todos los problemas propuestos en esos foros son legítimos y es necesario trabajar en ellos para construir una sociedad mínimamente civilizada donde se respete y valore a sus mujeres, pero a veces creo que, al organizarlos, lo hacemos desde nuestros privilegios de clase media con acceso a educación, salud, relacionamiento y voz.

Muchas de nosotras vivimos dentro de burbujas, protegidas de males y peligros que son comunes para otras, que nos alejan de realidades que la inmensa mayoría de mujeres de nuestros países sufren, sin atisbos de rápida solución y quienes no tienen acceso destacado a estos espacios para hablar de sí mismas ni proyectarse en otros futuros deseados.

Están, entre otras, las que sufren abusos de sus empleadores sin derecho a protestar; las que son obligadas a preñarse en contra de su voluntad por ser esa su obligación marital; las que no disponen de métodos anticonceptivos para planificar sus embarazos; las que enferman y mueren por cáncer de mama o de útero por no ser atendidas a tiempo; las golpeadas, violadas y torturadas hasta el femicidio; aquellas a las que el juez y la sociedad culpabilizan por el abuso del que fueron objeto.

Las que son atacadas con ácido en la cara cuando el marido se molesta o duda de su honor; a las que les mutilan los genitales para que no sientan placer bajo la excusa de ritual religioso; las que son casadas aun de niñas con hombres mayores a cambio de una dote económica para sus familias; las que no

pueden ir a la escuela; las que son abandonadas por sus parejas y tienen que criar solas a sus hijos; las que son obligadas a tapar cuerpo y cara bajo un burka que no les deja ni respirar; las que no pueden abrir una cuenta bancaria sin autorización de un hombre; las que tienen prohibido conducir un vehículo o asistir a un espectáculo deportivo.

Las que son violadas por padrastros o miembros cercanos de su familia y que tienen que callar; las que son obligadas a prostituirse o a entrar en la industria de la pornografía; las que son explotadas por las redes de trata; las que tienen que alquilar su vientre o traficar drogas como mulas para poder comer o mantener a sus hijos; las que abortan clandestinamente porque el Estado penaliza la interrupción voluntaria de un embarazo no deseado; las que no tienen acceso a productos de higiene menstrual y son rechazadas por considerarse impuras o sucias mientras tienen el periodo.

Todas estas aberraciones y más se cometen en pleno siglo XXI con la aquiescencia y desdén de las instituciones edificadas bajo la lupa masculina del poder.

Las rurales, las indígenas, las negras, las lesbianas, las viejas, las pobres, las migrantes, las latinas, las convictas, las trans, las que tienen una discapacidad... todas ellas también son mujeres y lo llevan mucho peor. El feminismo interseca con problemas de clase, raza, religión, procedencia geográfica y política, entre muchas otras variables, y justamente dentro de esa complejidad debemos analizarnos para deshacer la madeja patriarcal que se tejió en torno a nosotras.

No las olvidemos a ellas, aunque no estén en nuestro entorno inmediato, porque solo un nivel de conciencia colectivo y global puede transformar la cultura que moldeó la desigual distribución de poder entre hombres y mujeres. Tengámoslas presentes a todas en nuestras conversaciones y encuentros.

Pacto entre cómplices

24 de marzo de 2021

El Premio Reina Sofía del Deporte se entrega a personas o instituciones que destacan por un gesto de nobleza o juego limpio en la práctica deportiva o que han contribuido a la eliminación de la violencia. Este año se otorgó a Sabrina Vega, la ajedrecista grancanaria que en 2017 se negó a participar en el campeonato mundial en Ryad, Arabia Saudí, en un gesto solidario con las mujeres de ese país, quienes por ser mujeres no gozan de derechos ni libertades.

A pesar de que el premio en metálico ofrecido en esa competencia era muy atractivo, Sabrina manifestó que «por encima están los valores» y no se presentó. Este sin duda ha sido un gesto poderoso en favor de la igualdad, que lleva a muchas a cuestionarse si con sus acciones u omisiones convalidan la discriminación y opresión de otras por el hecho de no vivirlo en carne propia. La escritora peruana Gabriela Wiener define este tipo de actos cargados de sororidad como «la amistad entre mujeres que ni siquiera son amigas».

En toda relación humana hay problemas, traiciones y envidias, pero para conveniencia machista, cuando de caracterizar a las mujeres se trata, el foco se pone ahí. Como contrapeso a esta publicitada y cacareada estampa, tenemos pruebas de múltiples actos solidarios que derriban ese mito y que ocurren a diario entre madres e hijas, jefas y empleadas, hermanas, amigas, incluso con extrañas.

Para estar claras, las mujeres no tenemos ningún don natural o gen que nos haga más colaboradoras o serviciales. La sororidad no intenta difundir un mensaje ingenuo de amor sin barreras o la idea de que basta con ser solidarias. Va más allá de un acto íntimo entre amigas.

La conciencia de haber vivido experiencias comunes que nos discriminan, producto de la vivencia de ser mujeres, es lo que nos une en rebeldía y desobediencia, aunque no nos conozcamos personalmente. Es la rabia compartida frente al pacto misógino y fraternal, que nos lleva a hacernos cómplices para darnos soporte y apoyo, tanto físico como simbólico.

Cuando el poder está en manos de la supremacía masculina y se abren tan pocos espacios para las mujeres, buscamos con ansias su mirada aprobatoria, de forma que nos permitan ser merecedoras del privilegio, llegando a mimetizarnos con el discurso machista y, entonces sí, ser aceptadas en la tribu.

No nos vemos en la mirada de las otras porque no les atribuimos ningún tipo de poder, pasando automáticamente a ser nuestras enemigas. Deconstruir este injusto mecanismo requiere mucha conciencia feminista, para empezar a entender que la otra no es la razón de las dificultades que tengo para conseguir mis metas, no: es el patriarcado.

Apoyarnos las unas a las otras para cambiar las condiciones que nos excluyen constituye una estrategia política de lucha colectiva que se opone activamente al manido y tóxico lugar común de que las mujeres no somos leales entre nosotras. En palabras de Amelia Valcárcel, sororidad es la agregación de apoyos simétricos para alcanzar objetivos comunes que de forma individual no se alcanzarían.

Por ello es preciso romper los sesgos que impiden que más mujeres nos unamos a otras. Tiene que ser un esfuerzo consciente y voluntario que nos ayude a cambiar el paradigma, de forma que haya más presencia de mujeres tomando decisiones que favorezcan a las que están más lejos del espacio de disfrute de sus derechos, articulando intereses con conciencia crítica de género.

Crear espacios seguros de diálogo entre nosotras es vital. Lo imagino como un pacto social conformado por una cadena de actos solidarios que se van repitiendo y expandiendo, para que la potencia transformadora del mensaje feminista llegue más rápido y más lejos.

¿Las mujeres nos angustiamos más?

21 de abril de 2021

Durante la pandemia por COVID-19, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha alertado sobre el incremento de trastornos mentales como depresión, ansiedad y fatiga crónica con quejas somáticas. Un reporte de 2020 indica que durante los meses de la pandemia la prevalencia de la ansiedad era de 33 % y de la depresión de 28 %. Uno de los principales factores de riesgo de sufrirlas es ser mujer.

A las mujeres se les recetan más ansiolíticos, antidepresivos y otros psicofármacos que a los hombres. Así lo corrobora el estudio «Consumo de hipnosedantes. Análisis histórico desde la perspectiva de género», realizado por la Fundación Atenea y reseñado por Carmen Valls, endocrinóloga española quien, analizando datos y descartando otras hipótesis, concluye que «esto se debe a la forma como son percibidas y pensadas las mujeres: el 85 % de los psicofármacos se les recetan a ellas». Porque, además, otro dato interesante es que el dolor físico de las mujeres tiene muchas más posibilidades de ser diagnosticado como «emocional» o «psicosomático» y por ello se las despacha con una pastilla cuando consultan por alguna dolencia.

Desde la conocida visión estereotipada, ser mujer se vincula con el mundo de las emociones. Para muchos lo femenino

reside en esa idea de que las mujeres somos débiles, sensibles, volubles, volátiles, lloronas, histéricas y más angustiadas que los hombres, y que además todo esto pasa porque somos una especie de rehenes de nuestras propias hormonas. Si esto ha sido parte de los «saberes» populares machistas desde siempre, ahora, con la pandemia, se ha acentuado aún más.

Estas explicaciones biologicistas amarradas a la identificación deformadora y esencialista del género dejan por fuera los acuciantes factores sociales y culturales que pasan factura y sobrecargan mental y emocionalmente a muchas mujeres. Según la OMS los factores de riesgo específicos de género para los trastornos mentales ligados a la ansiedad y la depresión son las desventajas socioeconómicas, los bajos ingresos, la desigualdad en las remuneraciones, las responsabilidades de cuidado continuo y la violencia de género.

Está bien documentado que las mujeres enfrentan un mayor riesgo de inseguridad económica debido a las brechas salariales, la doble jornada laboral y el tipo de trabajo precario (OIT y OCDE, «Mujeres en el Trabajo 2020»). El cóctel combinado de trabajo remunerado y no remunerado con el que tienen que lidiar las mujeres por la atribución sexista de las responsabilidades de producción y reproducción social compromete seriamente su capacidad para lidiar con el estrés.

La pandemia lo agravó todo. Durante la crisis por COVID-19, los sectores que se han visto severamente afectados están ocupados mayoritariamente por mujeres, lo que llevó a que muchas perdieran sus trabajos, o lidiando con varios frentes a la vez, sin infraestructura social que les dé soporte como madres o como jefas de hogar monoparental.

Las afectaciones mentales y emocionales en las mujeres son un claro indicador de desigualdad. Muchas están cansadas de tener que poder con todo, hartas de ser consideradas

ciudadanas de segunda, temerosas de perder sus trabajos, exhaustas del teletrabajo y el *home schooling*, abrumadas con los estándares de rendimiento, belleza y perfección que se les exigen, frustradas por tener que elegir entre hijos o trabajo, indignadas por los hechos de violencia física y psicológica cometidos contra ellas con total impunidad y tristes por lo poco que se les cree. Todo esto y más impacta profundamente en la psique de cualquier ser humano, por más resiliente y fuerte que se considere.

Garantizar medidas efectivas de prevención y atención a la salud, especialmente la salud mental, durante todo este periodo que dure la pandemia y su recuperación debe ser una prioridad. Además, para que las alarmantes cifras sobre salud mental en las mujeres disminuyan, deben reforzarse las medidas de conciliación y corresponsabilidad laboral familiar, así como el apoyo económico y social a las trabajadoras.

Dejar de considerar a las mujeres como locas y de medicarlas para que se tranquilicen pasa por entender de forma sistémica los procesos de salud biopsicosocial y por cambiar la forma como tradicionalmente son miradas las mujeres, sin que se incurra en los típicos sesgos patologizantes ni en distorsiones patriarcales atribuidas a su sexo.

Ante las denuncias, coherencia

5 de mayo de 2021

Estoy en no menos de cinco grupos de redes de mujeres de distintos países. Hice una encuesta rápida para saber cuántas habían sido víctimas de insinuaciones, acoso, hostigamiento o abuso sexual en su vida laboral. Las respuestas positivas estu-

vieron cerca del 85%; un 7% duda porque no saben si «aquello» lo fue o no; el 8% restante lo niega categóricamente. Solo treinta de las trescientas ochenta y dos mujeres que tengo en esos grupos dicen no haber sido víctimas de discriminación o violencia basada en género (en ninguna de sus veintiuna formas) a lo largo de sus carreras como empleadas o empresarias. Asombroso.

Vivir toda tu vida defendiéndote de depredadores es no vivir. Ningún hombre se imagina lo que es tener que aguantar miradas lascivas, viejos babosos, chistes misóginos, nalgadas, roces, besos no solicitados, insinuaciones, sextorsión, chantaje y otras formas sutiles y abiertas de agresión por el simple hecho de ser mujer.

«Ser pobre, joven y además bonita es una maldición», me decía una amiga. «Ellos, los jefes, saben que te juegas tu empleo y que un *no* te puede costar tu sustento». El silencio es sobrevivencia, sobre todo si cuando hablas se ejercen sobre ti todos los mecanismos de presión, disuasión y amenazas en tu contra.

Por eso surgen movimientos como el «Yo sí te creo Venezuela» y otros por la línea del exitoso #MeToo de Hollywood. Sirven para crear un espacio protegido para las mujeres que decidan hacer públicos sus relatos de manera que más nadie se coma el cuento de que eso de la violencia les pasa a unas pocas, las que «se lo buscan».

Este movimiento tiene como propósito hacer evidente que vivimos en una cultura que nos hace creer que el acoso sexual es normal, que así son las cosas, que es «ley de vida» y que lo mejor que puedes hacer es ver, oír y callar. Y aguantar. Ese es el mensaje de las abuelas, pero esta generación dijo «ya no más».

Tiene que ser público, vía redes sociales, por dos razones. Una, para develar esta anormalidad y crear una nueva realidad para las mujeres. Que sepan que pueden decidir rebelarse y que hay una comunidad dispuesta a recibirlas para acompañarlas en su rabia y dolor. Para que la que no lo ha vivido esté alerta y lo prevenga y para que la que lo vivió sepa que eso no fue normal y que debe denunciar.

Y dos, porque en Venezuela ya sabemos que no existe tal cosa como la «justicia desde la racionalidad», como piden algunos tuiteros que sienten que estas son exageraciones y que Twitter no es un tribunal. Pregúntenle a Linda Loaiza si existe tal racionalidad en medio de su calvario de veinte años, aún abierto, víctima de justicia patriarcal, en un caso más que probado de tortura y violencia sexual. Si ella hubiese vivido el inicio de su proceso en la época de las redes sociales, su historia habría salido a la luz con mucha más fuerza y con más apoyo de los muchos que en ese momento decidieron callar y mirar para otro lado.

Denunciar ante las instancias correspondientes es importante y necesario. Conocidas ONG venezolanas están apoyando a quienes quieran proceder por ese camino, pero esta no es una posibilidad viable para muchas porque no hay pruebas, porque el evento quizás pasó hace muchos años o porque temen al intuir que siempre se dudará de su palabra; saben que la carga de la prueba recae sobre ellas, que necesitarán dinero para pagar abogados, que serán sometidas a un proceso largo donde revivirán mil veces los hechos, con la posible revictimización y el dolor que eso significa. El sistema está armado para que no denuncies, para que desistas, para que te calles.

A las periodistas o escritoras que a las denunciadas les están pidiendo prudencia, cordura, bajar intensidad, e incluso a las que no han dicho ni «esta boca es mía», yo les pido coherencia si verdaderamente creen en la libertad de expresión.

Suenan a censura esos llamados, hechos también vía Twitter, a «calmar las aguas»: «esto se ha desbordado», «condenamos el escrache en redes», «hay que ser responsable porque esto puede costar vidas»..., sin pararse a pensar que si hay desborde es porque existía un muro de contención que ya no aguantó más, si hay escrache es porque muchas no tienen otro canal para hacerlo, y el que haya vidas sesgadas depende de la reacción del señalado, nunca de la víctima.

Hay que mostrar coherencia también entre ser mujer y defender empáticamente a las denunciantes, aunque a una misma no le haya pasado. Por lo menos abrir el espacio para entender y ponerse solidariamente en el lugar de la otra. He visto más muestras de apoyo automático a los denunciados por mujeres, que a las que se atreven a ofrecer su testimonio. Esto es muestra de la educación patriarcal que nos lleva a buscar la mirada aprobatoria del varón y a desconfiar sistemáticamente de las otras.

Tampoco sirve el pedido a callar porque el gobierno puede usar esto con fines de persecución política. Eso ha pasado con muchos otros temas de la vida pública y a nadie le han pedido que se calle, todo lo contrario. ¿Por qué justo en el caso de las denuncias de las mujeres sí es preciso bajar la guardia?

Al gobierno le pedimos, si fuese posible, coherencia también. Si de verdad hay compromiso para defender a las mujeres, que sea a todas y que se condene a todos, incluso los de su tolda política. No vale solo procesar las denuncias que reciben de los blancos políticos que les conviene perseguir, porque el machismo no milita en un solo partido.

Lo que cabe aquí es orientación a las víctimas para que sepan cómo y dónde denunciar, no dejar a las ONG feministas solas en esta labor, amplificar sus voces y cerrar filas, hombres y mujeres, ante esta pandemia no declarada de la violencia basada en el género en Venezuela. Esta gesta tendrá no pocas

reacciones desde los tradicionales espacios de poder, por lo que es importante estar alertas y actuar unidos.

Este momento pone a prueba nuestras lealtades, afectos y creencias. Nos reta incluso para bajar de pedestales a notables, apellidos y linajes. Es la hora del «caiga quien caiga» y del «quien no la debe no la teme», si de verdad hay compromiso con la defensa de los derechos humanos y con la construcción de una sociedad plena de igualdad de oportunidades, y sobre todo libre de violencia contra las mujeres.

Somos feministas porque defendemos el derecho a la palabra y a ser creídas y por la necesidad de que la palabra de las mujeres tenga valor en todos los espacios de la vida pública. Y vamos a defendernos.

Mujeres en el mapa político

19 de mayo de 2021

La Unión Interparlamentaria y ONU Mujeres publicaron en marzo de este año el mapa «Mujeres en la política: 2021», que muestra el ranking mundial de mujeres en las ramas ejecutiva y parlamentaria de los gobiernos del mundo al 1 de enero de 2021. Leemos cifras desalentadoras en esta radiografía del poder por sexo, que muestra la persistencia de las desigualdades a pesar de todo el trabajo que se ha hecho desde las organizaciones feministas y los organismos de cooperación internacional.

El reporte indica que solo un 6 % de países tiene a una mujer como jefa de Estado y apenas un 7 % presidiendo el gobierno. De ciento noventa y tres países, solo veintidós mujeres ocupan alguna de esas dos funciones, dos más que el año pasado. La progresión en el número de mujeres con carteras ministeriales se ha ralentizado: pasó apenas de 21,3 % en 2020 a 21,9 %

en 2021. El número de países sin mujeres en el gobierno ha aumentado, y solo 25,5 % de los escaños parlamentarios están ocupados por mujeres, frente al 24,9 % el año anterior.

Con el ritmo de avance actual se necesitarán ciento treinta años para alcanzar la igualdad de género en las más altas esferas, concluye el reporte. Violencia política, falta de un sistema nacional de cuidados, techos de cristal, brecha digital, sesgos y estereotipos que dificultan asociar mujer y poder, son algunas de las barreras que impone el sistema patriarcal a las mujeres que desean gobernar.

Europa, especialmente la del norte, es la región del mundo que más mujeres tiene en altos cargos. Dinamarca, Finlandia, Islandia y Noruega encabezan la lista de países dirigidos por mujeres. Por otro lado, el número de países sin ministras ascendió a doce en comparación con los nueve registrados en 2020. Al 1 de enero de 2021 no hay ninguna mujer ejerciendo funciones en los gobiernos de Arabia Saudita, Armenia, Azerbaiyán, Brunei, Papúa Nueva Guinea, la República Popular Democrática de Corea, San Vicente y las Granadinas, Tailandia, Tuvalu, Vanuatu, Vietnam y Yemen.

A simple vista parecería que la decisión de incorporar a más mujeres en espacios de poder genera más desarrollo, o al revés, que gobiernos más progresistas y avanzados entienden que la inclusión y la paridad son elementos clave para vivir en democracia. Cualquiera que sea la lectura, veo una relación clara entre modernidad y feminismo, sobre todo cuando el objetivo no es la mera incorporación de mujeres (algunos gobiernos subdesarrollados y dictatoriales manipulan con esto), sino la conformación de un equipo con verdadera conciencia feminista que logre incrementar la disponibilidad de oportunidades para cada sexo en términos de acceso a la salud, educación y empleo.

Países con sociedades más igualitarias están mejor administrados porque el poder se ve reforzado cuando se toman decisiones con la participación de ambos sexos. Está demostrado que la participación de las mujeres en el diseño y la aplicación de políticas públicas tiene un impacto positivo en la vida de las personas. Cuando están en el parlamento, las mujeres tienden a promover legislación sobre los derechos de las mujeres, de los niños, y tienden a hablar más por los intereses de sus comunidades, lo cual es positivo para la sociedad en su conjunto.

La directora ejecutiva de ONU Mujeres, Phumzile Mlambo-Ngcuka, afirmó: «el mapa de este año nos muestra que aún son necesarias acciones decididas y audaces en todo el mundo para traer a un gran número de mujeres al corazón de los espacios de toma de decisiones en calidad de miembros de pleno derecho. No hay ninguna duda de que se puede hacer y se debe hacer. Debe hacerse ahora». Coincido con ella. Este mapa pone de relieve la necesidad de actuar de forma más contundente para lograr una mayor representación de mujeres en el mundo político, comprometiendo a partidos políticos, órganos electorales, jueces, gobiernos y sociedad civil.

Clarificar el significado de *poder* y sus múltiples formas de ser ejercido, sensibilizar a la sociedad en torno a la importancia de la igualdad con perspectiva feminista, invertir en mecanismos de democracia a lo interno de los partidos, entrenar a los hombres en igualdad y feminismo y a los equipos de gobierno en formulación de políticas públicas con enfoque de género son algunas de las acciones más importantes que se deben tomar de inmediato para cambiar estas cifras.

Las herramientas las tenemos; lo que hace falta es aplicarlas con honesta y decidida voluntad.

El atrevimiento de Naomi

9 de junio de 2021

La semana pasada, la conocida tenista Naomi Osaka sorprendió a todos cuando anunció retirarse el certamen de tenis en Francia, el Roland Garros, ante la amenaza conjunta de los organizadores de las competiciones de Wimbledon, Australia y US Open, de ser expulsada y no volver a participar en los *grand slams* que vienen en calendario. Esto, después de haber sido multada por no querer someterse a una rueda de prensa que según ella declaró, le causa ansiedad social y depresión.

Al hacerse viral la noticia, un querido amigo me espeta un «¿te fijas por qué las mujeres no pueden competir en las grandes ligas ni en los grandes puestos como tú dices?... se hacen papilla con la presión». Fue obviamente un infeliz y poco fundamentado comentario, sobre todo porque no es solo a las atletas de alto rendimiento a las que estas afectaciones emocionales les suceden.

En respuesta le envié una lista de hombres deportistas que han declarado episodios depresivos o ansiosos antes durante o después de sus estrellatos: «Andrés Iniesta (fútbol), Michael Phellps (natación), Andre Agassi (tenis), Robert Enke (futbolista que se suicidó), Kevin Love (basketball), Nick Kyrgios (tenis), Vincent García (surf), Noah Lyles (atletismo), Rafa Nadal (tenis otra vez), Tiger Woods (golf) John Kirwan (rugby), Frank Bruno (boxeo)... Eso por nombrar a los más conocidos, imagínate el resto que no lo dice, pero lo sufre».

Como siempre, si una mujer admite sufrir lo que más de trescientos millones de personas en todo el mundo está padeciendo según la Organización Mundial de la Salud, pone en

evidencia la debilidad «propia de su sexo». Pero el caso es que hasta un 35 % de los deportistas de élite sufren crisis mentales que pueden derivar en grandes problemas, según una investigación del Comité Olímpico Internacional, y no son exclusivamente mujeres.

Está muy bien fundamentado el efecto que los deportes de alta competición con exigencias de cumplimiento al 100 %, ha tenido sobre muchos atletas aumentando su estrés y entorpeciendo su capacidad de respuesta. Pero de eso no es usual hablar porque es mucho lo que está en juego. Las muestras de debilidad pueden causar que te quedes en el camino y te descarten para lo «verdaderamente importante». Es la misma dinámica que impera en todas las organizaciones piramidales orientadas a la producción máxima como las conocemos ahora.

El principal valor que le veo al acto de Naomi reside en dos elementos. El primero, su valiente apertura para confesarse vulnerable de forma sincera y abierta en una sociedad donde la competencia extrema, el aparentar estar maravillosamente bien y la venta de la resiliencia como ideal social, son la norma. Que ella admita su fragilidad personal con todas las consecuencias que tal acción involucra, la engrandece.

El segundo elemento es que con su decisión está retando a un sistema que establece normas que no consideran circunstancias personales de los competidores, ni son flexibles o negociables: «lo anuncié de manera preventiva porque siento que las reglas están bastante desactualizadas en algunas partes y quería resaltar eso», declaró Naomi. ¿La reacción? Más humillación para ella: los organizadores del Abierto de Francia publicaron un tweet (que luego borraron) con fotos de Rafael Nadal, Kei Nishikori, Aryna Sabalenka y Coco Gauff participando en ruedas de prensa con el texto: «ellos entendieron la tarea».

La maquinaria del poder no puede parar, los grandes intereses, cadenas de medios y empresas que patrocinan eventos no pueden perder un minuto, no permiten un desliz, castigan al disidente, a quien desobedece. Si es mujer, negra, joven, como Naomi, más aún. O encajas o te expulsamos.

Lógicamente si uno firma un contrato debe cumplir lo que allí se establece. Ella lo entendió y pagó su multa. Todo lo que sucedió a continuación estuvo de más, por lo que su decisión de retirarse fijó un precedente importante para los y las jóvenes deportistas en el mundo.

Eso que Naomi hizo, es lo que todas nosotras deberíamos hacer en todos los ámbitos machistas. Dejar de seguir «adaptándonos» a un sistema que nos enferma, cuestionar las reglas hechas para un sexo que no es el nuestro, defender el principio del cuidado humano como prioritario y hablar abierta y honestamente de nuestras emociones sin temor a que ello sea criticado.

Creo que debemos dejar de citar a la resiliencia —esa capacidad para tener éxito a pesar del estrés o adversidades— como una aspiración de vida. La tarea feminista pendiente consiste en procurar entornos que no generen más estrés del mínimo necesario, escuchar a quien sufre antes que castigarle, poner la salud mental en el espectro del bienestar como prioridad y dejar de premiar a quien aguanta hasta el límite ocultando su fragilidad. Creo que debemos dejar de lado el paradigma de la sobrevivencia del más apto que los darwinianos y machistas citan cada vez que alguien pide clemencia. Estoy contigo, Naomi Osaka.

No pido favores para mi sexo

16 de junio de 2021

Leo este titular en un diario mexicano: «Mujeres de Arabia Saudita ya podrán vivir solas sin ser denunciadas». Citan la

fuelle del periódico *Makkah* y *Gulf News* informando acerca de una enmienda legal gracias a la cual se permitirá a las mujeres solteras, divorciadas o viudas, vivir solas o de manera independiente, sin tener que acceder al permiso del padre o de otros tutores masculinos.

Hasta la fecha, de acuerdo con un artículo de la «Ley de procedimiento ante los tribunales de la sharía», las mujeres adultas aún solteras, que quedasen viudas o que se hubiesen divorciado o que al ser condenadas a una sanción legal terminasen su periodo de encarcelamiento, debían ser entregadas a un tutor masculino. «Con esta reforma, las familias ya no podrán presentar demandas en contra de sus hijas que eligen vivir solas», explicó el abogado Naif Al Mansi a *Makkah*. Este dictamen se logró por un fallo ganado a favor de la escritora saudí Mariam Al Otaibi el año pasado, luego de que su familia la demandara por vivir y viajar sola, sin el permiso de su padre.

Que estas cosas aún pasen en nuestro planeta es prueba de patriarcado en su estado puro; esto es sin duda alguna, violencia machista. Lamentablemente no es un hecho que ocurra en un solo país porque, aunque esta situación particular no la vemos de forma tan burda en Occidente, otros sucesos nos permiten comprobar que varían los mecanismos de sometimiento, pero el fin es el mismo: establecer jerarquías basadas en el sexo.

Las mujeres como sujeto de protección, las mujeres como débil mental y jurídico que no pueden prodigarse cuidados a sí mismas, las mujeres que deben tener un hombre al lado que les indique lo que es bueno para ellas, exigiendo obediencia y sumisión. Justamente esta es la razón por la que muchas quieren casarse a toda costa. Es el único estatus que les da reconocimiento social, protección legal y beneficios para su vejez. Quedarse solas es como una maldición.

Justo en este mes de junio, estamos celebrando los veintiséis años de la promulgación de la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, conocida como Convención de Belém do Pará. Su importancia radica en que fue el primer tratado internacional del mundo de Derechos Humanos que abordó específicamente la temática de la violencia contra las mujeres y que consagró su derecho a una vida libre de violencia, tanto en el ámbito privado como en el público.

Además de esta declaración hay muchas otras, cientos de tratados, providencias, fallos judiciales, reglamentos, manifiestos internacionales dirigidos a «proteger» a las mujeres, a reivindicarlas de las injusticias a las que son sometidas en prácticamente todas las áreas de desempeño de la vida, a hacerles un favor para que puedan vivir con dignidad habiendo nacido hembras.

¿Alguien más nota lo absurdo que todo esto suena? ¿Existen estas mismas convenciones para hablar de derechos de los hombres? ¿Es lógico tener que recurrir a mecanismos formales para poner orden en el respeto a los derechos de la mitad de la población? ¿Necesitamos colocar a las mujeres en una especie de vitrina para defenderla de potenciales depredadores? Me recuerda el chiste de la madre de diez hijos que estaba colocada en un pedestal y alguien preguntó la razón: «la pusimos ahí porque si el marido la agarra la preña otra vez»...

Las mujeres árabes tienen mucho que agradecerle a la escritora Al Otaibi. Ella, después de un largo proceso judicial venciendo muchos obstáculos, logró un cambio radical para las nuevas generaciones. Ahora le tocará estar atenta a que se cumpla de verdad, porque al igual que pasa con muchas leyes y normas cuando son aprobadas, el paso para su cumplimiento y ejecución se tropieza con la barrera de los sesgos, de los

prejuicios, de los funcionarios sin formación en género, del machismo institucionalizado que se resiste o no entiende de igualdad. Como se ve en este y muchos casos, es un largo camino el que hay que recorrer para que la igualdad de forma se transforme en igualdad de facto.

Sin embargo, aun con todo y sus imperfecciones y vericuetos, en sistemas más o menos democráticos, el consejo es seguir apostando por esta vía para conseguir transformar las normas que nos oprimen. Para ello, las mujeres tenemos que acceder con fuerza a las posiciones donde se administre justicia para desde allí, promover los cambios necesarios. Mujeres con formación feminista que entiendan la razón de todas estas discriminaciones para que, de manera transversal, independientemente de la temática a abordar en cada caso, apliquen un enfoque diferenciado por sexo en cada sentencia o decisión que se tome.

Tenemos que trabajar además por la creación de un marco jurídico que no tenga necesidad de poner a las mujeres en la posición de tener que ser protegidas para garantizarles el cumplimiento de sus derechos básicos. Procurar un sistema educativo que fomente la verdadera igualdad entre mujeres y hombres de manera que no sean necesarios más convenciones y tratados clamando justicia. Una sociedad que no siga considerando a las mujeres ciudadanas de segunda que necesita echar mano de medidas de equidad para nivelar las desigualdades.

La conocida jueza de la Corte Suprema de Justicia en los Estados Unidos, defensora de los derechos de las mujeres, Ruth Bader Ginsberg, citaba con frecuencia a la abolicionista estadounidense Sara Grimké (1792-1873) cuando decía: «no pido favores para mi sexo. Todo lo que pido de nuestros compañeros es que quiten sus pies de nuestros cuellos». No queremos ser protegidas, queremos ser libres.





Yo no era feminista

Artículo publicado originalmente en yonoerafeminista.com

Crecí con una corona en la cabeza; más que por apellido, por actitud. Fui la reina del carnaval de mi escuela, y para mí, a los cinco años, fue un acontecimiento importante, pues marcó un estilo en una vida signada por múltiples privilegios, de los cuales no tomé conciencia hasta que fui grandota ya. No renuncié a reinar ni cuando a los días de mi coronación, mi sabia mamá, viendo que se me había subido literalmente la corona a la cabeza, se la devolvió a la maestra para que yo aprendiera a ser humilde. Esa tarde lloré lágrimas de sangre, pero mi soberano espíritu se mantuvo intacto.

Vengo de una familia de clase media conservadora, que fue de menos a más con la ilusión del plan político que prometía la Gran Venezuela. Católicos, tradicionalistas, practicantes de las buenas costumbres, amorosos. Fui una niña modelo en disciplina, excelente estudiante, lectora ávida de todo lo que me cayera en las manos. Líder en mi colegio, fui elegida para decir las palabras de grado en nombre de todo el alumnado. También formé parte del equipo de gimnasia rítmica y muchas veces actué como asistente de los maestros para hacer listas de quien se portaba mal o no hacía la tarea. Fui presidenta de la Sociedad Bolivariana y asumí muchos compromisos parecidos más. Nunca supe lo que es perder una materia o repetir un curso.

Estudié en un colegio experimental mixto que me dio las mejores bases formativas de las que se disponía en mi medio, pero al terminar la primaria, viendo que era muy chiquita en tamaño y el país estaba en medio de protestas políticas fuertes, mis padres decidieron enviarme a un colegio de monjas muy

exclusivo, de puras niñas, donde se rezaba todos los días y donde casi todo era pecado. Yo hubiese deseado ir al liceo público adonde mandaron a mi hermano, pero igual me portaba bien, al punto de que, si se sospechaba de algún problema generado por las alumnas, las hermanas decían «si Susana estaba allí, seguro no pasó nada».

Veía con recelo y antipatía a las compañeras alborotadoras, a las contestonas, a las rebeldes. No las entendía. Pensaba que tenían algún problema personal, fallas familiares. Orden y disciplina era lo que les hacía falta, pensaba yo. ¡Era tan fácil portarse bien!

Hasta que a los dieciséis años llegué a la universidad a estudiar Psicología. A partir de lo que empecé a vivir y aprender allí, como que se rompió el modelo que traía en la cabeza. O quizá un poco antes, pues ya me había opuesto a que me celebraran los quince años, me declaré enemiga del color rosado y dejé de usar vestidos. Lo que más quería hacer era montar en bicicleta en la calle todo el día.

Por esos días quería ser varón porque veía que tenían más libertad que nosotras las muchachas. Mi mamá me dio, además, el mejor regalo posible: el libro *Toda Mafalda*, del caricaturista argentino Quino, y eso me dio una visión distinta de clase, raza, edad y género, lo que me animó a cuestionar mucho de lo que hasta entonces daba por normal.

Al comenzar la universidad dejé de ir a misa, comencé a fumar, iba sola a playas y paseos, me hice de amigas «locas», desobedecía a mi papá. Por primera vez tuvimos peleas épicas en la casa. Me ponían a mi hermano menor a cuidarme en las fiestas para poder salir. La niña perfecta no lo fue más.

Sin embargo, años más tarde me gradué, me casé de velo y corona, tuve hijos, los bautizamos, volvió la paz a la casa.

Pensé que aquello había sido una fase, una crisis adolescente, un paréntesis que superé. Y de nuevo intenté ser la que siempre se porta bien. Pero el propósito no me duró mucho: a los siete años me divorcié y perdí el trabajo, todo junto.

Yo creo que, ante esa crisis, por primera vez puse cable a tierra y me tomé en serio eso de autogestionarme, entender lo que la independencia implicaba, lo que era ser autónoma financieramente, ponerme las pilas para sostenerme, y ahora con dos niños bajo mi responsabilidad. Porque, entre otras cosas, a esa edad yo no tenía ni cuenta bancaria, referencias comerciales ni crédito alguno. Dependí primero de mi papá y después de mi marido. Me tocó armar todo eso desde cero.

Hoy tengo una posición alta en una gran corporación, a la cual llegué con mucho trabajo, habiendo pasado por distintos cargos y experiencias que me quitaron horas de vida personal, porque para mantenerme en la carrera tuve que priorizar las necesidades de la empresa por encima de la familia. Lo hice, y me perdí muchos momentos importantes de la vida de mis hijos. Incluso me mudé de ciudad para aprovechar mejores oportunidades laborales. Me entregué completamente al trabajo.

A dos mujeres tengo que agradecer todos los años que vinieron, Ángela y Tinti. Sin ellas, las ángeles que criaron a mis hijos, no hubiese podido avanzar en mi carrera con la tranquilidad de tener la casa al día y los cuidados garantizados. Ese par de costañas colombianas fueron mi apoyo, mis hombros, mi desahogo.

Luego conocí al amor de mi vida, un hombre al que le llevo unos cuantos años —todo un reto decirle al mundo que amaba a un joven—, con quien no tuve hijos —él ya tenía dos de su anterior relación— y que hoy me acompaña en una suerte de amor idílico, por sincero y libre de las ataduras culposas típicas de una relación controladora.

A esas alturas, yo aún no me había descubierto como feminista; ni sabía que había algo llamado feminismo. Lamento haber llegado tarde a pensar en todo ello.

Ya algo me sospechaba, sí, pero no lo tenía del todo claro. Recuerdo una cena navideña en que todas mis tías, hermanas y primas habían cocinado algo, menos yo, que siempre odié la cocina y las labores domésticas. Entonces mi hoy exesposo dijo en voz alta: «pregunten a Susana qué hizo ella...». Mi papá, que habla muy poco, en ese momento respondió: «¡ella no fue educada para eso!». Mi sensación de regocijo fue enorme, me sentí vengada. Celebré que pusieran en su sitio a quien cuestionaba mis actuaciones. Esa noche mi padre machista me rescató de mi marido machista.

Pero, aunque me quedó en la cabeza eso de que yo no fui educada para lo que se esperaba que hiciera una mujer, fue mucho después, pasados los cincuenta, cuando se fueron atando los cabos. No sé si llamarlo epifanía, pero al ver un video de una mujer explicando lo que significa *patriarcado*, entendí.

Supe entonces que aquel modelo de niña impecable era parte de un papel que interpreté muy bien, buscando reconocimiento y aceptación de mis maestros, de mis padres, de la Iglesia, de la autoridad. Casarme porque era lo que tocaba, por cumplir un rol y por presión social, fue una decisión mala y prematura. No haber sido formada para ser sostenible financieramente me condenó a vivir años en una relación que no quería.

Haber abandonado a mis hijos para poder cumplir mis ambiciones profesionales es parte de la cruel manera en que está organizada la vida empresarial, que te obliga a elegir entre familia o trabajo, además de que esa dura disyuntiva no se le plantea nunca a ningún hombre. La culpa con la que viví todos esos años por no ser la madre de veinticuatro horas que se

suponía que debía ser no tenía fundamento: esa manipulación nos deja por fuera de toda aspiración. Necesité del auxilio de otras dos mujeres pobres, a quienes pagué para que se encargaran de mi casa y de asumir la carga doméstica.

Aprendí que puedes ser mujer patriarca sin saberlo, rechazando a la otra, a la hermana, a la diferente. Que aquellas rebeldías de las compañeras de mi colegio a las que tanto critiqué por sentirme amenazada eran una manifestación sana y pura del deseo de ser libres. Que las mujeres existimos para apoyarnos, pues tenemos una suerte de acuerdo tácito y solidario entre nosotras para entendernos casi sin hablar, y que lo agradecemos poco.

Entendí también que mi terror de que se notara que mi marido era más joven que yo tenía que ver con el paradigma de que a las mujeres se les permiten las relaciones sexuales solo para la reproducción y no para el placer. Que los hombres actúan como lo hacen porque no han aprendido otro modo, menos duro, de ser, y que padres y madres hacen lo que pueden con lo que saben y tienen.

Entonces, y por todo ello, decidí hacer activismo feminista, para ayudar a niñas, adolescentes y mujeres a no caer en las mismas trampas que yo. Desde los enormes privilegios que me dio la vida, decidí dedicarme a despertar conciencias y hacer evidente la estructura que nos domina y oprime. Decidí ayudar a que las que avanzan no lo vivan con culpa, a que las rebeldes tengan su espacio y expresen y hagan lo que les dé la gana y se las respete por ello.

Trabajo para que ninguna más se nos quede atrás. Intento hacerlo de las formas más creativas posibles, para que los saberes feministas lleguen a tiempo a quienes los necesiten. Para que el conocimiento les ahorre sinsabores, malas decisiones y, sobre todo, les quite la ceguera ante sus posibilidades, reconociendo y luchando para elegir la vida que deseen para sí mismas.

Hoy sigo llevando mi corona. No dejo de intentar reinar, pero lo hago con mirada más atenta, más serena, más amable para mí y las mujeres y hombres de mi vida.

Susana.

Recomendaciones literarias

Como cierre de este libro te entrego un ebook con una extensa lista de recomendaciones literarias del movimiento feminista. Porque es que como activistas tenemos que leer. Y mucho.

Durante el dramático, intenso, desafiante año 2020 nos propusimos elegir por lo menos un libro por mes con diversos temas de interés para nuestras luchas y así fuimos revisando autoras y títulos que han construido la base de este movimiento transformador.

Este ebook compila toda la información que posteamos por nuestras redes mes a mes y te la presentamos para que tengas en un solo documento la riqueza literaria que nos debe acompañar en todo momento, de forma que dotemos de contenido y sentido teórico, la practicidad de nuestras acciones.

Muchos de estos libros los puedes conseguir por Google y Amazon y si quieres tener el físico en tu biblioteca en las principales librerías están. Vale el esfuerzo adquirir esos libros y estudiárselos como materia electiva personal. Con mucho disfrute y afán de descubrimiento (que es como se debe leer).

Si deseas aportar nuevas autoras o libros que no consigas en nuestra lista, nos encantará incorporarlas. Escríbenos a info@feminismoinc.org o déjanos mensajes en nuestras redes [@feminismoinc](https://www.instagram.com/feminismoinc)

¡Espero que este material te sea de utilidad y sobre todo que lo disfrutes!



